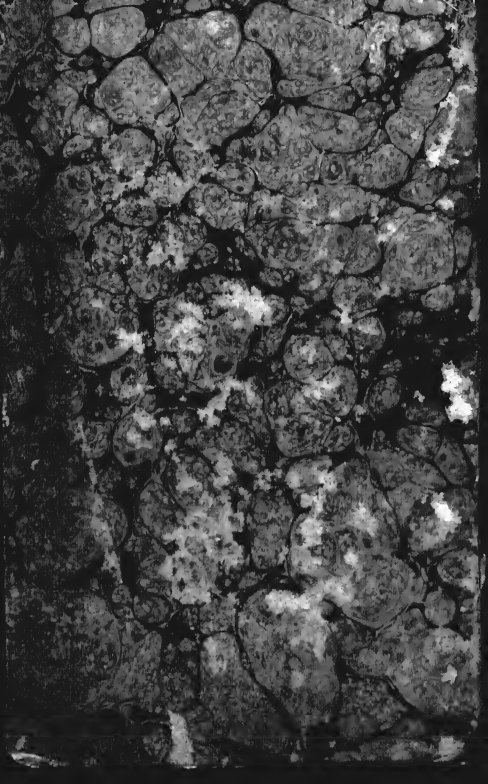








EL EVANGELIO

EN TRIUMPHO,

Ó HISTORIA

DE UN PHILÓSOPHO DESENGAÑADO.

TERCERA EDICION.

TOMO PRIMERO.

EN VALENCIA
EN LA IMPRENTA DE JOSEPH DE ORGA.
AÑO MDCCXCVIII.
CON REAL PRIVILEGIO.

Testimonia tua credibilia facta sunt nimis.
Tus testimonios se han hecho creibles en grande manera.
Psalm. XCII. 6.

PRÓLOGO DEL AUTOR.

Un destino tan triste como inevitable me condujo á Francia: mejor hubiera dicho, me arrastró. Yo me hallaba en Paris el año de 1789: y vi nacer la espantosa revolucion que en poco tiempo ha devorado uno de los mas hermosos y opulentos Reynos de la Europa. Yo fuí testigo de sus primeros y trágicos sucesos; y viendo que cada dia se encrespaban mas las pasiones, y anunciaban desgracias mas funestas, me retiré á un Lugar de corta poblacion.

Mi designio era ocultarme de la vista de objetos tan terribles, y apartarme de los peligros y de las contingencias. Mi deseo vivir ignorado; repasar en la amargura de mi corazon los ya pasados dias de mi vida, y meditar los años eternos. ¡Mas ay! la discordia, el desórden y las angustias se habian apoderado hasta de los rincones mas ocultos.

Á pesar de la distancia y de la ausencia mi corazon estaba continuamente destrozado. Las funestas noticias con incesante y rápido progreso se repetian y multiplicaban. Los correos se atropellaban unos á otros, y todos traian nuevos motivos de asombro y de dolor.

Nos referian las sediciones, los incendios, las devastaciones y la no interrumpida efusion de sangre de que era theatro toda la Nacion. Nos contaban los nuevos decretos que lo trastornaban todo, echando por tierra los establecimientos mas

útiles y respetables. Lamentamos la muerte trágica del Rey, la de su familia desgraciada, y las de otras muchas víctimas ilustres é inocentes dignas de suerte ménos desventurada.

Y lo que acabó de colmar la medida de tantos horrores fué el repentino abandono, la abolicion súbita y entera de la Religion y de su culto. Yo vi que un dia sin órden y por un movimiento popular que excitáron algunos impíos, el Templo en que habíamos derramado tantas lágrimas de compuncion y de amor á los pies de Jesu Christo: la Iglesia en que celebrábamos todos los dias los terribles Mysterios, fué transformada en Templo profano que llamáron de la Razon.

Este abominable espectáculo no era mas que una repeticion de lo que se hacia en todas partes. Desde aquel fatal dia todos los Altares de la Francia fuéron despojados con violencia de las Estatuas de los Santos para ser consagrados á los ídolos. Marat y Pelletier ocupáron los nichos de que se sacó con oprobrio á San Pedro y á San Pablo. El Dios de los Christianos y sus Ministros fuéron arrojados del Sagrado recinto; y en vez de los hymnos religiosos que se entonaban al Dios de los Egércitos, no se escucháron ya mas que cánticos profanos, cantares lúbricos ::: en fin las Casas de oracion se convirtiéron en theatros inmundos destinados á fiestas sacrílegas y obscenas.

¿Quién podia imaginar, que en una Nacion de las mas ilustradas se pudiese ver trastorno tan horrible? ¿Que se hallasen en ella tantos individuos, que á la voz de algunos incrédulos se prestasen con tanto furor á tal extremo de iniquidad?

¿Que la masa del Pueblo mas numerosa y ménos corrompida viese casi con indiferencia ultrajar una Religion santa y antigua, la misma que despues de tantos siglos habian abrazado sus mayores? Esto parece increible; pero lo cierto es, que el movimiento fué tan violento y general, que las muchas almas religiosas que lloraban en secreto insultos tan exêcrables, no pudieron resistir á este torrente de depravacion.

No era difícil conocer, que la causa de todo esto era el funesto influjo de los modernos Sophistas. Muchos años ántes con la licencia de los escritos se habia multiplicado el número de sus sectarios; sobre todo entre las gentes de cierta clase, que con mas fortuna y otra educacion querian vivir á gusto de sus pasiones, y aspiraban á distinguirse por opiniones atrevidas. Pero aunque esta fuese la causa principal, yo creí descubrir otra mas inmediata en la ignorancia de los Pueblos. Poco instruidos de su Religion, nada enterados de los fundamentos que persuaden su Divinidad, miraban con cierta indiferencia los graves daños que se les hacian.

En la viveza de mi dolor yo acusaba al Gobierno de haber dejado propagar esta secta impía y destructora: me quejaba del Clero, que no conoció el peligro, ó no supo á tiempo tomar medidas eficaces para precaverlo: me consternaba al ver que la muchedumbre por ignorancia, y por no tener una idea viva y segura de la verdad de la Religion, la dejaba envilecer, y sufria con frialdad la cesacion de todo culto sin presentar la menor oposicion á excesos tan horribles; y empecé

á sentir, qué falta era la de no haberla instruido, y qué riesgo corren las demas Naciones que no lo están.

Pero lo que me sorprehendió mas que todo es, que yo mismo considerando los medios de mejorar esta tan importante, ó para decirlo mejor, la única parte esencial de la instruccion pública, no pude encontrar entre los Libros que conozco, uno á mi satisfaccion, que por sí solo pudiese dar una idea completa del sublime plan del Christianismo, enseñando al mismo tiempo las innumerables pruebas que demuestran con evidencia su verdad.

No ignoraba que todas las Naciones Christianas tienen sus Cathecismos, y que entre ellos hay muchos excelentes. Habia leido el de Trento y otros; pero esto no me bastaba, porque estas admirables instrucciones enseñan lo que se debe creer; pero no enseñan con la extension que exîgen las circunstancias de estos tiempos calamitosos, la razon por qué se debe creer. Esto es: No explican los motivos de nuestra creencia, ni exponen las razones evidentes y los incontrastables fundamentos en que estriba la Religion Christiana, y que convéncen de su Divinidad y certidumbre.

Tampoco ignoraba que hay muchos Libros en que pueden aprenderse estos puntos, y que los hombres instruidos los conocen. Pero no se me ocultaba que los que los saben, no han podido adquirir este conocimiento ilustrado de su fe sino con mucha aplicacion y estudio: que el Pueblo no tiene tiempo ni proporciones para hacerlo: y que si se desea que aprenda los fundamentos de su Religion, es menester recogerlos y ponérselos en la mano,

dándoselos en un Libro conciso, con un méthodo claro, y en estilo simple y proporcionado á su inteligencia.

Este debia en mi juicio ser un Libro clásico, elemental, que era menester propagar en todas las clases del Estado hasta llegar al Pueblo. Me parecia, que si todos estuvieran persuadidos por convencimiento íntimo de que la Religion viene de Dios; no solo su fe seria mas viva y constante; no solo sus costumbres serian mejores, sino que no seria tan fácil desquiciarlos de su creencia en las turbaciones inseparables de la inconstancia de las cosas humanas. Si el Pueblo Frances hubiera estado mas instruido de la verdad de su Religion, la falsa Philosophía no hubiera hecho tantos progresos, ó á lo ménos hubiera encontrado una gran resistencia á sus insultos.

Pero si este Libro exîste, ¿cómo ó por qué no está en mano de todos? Y si no exîste, ¿cómo los que por interes ó por amor desean que la Religion se conserve, no se apresuran á producirlo y propagarlo? ¿No es ya tiempo de precaver peligro tan horrible? ¿No estamos en el caso de que se tomen las medidas mas eficaces? Hubiera dado mi vida por tener las luces y el talento suficiente para formar un Libro tan precioso, tan necesario, y que consideraba como el mejor preservativo. Pero esta empresa tan fácil para otròs, era muy superior á mis alcances.

La Francia estaba entónces cubierta de terror, y llena de prisiones. En ella se amontonaban millares de infelices, y los preferidos para esta violencia eran los mas nobles, los mas sabios, ó los

hombres mas virtuosos del Reyno. Yo no tenia ninguno de estos títulos; y por otra parte esperaba que el silencio de mi soledad y la obscuridad de mi retiro me esconderian de tan general persecucion. Pero no fué así. En la noche del 16 de Abril de 1794 la casa de mi habitacion se halló de repente cercada de soldados, y por órden de la Junta de Seguridad general fuí conducido á la prision de mi Departamento.

En aquel tiempo la prision era el primer paso para el suplicio. Procuré someterme á las órdenes de la Divina Providencia. Pero miéntras llegaba el término fatal, buscaba algun obgeto en que ocuparme. El tiempo es siempre largo en una prision, y la ociosidad lo haria eterno. Lo primero que me presentaba mi imaginacion era este Libro necesario. ¡Pero pobre de mí! ¿qué podia hacer yo? Viejo, secular, sin mas instruccion que la muy precisa para mí mismo, y encerrado en una cárcel con pocos libros que me guiasen, y ningunos amigos que me dirigiesen.

Buscaba otras ideas; pero como el enfermo que sufre algun dolor por mas que para divertirlo piense en otros obgetos no puede olvidar lo que le aflige, así volvia yo al deseo que me atormentaba. La obrita del Abate Lamourette que yo tenia á la mano, al mismo paso que me daba algunas ideas para egecutar mi pensamiento, encendia mas mis deseos. Pero el Cielo que favorece las buenas intenciones, dispuso que en la misma prision tuviese en mis manos un manuscrito que contenia la historia reciente de un Philósopho muy conocido en una serie de cartas escritas por él mismo y por algunos de sus

amigos. Este era un hombre que no dejaba de tener algun talento, y que nació con muchos bienes de fortuna. Pero habiendo recibido en su niñez la educacion ordinaria, habia aprendido superficialmente su Religion. No la habia estudiado despues, y en su edad adulta casi no la conocia, ó por mejor decir, solo la conocia con el falso y calumnioso semblante con que la pinta la iniquidad Sophística.

Era consiguiente que se dejase alucinar con sus delirios, y que se abandonará largo tiempo á sus pasiones. Un infortunio lo condujo adonde pudiese escuchar las pruebas que persuaden su verdad, y á pesar de su oposicion natural, y lo que es mas, de sus envegecidas malas costumbres no pudo resistir á su evidencia, y despues de quedar convencido tuvo valor con la asistencia del Cielo para mudar sus ideas y reformar su vida.

No me fué posible desconocer la mano de la providencia, que en aquellas circunstancias me ofrecia mas de lo que yo deseaba; pues aquel manuscrito no solo expone las pruebas fundamentales de la Religion que desengañáron y convenciéron al Philósopho, sino que este puso en práctica los medios que la misma Religion enseña para recobrar la gracia, y se aplicó en los últimos años de su vida á juntar con las virtudes Christianas el egercicio de las civiles, y el desempeño de todas las obligaciones de su Estado. Así pues su conducta ofrece egemplos muy útiles y saludables para todas las situaciones de la vida.

Parecióme tambien que este méthodo histórico tenia la ventaja de exponer la instruccion sin el to-

no frio y dogmático que desagrada tanto al que no la busca. Es difícil que un ánimo pervertido se entregue á la lectura de un tratado didáctico, que no esconde su pretension de enseñar y convertir. Pero una historia que no pretende mas que contar, sostenida con los hechos, y animada por los diálogos, puede tal vez despertar la curiosidad, interesar á los lectores, y aficionarlos á su doctrina.

Lo que sobre todo me animó, fué la conformidad de nuestras ideas en la necesidad de que se instruya mejor á los Pueblos, y se les entere de la certidumbre y divinidad de su Religion. Y recibí mucha complacencia quando leí los medios prácticos que aconseja á los Príncipes, al Clero, á los Predicadores, Universidades y Padres de familia de las Naciones Christianas para que se reunan, y contribuya cada uno eficazmente con los medios mas activos á la propagacion de una enseñanza tan importante á la felicidad de todos.

Comprehendí pues que podia ser útil la publicacion de estas Cartas, especialmente en España, donde el Christianismo tiene su mejor throno. Esta Nacion generosa abunda de ingenios superiores, que á los egercicios prácticos de la Religion juntan todas las luces para escribir este Libro necesario. Y ella misma se compone de un Pueblo que es Christiano desde la cuna, y Religioso por instituto y por egemplo. No hay duda que lo recibiria con gusto y con respeto, y que entónces añadiendo un convencimiento ilustrado á la natural solidez y constancia de su carácter, sabria sostener y conservar su culto, aun en medio de los trastornos que pudiera acarrear la vicisitud de las

cosas humanas; ó por decirlo mejor, su instruccion impediria y cortaria de raiz semejantes turbaciones.

Con estos deseos y estas esperanzas me dediqué á poner en órden estas Cartas, persuadido de que pueden ayudar al fin que me propongo, y quando ménos excitar á otros á mejorar mi pensamiento. Yo no tengo la ridícula manía de Autor. Lo que deseo únicamente es ser útil: y por eso he ingerido en ellas algunos pasages del libro ya citado. No aspiro sino á hacer conocer la solidez y la hermosura de la Religion á una Nacion que amo, y me parece que este es el mejor camino para precaverla de los prestigios de la Política destructora de nuestros dias. Por otra parte creo, que pueden ser útiles á toda especie de lectores; porque los principios y máxîmas que se siembran en ellas, se derivan de la fuente pura del Evangelio: y el agua que mana de este divino manantial, es necesariamente saludable. Es la única corriente en que el alma puede beber los bienes de que el hombre es capaz en la tierra, la paz del corazon y el reposo de la conciencia.

Estas memorias contienen tres partes. La primera es el tiempo de las ilusiones del Philósopho, sus disputas con un Eclesiástico docto y piadoso, y al fin su convencimiento. En ella se exponen los sophismas de la falsa Philosophía, las respuestas del Eclesiástico, y las incontrastables pruebas con que este le convence de la Divinidad de la Religion. Esta parte debe aprovechar á todos; porque los que las saben pueden refrescar las especies, y tendrán aquí reunido lo que les seria preciso buscar en muchos libros. Los que las ignoran las aprende-

rán fácilmente, y tendrán el inefable consuelo de saber, que es la mejor manera de creer, que la Religion en que viven viene de Dios, y que le deben el inapreciable beneficio de conducirlos por el verdadero camino de la felicidad.

Miéntras se hagan otros libros elementales y mejores, considero serán útiles estas Cartas, y aun despues de hechos siempre lo serán á cierta clase de gentes.

La segunda contiene lo que hizo el Philósopho por consejo del Eclesiástico para salir del abysmo y entrar de nuevo en el buen sendero. Esto no puede dejar de ser útil tanto á los que quieran volver de la incredulidad á la fe, como á los que deséen reformar sus costumbres, y empezar una vida Christiana.

La tercera expone lo que practicó el Philósopho para desempeñar el cumplimiento de las obligaciones propias de su estado y el egercicio de las virtudes civiles. Como era hombre rico, que por su nacimiento tenia una casa que gobernar, hijos, tierras y vasallos, le fué preciso ocuparse en cumplir con la administracion de todos estos cargos. Sus egemplos pueden ser útiles á los que se hallan en las mismas circunstancias; mostrándoles el uso que deben hacer de sus bienes. Y esta parte no es la ménos importante; porque si los mas distinguidos de un Estado practicaran las virtudes que su situacion les permite y que la Religion les prescribe, arrastrarian con su buen egemplo todas las demas clases.

En estas memorias pueden ver, que un hombre que nació con talento y muchos bienes de fortuna,

miéntras fué incrédulo y se abandonó á sus pasiones, fué malo, despreciable y no solo infeliz, sino que hacia tambien infeliz á quanto dependia de él ó le rodeaba. Pero que desde que tomó por regla al Evangelio, se transformó en un Philósopho justo, amable, útil en todo para todos: que no solo consiguió ser feliz él mismo, sino que hacia felices á quantos estaban en la esfera de su influencia; y que se le vió tan buen Ciudadano, tan buen padre y tan buen amo, como habia sido malo quando lo gobernaba la Philosophía del siglo. De modo que hallarán reunida la fuerza de la razon con la prueba práctica de la experiencia.

Bien sé que la incredulidad es una enfermedad terrible que resiste á todos los medios: que el amor propio, el deseo de mostrar valor, el orgullo de manifestar un espíritu superior al vulgar, atropellan todas las fuerzas de la razon, y hacen cerrar los ojos para no ver la luz. Pero estas memorias les podrán mostrar que no hay honor ni buena Philosophía en la incredulidad: que todo hombre de buen carácter, de juicio sano y de corazon honrado debe amar y respetar al Evangelio: debe desear su propagacion: y que su moral justo, dulce y razonable sea la regla de gobierno para todos los hombres: que todo el cuerpo de su Religion y de su doctrina es la Philosophía mas sana, la mas elevada y la mas útil: en fin la única que puede hacer felices á los mortales, aun miéntras habitan en la mansion transitoria de la tierra.

Estas memorias deben advertir á los Pueblos del peligro á que se exponen, si dan oidos á esas sirenas seductoras: deben despertar á los Soberanos,

haciéndoles ver que no puede ser estable ni tranquila la duracion de sus Imperios, si no preservan á sus Pueblos de este fatal contagio; y que el mejor preservativo es extender en ellos la instruccion y el estudio sólido y convincente de la verdad de la Religion.

Ellas les harán conocer que la firmeza de los Gobiernos, la respetuosa obediencia de los vasallos y la felicidad de todos dependen del amor y respeto que se tiene á la Religion. Y que estos sentimientos no pueden nacer en los corazones, quando su fe es incierta, vacilante y poco segura. Pero que la persuasion de la verdad del Christianismo, y la adhesion á sus máxîmas, quando se siguen con la exâctitud de su pureza primitiva, es el resorte mas seguro, el impulso mas poderoso que puede dirigir un corazon. En fin verán que la incredulidad todo lo atropella y trastorna; pero que tambien la supersticion todo lo corrompe y envilece: y solo el Evangelio es la regla que puede producir la felicidad universal.

Los incrédulos verán tambien en ellas, que se engañan mucho quando imaginan que el medio de ser felices en la tierra es sacudir la Fe, para sacudir con ella la severa ley del Evangelio. Que lean y vean la diferencia del Philósopho incrédulo al Philósopho Christiano: que aprendan allí, que aquel que por huir de las amenazas de la Religion busca en la incredulidad un sosiego que no le puede dar, se hace mucho mas infeliz: que aquel que por contentar sus pasiones se deja seducir por los halagos de una falaz Philosophía, acumulando errores y delitos, no hace mas que

cercarse de angustias y terrores : y que solo aquel que se echa en los brazos de la Religion puede encontrar en ellos el sosiego del espíritu, la paz del alma, y la dulce satisfaccion que deja la práctica de la virtud y el egercicio de la caridad.

Si por su dicha pudieran hallar en ellas la persuasion de estas verdades, tambien hallarian los medios para salir del abysmo. El modelo del instruido y fervoroso Director que les proponen, les enseñaria á buscar otro semejante que los pusiera en el mismo camino.

Estas son las intenciones que hacen publicar este Libro, que ademas de ser verdaderamente Philosóphico levanta el alma á los obgetos sublimes de la Religion, y en su contexto las luces de la sana razon, de la buena Philosophía y la experiencia fortifican las consideraciones de la Fe ; y la voz de la naturaleza se junta con la del Evangelio para convencernos de lo que el Universo entero nos predica ; esto es, que nosotros exîstirémos quando el mismo Universo dejará de exîstir.

Me parece que en él se exponen el espíritu y la Doctrina de la Fe con bastante profundidad, para que no la deban desdeñar los que quieren hallar en todo las luces de la Philosophía y de la razon. Y que los puntos principales del Christianismo están presentados con la severidad y exâctitud que requiere el carácter crítico y dificultoso del siglo.

Como no se habla en él sino de la Doctrina del Evangelio, y que es imposible exponerla sin recordar los indelebles y primordiales principios de la razon, es preciso que se halle en él la sola

Philosophía verdadera, la única útil, la que solo puede alumbrar nuestra ignorancia y consolar nuestra miseria.

En una palabra este Libro me parece edificante, pero sin soltar un momento la razon de la mano; devoto, pero sin dejar jamas de ser Philosóphico. El Christiano sencillo lo encontrará sólidamente Religioso, y los que se precian de crítica y buen gusto podrán mirarlo como una produccion razonable y provechosa. Por lo ménos podrá servir de estímulo para que otros conociendo la importancia lo mejoren.

Así á pesar de los defectos que puede tener en su forma y estilo estoy seguro de que su lectura puede ser útil á muchos; porque este Libro no hace otra cosa que aclarar y extender los pensamientos del Libro que nos vino del Cielo, del mejor Libro que ha caido en las manos de los hombres, de aquel Libro en que Dios nos dictó nuestras obligaciones y nos reveló los destinos futuros, de aquel Libro que llena el corazon de luces y de esperanzas; del Evangelio en fin que contiene el arte de ser felices en la tierra, y que enseña á adquirir la gloriosa inmortalidad. ¡Dichoso yo si con tan ligero trabajo consigo propagar verdades que desengañen á algunos, y que hagan á otros virtuosos y felices!

INVOCACION.

¡O Dios del tiempo y de la Eternidad! Tú eres el solo que exîste por sí mismo. Tú eres el único que es grande y excelente por su propia naturaleza. Tú eres la fuente incorruptible, de donde se deriva todo lo bueno, verdadero y útil: el manantial inagotable de lo que merece ser deseado en la tierra y en el Cielo. ¡Con qué placer, con qué delicia mi alma te reconoce, te admira y adora, como la única fuerza que sostiene al Universo, como la única sabiduría que regla sus movimientos, como el solo fanal que ilumina mis tinieblas, mostrándome el último destino de mi exîstencia, y enseñándome el uso de los bienes y males de esta vida!

¡Ó Dios mio! eterno y soberano principio de todas las inteligencias; ¡qué consuelo siente mi corazon quando postrado ante el Throno de tu inmensa Magestad reconoce el divino seno de que ha salido, y quando considera que presto volverá á unirse con él, sumergiéndose en el insondable piélago de tus esplendores y de tu gloria!

¿Qué, mi Dios? ¿Yo seré eterno como tú? ¿Tú eres la medida interminable de mi duracion, y el modelo de mi exîstencia? ¿No es delirio de mi orgullo, que yo nací destinado á vivir contigo aun despues de la ruina de los Imperios, de la destruccion de las grandezas, de la aniquilacion de las pasiones, de la extincion de los astros, y quando ya toda esta máquina visible haya vuel-

to á entrar en la noche tenebrosa de su destruccion? ¿Es verdad que á pesar de todas las vicisitudes con que tu providencia puede probar mi vida, si me mantengo constante en amarte y servirte me veré irrevocablemente incorporado en la sociedad de tu Reyno y de tu Gloria? ¡Qué pensamiento! ¡qué esperanza!

¿Dónde estás, hombre, quando no estás contigo mismo, quando buscas otra gloria que tu propia grandeza? ¿Qué puedes encontrar fuera de ti que valga mas que lo que puedes ser? ¿De qué te aprovecha esa inquietud de tu imaginacion, esa turbacion de pensamientos, esa infatigable variedad de deseos? ¿Qué puede ganar tu corazon con todo ese estruendo de tu orgullo? ¿Qué esperas hallar en esos espacios en que corres siempre vago y nunca satisfecho?

Si quieres ser feliz, busca tu Dios, que nunca está léjos de ti. Toda la naturaleza te lo muestra. Toda ella canta su Santo Nombre. Pero tú no la escuchas; porque el tumulto de tus pasiones te ensordece. Desciende á tu corazon: allí habita: y allí te hablará con mas intimidad. Pero tú no quieres oirlo; porque siempre andas huyendo de ti mismo. Sus incesantes dones te indican la mano de donde vienen. Esa vida en que lo desconoces te prueba su amor, pues que te la conserva. Tú duermes tranquilo, reclinado en su seno paternal; pero olvidando la mano protectora que te sostiene, te entregas á los delirios de sueños engañosos que te halagan con falsas ilusiones.

Una flor te interesa, la amenidad de un campo te complace; todo lo ingenioso te admira; to-

do lo hermoso te agrada; y tú atento y curioso todo lo reconoces, todo lo exâminas: lo único que se te esconde es el grande poder que ha sabido criarlo. Parece que la misma hermosura de los obgetos es el velo que te encubre la mano que los hizo; porque detenido en el embeleso con que los gozas, te olvidas de su Autor. La luz que debia alumbrarte, es la que mas te ciega. Fijas los ojos en los beneficios, y nunca los levantas para reconocer al Bienhechor. ¡Deplorable mortal! Tú no vés mas que phantasmas; y solo la verdad te parece ilusion.

¡Desdichado de ti! pues esclavo de tus errores y abandonado á tus sentidos vives sin Dios, sin esperanzas ni consuelos. ¡Ó Dios mio! ¡dulce Dios! ¡Dichoso únicamente el que te adora y busca! ¡Mas dichoso el que te halla, quando tu blanda mano enjuga su amoroso llanto, y le llena el pecho de ardores fervorosos! ¿Pero quál será aquel dia sin noche, en que tu luz indeficiente brille á nuestros ojos, é inunde nuestros corazones con el torrente de sus delicias inefables? ¡Dios de bondad! Mis entrañas se estremecen con tan sublimes esperanzas: y mi alma exclama en el ardor de sus deseos: ¿Quién como tú, Dios mio?

Tú, Señor, me has inspirado que hable de ti y de las riquezas de tu gracia. Tú sueles mostrar el poder de tu influjo en la debilidad del instrumento. Tú sabes el motivo que dió impulso á mi zelo. Penétrame pues de tu ardor Divino. Préstame tu auxîlio para que pueda mostrar tu luz á los ojos débiles que se deslumbran con los mismos

resplandores de la fe: para que desengañe á los incautos, que con afan inútil y penoso buscan una felicidad que no pueden hallar fuera de ti; y para que descubra á todos la abundancia, la solidez y la dulzura que encerró tu bondad en los thesoros de la Santa Religion.

CARTA I.

El Philósopho á Theodoro.

Amigo mio : Apénas llegué á esta casa , despues de una muy larga ausencia , quando me entregáron una carta tuya muy atrasada. ¡Qué vivas y diferentes impresiones ha producido en mi corazon! ¡Quántos recuerdos tiernos! ¡Pero ay quántas memorias dolorosas ! sí , las ideas de nuestra dulce amistad , tan antigua como nuestra exîstencia , me han despertado las sensaciones mas dulces y cariñosas. ¡Ó qué crueles y voraces han sido los remordimientos de mi corazon con la memoria de tantos años como hemos malogrado , ocupándolos en delitos , cuyo recuerdo me causa horror , y de que quisiera verte tan arrepentido como yo lo estoy!

Este estilo debe parecerte muy extraño , y quizá pasada la primera sorpresa te reirás ; me creerás en delirio , y me verás con lástima. No esperabas seguramente que te hablase así el cómplice , el compañero y aun caudillo de nuestra desordenada conducta. Digo el caudillo , porque aunque todos los amigos que formábamos nuestra desenfrenada sociedad hemos vivido hasta aquí sin regla ni razon , habiendo perdido toda idea de religion , todo temor de Dios , y sin pensar mas que en satisfacer á nuestras pasiones y sentidos ; debo confesar , que yo y Manuel éramos los peores entre todos , y los dos éramos , digámoslo así , las cabezas de la banda : é-

ramos los mas fecundos en inventar ideas detestables, que quando eran mas delincuentes nos parecian mas deliciosas: en fin éramos los mas impios, los mas disolutos y atrevidos, que proponíamos, alentábamos y hacíamos egecutar los mas horrorosos y exêcrables excesos.

Quánto debe sorprehenderte que este hombre tu amigo desde la niñez, que conoces tanto, que has sido testigo y casi discípulo de su disolucion y su impiedad, que ahora tres meses te perseguia para acabar de corromperte, y era el odioso escándalo de los que le conocian, pueda en tan corto intervalo haberse mudado tanto, que se atreva á escribirte en un lenguage, que á no ser tan serio seria ridículo; y que aun puede parecerte tal, porque todavía estás embriagado con las falsas dulzuras del mundo y de sus errores.

Pero ¡ay amigo! en el corto intervalo de estos tres meses, en que tú no me has visto, yo he visto mucho, yo he oido mucho. He corrido Paises inmensos: he viajado por tierras dilatadas: he atravesado abismos desconocidos: he descendido al infierno: he subido al Cielo; y por fin he vagado por las incomensurables regiones, que empiezan con el tiempo, y acaban por esconderse en la eternidad. Theodoro mio, ¡quántas cosas he aprendido que ignoraba! ¡de quántos errores he salido! ¡quántas ilusiones y extravíos de mi espíritu se han disipado! ¡quántas tinieblas que me tenian ciega el alma han desaparecido! ¡quántas nuevas verdades he visto! Yo me figuro hallarme como un hombre, que despues de haber pasado una larga vida en una cueva obscura, donde no penetraba luz ninguna, sale

de repente á ver al Sol. ¡Ah Theodoro! si supieras por qué medios, por qué vias me ha conducido la Providencia á esta region de luz y de felicidad, que me era tan desconocida; ¡cómo admiraras las divinas misericordias, y cómo puede ser, que á pesar de la ceguedad en que vives, quisieras aprovecharte de ellas!

Pero, amigo, no te considero ahora en estado de entender, y ménos de gustar la mayor parte de las verdades saludables con que se ha dignado el Cielo ilustrarme; espero que algun dia llegue el momento de piedad que te reserva. Quando su bondad se ha compadecido de mí, el peor de los hombres, espero alcanzará tambien á tu corazon ménos malo que el mio. Pero miéntras llega este dia de misericordia, que yo imploraré en tu favor, quiero proponerte una verdad sola, porque es mas proporcionada á tu situacion, y mas conforme al deseo inquieto con que nos agitamos para ser felices: sí, Theodoro. Tú, Manuel, yo, quantos componian nuestra sociedad, y quantos hombres ciegos son esclavos de sus pasiones, no buscan la satisfaccion que producen los placeres, sino porque imaginan hallar en ella la felicidad. ¡Pero quánto se engañan! ¡y qué prueba mayor que nosotros mismos!

Nosotros hemos nacido con espíritus vivos, con corazones sensibles, y capaces de fuertes impresiones. La naturaleza nos dotó de sus mejores dones. Nuestros padres nos diéron un nacimiento distinguido, grandes riquezas, y todos los medios que facilitan en el mundo el goce de sus delicias y placeres. Creímos que jóvenes, ricos, estimados, y pudiendo satisfacer todos nuestros gustos, debíamos

llegar al colmo de la humana dicha. Nada nos ha faltado, ni nombre ilustre, ni salud robusta, ni libertad, ni fuerza, ni dinero, ni quantos atractivos pueden contribuir á hacer mas agradables las lisonjas del mundo.

Para que nada se opusiera á nuestro deseo de gozar, supimos con valor intrépido adoptar esta philosophía temeraria, que para desprenderse de toda inquietud sacude sin temor las pocas ideas de una religion, que regularmente se aprende muy mal en la primera infancia; y por consiguiente apartábamos nuestra vista de una vida futura, y sacudíamos el freno saludable de un Dios justiciero. Considerábamos los males venideros como mentidas ilusiones, y los bienes presentes como los solos estimables. En fin deshaciendo todos los lazos, y soltando todas las cadenas, no pensábamos mas que en llenar los dias y las noches con los falsos placeres del momento, y á trueque de gustar de sus delicias, atropellábamos todos los estímulos de la justicia y la razon.

Entremos pues en cuenta con nosotros mismos, y consultemos nuestra larga experiencia. Yo he pasado ya la mayor parte de mi vida, y tú una gran parte de la tuya: uno y otro no la hemos consumido sino en buscar esta felicidad tan anhelada en la abundancia de gozos y placeres. Ademas de los medios naturales con que nos han favorecido la naturaleza y la fortuna: ademas del esfuerzo que hicimos para desprendernos de toda idea de Dios y de su justicia, nacimos uno y otro con pasiones vehementes para gustarlos; y debemos confesar, que pocos hombres han podido disfrutarlos, ni tan abundantes ni tan exquisitos.

Acuérdate quántas veces en la embriaguez de nuestro corazon, y para que ninguna amargura nos pudiese turbar, blasphemando decíamos los unos á los otros: No hay Dios; ó si lo hay, ¿qué le puede importar el que sus criaturas se diviertan? Todas las Religiones son invenciones humanas, artificios de impostores, que han sabido alucinar con ellas á los Pueblos, para dominar á los fatuos. Acuérdate como estas ideas, que nacen fácilmente en un corazon amante del placer, porque quiere gozarlo sin zozobra, se fortificaban en nosotros con la lectura de los Philósophos del dia; sobre todo, con la del intrépido Voltaire, caudillo de la irreligion, y la causa mas principal de la perversidad de nuestro siglo con la propagacion de la impiedad y de los vicios.

Así pues, si los placeres fueran el camino de encontrar la felicidad, pocos mortales hubieran podido hallarla con tanta facilidad como nosotros, ninguno tendria mas derecho para ser y llamarse feliz. Querido Theodoro, tú no puedes negarme ninguno de estos hechos; pues bien, ahora te pregunto: ¿Has sido, eres feliz? Yo me lo he preguntado á mí mismo muchas veces, y mi corazon siempre me ha respondido: no: ni lo soy, ni nunca lo fuí. Por el contrario, quántas veces me he dicho: Los que desde su obscuridad admiran el resplandor de mi opulencia, la suntuosidad de mi palacio, la riqueza de mis muebles, la abundancia de mi mesa, y la incesante variedad de mis diversiones, me llaman un mortal dichoso; pero ¡ay! el tranquilo artesano, que siente estremecer su taller humilde con el rápido y tumultuoso estrépito de mi coche dorado,

está muy léjos de pensar, que yo soy mas infeliz que él.

Entónces, amigo mio, yo no podia conocer por qué los placeres del mundo, léjos de contentar al alma, producen en ella este vacío que la disgusta, y tantas displicencias que la fastidian; pero ahora conozco que este es un favor especial del Cielo. Dios ha dispuesto por un órden justo de su sabiduría, que quando él no reyna en nuestro corazon, y que este se abandona á la tyranía de sus turbulentas y desarregladas pasiones, él mismo sea nuestro mas implacable enemigo, y el mas contínuo perturbador de nuestros fútiles placeres.

Este es un efecto de su misericordia; porque miéntras no llega el dia del irrevocable decreto, y quando con la vida deja abierta la puerta al arrepentimiento y al perdon, las amarguras que vierte sobre los placeres del insensato que lo desconoce y olvida, no son los tormentos de un Juez que condena al delincuente, son sí las tiernas diligencias de un padre, que pesaroso de nuestra pérdida, ordena á todo lo que no es él, que nos despida de sí para arrojarnos en su seno: son los esfuerzos de un amigo, que hace inútil nuestro conato de ser dichosos huyendo de su bondad, para obligarnos por este medio á reconocer, que solo Dios puede llenar un corazon tan grande como el que él mismo ha dado al hombre.

Así, Theodoro, tú te engañas á tí mismo, si quieres persuadirte que eres feliz. Todo lo que hay en ti, todo lo que pasa cerca de ti, todo lo que sientes, te debe convencer de que esta felicidad que quisieras aparentarte, es el delirio de las ilusiones

que te engañan; que correrás tras ellas, sin jamas alcanzarlas; que la dicha que esperas mañana, será tan frívola y amarga como la que sientes hoy. Tú fueras el primero desde la creacion del mundo, que hubiera conciliado la paz y el reposo del corazon, con el desórden de las pasiones y el abandono de la virtud.

Salomon habia gozado de mas delicias que tú podrás nunca disfrutar: Monarca sabio y poderoso pasó por todos los grados de la grandeza humana, gozó de todo, sin que hubiese placer nuevo para su corazon; y dejó escrito [a]: *El que sacude el yugo del deber y de la regla, es infeliz.* El mismo Salomon derramando su vista sobre la historia de su reynado y de su gloria, de su magnificencia y de sus placeres, exclama con tono dolorido [b]: que todo es vanidad, tormento, y afliccion del espíritu: que todos los thronos de la tierra no pueden dar una felicidad, comparable al amor y posesion de la virtud.

Exâmina bien, Theodoro, el carácter, la especie ó la naturaleza de esa felicidad, que puede procurarte la satisfaccion de tus pasiones, y hallarás, que para gozarla necesitas de aturdirte, y huir de ti mismo. ¡Triste felicidad! El corazon virtuoso para estar contento no ha menester tanto esfuerzo, tanta disipacion y movimiento. Muy desdichado es el que no sabe adonde volverse, para descargarse del peso insoportable de sí mismo.

Solo puede ser feliz el que en sí mismo lleva el manantial de sus placeres: el que sin deseos que le

a *Sap.* III 11. b *Eccli.* II 11.

inquieten, ni remordimientos que le aflijan, goza de una tranquilidad dulce y profunda, que le permite divertirse con las recreaciones mas simples é inocentes. No son los obgetos exteriores los que dan á su corazon la dulce y apacible serenidad, que se manifiesta en su semblante y en sus discursos. Es su corazon mismo el que dirigido por Dios adorna todo lo que le rodea, imprimiendo á quanto dice y hace la hermosura y riqueza de su propio fondo.

Por el contrario los idólatras del mundo y sus placeres, como están desproveidos de fuerzas y recursos propios, ponen toda su esperanza en los que pueden venirles por de fuera; por eso sus deseos son tan impacientes y apasionados, sin que jamas los sepan moderar. Todo lo solicitan con ansia, todo lo anhelan con furor. Su corazon no se para hasta que todo lo devora, y se desengaña. Su ardor es impetuoso hasta en su reposo y en su silencio. Nada los detiene hasta que llegan al extremo, y que no pueden ir mas adelante. Sus fiestas son confusion y estruendo, porque necesitan de una alegría loca y tumultuosa; y una alma desordenada ha menester poner mucha violencia en todos sus movimientos, para distraerse de la vista y de la vergüenza de su propio interior.

Muy infeliz es el que emplea precauciones tan extrañas para esconderse á sus mismos ojos: muy enfermo está el que recurre á medios tan violentos para no ver su corazon. Si esta es la dicha que puede dar el mundo, es necesario huirla, y temblar de ser feliz. El hombre pacífico y modesto, que nunca ha conocido los favores de la fortuna, no pudiera tener mayor desgracia, que perder la dul-

ce felicidad de que goza, con adquirir la opulencia y miserias de los poderosos del siglo.

Esto es muy claro, Theodoro: y si tú hasta ahora no has conocido la triste suerte de los que se llaman dichosos en el mundo: si hasta ahora no has conocido ni te ha lastimado la tuya propia; es porque hasta ahora no has probado otro estado mas dulce: es porque imaginas que tus males personales son una inevitable imperfeccion de la naturaleza. Creyéndote incurable, no buscas los medios de curarte; y la costumbre de vivir y agitarte en la puerilidad de las pasiones te ha cegado de manera, que no vés la posibilidad de vivir sin ellas.

Esto era lo que por mí pasaba, y ni siquiera apercibia la degradacion extrema á que el desórden de los sentidos reduce á la razon. Yo juzgaba de todo con ligereza y sin discernimiento. Nada pensaba, nada preveia, nada consideraba, y era continuamente mártyr de una inconstancía, que no me era posible contener. El reposo y el trabajo me eran igualmente fastidiosos. Me embarazaban todos los instantes que componian la duracion de mi existencia. Mi alma divagaba en un tropel de proyectos quiméricos, de esperanzas ridículas, y de ideas extravagantes.

Mi vida pública era un estudio continuo de vanidades y delirios: un papel fastidioso de ostentacion y orgullo: un afan importuno de ocultar con adornos brillantes mi vergonzosa corrupcion; dando un colorido de dignidad y de decencia á la bageza de mis vicios. Mi vida privada se ocupaba toda en las convulsiones de la envidia, en las tinieblas de una melancolía dura y de mal humor, ó

en las agitaciones de una impaciencia imperiosa y violenta, que me hacia intolerable hasta á mis propios dependientes. Mis criados estaban condenados á soportar las erupciones del volcan inflamado que me devoraba el corazon; de modo, que yo era el escándalo y el suplicio de quantos habitaban en mi casa.

Vé aquí mi retrato, querido amigo; y temo en parte sea tambien el tuyo. No es mucho que se parezcan los efectos, quando son tan parecidas las causas. Exâmínalo bien, y si hallas que en efecto se te parece, considera si es hermoso, si es digno de ti, si es digno de un Philósopho y de un hombre. ¡Ó virtud! ¡qué no pierde el que abandona, ó no conoce tus caminos cómodos y derechos! ¡Ó Theodoro! ¡mucha desdicha es envegecer en la vileza del vicio, y morir sin haber gustado una vez las dulzuras de la virtud!

Pero aun hay mas; porque ¿quién puede responderte de que envegecerás? ¿quién puede determinar el intervalo que separa el momento presente de tu último suspiro? ¡Ay amigo! aquí toco una circunstancia de la vida humana, que es la que mas consterna á los que se abandonan á sus gustos. Pero ¿por qué la Philosophía, que tanto permite y tanto promete, no alcanza con sus sophismas á presentar ménos terrible la pavorosa imágen de la muerte? ¿por qué no sabe consolarnos de la triste necesidad de bajar al sepulcro en breve tiempo? ¿y qué puede valer una felicidad que nos abandona en la situacion mas importante de la vida; haciéndonos aborrecer un término de que ninguna fuerza nos puede libertar?

¡O muerte! ¡qué amarga es tu memoria al que no pone su esperanza sino en los thesoros y placeres! Por mas que se haga sordo, la importunidad de tu voz austera, de tu grito terrible penetra hasta su corazon, y lo hace estremecer en medio de sus contentos delincuentes. No da un paso sin ver los espantosos atributos de tu violencia destructora; sin hollar las víctimas con que cubres el globo, y que la justicia divina entrega á tu insaciable saña.

Dime, Theodoro: ¿No oyes algunas veces esos tañidos melancólicos que desde las torres de los Templos se esparcen en los ayres, y cuya severa magestad domina sobre el tráfago confuso del ruido y los negocios de los hombres? ¡Ay amigo! si los oyes, no te distraygas del horror saludable que producen. Ellos se hacen entender con acentos eficaces, y hablan con estilo poderoso al alma que conserva todavía un resto de su primitiva elevacion. Su impresion de terror y tristeza en un corazon que aun no está muerto, es un indicio de que puede volver á la virtud; es el crepúsculo de la religion, que quiere amanecer y derramar en él todas sus luces.

Observa como estos mensages de muerte que nos vienen continuamente del Santuario, nos refieren con su triste elocuencia la fragilidad y la inconstancia de la vida. ¡Con qué fuerza y dignidad publican la eterna inmovilidad de este Dios inmutable, que vé, deja pasar, y sobrevive á todo lo que exîste! ¡de este Dios que nunca se muda en medio de las revoluciones y ruinas, con que su brazo agita, altera y descompone al universo! ¿Quién, Se-

ñor, os es semejante? ¿quién tiene esta fuerza de exîstir y durar, que da un carácter tan pavoroso á la sentencia de muerte que pronunciais contra los hijos de los hombres; y produce una idea tan formidable de la espantosa entrevista, que cada uno de ellos debe tener con vos al instante que exhale el último suspiro?

Sí, Theodoro, todo se desvanece, todo pasa. El tiempo devorador, con su paso tardo, pero seguro, ha destruido hasta las ruinas de los thronos, ha borrado hasta los vestigios de los monumentos de su gloria. Pero la duracion del Imperio Divino, tan eterno como indestructible, no está comprehendida como la de los Estados y Potencias de la tierra en períodos que se dividan y se puedan medir. Su orígen y su término se pierden en aquel mismo insondable infinito en que se pierde nuestra imaginacion, quando quiere considerar lo que habia ántes de que exîstiera el mundo; y se extienden y prolongan en la perpetuidad de la esencia divina y de su esplendor inaccesible. De suerte, que la historia de la eternidad absorve y se traga la de todos los Reynos y sucesos humanos, como el Océano se bebe las gotas que las nubes destilan en los ayres.

¿Qué se puede pues pensar del insensato, que consume los pocos dias que se le dan para vivir, en placeres frívolos y pasageros, ofendiendo al que le dió la vida que malogra? ¿Qué nombre se le puede dar sino el de monstruo ephímero y feroz, que no se aparece en el mundo sino para desvanecerse en un instante, y que al paso que va cediendo á la fuerza que lo empuja al sepulcro, se atre-

ve á insultar al Poder Soberano, que lo crió para hacerlo feliz?

¿Á quién se puede comparar sino á un estúpido, que arrebatado por una corriente impetuosa, quando va á sepultarse en los abysmos, tiene el increible frenesí de ultrajar y rechazar la mano benéfica, que se le presenta para salvarlo de aquel riesgo? Para decirlo mejor, amigo, la ceguedad de espíritu con que hemos vivido hasta aquí no se puede comparar á nada: solo Dios con su infinita luz puede apreciar toda la estúpida insensatez de un corazon, que se cierra á las luces de la religion y á los encantos de la virtud.

Bien sé que mis profanos labios, tan recientemente manchados con tantas blasphemias y delitos, no son dignos de pronunciar tan santos nombres. Tú mismo podrás hallar ridículo, que el que no ha mucho te excitaba á los mas delincuentes horrores, te hable ahora de la religion y de la virtud; pero, amigo, no lo extrañes, y admira las misericordias de Dios. Sus divinas luces han mudado mi corazon: tres meses de reflexîones continuas y profundas, con los auxîlios interiores de su divina gracia, me han inspirado mucho horror de mis desórdenes pasados. Tú podrás, Theodoro, reirte, tú podrás decir que he perdido el seso, que se me ha vuelto el juicio. Esta es la ordinaria salida de los que bien hallados con su pereza y con sus vicios, no quieren hacer un esfuerzo para salir de tan mal estado. Y quando no pueden negar la conversion de un hombre instruido, por ocultar su propia vergüenza, atribuyen á debilidad de ánimo la nueva luz de un santo desengaño.

Tambien podrás decir, que mi carácter siempre extremado en todo, pasa súbitamente de la incredulidad al entusiasmo, del desenfreno á la devocion; en fin tú dirás lo que quisieres. Pero yo te digo con toda la seriedad de que soy capaz, que he conocido nuestros deplorables errores: que estoy desengañado, y en la firme resolucion de consagrar en esta casa de campo, la ménos suntuosa de las mias, el poco resto de vida que me puede quedar en llorar los desórdenes de la pasada; expiando en los brazos y con los auxîlios de la religion tanto mis innumerables excesos, como los que he inducido á que cometan otros: aquí imploraré la piedad del Cielo por tantos ciegos, que arrastrados por la incredulidad y las pasiones corren precipitados á su perdicion: principalmente por ti, querido Theodoro; por ti á quien amo tanto; por ti á quien he dado malos consejos y peores egemplos; por ti finalmente, cuyo excelente natural es digno de conocer la verdad y profesar la virtud.

No me vuelvas á escribir de tus diversiones y desvaríos, ni de esos obgetos de seduccion, cuyos halagos me han sido tan funestos: yo no debo acordarme de nuestra disolucion sino para llorarla. Tu correspondencia me será agradable, porque siempre te amaré con la amistad mas tierna; pero no debe mezclarse en ella nada que altere la pureza en que deseo establecer mi corazon. Á Dios, querido amigo. Él te envie un rayo de aquella luz con que se ha servido iluminarme, y te haga por su misericordia encontrar la verdadera felicidad, que léjos de él buscas tan en vano. Á Dios otra vez, Theodoro mio.

CARTA II.

El Philósopho á Theodoro.

Amigo mio: Tu respuesta me ha consolado mucho, yo no esperaba mas que irrisiones, ironías y escarnios de tu parte. Este es el estilo ordinario de los que afectan el insensato valor de despreciar los remordimientos, para no avergonzarse con la bageza de sus vicios. Tú de buena fe con mas rectitud en tu corazon, y mas candor en tus labios me confiesas sínceramente, que á pesar de la juventud y las riquezas, que te presentan tantos medios de multiplicar tus placeres, jamas te encuentras satisfecho: que en medio de ellos sientes en tu corazon un vacío, que derrama sobre tu vida un fastidio intolerable; y que no pocas veces te sorprehende en el alma una inquietud que te atormenta; porque ciertos relámpagos, que atraviesan rápidos por tu imaginacion, te descubren un por venir, que aunque obscuro, te parece rodeado de lúgubres obgetos.

Me añades, que á tu pesar y en medio de tus mismos placeres solia turbarte la idea de una vida frágil, de una muerte cierta y de una exîstencia futura; que por mas que tú quieras pintártela á tu gusto y con los colores de una Philosophía lisongera, no deja de imprimirte algun terror, por la poca luz y seguridad que pueden dar las ideas humanas. En fin me pides, que te haga una relacion fiel de lo que me ha pasado en estos tres

meses de ausencia, para ver si puedes hallar direccion mas segura en la nueva carrera que yo emprendo, y si podrás acomodarte con esta felicidad de que yo me manifiesto tan gozoso.

Es difícil, Theodoro, reducir á méthodo y describir con órden la historia de estos tres meses, que comprehende una innumerable multitud de ideas: discurre quánto habrá sido menester para arrancar de mi corazon pasiones dulces que tanto le halagaban, y opiniones envegecidas que tanto lo seducian: quántos medios y esfuerzos habrán sido necesarios, para que despues de tanto tiempo de tinieblas y horrores, un esclavo de los vicios mas viles, abandonado de los espíritus juiciosos, despreciado de los hombres de bien, y que tenia perdida su reputacion; un miserable digo, que buscaba en la extravagancia de sus mismos excesos un funesto remedio contra el hastío que ocasionan los placeres desmedidos, haya podido abandonar tan imperiosas costumbres, y reformar tan tarde una vida larga, y toda consumida en los extremos de la depravacion. ¡Dios eterno, qué memoria! ¡Y eras tú, Señor, el que conservabas esta misma vida, de que yo no me servia sino para despreciar tus avisos, y ultrajar tu paciencia!

Sí, Theodoro, han sido menester grandes y repetidos golpes del Cielo: muchos medios gobernados por su divina providencia, muchos esfuerzos de su misericordia, muchos auxîlios interiores de su gracia, muchos exteriores en los egemplos de la santa sociedad á que me condujo, y en las exhortaciones del sabio Ministro que me deparó, para que se pudiera hacer en mi alma este trastorno, es-

ta conversion, esta renovacion total de inclinaciones y de ideas.

¿Cómo pues decirte todo lo que ha pasado por mí? ¿cómo explicarte el modo progresivo con que llegó á ablandarse este empedernido corazon? ¿cómo esta cabeza llena de tantas ilusiones y errores pudo poco á poco dar éntrada á la luz de tantas verdades? ¿cómo un monstruo de abominacion vislumbró la hermosura de la virtud? ¿y cómo en fin un temerario, tan imbuido de todos los sophismas de esta moderna fatal Philosophía, ha podido deponer sus falsas ilusiones, empezando á entrever la dignidad, la grandeza y la magestad de la religion?

Ya concebirás quán difícil es este empeño. Pero cómo puede serte útil, y quién sabe si tambien podrá serlo á alguno de los muchos que viven tan descaminados; como la resurreccion del mas muerto de los hombres debe contribuir á la gloria de Dios; y como la renovacion de estas ideas me dará á cada instante motivo para levantar mi corazon y repetir mis gracias al Autor de mi nueva vida ::: voy á emprenderlo, y confio en que el mismo que convirtió mi corazon, sabrá gobernar mi mano para su gloria, y para egemplo de otros infelices como yo.

No hallarás aquí flores sino frutos. No esperes estudio ni eleccion en las palabras y phrases; pero hallarás sentimientos verdaderos, y tales como los experimentó mi corazon en cada circunstancia. En vez de discursos elegantes hallarás afectos, y verás sus frutos. Pero como son muchos, temo que su reunion será numerosa, y que la historia de tres meses produzca un libro. Si así fuere ten paciencia:

mas quiero ser prolijo que diminuto, porque no pudiera callar nada sin suprimir un beneficio del Cielo y una demostracion de su bondad; en este caso admira en mi conversion *el Triumpho de la misericordia de Dios contra el corazon mas perverso.* Ayúdame á darle gracias, como yo le pido que te penetre de las mismas luces, y escucha que ya empiezo.

Ya te acordarás de la última noche, en que segun nuestra costumbre nos reunimos en tu casa para gozar de aquellos placeres infames, que eran entónces nuestra única felicidad. Harás memoria de que solo Manuel no concurrió, porque habia salido al anochecer en su coche á su casa de campo. No ignoras el motivo que lo conducia, que no era otro que disponer las cosas para el dia siguiente, en que yo y otros queríamos ir á consumar una atroz iniquidad, con ultrage de la confianza, y abuso de la inocencia: su recuerdo me llena de horror.

Tambien debes hacer memoria, que aquella noche por la primera vez vino á tu casa aquel magnífico y brillante Extrangero, que fué siempre objeto de mi antipatía: siendo hombre de nacimiento, habiendo traido recomendaciones superiores, y sosteniendo su dignidad con mucho gasto y grande esplendor, le fué fácil hallar entrada en las principales casas de la Ciudad.

Tambien sabes mi antipatía á su carácter arrogante, y que á pesar de las muchas insinuaciones que hizo para ser mi amigo, yo le opuse siempre una cortesía fria y reservada. Mi genio orgulloso no podia sufrir sus ayres superiores; y me inquietaba de que un hombre que no habia nacido entre nosotros, viniese á ofuscarnos: fuera de que su tono sa-

tisfecho y ayre altivo no podian conciliarse bien con la mal sufrida viveza de mi genio. Pero viéndolo en tu casa, y admitido á nuestras mas íntimas y secretas partidas, me fué preciso disimular mi displicencia.

Nos pusimos á jugar el Pharaon. Él segun su estilo queria con su petulancia avasallarlo todo. Jugaba noblemente, con mucha soltura y despejo; pero con modo tan insolente, que parecia querer despreciar el juego, y burlarse de los jugadores. Yo empezaba á soportar con trabajo estos ayres de dominacion; y en un lance en que yo tenia interes y reclamaba un derecho, él se atrevió á exponer su opinion contraria á mis pretensiones. Entónces el enfado me trasporta, y me arranca no sé qué palabras duras que le dige con ceño y aspereza. Yo sentí el exceso de mi vivacidad; pero mi cólera fué mas activa que mi reflexîon, y no habia remedio.

Lo singular es, que yo que esperaba una respuesta del mismo género, y me preparaba á todo, me sorprehendí viendo, que este hombre que parecia tan intrépido y orgulloso se quedó parado, que no me dijo una palabra, sino bajó los ojos, y continuó su juego como ántes. Hice juicio que este era uno de los muchos fanfarrones que andan por el mundo, á quienes su orgullo y sus riquezas inspiran arrogancia; pero que se ponen en su lugar desde que encuentran la primer resistencia, y me aplaudí en secreto de haberle sabido imponer.

Se concluyó el juego despues de media noche, y quando todos bajábamos la escalera para subir á nuestros coches, el Extrangero se me acerca, me llama aparte; y me dice: Yo creo que el que se

atreve á insultar á un hombre como yo, tendrá valor para darle satisfaccion; y espero que hoy mismo al amanecer vendréis á encontrarme á la Puerta del Arrabal, donde os estaré aguardando. Yo sentí al instante todas las consecuencias de este contratiempo, que me era mas desagradable, porque no podia dejar de reconocer que mi viveza y mal humor eran la verdadera causa. Pero como en lances de esta especie no permita réplica el honor mundano, sino es indispensable otorgar al instante, le aseguré que me hallaria en el sitio señalado á la hora que me indicaba. Esto pasó entre nosotros sin que nadie lo percibiese.

Fuíme á mi casa, y me puse en el lecho. Fatigado de mis excesos, mi cuerpo necesitaba del natural descanso: pero á pesar de que la noche precedente la habia pasado en trasnochada, la importunidad de mis reflexîones alejó al sueño de mis ojos. No me era posible, ni descansar mis miembros, ni sosegar mi espíritu. Me afligia considerar, que aquel encuentro podia quitarme la proporcion de ir al otro dia á casa de Manuel, y malograr una ocasion tan deseada, tan procurada, y que era entónces el mas ardiente obgeto de mis deseos.

Preveia los riesgos de un desafío, en un tiempo en que el Gobierno procuraba exterminarlos con la mayor severidad. No podia disimularme que el Extrangero estaba bien visto, y que tenia muchos amigos y valedores. Me consternaba la idea de que yo sin bastante motivo habia sido el agresor: que mi ciega antipatía y mi mal humor eran la única causa de mi imprudencia; y que todos los que es-

tabán en el juego eran testigos, y podian deponer de mi arrojo y de su moderacion.

Estas consideraciones me tenian inquieto y desasosegado. No temia las resultas del lance. Mi superioridad en la esgrima me daba confianza en la destreza de mi brazo: pero no podia ocultarme los muchos peligros á que me exponia; y lo peor era que no habia remedio, pues era indispensable aventurarse á todo. Lo único que me proponia era valerme de mi habilidad para desarmarlo sin herirlo, y terminar el lance de un modo, que sin serle funesto, me dejara con reposo y con gloria.

Fatigada mi alma con estas ideas, no hallaba un instante de descanso, y ya habia pasado una gran parte de la noche. Serian las tres de la mañana, quando siento en la sala que precede á mi alcoba pasos y ruido. Este extraño movimiento me sorprehende: llamo, y veo entrar despavorido, sin color ni figura de hombre á un criado de Manuel, ministro ordinario de nuestras iniquidades: se llega á mí, y con una voz trémula, que anunciaba su terror y sollozos, me dice, que su amo acaba de morir súbitamente.

¿Cómo podré pintarte el efecto que me produjo esta terrible y no esperada nueva? Yo no podia creer ni á mis oidos ni á mis ojos. ¿Qué? le respondí con precipitacion, ¡Manuel! Sí señor, me replica: acabo de verle morir tan arrebatadamente, que no ha podido decir una palabra. Yo mismo estaba á su lado en el coche: no habia dado el menor indicio de estar malo. Le creia dormido; pero de repente hizo un movimiento extraordinario, y este movimiento ha sido su postrer suspiro. Nues-

tros esfuerzos han sido vanos. No le hemos podido observar el menor aliento, y viéndolo ya cadáver, los demas han seguido con el cuerpo á la casa de campo, que ya estaba cerca, y yo he venido á daros el aviso.

Mi sobresalto era en tal extremo, y la confusion de mis ideas tanta, que apénas podia percibir lo que escuchaba. Salto del lecho sin saber lo que hago: quiero hablar, y no puedo: deseo preguntarle é informarme, y no hallo como articular palabra. Las ideas se me atropellan de manera, que las unas empujan á las otras, sin poder fijarme en ninguna. Me visto prontamente, corro descompasado por el quarto, no alcanzo á proferir mas que voces interrumpidas y mal articuladas: ¡Manuel, Manuel es muerto! ¡mi mejor amigo! ¡Manuel! Y estos acentos espantosos son acompañados de ojeadas vagabundas y despavoridas.

Gritaba sin cesar: ¡Manuel, Manuel ha muerto! Los dos habíamos pasado el mismo dia en los horrores de la mayor disolucion, y nos habíamos preparado á pasar el siguiente en desórdenes aun mas exêcrables. Esta memoria daba á las convulsiones de mi despecho un carácter tan extravagante y feroz, que me hacia terrible á mis propios criados. Estos se esforzaban á darme algun consuelo; pero yo no veia mas que muertes y sepulcros. Los movimientos de mi respiracion eran cortos y penosos, y cada uno de ellos me parecia el último.

No podia sufrir la vista de mi quarto, ni veia en él mas que obgetos pavorosos. Los muros, á pesar de las ricas decoraciones que los adornaban, se me representaban cubiertos de un vapor sepulcral.

Este pasage tan impensado y rápido, con que Manuel salió del seno de los deleytes para entrar en el abysmo de la eternidad, me presentaba una imágen tan espantosa, que para sacudirla y aliviarme del horror con que me atormentaba, corria como un miserable dando gritos, que parecian aullidos, semejantes á los que pueden dar las fieras, quando acosadas por los cazadores se vén cogidas y sin camino para evitar su plomo destructor.

Quando mis criados me viéron en esta especie de delirio quisieron con lágrimas y ruegos exhortarme á la moderacion; pero yo estaba incapaz de escuchar un consejo. Mi primer movimiento fué volar con socorros, á ver si era posible algun remedio. El criado de Manuel me lo rogaba, los mios me lo proponian; pero la memoria del desafío y su proxîmidad me quitaban todos los arbitrios.

Al fin sentí la necesidad de tomar un partido. Hice un esfuerzo sobre mí, y sentándome despues de algunos momentos en que procuré calmar mi agitacion, di órden á un criado de mi confianza para que tomando un coche y acompañando al de Manuel fuesen á despertar al Médico que les nombré, y lo llevasen á Manuel por si era posible darle algun socorro. El criado de Manuel dudaba de la utilidad de esta diligencia, diciendo que era tarde, y que ya su amo habia muerto; pero saliéron ambos. Los demas empezáron á renovar sus exhortaciones, y yo que me cansaba de su presencia, con una voz que manifestaba mi autoridad, y el respeto que me debian, les mandé que se fueran, y me dejaran solo.

Esta fué la primera vez que consideré quán inú-

tiles son los socorros humanos en los casos mas importantes de los hombres. Estos fuéron los primeros terrores que experimentó mi intrépido corazon; sin duda que Dios lo preparaba para que recibiera mejor las impresiones de su luz; como espero que con la misma te ha inspirado el deseo de saber mi historia, y me da el valor de escribirte la milagrosa revolucion que ha hecho en mi alma, porque ya quiere preparar la tuya. Quizá tambien la relacion de mis dias tenebrosos, y de los dulces que ahora paso en el consuelo de mi arrepentimiento y de mis expiaciones, caerá en la mano de alguno que esté tan seducido como yo, y lo excitará á buscar el mismo remedio á tan gran desgracia.

Luego que quedé solo cerré mi puerta, y me pareció que la soledad aumentaba mi terror y despecho. Es imposible que te diga, ni que yo mismo sepa la multitud de ideas que atravesáron mi imaginacion; pero todas eran confusas, ninguna distinguida, y sobre todo eran lúgubres y horrorosas. La que me hizo mas impresion, porque me era mas nueva, fué acordarme de un cierto pariente, que yo veia poco porque era justo y buen Christiano: no le veia nunca sin burlarme de su religion, que yo llamaba bobería; y sin reirme de sus virtudes, que llamaba simplicidad.

Ya te puedes acordar que este hombre, á quien su inocencia y religiosa conducta debian hacer respetable, era siempre el obgeto de nuestras irrisiones. Yo habia trabajado muchas veces en seducirlo con los sophismas de mis opiniones philosóphicas, y no habiendo podido ganar nada sobre su sano juicio, lo habia abandonado como un hombre de cor-

tos alcances, incapaz de salir de la esphera del vulgo. Pero en aquel instante de terror, no sé por qué se presentó á mi memoria con otro aspecto. Me parece que en aquel momento hubiera sacrificado toda mi opulencia por una paz y serenidad como la suya.

¡Ay Mariano! exclamaba en medio de las convulsiones que despedazaban mi corazon: ¡ay Mariano! de quien me he burlado tanto: tú no eres tan desdichado como yo: tú vives tranquilo y sin pasiones: tu inocencia no teme nada. Pero yo esclavo de mis pasiones ya empiezo á sentir sus efectos; y estas reflexîones me arrancaban un diluvio de lágrimas. Todos mis miembros se estremecian: el dolor me forzaba á sollozos, que me hubiera avergonzado de que los oyesen los compañeros de mis delirios, y que habia querido ocultar á mis propios criados á quienes fiaba todas mis flaquezas.

Pero ¿cómo podré explicarte el terror y sobresalto que sintió mi corazon, quando de repente y sin ningun precursor oygo el mas formidable trueno que jamas ha llegado á mis oidos, y que tras él sin intervalo siguen otros igualmente terribles y espantosos? Esta es la famosa tempestad de aquel dia de que debes hacer memoria, porque causó muchos sustos y grandes daños: yo no habia jamas tenido temor de un phenómeno tan natural; pero la circunstancia me lo hizo parecer horrible y pavoroso. Mis órganos ya irritados y trémulos no pudieron soportar estrépito tan espantoso.

Me parecia que yo solo provocaba este desórden de la naturaleza: que el que la gobernaba

apuntaba contra mí sus iras, y atormentaba al Cielo y á la tierra solo para castigarme. Cada relámpago que salia del seno de las nubes, y entraba á iluminar lo interior de mi quarto me deslumbraba, dejándome una impresion de muerte. Cada trueno me parecia disparado contra mí, y me arrojaba á tierra como para pedir que me escondiera en sus entrañas. En fin yo mismo no me reconocia, y me avergonzaba de mí mismo; pero no me era posible resistir á la fuerza de estas impresiones.

Quando la tempestad empezó á serenarse ya el dia estaba claro, y me corrí pensando que el Extrangero podia ya esperarme: que tendria derecho para advertirme que llegaba tarde, y quando podia haber gentes que nos embarazasen. Entónces abro la puerta apresurado, tomo mi espada, me embozo en una capa que encontré por acaso en la antesala, y corro á la puerta de la calle: me la hago abrir, y prevengo que no se diga á nadie mi salida. Enfilo las calles de la Ciudad que estaban desiertas todavía, y en el tiempo debido llego al campo.

Ya encontré al Extrangero que me esperaba. Nos separamos un poco del camino, y presto llegamos al terreno que debia ser teatro del combate. Todas las ventajas estaban por él. Yo habia pasado dos noches sin dormir, y la última me tenia como enagenado y fuera de mí; con todo eso me quedó bastante razon y sangre fria para no querer quitarle la vida. Mi ánimo era vencerlo sin matarlo, y si era posible sin herirlo, para terminar presto el combate, y volar al socorro de Manuel.

Pero ¡ay! su suerte no dependió de mi mano,

pues apénas me vé en postura, y ya preparado á la defensa, quando se avanza contra mí con tanta violencia, con ímpetu tan precipitado, que él mismo se embasó mi espada, sin que me fuese posible preservarlo. Léjos de que yo lo atacase me fué preciso retirar mi acero para que no quedase atravesado. Doy algunos pasos atras para entrar en conferencia, él no quiere escucharme, y vuelve sobre mí con nueva furia; pero ya entónces le salia la sangre á borbollones. Con esta vista me horrorizo, y me retiro aun mas; pero él se avanza siempre hasta que desangrado cae en tierra. Corro á socorrerle; ¿pero qué podia hacer? le hablo, no me responde: le toco, y me parece muerto.

Entónces reflexîono toda la ligereza de mi conducta en no haber hecho ninguna prevencion para este caso ú otro semejante: condeno mi presuncion de haberme fiado tanto en mi destreza, y no haber previsto lo que sucedia. Pero estas reflexîones eran ya tarde, y las mas urgentes me decian: que ya el dia estaba muy claro: que si me veian seria fácil conocer que yo era el autor de aquella muerte, y que me exponía al mayor riesgo. Conocia todos los inconvenientes, pero no tenia valor para dejar aquel hombre sin auxîlio.

Miéntras fluctúo en esta indecision veo un paysano que venia á caballo, y al instante tomo mi partido. Me acerco á él, y dándole mi bolsillo le digo: Amigo, ved aquel hombre que se está desangrando, tomad este dinero, corred á socorrerlo: llevadlo á alguna casa donde se le pueda curar, y tened por cierto que si le salvais la vida, yo volveré á pagaros con liberalidad este servicio. El

hombre queda sorprehendido ; pero yo le pongo el bolsillo en las manos, y sin esperar su respuesta me alejo de aquel sitio. No obstante quando estuve á cierta distancia vuelvo la vista, y veo que el paysano estaba ya con el herido : que otro hombre se habia tambien juntado, y que ambos trabajaban para hacerlo montar.

Entónces no me detengo mas. Conociendo quán necesario me era no dejarme ver de nadie, y alejarme de aquel sitio, me pongo á marchar con toda la celeridad que pude. No siéndome posible volver á la Ciudad, me pareció que no tenia otro partido por entónces que alejarme de ella lo mas que pudiera hasta que me informase del estado de las cosas : y para no ser visto ni encontrado por nadie degé el camino público, y me metí en lo interior de los campos, atravesando sin senda la campaña, sin mas obgeto que el de alejarme del poblado.

Así corrí muchas horas sin idea ni designio fijo, hasta que sintiendo que ya no podia mas, y que mis fuerzas necesitaban de algun descanso, detuve un poco el ardor de mi fuga. Derramo la vista por todas partes, y me parece estar en un desierto, solo diviso á alguna distancia un edificio: me acerco poco á poco, y con pasos ya cansados al fin llego al umbral, y reconozco que es un Convento que está solo en medio de aquel desierto. Este descubrimiento me desagrada. Ya conoces nuestra fiera antipatía á todo lo que puede ser Eclesiástico ó Monacal ; pero no habia remedio. Ni allí habia otro asylo, ni yo tenia fuerzas para poder buscarlo.

Entro pues sin que nadie me detenga : atravieso un pórtico , y lo primero que se presenta á mi vista es un espacioso patio rodeado de largos y desiertos corredores. Á pesar de la aversion con que veia todo lo que era claustro , la extrema agitacion de mi alma me hizo sentir algun consuelo quando vi la calma y profundo silencio que reynaba en aquel vasto espacio. Me pareció que mi corazon se penetró del sentimiento serio y melancólico , que produce la inmovilidad de los sepulcros. Pero comparando la tranquilidad y sosiego de aquel sitio con la turbacion y desórden de mi espíritu , sentí mas el peso de mis propias angustias. ¡Ah! me decia: ayer vivia en la grandeza y esplendor : ayer rebosaba de placeres y riquezas ; y hoy á pesar de tantos medios y de las presunciones de mi orgullo corro vagabundo buscando un asylo , y no encuentro otro que el de un claustro , quando yo hubiera querido exterminarlos todos.

La fatiga me hizo sentar en uno de los bancos que habia en aquellos corredores. Allí me sumergí en profundas reflexîones , que nadie interrumpia , y que no podia distraer ningun rumor. Allí hubiera querido trocar mis casas magníficas y sus aposentos cubiertos de oro , por un rincon obscuro de aquella mansion pacífica y tranquila : hubiera dado sus salas brillantes y suntuosas , en que tanto se anidan las inquietudes y las penas , por un recinto humilde en que hallase la paz con el reposo. Pero á pesar de estas ideas naturales era tan fuerte el tedio de mi corazon contra todo lo que podia ser Eclesiástico ó Religioso , que me afligia de que el acaso, este era entónces mi lenguage , me hubiera condu-

cido á aquel Convento. Hubiera preferido la casa de un Labrador, ó qualquiera abrigo de otra especie; y mi enconada rabia me engañaba tanto, que mi intencion era descansar un poco, y salir á buscar otro asylo, sin sentir todavía la entera degradacion de mi salud y fuerzas.

La lectura de los libros philosóphicos habia pervertido enteramente mis ideas. Yo habia concebido no solo el mas alto desprecio, sino tambien la aversion mas activa contra todo lo que pertenecia á la Iglesia. Creyendo que el Christianismo era una invencion humana como todas las otras religiones, no podia mirar la Iglesia sino como el hogar ó centro de sus principales Ministros, que abusaban de la credulidad en favor de sus intereses. Todas sus sociedades me parecian cavernas de impostores: sus ceremonias ridículas: sus ritos irrisorios. Quando mas estaban constituidos en dignidad me parecian mas despreciables; pues los imaginaba Ministros del error, y cómplices de la seduccion.

No me podia figurar que personas en quienes por otra parte reconocia talentos fuesen capaces de creer fábulas tan absurdas, y suponia que contribuian por interes á seducir los Pueblos. Todo lo que ellos llamaban jurisdiccion ó derecho, me parecia usurpacion y abuso de la crédula simplicidad de los ignorantes. Nada deseaba tanto como verla atropellada y abatida. Cada Clérigo me parecia un bárbaro: cada Frayle un monstruo: cada devoto un simple: cada creyente un ignorante: y el que mejor libraba en mi opinion era un buen hombre de corto talento, que no habia sabido sacudir el yugo que le impusieron desde niño. Las Comunidades Mo-

nacales me parecian congregaciones perniciosas de ociosos, absurdas en política, y fatales al Estado, y como un medio de que muchos con ridículos pretextos viviesen inútiles á costa del trabajo ageno. Los votos Religiosos eran para mí imprudentes y bárbaros, y todas sus costumbres viles y groseras.

Yo habia leido con delectacion y complacencia todo lo que la historia cuenta de sus desórdenes y excesos inseparables de la fragilidad humana; pero que la malignidad ha exâgerado, y que mi propia corrupcion exâgeraba aun mas: y por los excesos de pocos con mala Lógica condenaba á todos, sin exâminar como debia las austeridades, los martyrios y las virtudes de tantos Eclesiásticos dignos de la mayor veneracion. ¿Pero qué caso podia hacer yo de virtudes que no estimaba por tales; que creia bagezas y extravagancia, y que en mi concepto merecian mas la indignacion que el aprecio? En fin yo conocia y trataba pocos Sacerdotes, ó ninguno; porque no podia verlos sin saña y sin furor; así quando por casualidad me encontraba con alguno lo trataba con el desprecio mas ultrajante, y si la circunstancia me lo permitia lo hacia obgeto de mi burla y escarnio. Me divertia con él hablándole con ironía y mofa: lo procuraba ridiculizar, y mostraba en mis discursos y mi gesto la baja opinion que tenia de su persona y de su estado.

Con estas preocupaciones ya puedes concebir que deseaba salir de aquel retiro, y buscar otro que fuera ménos repugnante á mis ideas: y entre tanto en el reposo á que me forzaba mi fatiga, mi alma daba entrada á diferentes reflexîones. Volvia á compararme con los que habitaban aquel sosegado reti-

ro : repasaba todas mis ventajas de nacimiento y de fortuna : me suponia mucho mas ilustrado que ellos; y con todo decia suspirando : Ellos están mas tranquilos que yo ; ellos respiran sin las penas y sustos que yo sufro , y son infinitamente mas dichosos ; sin duda que tienen ménos luces , y que viven con falsas ilusiones. Pero este mismo error que los engaña : esta misma falta de talento que los ciega es el principio de su felicidad ; pues consumen sus dias en estos asylos del reposo , léjos de los afanes y pasiones , y al fin quando llegue la muerte habrán sacado mejor parte que yo , que con todos mis conocimientos vivo con tantas inquietudes , y me encuentro expuesto á tan grandes peligros. ¡Ay Manuel desdichado!

Tú has acabado , continuaba , una corta vida, en que como yo buscando siempre los placeres , no has encontrado como yo mas que tormentos y aflicciones. ¿De qué te han servido ni tu Philosophía ni tus prendas? Tú parecias como una nave bien anclada , que desafía á las tempestades y las ondas , y con todo has desaparecido de repente : una ola inopinada te ha arrojado en la profundidad de los abysmos. ¡Infeliz Extrangero , víctima involuntaria de mi mano! yo he cortado en su primavera el hilo de tu vida : yo he regado á mi pesar con tu sangre la tierra que debe arrojarme de su seno. Vé aquí en pocos instantes dos plantas que parecian tan lozanas , arrancadas , marchitas y convirtiéndose en ceniza. Vé aquí dos vidas , que no han tenido entre sus placeres y su muerte mas intervalo que el de un suspiro. ¡Pobre Manuel! tú corrias por servirme á nuevas iniquidades , y en un

instante el destino te separa de mí para siempre. ¡Extrangero desgraciado, mi altivez, mi mal humor, mi genio violento y envidioso te han hecho víctima de mi feroz arrogancia! Pero uno y otro tendréis el consuelo de que el suplicio sea el término de mis excesos; y si no me alcanza quedaréis mas vengados, pues mis propios remordimientos me hacen padecer tormentos mas crueles.

Quando bebia el cáliz de estas amargas reflexîones oygo el tañido de una campana, y al instante aquel profundo silencio y soledad se convierte en un movimiento vivo y continuado. Á un tiempo se abren todas las puertas de los quartos que rodean los claustros, y sus tranquilos habitantes salen presurosos, encaminándose, como despues supe, á la Iglesia. El corazon me dió un vuelco, y no pude dejar de decirme: Hombres ilusos, hombres pacíficos, á pesar de vuestras ignorancias y errores, ¿quán superior es la paz de vuestro corazon á las angustias que padece el mio? Vosotros erais el obgeto de mi desprecio y de mi saña, ahora lo sois de mi envidia. Y en este mismo momento aquel espectáculo tan serio y tan sencillo me interesó mas que todas las pompas del mundo.

Uno de los que pasaban junto á mí, viendo allí un hombre desconocido, ó advirtiendo quizas en mi semblante algunas señales de las agitaciones de mi espíritu, se me acerca, y con tono dulce y comedido me pregunta: qué es lo que deseo, y si puede servirme en algo. Le respondo: que la fatiga de un largo viage me ha obligado á sentarme allí, y que no deseo mas que un poco de reposo. Me deja, se incorpora con los otros, y oy-

go que despues de algunos minutos empiezan todos á cantar Psalmos y Cánticos con uncion y reverencia. El concierto acorde y magestuoso de tantas voces me sorprehendió, y no dejó de causarme una impresion de respeto: pero arrastrado por el ascendiente de mis antiguas ideas me dige: Hombres simples y crédulos, vos derramais vuestras voces al viento, vos celebrais al que no puede oiros. Si exîstiera el Dios que cantais, él os exîgiera sacrificios mas útiles: ¿de qué podrán servirle vuestros cantos y alabanzas? ¡Ah! si no hicierais mayor mal en el mundo mereceriais mas compasion que cólera: pero miéntras algunos de vosotros cantan, otros se ocupan en turbar al mundo, en seducirlo y dominarlo.

Aquellos Eclesiásticos consumiéron en aquellos oficios mucho tiempo, y yo me sentí mas agravado con el peso de mis fatigas; de modo que quando saliéron para retirarse otra vez á sus estancias, yo estaba todavía absorto é inmóvil en el mismo puesto. El mismo Eclesiástico que me habló la primera vez se me volvió á acercar, y con ademan mas dulce y expresivo me dijo: Me parece, Caballero, que algun cuidado grave ó que alguna inquietud viva os tienen agitado: si vuestra pena es de naturaleza, que la compasion, la caridad y el zelo la pueden remediar, yo os ofrezco los consejos, los oficios y los esfuerzos de quantos estamos congregados en esta casa: quizá Dios, que todo lo gobierna con su providencia, os ha conducido á ella, porque quiere su bondad hacernos la gracia de que podamos contribuir á vuestro alivio. Dejadme, Padre, le dige yo con un tono muy rudo: yo no conozco ese Dios de que me hablais: yo no creo que exîsta;

porque si exîstiese yo no viviria; y si lo hay para vos, no lo hay para mí.

El buen Eclesiástico se quedó sorprehendido oyéndome un discurso tan insensato. Se persuadió sin duda que mi razon estaba enagenada, y con todos los miramientos de una caridad atenta y delicada me propuso, que no estábamos bien en aquel claustro: me añadió, que él estaba encargado de cuidar de los forasteros que venian de quando en quando á hacer los egercicios en aquella casa, que por consiguiente podia disponer de los aposentos destinados á este obgeto, que si yo queria venir podia ponerme en uno de ellos, donde estaria con toda libertad, y que despues de haberme recobrado podria hacer lo que quisiera.

Mi situacion era difícil, porque al fin la irritacion de mis nervios, y tantas convulsiones violentas que habia sufrido mi alma, me habian encendido en una fiebre que me devoraba. Él se apercibió, y tomándome el pulso me dijo: Venid, señor, venid conmigo, pues aquí estais mal, y en esta casa hallaréis todos los socorros del arte y de la caridad. Y diciendo esto me toma por el brazo, y con una dulce violencia me arrastra á uno de los aposentos, que estaban cerca.

Yo estaba ya sin accion y sin fuerzas: me dejo conducir: me lleva á un lecho sencillo pero aseado, y entónces no pudiendo sostenerme me acuesto en él como casi fuera de mis sentidos. No hago memoria de lo que pasó por mí desde aquel momento; pero el Padre me ha dicho despues, que á poco rato entré en un delirio phrenético, que no hablaba mas que de muertes y sepulcros, que me veia

con horror á mí mismo : que llamaba muchas veces á Manuel, que otras me enfurecia contra uno que llamaba Extrangero, y causa de todas mis desgracias : que el nombre de Theodoro era repetido por mis labios como si le pidiera compasion, y que algunas veces tambien invocaba á Mariano.

Pero que mis discursos no eran seguidos : que las palabras eran interrumpidas y tumultuosas, sin que nunca terminara la phrase : que despues de haber pasado mucho tiempo en estas agitaciones violentas caí en un letargo profundo, sin dar la menor señal de movimiento : que al fin despues de mas de veinte y quatro horas de este estado de insensibilidad con todos los syntomas de muerte, la fuerza de mi temperamento me sacó, haciendo que la naturaleza se desahogase con un sudor crítico y copioso, que me hizo volver á la salud y á la razon.

Lo único de que yo puedo hacer memoria es, de que habiendo vuelto en mí como á media noche, el primer obgeto que se presentó á mi vista fué aquel mismo Eclesiástico, que á la luz de una lámpara, puesto de rodillas delante de un Crucifijo, exhalaba suspiros tiernos y doloridos con el semblante inundado en llanto. Á pesar de la flaqueza en que me hallaba todavía, este espectáculo tan nuevo y tan tierno conmovió mucho mis entrañas. La primera idea que me vino fué, la de que yo que no habia conocido jamas la virtud, ni me habia querido persuadir de su exîstencia, ahora la veia en su misma persona : que la veia por la primera vez en un Eclesiástico que no me conocia, y me trataba con tanta caridad.

En medio de mi debilidad y mis angustias, esta vista derramó una impresion de dulzura sobre mi alma, vertió un bálsamo saludable sobre mi corazon. Sentí como un consuelo de encontrarme engañado, de haber al fin hallado esta virtud que no creia, de ver que alumbraba ya con primeros rayos de su luz celestial las tinieblas de mi vida, y que me estaba ofreciendo todos sus thesoros. Mi emocion fué tan viva que di un grito, y aquel santo varon interrumpiendo su egercicio corrió lleno de júbilo á mi lecho. Yo queria explicarle una parte de las ideas tumultuosas que me agitaban, sin poder articular ninguna, y sin formar una phrase arreglada. Él me representó, que despues de un ataque tan fuerte todo esfuerzo me seria dañoso: que el Médico habia prevenido que no se me permitiese hablar. Me pidió que callase, y solo me recomendó el sosiego.

Parece que ya su alma empezaba á tomar ascendiente sobre la mia, pues no me atreví á desobedecerle. Desde entónces empezó entre nosotros un comercio de señas, con que me indicaba lo que debia hacer para restablecerme, sin permitir que le respondiera. No es posible, Theodoro, que yo te refiera el zelo, la vigilancia, la aficion y ternura con que me servia este hombre incomparable, y bajo sus órdenes los enfermeros y dependientes. Yo me admiraba de un ardor tan constante, y de un interes tan amistoso por un desconocido.

Tres dias de cuidado, de remedios, y de un alimento simple y sano bastáron para ponerme en disposicion de tomar un partido. En todo este intermedio no me dijo una palabra que no tuviese por

obgeto mi salud. Y quando yo impelido de mi gratitud, ó no pudiendo contener las inquietudes de mi situacion queria desahogar con él algunos de estos sentimientos, él los atajaba diciéndome, que aun no tenia fuerzas suficientes, y que era menester esperar á tenerlas.

Entre las reflexîones que me atormentaban, la que en mi espíritu tenia mas fuerza por entónces era un sentimiento de vergüenza. Me parecia que yo no era digno de tantas atenciones: que no merecia todos los desvelos de aquel hombre cuyo carácter y profesion habia yo despreciado; y á quien en caso trocado hubiera abandonado con desprecio, ó quando mas lo hubiera hecho servir con desden. Por otra parte la diferencia de nuestras opiniones: la poca conformidad de nuestra conducta: la idea de que si él conociera mi modo de pensar y mis acciones, que si supiera que yo acababa de dar la muerte á un infeliz, y todo lo demas de mi conducta, me miraria con horror, en vez de tratarme con caridad tan amistosa: todo en fin me hacia parecer que yo le robaba sin pudor su beneficencia y atenciones.

Una mañana sintiendo ya mis fuerzas, y no pudiendo contener mas los ímpetus de mi corazon, quando se acercó á mi lecho para informarse del estado de mi salud, tomando sus manos entre las mias, y mojándolas con mi llanto le dige: Hombre angelical, ¿quál será tu dolor y tu arrepentimiento quando conozcas el monstruo en quien derramas cuidados tan repetidos y afectuosos? No solo usas conmigo de una caridad fervorosa, sino que veo en tus acciones y en tus ojos interes, ternura y amis-

tad. Yo te diera toda la mia si fuera digno de la que me ofreces : pero tú me verás con horror el dia que me conozcas : tú me confundes y avergüenzas , porque empiezas á hacerme conocer mis injusticias. No : nosotros no hemos nacido el uno para el otro ; ni podemos habitar juntos bajo del mismo techo.

Vos sois un Ángel , yo un demonio : vos creeis un Dios , le amais y lo servis ; yo no creo que lo haya ; y esta idea me sostiene , porque si lo hubiera no pudiera ser mas que mi enemigo. Vos adorais á Jesu Christo ; yo le aborrezco : vos seguis su religion ; yo la abomino : vos pasais vuestra vida en la virtud y la inocencia ; ya mas de cincuenta años que yo arrastro las cadenas de las pasiones mas vergonzosas : vos respirais con un corazon tranquilo y sosegado : nada os turba , nada os inquieta ; porque no temeis las desgracias , porque estais seguro de hallar en ellas el socorro de vuestras ilusiones. Vuestros consuelos son falsos , son fingidos ; pero al fin son consuelos.

Yo con mayor luz , con conocimientos mas exêntos de error , no puedo hallar mas que furores y despechos. Yo soy el mas infeliz de los hombres; y lo peor es , que no puedo hallar en mi corazon remedio contra lo que sufro y lo que me amenaza. Yo quisiera ser ignorante y crédulo. Yo envidio ahora vuestra simplicidad ; pero todas mis luces , todas mis costumbres , todas mis experiencias se resisten. Mi corrupcion es inveterada y profunda. Los vicios no me han dejado nada sano. Han penetrado hasta la medula de mis huesos , y siento que todos están circulando en mis venas con mi sangre.

Diciendo estas palabras, sin interrumpirme un instante, mis sollozos se precipitaban, y extinguiéron mi aliento. Cansado de aquel esfuerzo no sé cómo mi cabeza se recostó sobre el pecho de aquel Ángel. Pero quál fué la dulzura y consuelo que recibí quando sentí que sus manos puras me estrechaban contra su inocente y caritativo corazon: quando vi caer sobre mi frente lágrimas dulces y amorosas de sus tiernos ojos, y quando vi que el dulce llanto del justo se confundia con el llanto amargo de un miserable; los dos quedamos largo tiempo inmobles en esta postura. Y tú, Dios eterno, tú que dabas tan diferente impulso á nuestras almas, tú mirabas desde tu alto throno este abrazo en que te complacian las virtudes del Santo, y empezaban las esperanzas del iniquo: tú mirabas este espectáculo obscuro como mas digno de la admiracion de los Ángeles y de los hombres, que quantos celebra la vanidad de las historias de los Reyes: tú bendecias estas primicias del triumpho que preparaba tu misericordia contra la dureza y malicia de mi corazon.

Theodoro, las lágrimas me sofocan. El recuerdo de esta tierna y patética escena me enternece de nuevo, y me derrite en llanto. Necesito de algun descanso, y reservo lo demas para la carta que seguirá á esta. Á Dios, amigo mio.

CARTA III.

El Philósopho á Theodoro.

Querido Theodoro: Ántes que continúe la relacion que degé pendiente, debo decir, que hasta entónces mi nuevo y oficioso amigo, no se habia presentado á mi espíritu, sino como hombre de buen juicio, de candor y de benevolencia, pero simple y de carácter sencillo. No habia visto en él nada que lo pudiese recomendar particularmente. Pero al instante que se separó de mis brazos, me pareció que su semblante se habia revestido de una expresion mas animada. Y á pesar del tedio con que miraba á todos los de su especie, me inspiró una idea tan noble de su persona, que se acercaba al respeto.

Mirándome con ojos, en quienes brillaba mucha alegría, extendió su mano sobre mí; y con voz llena de júbilo me dijo: El dedo de Dios está aquí. Despues se sienta á mi lado, y con tono blando me añadió: El que gobierna la naturaleza conduce todos los sucesos con medios invisibles; y pues os ha traido aquí, no será en vano. Al instante comprehendí, que el buen hombre se habia figurado que yo era una de aquellas ovejas que ellos llaman perdidas: y que él era el Pastor destinado á conducirme al rebaño. En efecto empezó á decirme muchas cosas, que no puedo repetir porque las escuché sin atencion, y sin pensar mas que

en el modo de desembarazarme de un hombre capaz de una pretension tan ridícula.

Sabia ya que los Eclesiásticos y Religiosos miran como una particular gloria el hacer conversiones, y no dudé que este buen varon queria honrarse con la mia. Entónces sentí mas mi desgracia de haber caido en aquella casa. Pero á pesar de esta prevencion, y del fastidio que me causaban sus discursos, no podia dejar de reirme, admirando su simplicidad, y el tono de confianza y persuasion con que me hablaba. Me sorprehendian tambien la elocuencia, y la facilidad con que me embanastaba los argumentos que ellos tienen preparados, para quando se les presentan las ocasiones de su oficio. En fin preví, que el cándido y moderno Apóstol me molestaria mucho con su importunidad.

Para cortar de raiz sus esperanzas me determiné á hablarle con claridad, y desengañarle prontamente. Me pareció, que si me oia hablar con la instruccion y conocimientos con que me era fácil explicarme, el buen hombre no seria tan mentecato, que persistiese en su ridículo empeño: que conóceria al instante, que yo no era de aquellos crédulos, que se dejan alucinar con raciocinios frívolos: y que al contrario el pobre iluso se veria muy apretado para desembarazarse de mis reflexîones: y no me pareció imposible, que el convertidor fuese el convertido. Así dejándole hablar miéntras yo hacia entre mí estos cálculos, en un momento en que me hablaba de la religion y de la misericordia divina, le interrumpí, y le dige: ¡Ah Padre! ¡qué bueno seria todo eso si fuera cierto!

¡pero qué léjos de la verdad están los hombres! Cada uno piensa haberla hallado, y quizá todos se engañan. La mayor parte crée lo que se le ha enseñado en la niñez, y como despues se les ha radicado esta opinion con los egemplos, con las costumbres y con el trato de aquellos con quienes viven, poco á poco se forma cada qual una creencia, que no es ya posible alterar, porque desde entónces ni se disputa ni se duda. Como por otra parte la sola duda es un delito que merece castigos eternos, vé aquí al hombre tímido y miserable enlazado con cadenas indisolubles.

La opinion que se formó en su infancia con la autoridad de sus mayores, se refuerza con el terror que hace delincuente hasta el exámen; y esta es la razon por qué tantos ingenios tan ilustrados en otras cosas, muestran en la religion una credulidad tan insensata. Vé aquí por qué hombres ilustres que han parecido y eran sabios en otras ciencias, en asuntos de creencia fuéron siempre niños.

¡Qué mucho pues, que Pueblos enteros poco instruidos, y ménos propios para el exámen de objetos tan obscuros y complicados vivan siempre en la creencia que encontráron! Para sacudir ilusiones nacidas en la infancia, y sostenidas por el egemplo comun, es menester un espíritu de órden superior, un ingenio elevado, que junte con la extension de las luces la fuerza y el valor de un carácter generoso. Es menester tambien que viva en un gobierno, que no sea phanático; porque quando la autoridad persigue la libertad de la razon, no hay quien quiera ser mártyr, ni exponer el re-

poso de su vida en sacrificio de la verdad.

Así es necesaria la reunion de muchas circunstancias difíciles para que se forme un Philósopho; y vé aquí por qué son tan raros. Pero los pocos que han venido al mundo, ¿quántos bienes han hecho á la humanidad? Ahora es quando su número se multiplica; y si, como es de esperar, sus luces se propagan, ¿quántos pueden hacer en adelante? Sacarán á los hombres de su eterna niñez. No se verán tantos ancianos con los terrores ridículos de la infancia: gozarán sin temor de los presentes que les hace la naturaleza: gozarán de la vida sin amargarla con el espantoso aspecto de otra vida futura: en fin vivirán con las reglas que la razon les inspira.

En quanto á mí yo no he aprendido á creer: lo que mas he sabido es dudar, y es imposible persuadirme lo que repugna á mi razon. Muchos dicen que no hay Dios: yo sé que en rigor no está demostrada esta verdad, y que hay varias razones philosóphicas para dudar de su exîstencia. Con todo eso me persuado, que hay una causa primera que lo ha criado todo. Esta opinion me parece mas natural y mas conforme á mi razon; porque no puedo imaginar, que este grande Universo que se presenta á mis ojos no haya sido hecho por alguno. No concibo obra sin Obrero, ni efecto sin causa. Pero supuesta esta verdad, que basta para explicar todo el mundo physico y moral, todo el reyno de la naturaleza y de los espíritus; lo demas es inútil, y no puede tener otro orígen que la imaginacion y el artificio de los hombres.

Esta verdad basta tambien para hacerme cono-

cer, que pues me ha criado debo adorarle, que debo vivir con las reglas que me inspira la razon que me ha dado, grabando en mi corazon amor á la virtud, y aborrecimiento al vicio. De aquí puedo inferir, que no muero todo quando mi vida acaba; pues no puede darme estas nociones sino para darme idea de sus recompensas y castigos; pero quáles sean estos yo lo ignoro: puede ser que los sepa algun dia. Entre tanto lo que debo pensar es, que siendo como no puede dejar de ser un Dios infinito y grande, será piadoso: que habiendo hecho al hombre tan débil, no puede castigarlo con rigor inflexîble y eterno: en fin que pues es soberanamente bueno, debe tratarnos con bondad. Hasta aquí puedo llegar con mi razon, y mas allá no puede haber mas que ilusiones imaginarias. Todos los que dicen mas de lo que puede enseñarles esta luz natural, ó están engañados, ó son impostores. Bien sé, Padre, que no son estas vuestras opiniones: vuestro trage, vuestra conducta y vuestro estilo me lo manifiestan. Vos me hablais de un Dios clemente con algunos, y eternamente severo con otros; y Dios jamas puede ser ni inexôrable ni inflexîble. Vos me hablais de su hijo Jesu Christo; y Dios no es de carne para que pueda tener hijos. Vos decis que este Jesus es un mediador; y Dios no necesita de mediadores para gobernar y perdonar á los hombres. Vos creeis Mysterios incomprehensibles, porque pensais que Dios los ha revelado; y Dios no puede hablar para que ninguno le comprehenda. Vos creeis cosas contradictorias; y el Autor de la verdad no se puede esconder entre las mentiras.

En fin vos seguis el systema que aprendisteis en la niñez, y que siguen con vos todos los que viven en esta casa. No lo extraño. Las ideas primeras forman en el alma fuertes impresiones, que es imposible borrar quando las radican los egemplos. Vos os creeis dichoso, porque sufriendo muchas austeridades, esperais una gloria interminable. Yo no me opongo. No pretendo quitaros una idea que os consuela. No os opongais tampoco á que yo siga el impulso que me da el Autor de la naturaleza, y quedémonos como estamos. Vos no seriais feliz con mis ideas; y yo seria mas desdichado con las vuestras.

Lo único que no puedo comprehender es, que si exîste ese Dios que adorais, y si él gobierna vuestras acciones y palabras, ¿cómo es posible que os dege sumergido en esas opiniones tan supersticiosas, que degradan al hombre de su excelencia y dignidad, al mismo tiempo que os reparte un espíritu de caridad tan activo y generoso, que retrata con fidelidad al suyo? Sí, respetable bienhechor. Yo veo mas á Dios en vuestras obras, que en vuestros discursos. Si en estos veo obscurecida la luz natural con que se dirige la razon; en vuestras acciones y beneficencia veo los sentimientos magnánimos y paternales con que me figuro á la Divinidad. Vos me habeis conservado la vida, y me habeis tratado con todos los esmeros de una amistad antigua y merecida. Pueda la suerte presentarme la ocasion de mostraros mi gratitud: y pues me hallo mejor, permitid que me disponga á partir mañana.

El venerable varon escuchó este discurso tan

insensato y ridículo sin levantar los ojos del suelo, y sin dar la menor señal de extrañeza ó impaciencia. Me pareció, que ántes de responderme levantó los ojos al Cielo, y despues volviéndose á mí con rostro apacible y risueño me dijo: La verdad, señor, no viene de los hombres: su luz viene del Cielo. Dios la muestra ó la esconde segun los designios de su adorable providencia. ¿Quánto tiempo estuvo oculta á muchos de aquellos, que despues la viéron con mayor claridad? ¿Quántos no la han visto sino tarde? Su misericordia tiene señalados los momentos, y yo espero que no os ha conducido á esta casa sin designio.

Pero dadme licencia para que os haga una pregunta: ¿Este systema que acabais de manifestarme, y que me parece el Deismo, hoy tan seguido por los nuevos Philósophos, es una resulta de vuestra conviccion y de vuestro estudio? ¿habeis exâminado esta materia á fondo? ¿habeis pesado bien las razones y fundamentos en que apoyan los Christianos su creencia, y por haberlos juzgado fútiles ó mal probados habeis venido al Deismo y á la religion natural?

Esta pregunta no dejó de embarazarme; pero le respondí: Á la verdad yo no he hecho un exámen serio y seguido de la religion, esto que se llama un estudio laborioso y continuo. En el mundo no es fácil dedicar el tiempo á tan ingrata ocupacion, que por otra parte no me parece necesaria. Poca reflexîon basta para conocer la flaqueza de lo que no tiene fundamento sólido. Una tela de araña por sí misma manifiesta su débil estructura. Pero si yo no he hecho este exámen que os parece necesario,

otros lo han hecho, y estos son los Philósophos. Ellos han estudiado la religion, han visto su flaqueza, y nos la demuestran en sus libros; y para decir la verdad, aunque yo no haya emprendido este estudio seriamente, no por eso he dejado de ser amante de la lectura.

Desde mi niñez no ha habido libro de alguna reputacion que no haya leido; sobre todos los de los Philósophos, en que renovaba mis impresiones, y adquiria todos los dias nuevos desengaños. Os puedo asegurar, que siempre he cultivado mi espíritu en todo lo que se llama instruccion, literatura y Philosophía: y me parece que quando se ha nacido con un espíritu justo, y que se tienen á la mano los materiales que los Philósophos han preparado, se está en estado de juzgar con rectitud. El Padre me respondió sin alterar su voz:

Es difícil y peligroso en materias de esta importancia fiarse en las luces ó en la buena fe de otros. Pero despues de todo, para proceder con imparcialidad, seria menester por lo ménos leer tambien los libros que se escribian contra los Philósophos, y en defensa de la religion. ¿Habeis pues leido los que Bergier, y otros muchos han escrito contra Voltaire, Rouseau y los demas Philósophos de nuestros dias?

Estos libros, le dige yo, no llegaban á nuestra noticia. Escritos por hombres retirados que no eran conocidos en el mundo, apénas salian del círculo estrecho de los devotos; y si por acaso llegaba á nosotros la noticia, se nos decia que era un libro pesado, lleno de discusiones y citas: que no estaba escrito con espíritu, gentileza ó gracias; en

una palabra, que era muy docto, pero que no era divertido. Con esto no nos tomábamos el trabajo de leerlo, y no me acuerdo de haber leido ninguno.

Pero, señor, me replicó el Padre, para poder juzgar con imparcialidad, era indispensable leerlos. Yo los he leido muchas veces, y me acuerdo de haber visto, que en ellos no solo se respondia victoriosamente á las mas especiosas obgeciones de los corifeos de la irreligion, sino se les convencia de malignidad, de falsedad y de mala fe. Está demostrado que Rouseau, uno de los mas célebres, no tuvo ideas fijas, y que á cada paso incurre en contradicciones manifiestas. Á Voltaire, el caudillo de todos, se le ha probado la pasion encarnizada, el odio injusto con que por perseguir la religion, abusando de la poca instruccion de la mayor parte de sus Lectores, usa de los medios mas indignos de un corazon honrado: pues alteraba los hechos, falsificaba los Textos, fingia Doctrinas para combatirlas, y mentia hasta con la misma verdad; pues con su ingenio satyrico y chocarrero le daba un falso colorido, ó la cubria con un barniz ridículo. Caballero, si una parte de esto fuera cierto, estos hombres fueran muy malos guias para dejarse conducir por ellos en asuntos de tan alta importancia.

Yo le respondí: Bien sé que dicen eso sus enemigos, ó los ilusos y supersticiosos: ¿pero quién puede imaginar que hombres de tan superior ingenio, los primeros de su siglo, y la gloria y honor del espíritu humano sean capaces de ignorancias y contradicciones que apénas pueden caber en los mas ordinarios? Así, yo he mirado siempre estas invectivas como calumnias de los devotos.

Pero era muy fácil desengañarse, dijo el Padre, porque esto no consiste sino en hechos, y con poco trabajo que se reduce á exâminar ::: ¿Qué necesidad, interrumpí yo, hay de ese trabajo? ¿Quién puede dudar que los citados, y otros de su especie han sido los mas hábiles y sabios de sus respectivos siglos? ¿Cómo pues se les podia esconder lo que sabian esos Escritores obscuros, y cubiertos con el polvo de sus Escuelas? ¿Podeis imaginar, que esos defensores de la religion la conocian mejor que un Voltaire, y que un Rouseau?

El Padre me respondió modestamente: Yo creo que sí: puede ser que en todos los otros obgetos fuesen ménos instruidos; pero en materias de religion las entendian mejor, porque las estudiaban mas. Seria muy extraño, volví á decirle, que esos Clérigos y Frayles, que no han aprendido en sus frívolas escuelas mas que á torcer la rectitud natural del juicio, supiesen mejor la Doctrina Christiana y el Cathecismo, que los mas descollados ingenios del universo. Yo dige estas palabras con tan viva emocion, que el Padre lo advirtió; y añadiendo mas dulzura á su gesto, y mas blandura á su voz, me dijo:

No niego, señor, que el Cielo no diese á esos hombres y á otros de su especie muchos talentos, que los han hecho eminentes en la literatura y las ciencias: sus obras lo acreditan. Yo he leido muchas con placer y admiracion: ademas los he conocido personalmente, he tratado mucho con los mas de ellos, principalmente con Rouseau y Voltaire. Pero tanto por la lectura de sus libros, como por lo que he oido en sus discursos y en sus

conversaciones, llegué á formar juicio de que, no sé si me atreva á decirlo, los puntos de religion eran los que trataban con ménos instruccion y superioridad. No hay mas que leer sus argumentos contra la religion, y ellos mismos manifiestan á las claras que no la conocian.

No es esto extraño. Los hombres son limitados, no pueden saberlo todo, y es natural que sepan ménos lo que descuidan mas. Si me atreviera á declararos mi pensamiento, os diria, que quando esos ingenios elevados hablaban ó escribian en asunto de su inteligencia, tanto en prosa como en verso, encantaban, arrebataban, admiraban, y era preciso reconocerlos como prodigios de elocuencia, de talento y de gusto. Pero que quando se introducen á hablar de religion, el Christiano ménos instruido los halla muy superficiales.

Yo hice un extraño é involuntario movimiento, sorprehendido de ver tratar así á unos hombres que veneraba por los mas sobresalientes, y sentí un despique interior; pero conteniendo mi viveza con mi gratitud, y con el respeto que me inspiraba aquel hombre, me contenté con decirle: ¿Pues qué tanto tiene que saber un Cathecismo, que los mayores de los hombres no hayan podido aprenderlo? Vos sois, Padre, el primero que los halla dignos de enviarlos á la Escuela. El Padre con su modesta dulzura me respondió:

Yo he hecho justicia á su mérito, pero tambien la debo á la verdad; y si vos tuvierais el tiempo y la paciencia necesaria, me seria muy fácil haceros ver, que las mas de las obgeciones, especialmente las que hace Voltaire, quando no son de mala fe,

nacen de defecto de instruccion: y que si hubiera estado mejor instruido, hubiera tenido rubor de presentarlas. No podemos disimularnos el mal méthodo con que por lo comun se enseña la religion en la niñez, y que esta edad no puede comprehender bien tan elevados obgetos. Apénas se les hace aprender de memoria algunos documentos secos, y se les dice, que los deben creer. Pero al crecer en edad no se les explican como se debia los motivos ó los fundamentos por qué deben creerlos.

En efecto, esto pide mas edad y mas reflexîon. Y debia ser el primer estudio y el mas serio de los jóvenes desde que su razon está formada. Sin esta nueva y cuidadosa aplicacion, ¿qué puede aprovechar la corta y estéril instruccion de su primera infancia? Así se vé, que muchos por no haber tenido este cuidado, no saben mas que por rutina las fórmulas del Cathecismo. Pero jamas adquieren una idea justa ni del plan sublime de la religion, ni de las élevadas miras con que su Divino Autor ha encadenado sus verdades, ni aun la de los obgetos morales que son el fruto de su práctica. Ménos saben las evidentes y multiplicadas pruebas, los irrefragables documentos con que su fundador Divino ha demostrado su mision hasta hacer inexcusables á los incrédulos. ¿Qué es lo que resulta de esta corta enseñanza casi general? que muchos, ó por ménos atentos, ó por mas ocupados se quedan siempre en una culpable ignorancia: que creen muchos la Religion Christiana como hubieran creido qualquiera otra, ó por mejor decir, que dicen que la creen, pero que no la entienden, ni pueden dar razon de ella; y la

tienen tan colgada en el ayre, que basta el menor soplo para desvanecerla.

Que otros sabiéndola mal, y no conociendo ni la totalidad de su conjunto, ni la elevacion de su espíritu, no pueden verla mas que á medias, y tienen unas ideas inconexâs escondiéndoseles su harmoniosa y concertada conformidad: que solo vén mysterios incomprehensibles á que la razon no se acomoda fácilmente: preceptos duros y penosos de que se resiente el corazon: y no sabiendo las pruebas, que evidencian su necesidad, están muy expuestos por estas razones y sus malos hábitos á mudar fácilmente de creencia.

Por la historia y por sus experiencias han aprendido muchas ilusiones de la razon humana, y no conociendo las pruebas que distinguen á la religion, se figuran que esta puede ser una de tantas. Á esta obscura posibilidad se añade la lisonja de distinguirse del vulgo: la de mostrar un valor de espíritu que los otros no tienen: una superioridad de luces á que pocos alcanzan; y si por su desgracia logran con este medio alguna celebridad, se perdió todo, pues ya no se desea mas que aumentarla. Crece el atrevimiento: se multiplican las novedades: se insulta la religion con mas descaro; y esta pasion degenera en frenesí. Vé aquí como he visto que se han formado los incrédulos mas famosos que he conocido.

Me pareció, Theodoro, que habia alguna verdad en lo que decia el Padre. No obstante le repliqué: que era increible que hombres sabios que con tanto empeño atacaban una religion tan generalmente recibida, no la estudiasen bastante, quando no

fuera mas que para impugnarla con mas acierto. Y que si esta religon podia presentarles pruebas tan claras como decia, era natural que talentos tan distinguidos la hubieran reconocido.

¡Ah Caballero, me respondió, no conoceis la fuerza de un espíritu preocupado, que emprende un estudio con ánimo de no encontrar sino lo que desea! No hay duda, y yo me atrevo á asegurarlo con firmeza; no hay hombre de juicio medianamente recto, que si de buena fe y con ánimo síncero se pone á exâminar la religion, no vea con tanta claridad como la luz del dia que trae su orígen del Cielo. Se asombrará de ver el plan mas vasto, el mas hermoso, el mas digno de Dios, el mas conforme al espíritu y á las necesidades del hombre; en fin el mas capaz de hacerlo feliz en la tierra y en el Cielo. Y verá que este plan tan grande, tan magnífico y tan sublime, tan superior á todas las ideas de que los hombres son capaces, es tan verdadero, tan evidente y demostrado, que bastan pocos dias para que un talento mediano si se aplica, pueda quedar convencido, y se rinda como por fuerza á su evidencia, sino cierra de propósito los ojos para no ver la luz. Yo me atreveria á apostar :::

Padre, le interrumpí admirando su ilusion, no hableis tan firme: yo pudiera reconveniros un dia con esta jactancia. Siempre estaré á vuestras órdenes, me respondió; y una persona del talento que os veo, y de la buena fe que os supongo, no tardaria en verificar mis esperanzas. Pero no pueden hacerlo así los Philósophos, en quienes la vanidad y el orgullo son los principios de su incredulidad; porque una vez que se han propuesto distinguirse

por la singularidad y arrojo de sus opiniones, ya no buscan la verdad, no desean instruirse para formar un juicio: toda su aplicacion se dirige á corroborar y persuadir los errores que les han producido su celebridad.

Así no se les vé atacar de frente el plan y la contextura entera del Christianismo; fuera de que la empresa no es tan fácil. Esto seria muy serio, perderian trabajo, y hallarian pocos Lectores. Si escriben, es para ser leidos y aplaudidos. Saben que el mayor número de los que leen son superficiales, y que no leen mas que para divertirse: ¿Qué hacen pues? buscan todo lo que puede facilitar la irrision y la sátyra. Se llenan de regocijo quando encuentran cosas que tienen apariencia de contradiccion. Tratan de dar un ridículo barniz á lo que les parece puede recibirlo. No se embarazan acerca del fondo: no se hacen cargo de las costumbres antiguas: les basta que no sean las nuestras, y que puedan parecer extravagantes. Ó callan las causas que las hacen respetables; ó si es menester fingen otras. Se alteran los textos: se exâsperan lo hechos: se calumnian las intenciones: no se respeta nada: se acomoda todo al designio. Y con estos materiales se hace un libro.

Es verdad que este libro está lleno de falsedades y mentiras. ¿Pero qué importa? Está lleno de chistes, de ironías y de gracias. El Lector se divierte, y no pide mas. Tampoco el Autor busca otra cosa. Hace reir, vende su libro, adquiere fama de hombre superior, y está contento. Los defensores de la religion escriben contra él, y reducen su libro á polvo. Demuestran la futilidad de

sus sophismas, la falsedad de sus noticias; y hasta la mala fe de sus citas. Pero esto tampoco no les importa: ellos desprecian á sus antagonistas. No los leen; ó si los leen es con desprecio, porque saben que los leerán pocos. Por eso, como si nadie les hubiera respondido, vuelven á reproducir por sí ó por sus amigos las mismas falsedades; y este combate jamas se termina, porque las gentes del mundo que leen con tanto ardor sus ligeras producciones, no leen las respuestas; y por lo mismo no parece posible que se desengañen.

Aquí, señor, quisiera yo que hicierais conmigo una reflexîon. Supuesto que hay un Dios, no nos puede quedar mas que una duda: ¿Ó Dios ha hablado á los hombres, ó no? ¿ó Dios ha revelado una religion, ó no la ha revelado? ¿ó nos deja errar á la ventura sin mas socorro que la ley natural, ó nos ha dado una ley positiva prometiendo recompensa á quien la crea y la guarde, y amenazando con castigos á quien la viole ó no la crea? Una de estas dos proposiciones es necesariamente verdadera. ¿Y no os parece, señor, esta duda de bastante importancia, para que quantos están en este mundo en la edad de la razon se apliquen con todo esmero y con todo el estudio de la vida á averiguar esta verdad?

¿Quál otra puede ser la primera obligacion de una alma, que conociendo su propia exîstencia confiesa que hay un Criador supremo á quien la debe? No puede ser otra que la de adorarlo, y pagarle un tributo de adoracion y amor. Y si se le dice que este Criador ha publicado una ley con amenazas y promesas, ¿quál puede ser su mayor interes;

sino el de exâminar si es verdad que esta ley ha sido publicada: si el que la publicó tenia mision Divina: si ha probado esta mision por puebas tan irresistibles y evidentes que puedan comprehenderlas todos? Como por egemplo: Si ha hecho milagros tan ciertos y tan claros, que ningun juicio sano pueda ponerlos en duda. En fin si se ha valido de otros medios no ménos persuasivos, y tales que despues de haberlos visto y considerado por todos lados, no dejan puerta alguna á la incredulidad.

Vuelvo á decir, que no puede haber mayor interes en esta vida, que el de exâminar la verdad ó falsedad de esta ley; porque si es falsa, se sale una vez de inquietud; pero si es verdadera, debe uno arreglar su conducta conforme á sus máxîmas.

Si hay en el mundo nociones simples y justas, lo son estas. Si hay intereses importantes y grandes, ninguno puede ser comparable con este. Si hay hombre sobre la tierra en este caso, nadie lo está mas que el Christiano, á quien se confirió el Bautismo, y desde la primera edad se le hizo saber la exîstencia de una ley, y la venida de un Legislador Divino. No puede dudar que en todos tiempos por obedecerla muchos hombres han hecho grandes sacrificios: los unos se han retirado á los desiertos, y han vivido con una austeridad que asombra á nuestra naturaleza, solo por no exponerse al riesgo de violarla: los otros han sacrificado su vida con los martyrios mas horribles por confesarla y sostenerla. Vé tambien que en nuestros dias hay muchas personas ilustradas y de gran talento, que despues de mucho estudio y reflexîones manifiestan y prueban su creencia, por la severi-

dad de su conducta, por una vida justa y religiosa, por la mortificacion de sus pasiones, por el abandono de las grandezas y placeres del mundo, por su desinteres, pobreza y otros sacrificios.

Quando se les pregunta: ¿Por qué hacen una vida tan penosa y contraria á todos los estímulos de nuestra concupiscencia? Responden: que aunque les cuesta mucho trabajo, y pasan grandes amarguras, lo hacen porque así lo enseña el Evangelio; y porque el Divino Salvador lo practicó asimismo despues de haberlo enseñado. Que este Salvador era el mismo Dios: y que ellos están convencidos de esta verdad por todos los medios que pueden persuadir á la razon humana. Añaden: que las pruebas de esto son tan evidentes, que es menester cerrar los ojos para no verlas, tapiar los oidos para no escucharlas, y despues de haber manifestado una conviccion tan íntima y segura, concluyen diciendo: el que quiera escucharme quedará tan persuadido como yo.

¿Cómo pues es posible, que un hombre pueda saber y oir esto, y que en materia que tanto le interesa no quiera una vez en su vida detenerse el poco tiempo que es menester para desengañarse, escucharlos, y ver al fin si son locos y están ilusos, ó si hay en lo que dicen alguna vislumbre de razon? Esto parece increible; y con todo es lo que sucede. Yo apelo á vos mismo. Vos estais ya en edad avanzada. Dios os ha dotado de ingenio y de talentos. En qualquier otra materia pareceis bien instruido, y manifestais haber tenido muy buena educacion. No os ha faltado ni el tiempo, ni los medios de exâminar este negocio tan importante,

Y con todo vos mismo me decis, que nunca os habeis aplicado sériamente al estudio de la religion.

Asimismo añadis, que no creeis nada, porque juzgais que todo es invencion humana: que así tambien os lo han persuadido ciertos libros trabajados por grandes hombres, que se hallan conformes con vuestro modo de pensar. Y quando se os dice: que estos sabios son malos jueces: que otros no ménos sabios y mas instruidos en aquellas materias les han respondido haciendo ver, que han escrito con pasion, y por captarse la gloria humana: quando se os promete demostrar sus ignorancias, falsedades y mala fe, os contentais con responderme: que esto no es natural: y que vos no leeis semejantes libros, porque no son divertidos.

Esta saeta era muy penetrante para que yo no la sintiera. No era posible desconocer la justicia de aquel baldon; pero procuré disimular su fuerza, y le dige: Sin duda que hay en esto falta de reflexîon, y que no es proceder con toda la exâctitud del juicio. Pero el mundo y sus ocupaciones nos arrastran; y no puedo dejar de confesaros, porque es verdad, que ni yo ni ninguno de nuestros amigos los ha leido, y creo tambien que los que viven en el mundo los leen poco.

¿Cómo pues, me dijo el Padre, pueden juzgar la religion? Y ya que os dignais de perdonar las osadías de mi zelo, permitidme otra reflexîon. Decidme, señor, y llamad á vos toda vuestra cordura: ¿Podréis concebir que se puede hacer un ultrage, un desacato, una injuria mayor á la Divinidad, que reconocerla, confesar que exîste: oir que ha publicado una ley: que ha hecho conocer el

culto con que manda que sus criaturas le adoren y obedezcan: y no querer ocuparse un rato, ni tomarse el menor trabajo para averiguar si esto es verdad? El que se somete y obedece, aunque no sepa los motivos que le obligan, á lo ménos cumple y está en el buen camino. ¿Pero no es una temeridad insensata tomar el partido de no creer sin saber por qué; y solo porque así lo persuaden las pasiones á la ligereza del espíritu? ¿No es exponerse visiblemente á faltar al respeto que se debe á la autoridad Divina, y á todas las consecuencias que pueden resultar?

¿Puede haber tampoco mayor imprudencia, que preferir sin conviccion propia las opiniones de pocos hombres, por la mayor parte disolutos y viciosos, á las de tantos hombres grandes de todos los siglos, los unos Santos, y los otros sabios, que atestiguáron su persuasion con su sangre, ó la aprobáron con los sacrificios mas penosos? ¿Y cómo puede verse sin horror, que una religion que subyugó la Philosophía del siglo de Augusto, que convenció á los Clementes, los Justinos, y á los demas Philósophos de aquel tiempo: que produjo los Agustinos, Chrysóstomos y otros muchos varones, prodigios de virtud y ciencia, se vea hoy ligeramente despreciada por un jóven, que ni siquiera se digna de aprenderla?

El Dios que este temerario reconoce, y que la dió á los hombres para que le sirvan como quiere ser servido, y para que puedan ser felices, dándoles al mismo tiempo todos los medios para que se puedan convencer de su verdad, ¿no se ofenderá de su fria indiferencia, y mucho mas de su inexcu-

sable presuncion ? En quanto á mí, señor, yo no concibo que se pueda hacer mayor desprecio de la grandeza de sus beneficios, y de la soberanía de su Magestad.

Así en mi juicio, el que no se aplica sériamente á este estudio, falta á Dios y á su propio interes. Si la religion es falsa, podrá entregarse á sus pasiones sin el ansia compañera inevitable de la duda. Si es verdadera, logrará con ella su felicidad; y si á pesar de esta conviccion la fuerza de sus pasiones lo arrebata, la misma religion le enseñará á salir de su mal estado; y entre tanto vivirá con el consuelo y la esperanza de que un dia se calmarán, y podrá volver á su Dios y á las sendas de la virtud.

No puede ser buena disculpa decir: Yo me imaginé que no era verdadera, porque no me acomodaba: ó yo me degé persuadir por otros á quienes no acomodaba tampoco. Porque, señor, es forzoso confesar, que si Dios es justo: que si nos ha enseñado una religion, y que para conocer su Divinidad basta estudiarla un poco; no puede dejar de castigar al que no la halla digna de tan corto trabajo.

Este discurso me turbó, porque sentí su fuerza, y no encontraba nada que responderle. Así le dige: Vos me haceis temblar, Padre; porque no es posible desentenderse de la evidencia de vuestros raciocinios. Confieso que jamas habia hecho estas reflexîones, que me condenan tanto como á la mayor parte de las gentes del mundo, que tampoco las hacen: vos me haceis conocer nuestro culpable olvido, y me espanta una ceguedad que seria increible á no ser tan comun.

¡Ah señor! me respondió el Padre, yo no me espanto: tanto el hombre es miserable; y quien considere las muchas causas que hay para la indiferencia de los unos y la incredulidad de los otros, léjos de irritarse contra ellos, no los podrá mirar sino con lástima. Quisiera, Padre, le dige yo, oiros algunas de estas causas. Y él me respondió: Lo haré con mucho gusto: pero como hoy es el primer dia de vuestra convalecencia, y que todavía necesitais de reposo, lo dejarémos para mañana: y yo tambien lo dejo aquí, Theodoro, para continuar mi historia en la primera que te escriba. Á Dios por hoy, amigo mio.

CARTA IV.

El Philósopho á Theodoro.

Theodoro mio : Difícil me será referirte todo lo que el Padre me dijo al otro dia. Temo haber olvidado mucho ; y lo que mas me aflige es , que me es imposible repetirte sus discursos con aquella uncion modesta , y con aquel apacible tono de conviccion con que me los decia. Así no esperes mas que un cadáver de lo que para mí estaba lleno de hermosura y de vida.

El Padre dijo : El primer principio de que nace la incredulidad consiste en las pasiones de los hombres. La Religion Christiana al mismo tiempo que somete al entendimiento , pretende reformar al corazon : no solo nos propone la creencia de mysterios profundos , sino tambien la práctica de obligaciones penosas. El moral del Evangelio se reduce á reprimir el orgullo , la sensualidad , el amor de las criaturas por sí mismas : á no desear mas que los bienes invisibles : á no aspirar mas que á Dios : á no vivir ni hacer nada sino por contribuir á su Gloria.

Este es el compendio de sus máximas : y si Jesu Christo es Dios , si su palabra es verdadera , no hay remedio , es menester sugetarse á estas leyes , ó incurrir en las penas espantosas con que amenaza á los transgresores. Discurrid ahora , señor , con qué ojos pueden ver esta alternativa unos hombres , que do-

minados por el orgullo, y devorados por la ambicion, no conocen otra felicidad que la de los sentidos. Concebid quán activo es el interes que tienen en rechazar una religion que les estorba, ó les emponzoña todos sus placeres: y teniendo ellos tanto interes en hallarla falsa, ¿quién puede admirarse se lo persuadan así con facilidad?

La mayor parte de los hombres hallan en su ingenio recursos que los engañan, quando sus pasiones impiden atender á la verdad. Las ideas que lisongean nuestras inclinaciones, nos dejan impresiones mas fuertes, que no las que nos desagradan; y esta depravacion que nace con nosotros, y nos sigue á pesar nuestro toda la vida, nos arrastra á grandes extravíos. Para juzgar de un obgeto sanamente, es menester considerarlo por todos sus aspectos: comparar todas sus calidades. Por eso juzgamos mal tantas veces; y es que desde que el hombre se preocupa de lo que le agrada, ya no mira el obgeto sino por aquel lado que le gusta. Ya no se aplica sino á desenvolver, apreciar y añadir todo el valor que puede á lo que lisongea aquel gusto. Le seria áspero y duro detenerse á considerar lo que pudiera quitarle esta dulce ilusion.

De aquí nacen estas distracciones, estos olvidos voluntarios, y tantas ignorancias afectadas de lo que pudiera encaminarlos á la verdad. Y si esta verdad, que para penetrarla necesita un exámen serio y desinteresado, arroja por acaso en un momento de serenidad un rayo de su luz; este resplandor es débil, y no basta para iluminarnos. Suele bastar sí para turbarnos; pero el deseo del reposo nos hace buscar al instante ideas mas dulces

que lo disipan, y volvemos á quedar en el error.

Por eso cada pasion tiene sus opiniones propias. El sensual mira sus placeres como una ley de la naturaleza, que seria injusto acusar de delito. El ambicioso estima su deseo de elevarse como carácter propio de las grandes almas: como un fuego capaz de inflamar á los grandes talentos para ilustrar los Pueblos y engrandecer los estados. El lujo que confunde las condiciones, corrompe las costumbres, y que pasando sus justos límites prepara con su falso resplandor la decadencia de los Reynos, no parece á los políticos errados sino medio de circular rápidamente las riquezas, y dar perfeccion á las artes.

Este es el principio porque el mundo tiene un estilo tan contrario al de la verdad; y es que siempre se conforma con la opinion que le sugieren sus pasiones. Cada qual tiene la suya; y si cada una puede obscurecer la verdad que le es contraria, ¿qué fuerza no tendrán todas las pasiones reunidas contra una religion inexôrable que á ninguna da acogida?

Y esta es la verdadera causa porque los incrédulos serán siempre malos Jueces en materia de religion. Y sino decidme: ¿Por qué las leyes recusan por Jueces á los que tienen relacion con alguna de las partes? Porque saben que los hombres de ordinario juzgan mas con el corazon que con el entendimiento: que para juzgar bien es menester juzgar sin interes: que quando el entendimiento está apasionado, no hace otra cosa que buscar arbitrios para dar mas color á sus errores. Ahora apliquemos estos principios: Los incrédulos aborrecen

la religion: sus pasiones les inspiran este odio: desean con ardor que sus promesas sean vanas, para que sus amenazas sean fabulosas; por consiguiente no pueden ser buenos Jueces. El odio desacredita su juicio. Quiero suponerles las luces mas extendidas: los mayores talentos. Con esto serán enemigos mas peligrosos; pero no mejores Jueces ni mas competentes.

Exâminemos ahora cómo ó por qué los mas se hacen incrédulos. Todos nacemos con las reglas de la ley natural grabadas en el corazon. El Criador imprime hasta en el impio esta divina luz; y despues habiendo sido educado en la creencia de la religion, se le dió una grande idea de Dios, de sus mysterios sublimes, de su admirable moral tan conforme á la miseria del hombre, y tan necesario para su felicidad. Él recibió en su niñez esta fe, que debia respetar despues por tantos títulos. Adoró sus santas y mysteriosas obscuridades, siguió sus ritos, se sugetó á sus leyes, temió sus castigos, y esperó sus recompensas. ¿Por qué pues ha mudado? ¿De dónde viene esta espantosa y total revolucion que se ha hecho en sus pensamientos? ¿Por qué todos esos oráculos que ahora poco le parecian descendidos del Cielo, no le parecen ya mas que fábulas inventadas por la política ó por la supersticion de los hombres?

Se me dirá que su sumision no fué fruto de sus reflexîones: yo lo creo, y confieso que en la edad adulta debe aspirar á una fe mas ilustrada. Pero tambien es claro, que siendo este el punto de que depende su felicidad ó su desgracia eterna, debe poner el mayor conato para no engañarse en

asunto tan capital, y cuyas consecuencias son tan graves. Que me diga pues, quál es el exâmen que ha hecho de la religion Christiana: si para hacerlo bien ha impuesto silencio á sus pasiones y apetitos: si ha hecho sus indagaciones de buena fe, y con deseo síncero de reconocer la verdad.

Que me diga si ha leido con cuidado los escritos que prueban la certidumbre y divinidad de esta religion, y los que explican la economía de su moral y de sus mysterios. Si por muchos estudios precedentes, y por un grande uso del raciocinio se ha puesto en estado de pesar las pruebas, de sentir su conexîon, y la recíproca fuerza que se comunican: si por el contrario no ha confundido lo falso con lo obscuro, lo incomprehensible con lo contradictorio. Si en las dificultades ha tenido la balanza igual: si en las dudas ha consultado personas mas instruidas: si nunca ha precipitado su juicio: finalmente si puede su conciencia darle testimonio de que en el estudio de la religion ha ocupado todo el tiempo, imparcialidad y aplicacion que exîge un negocio de tan alta importancia.

Si lo ha hecho así, yo le aseguro que no será incrédulo. Es imposible que Dios oculte la verdad á quien la busca con síncero deseo de encontrarla. La desgracia es, que pocos quieren tomarse este trabajo, y quizá no ha exîstido un incrédulo que pueda establecer sobre estos fundamentos la seguridad de que ellos se jactan. Son muy diferentes los principios que forman á los incrédulos de nuestros dias.

Unos no tienen mas conocimientos ni mas instruccion, que aquellas noticias superficiales que re-

cibiéron en la infancia. Apénas se les enseñáron los dogmas que se deben creer, sin explicarles jamas los motivos. Al primer movimiento de las pasiones se sintiéron como reprimidos de la autoridad de la ley, y deseáron sacudirla. Los egemplos y los discursos de los otros incrédulos los alentáron. Pasáron de la fe á la vacilacion, de la vacilacion á la duda. Empezáron por el deseo de ser incrédulos, y acabáron por la vanidad de parecerlo.

Otros arrastrados por el torrente del mundo, y sin otro estudio que el de sus placeres, se forman una especie de erudicion de todas las dudas y obgeciones que han aprendido, y que no eran capaces de formar; y siendo de un carácter mas temerario y arrojado que los hombres comunes, las proponen á cada paso con mayor osadía.

Hay hombres estimables sin duda por sus talentos; pero que solo se han ocupado en las ciencias profanas: que no han glorificado á Dios en su corazon: que no han buscado en sus estudios sino lo que podia lisongear su orgullo, ó satisfacer su curiosidad; y por lo mismo han sido abandonados de Dios. Los de esta clase queriendo pasar por sabios son unos verdaderos insensatos.

Hay otros, que pretenden haber leido, haber exâminado, esto es, que han recogido con miserable afan todos los hechos ridículos, todos los sophismas capciosos, todas las extravagantes paradojas que ha inventado una Philosophía destructora para dar colorido á sus pretensiones absurdas; que han echado algunas ojeadas rápidas y curiosas sobre nuestros libros Santos, no para instruirse, sino para criticarlos, no para edificarse, sino para en-

durecerse, y esto es lo que llaman sus estudios y meditaciones. En fin hay diferentes especies de incrédulos; pero quando se exâminan de cerca, se vé, que todos ellos no han meditado con la seriedad debida un asunto tan importante; y que todos sus errores tienen por orígen las pasiones.

Y si estas pasiones no los cegaran, ¿cómo se atrevieran á sostener un systema tan arriesgado con temeridad tan peligrosa? porque en fin exâgeren quanto quieran las dificultades incomprehensibles de la religion, por lo ménos no pueden dejar de confesar, que hasta ahora no se ha podido demostrar nada contra el Divino orígen de sus Dogmas: que no se ha podido tildar nada á la sublime santidad de su moral, ni desmentir en un ápice la verdad de su sagrada historia.

Por el contrario deben confesar la vida y la muerte de su Divino fundador: la sabiduría y pureza de sus preceptos: la grandeza y sublimidad de nuestras Escrituras: los testimonios de vista de tantos hombres Apostólicos: la sangre de tantos Mártyres: el cumplimiento de tantas prophecías: la sonora voz de los milagros: la tradicion de todos los siglos: la conversion del mundo entero: la perpetuidad de la Fe: la imperturbable firmeza de la Iglesia su depositaria; y estas con las demas pruebas del Christianismo debieran á lo ménos ser de un grande contrapeso en la balanza de su razon.

Porque, señor, consideradlo con reflexîon. Á vista de tantos documentos, si queda la menor equidad en sus juicios deben confesar, que ya que no quieran ver tantas demostraciones; ¿por qué aun con la mas ligera apariencia de duda se de-

terminan por el partido contrario y únicamente peligroso? ¡Qué! ¡por pocos y rápidos placeres que degradan el alma: por la triste ventaja de vivir como las bestias, que no piensan mas que en contentar el cuerpo, sin otros deseos ni esperanzas: por la vil satisfaccion de entregarse por poco tiempo en la tierra á sus vicios sin rubor ni remordimiento, aventura el hombre los destinos eternos que puede haber, los deja entre las manos del acaso, se expone á perder el bien supremo, y á sufrir suplicios que nunca acaban! Pesadlo, señor, y decidme si no es esto el colmo de la ceguedad y de la pasion.

Pero, Padre, le interrumpí, las pasiones y la corrupcion de las costumbres son y han sido de todos los siglos; y los Christianos no han estado ni están exêntos. Apénas se extinguió el fuego de las persecuciones en la Iglesia primitiva, quando la relajacion se introdujo; y los Christianos fuéron tan desarreglados como los otros, sin ser por eso incrédulos. Es claro pues que la Philosophía que casi no exîstia entónces, no pudo ser la causa de aquella corrupcion; así solo lo fuéron las pasiones, sin que ella tuviese parte alguna. Es verdad que las artes y las ciencias vinieron despues, y que de ellas nació la Philosophía, que ha extendido tanto la incredulidad. Pero si de estos hechos puede resultar alguna consecuencia, no es otra sino que la incredulidad debe sus progresos á las luces y á la razon.

No entro, me respondió el Padre, en la qüestion de si las costumbres públicas han sido siempre igualmente depravadas. Basta para vuestra reflexîon, y yo confieso que hay, y nunca han falta-

do Christianos inconsecuentes, cuya fe está en contradiccion con su conducta: hombres que viven de una manera opuesta al Evangelio, profesando en público la religion que los condena. Pero porque las pasiones no conducen siempre á la incredulidad: porque hay viciosos que no son incrédulos: porque la religion no siempre preserva de los vicios, ¿podeis inferir que sea inútil, y que la Philosophía no añada mucha corrupcion á la que el corazon tiene en sí mismo?

Yo saco consecuencias diferentes, y digo: Si el corazon humano es tan frágil, que á pesar de los estímulos de la religion, á pesar de sus promesas y amenazas, de sus terrores y remordimientos, y de quantos motivos ella le presenta para contener el impulso con que lo arrastra su flaqueza, cae tantas veces, y corre desbocado al precipicio: ¿qué será quando perdiendo todo temor y todo freno no tenga nada que lo reprima, y se entregue sin ningun embarazo á todo el ardor de sus pasiones?

Yo digo: Miéntras el hombre no es mas que frágil, no se abandonará á todas las licencias y á todos los excesos. Habrá algunos que no se atreverán á cometerlos; y si la violencia de las pasiones los arrebata pueden esperar, que algun dia se calmen: y que entónces la religion les hable con su voz imperiosa y terrible: que oygan el incesante grito del remordimiento, y llegue al fin el instante de la correccion. ¿Pero qué se puede esperar de aquel á quien su razon engañada ha persuadido, que todo terror es vano, y toda enmienda ridícula?

Á estas tan naturales consecuencias, añado otra

no ménos legítima, y es, que si para ser vicioso, á pesar de la religion que se profesa, basta ser frágil; para atreverse á luchar contra la misma religion, para pretender destruir lo que tantos siglos y tantos hombres grandes han respetado, para osar erigir en principios, y reducir á systema la corrupcion de un moral puro, y la prevaricacion de las costumbres; en fin para querer quitarse á sí mismo, y quitar á los demas hombres todo estímulo de virtud, toda esperanza de arrepentimiento, es menester un grado de perversidad mucho mayor, una particular y muy infeliz disposicion de entendimiento, bien sea un carácter mas arrojado, ó una curiosidad mas temeraria, ó un gusto mas vivo de la independencia, ó un ardor mas insensato de distinguirse por esta vanidad, ó un genio mas brutal en quien las pasiones dominan con absoluto imperio á la razon, ó en fin todo esto junto.

Os confieso, que quando los hombres por la resurreccion de las artes y ciencias aumentáron sus conocimientos, tambien se aumentáron sus desórdenes; pero no fuéron ellas la causa de este daño, sino los hombres mismos, por el abuso que hiciéron de ellas. Desde que empezáron á conocer las ventajas de la ilustracion, léjos de encaminarla al blanco de su utilidad verdadera, se extraviáron con ella á los obgetos que les indicaba el amor propio. Su vanidad mudó de término: la reputacion de sabio pareció la mas lisongera: las Naciones que hasta allí no se habian disputado mas que la superioridad de las armas, lidiáron por la de los talentos: y los mismos que poco ántes habian puesto

una especie de gloria en la ignorancia, la pusieron entónces en la ciencia. El hombre siempre se excede : rara vez se mantiene en el medio justo. Y en aquella efervescencia general de los espíritus exâgeró todos los principios, sacó falsas consecuencias, y se cegó miserablemente con la misma luz que lo debia alumbrar.

Por egemplo, la sana Physica le advirtió, que en la investigacion de la naturaleza debia desconfiarse de las opinones recibidas, y dudar de todo para no engañarse en nada : que debia consultar no el juicio de otros, sino las propiedades de las cosas mismas, y no admitir sino las que su razon podia percibir con claridad. Estos principios eran arreglados en el exámen de los obgetos physicos ó naturales. Pero el hombre atrevido quiso aplicarlos á la ciencia de las cosas Divinas, haciendo de ellos un uso insensato. Puso sobre la misma línea las opiniones de los Philósophos antiguos sobre los obgetos materiales, que sobre los dogmas Divinos de la revelacion ; y quiso discurrir del ente incomprehensible é infinito, del mismo modo que discurria de los entes criados y visibles.

El mas despreciable metaphysico se atrevió á decir á Dios : Por mas que te procures esconder, yo fijaré mis ojos sobre ti. Yo someteré á la luz de mi razon tu esencia, tus atributos, tus designios ; y negaré sin embarazo todo lo que no pueda comprehender. Dicen que te has manifestado á los hombres, y que les has revelado cosas sublimes. Pero yo no me ocuparé en exâminar, si las pruebas que alegan de esta revelacion son ciertas ó no ; si están ó no probadas. Esto es inútil, por-

que sino son conformes á mi razon, sino la satisfacen, no pueden ser verdaderas. Voy pues á consultarla, y ella sola me dirá lo que debo creer. Toda revelacion que se oponga ó sobrepase mi razon es necesariamente falsa, y sin mas exámen no debo darle entrada. Por mas que me digan que los hechos que la establecen son indubitables y demostrados, no los creeré. Diré que son mentiras, ó pondré en la clase de phenómenos naturales los que me presenten con el mas brillante carácter de prodigios y milagros. En fin yo debo pasar por todo, ántes que pensar que mi razon pueda engañarse.

Vé aquí lo que dicen en substancia todos estos sabios, que abandonando la tradicion y las pruebas del Christianismo, no toman otra guia que la de su débil y obscura razon; y vé aquí como las ciencias :::: Aquí le interrumpí, diciéndole: No haceis, Padre, honor á vuestra religion; pues atribuis los errores á las ciencias. ¿Quisierais pues que hubieran durado los siglos de barbarie? ¿Pensais que la ilustracion sea la que ha extendido la incredulidad? ¿La Religion Christiana no puede conciliarse con la luz de la razon?

Estoy, señor, me respondió, muy distante de pensar así. Yo os he dicho, que ni los progresos de las ciencias, ni los conocimientos que se adquiriéron con ellas fuéron la causa de la incredulidad, sino el abuso que se hizo de estos dones de Dios, sacándoles de su esphera, y dándoles una aplicacion impropia. Lo que digo es, que esta, esta falsa Philosophía á pesar de sus ilusiones y sophismas no hubiera podido jamas obscurecer los

principios luminosos en que la fe se apoya, si las pasiones no la hubieran ayudado corrompiendo ó abusando de la luz de las ciencias; y que léjos de que estas puedan contribuir á la ruina de la religion, basta dejarlas en sus justos límites y aplicarlas al uso en que pueden ser útiles, para que ellas mismas disipen todas las nieblas del prestigio en que se encubren los errores.

Tended la vista sobre todos los anales de la religion, y veréis que jamas ha temido ni las luces de la razon, ni la perfeccion de las ciencias. Si alguna vez derramó lágrimas doloridas, fué quando el mas astuto de sus perseguidores prohibió á los Christianos el estudio de las ciencias humanas, que les era necesario para acabar de abrir los ojos á los Gentiles. Para conocer una religion tan elevada y sublime como la Christiana; para concebir el vasto y magestuoso sistema que la compone; y para combinar todas sus partes enlazadas con admirable symetría y proporcion, es menester mucha inteligencia; y si su luz ha podido pasar hasta nosotros á traves de tantos siglos de ignorancia y barbarie, se debe á los hombres grandes, que entónces se ocupaban en esclarecer y fortificar su verdad.

Habia entónces vicios y pasiones; pero estas no habian tomado la direccion á que despues las ha conducido la Philosophía moderna. Nuestros mayores á pesar de sus flaquezas respetaban los dogmas: nuestro siglo ha mudado de estilo: el orgullo de los sabios de hoy desdeña una carrera, en que reducido al mérito de creer, no puede tener la gloria de inventar.

No pude contenerme, y le dixe: Padre, me parece duro y quizá poco caritativo mirar la incredulidad como un error necesariamente dependiente de la prevaricacion del corazon. No dudo que habrá muchos de esa especie, incrédulos de deseo mas que de persuasion, incrédulos seducidos mas bien por su corazon que por su entendimiento: ¿pero cómo podeis negar que haya tambien otros muchos que lo sean por reflexîon y convencimiento íntimo?

Aun suponiendo que han caido en el error, ¿qué hombre no está sugeto á ilusiones y delirios? ¿por qué se ha de suponer malicia en lo que puede ser engaño? Yo puedo aseguraros, que he conocido muchos que son hombres de bien, y no lo fueran si afectaran sin persuasion propia estas opiniones. Conozco muchos honrados, sínceros, llenos de excelentes prendas, y dotados de calidades morales respetables: ¿y cómo es posible que no las tuviesen tantos Escritores insignes, que han sido la gloria de su Patria y la antorcha de su siglo?

Ya os he dicho, señor, respondió el Padre, que he tratado á los mas famosos: que he leido casi todos sus libros: que aprecio sus talentos como merecen; y que es lástima que hayan abusado de tantos dones del Cielo, no sirviéndose de ellos mas que para perderse á sí mismos y á otros muchos: pero tambien os repito, que esos hombres tan ilustrados y sabios en las ciencias profanas, estaban evidentemente ciegos en la ciencia de la religion: y que las especiosas ilusiones con que captan á sus Lectores, no merecen otro título que el de seduccion.

Vos decis que eran honrados; no lo dudo, pues que vos lo decis; pero entendámonos, porque esta calidad tiene mucha extension: si para ser honrados basta no caer en los vicios groseros ó en los delitos vergonzosos, que hasta el mundo mismo cubre de infamia; sin duda que hombres instruidos y zelosos de su reputacion no caerán en ellos, y en este caso teneis razon de llamarlos honrados. Si la religion Christiana no exîgiera mas que esto, yo tambien los llamara; y ellos mismos no la combatieran, porque no tendrian interes en hacerlo.

Pero, señor, el Christianismo pide mas. No solo condena esos delitos groseros que el mundo tambien reprueba, sino otros muchos que el mundo celebra: su moral es mas extendido, y esos Philósophos no lo ignoran. No solo amenaza con suplicios eternos al cruel que sacrifica otro hombre por venganza: al violento que oprime al débil: al injusto que despoja al huérfano, y al calumniador que quita la honra; sino tambien, y esto es lo que mas les duele, al sensual que pone su felicidad en los placeres de los sentidos: al orgulloso que solo es benéfico por ostentacion: al que no busca mas que su propia gloria y no la de Dios: al que no le consagra con humilde gratitud los dones que le debe: y en fin no solo al que obra mal, sino tambien al que no obra bien. Esto les incomoda, y sobre todo la máxîma de que todas las virtudes morales que no son inspiradas por la fe, y acompañadas por la caridad, no son merecedoras de la vida eterna.

No es mi ánimo ni humillarlos ni ofenderlos; pero yo lo dejo á vuestra consideracion. Pensad vos

mismo, recordándoos de su conducta pública, si sus costumbres son conformes á estos principios: si estos pueden ser de su gusto, y si no tienen interes en desacreditarlos. Pensad tambien si para merecer el título de hombre de bien, y poder servir de egemplo, basta no cometer esos grandes delitos, ó no tener esos vicios groseros, y si no hay ademas otros, que por ser mas ocultos, y pertenecer solo al espíritu, no son igualmente culpables.

No creas, decia Bosuet, que solo los sentidos seduzcan á los hombres. La intemperancia del espíritu no los lisongea ménos, ella tiene placeres ocultos, y se irrita contra la resistencia. El soberbio piensa que se eleva sobre los otros y sobre sí mismo, quando se eleva sobre una religion tan largo tiempo respetada. Se imagina superior á los demas, insulta á los espíritus vulgares que siguen la práctica comun: se mira con complacencia, y se transforma en ídolo de sí propio.

He aquí, señor, una de las raices mas dilatadas y fecundas de que nace con frecuencia este terrible mal. El orgullo, el indomable orgullo es el que ha hecho los mas famosos de los incrédulos. Os repito, que los he conocido, que los he tratado, y no se me puede ocultar, que el orgullo los inflamaba con una sed devorante de fama y reputacion, con un deseo desenfrenado de pasar por espíritus superiores, que habian sacudido el yugo de los terrores populares, y con un phrenético conato de producir una revolucion en las opiniones.

Este es el estímulo seductor porque han prostituido sus talentos y vigilias al monstruo de la incredulidad. Todo su anhelo era adquirir gloria, sa-

tisfacer su vanidad, y dejar un nombre ilustre. Pero si me hubiera sido permitido hablar con libertad á alguno de ellos, dejando el estilo del Evangelio, que no entienden, para explicarme en el lenguage del amor propio, que es el suyo, le hubiera dicho:

Tú aspiras á la gloria, y por ella te afanas tanto. ¿Pero esa que buscas es la verdadera? Reflexîona un poco, y mira si por lo ménos entiendes mejor los intereses de tu vanidad, que los de tu salud eterna. Yo temo que te engañes en los unos y en los otros. Con los ricos presentes que has recibido de la naturaleza, te era tan fácil obtener nuestra admiracion, como merecer nuestra gratitud. Sin esas tachas de irreligion con que te manchas, tu nombre hubiera pasado á la posteridad como un astro brillante.

¡Infeliz! ¿cómo no consideras, que por algunas frívolas alabanzas de tus contemporáneos, tan disolutos ó tan engañados como tú, la parte mas numerosa de la tierra en este y en los futuros siglos maldecirá tu nombre, odiará tu memoria, y privará de la mejor recompensa á tus escritos, desterrándolos de la educacion pública? Los padres virtuosos, las madres Christianas, los ayos vigilantes los arrancarán de las manos de la juventud, y los denunciarán á las generaciones succesivas como los corruptores de las costumbres, y como pestes de las sociedades. Tus funestos principios solo serán aplaudidos, citados y seguidos por los Soberanos injustos, por los hijos ingratos, por los esposos perjuros. Tú vas á ser el Apóstol de los malvados, el Legislador de los perversos, que apren-

derán en tus obras el abandono de todos los deberes, y la apología de todos los vicios.

Así es, señor, que estos Abogados de la irreligion no lo son las mas veces sino para adquirir una infeliz celebridad. Este interes es el móvil principal de sus afanes. Sus discípulos que los escuchan con tanta complacencia, y se entregan al encanto de sus novedades, no tienen otro sino es satisfacer sus pasiones, disipando el terror que los asusta. Así es visible el interes de todos. Y siendo así, ¿qué peso puede tener su autoridad? ¿de qué sirve ponderar su habilidad y la extension de sus conocimientos? Esto mismo nos debe hacer mas cautelosos, porque tantas luces y tantos talentos son mas peligrosos en sus manos; como que son medios mas activos para fascinarnos los ojos, y dar á la impostura el colorido de la verdad.

Pero hablemos mas claro, señor; permitid que me explique con toda la sinceridad de mi alma. ¿Los conocimientos y la inteligencia que han mostrado en materias de religion, son tan vastos y tan sublimes como vos suponeis? ¿Y no será este el caso en que se verifica lo que dijo Newton, que un poco de saber dispone á la incredulidad, pero que la mucha ciencia conduce á la religion? Exâminemos esto mas de cerca sin mal humor ni parcialidad: veamos los estudios que han hecho: consideremos las pruebas que nos han dado de su ciencia y de sus profundas meditaciones en los obgetos de la religion: tengamos á la vista sus escritos: ¿qué hemos visto en ellos hasta ahora?

Que han reeogido con cuidado, y publicado con malignidad todas las obscuridades ó dificultades que

los santos libros presentan relativamente á la historia, á la crítica, y á la chronología. Pero esto no es mucho saber; porque ántes que ellos, las habian producido para resolverlas los Doctores Cathólicos; y otros muchos Escritores modernos se han desengañado y rendido á la fuerza de la verdad. No les costaba pues mas que recogerlas, y han tenido la mala fe de reproducir las obgeciones, desentendiéndose de las respuestas. ¿Qué mas han hecho? Repetir hasta fastidiar las añejas y calumniosas imputaciones de Celso, Porphyrio y Juliano. Pero si hubieran leido las Apologías de Orígenes, San Justino y otros, tuvieran rubor de producir obgeciones tantas veces reducidas á polvo.

¿Qué mas han hecho? Se han servido de muchos sophismas para desquiciar la certidumbre de los mysterios. Pero jamas han podido probar que Dios no los ha revelado, ó que Dios debia á los hombres la demostracion de los mysterios que les revela. Han acumulado con ostentacion y complaceneia todos los males, que en los siglos de la superesticion y phanatismo han hecho los hombres en el mundo con pretexto de la religion. ¿Pero acaso proceden con justicia, ó conocen bien esta religion, quando pretenden hacerla responsable de las mismas acciones que reprueba, y á las que amenaza con castigos eternos? ¿están de acuerdo entre sí mismos quando por una parte calumnian su santidad, acusándola de inhumana, y por otra se exâsperan de la severidad de sus castigos, y de la austeridad de sus preceptos? Pretenden que la religion Christiana es falsa, porque no hace buenos á todos los Christianos. Que digan pues que las Leyes Civiles

son tambien inútiles y viciosas, porque no estorban todos los delitos, ni producen todas las virtudes.

Pero lo que repiten con mayor deleyte es el escarnio y la mofa, con que producen ciertas doctrinas falsas ó peligrosas, ciertas prácticas fútiles ó usos supersticiosos, que se han introducido entre los Pueblos Christianos.

En el fondo tienen razon; pero proceden de mala fe, quando no confiesan, que semejantes abusos, nacidos del interes de unos, y de la ignorancia y simplicidad de otros, son extrangeros á la religion, y tan contrarios á la pureza de sus Dogmas, como opuestos á la santidad de sus ritos. Que la Iglesia, guiada únicamente por la Escritura y por la Tradicion, los reprueba sin cesar, así por la voz de sus Pastores y Ministros fieles, como por la ilustrada y pura devocion de sus hijos instruidos. Si los incrédulos pues no ignoran, que la religion es la primera que llora estos abusos, ¿con qué cara se atreven á imputárselos?

Aquí me ocurre una reflexîon que creo importante. La revelacion estriba sobre la verdad de ciertos hechos. Nosotros los creemos mas probados y ciertos, que ninguno de los que refiere la historia. Tambien se apoya con documentos y usos, que vienen de Jesu Christo hasta nosotros. Monumentos exîstentes que no solo demuestran su antigüedad y orígen, sino tambien la no interrumpida y constante succesion con que la tradicion y la práctica continua nos los ha conservado.

Así el medio fácil y el mejor camino para combatirla seria ó demostrar la falsedad de estos hechos, ó la no exîstencia de los monumentos y de

los documentos, ó la novedad de estos usos indicando el tiempo ó la época en que se introdugeron. ¿Por qué pues ninguno de los incrédulos se ha atrevido á esta empresa? ¿Por qué en vez de atacar el tronco se contentan con andarse por las ramas? Porque el tronco es inexpugnable: porque no pueden hallar hechos que sean contrarios á hechos ciertos: porque la evidencia de los documentos no permite la duda: y porque no es posible indicar una época moderna á usos que por una succesion continua acreditan la antigüedad de su orígen.

¿Qué hacen pues? Contra todos los principios de la buena Lógica en materias históricas y positivas, á falta de otros medios, recurren á razones vagas de dudar, las mismas que pudieran conducirlos al Pyrronismo universal. Quieren someter la certidumbre de los hechos á las reglas de la verosimilitud; los usos antiguos á las costumbres presentes; los designios de Dios á la razon de los hombres. Y con méthodo tan contrario á la sana manera de proceder, es indispensable que caygan en continuos paralogismos.

Añaden á esto historietas chistosas, aventuras malignas, sarcasmos picantes, chanzas burlescas y ridículas ironías que vierten á manos llenas. Y vé aquí como ofrecen una lectura entretenida, que la juventud y los hombres frívolos se tragan con ardor; porque gustan mas de los chistes que de la verdad, y porque no leen para ilustrarse, sino para divertirse.

Esta es la substancia de sus libros; y pues vos los habeis leido, citadme uno desde Bayle que fué el primero de nuestros tiempos hasta el mas

moderno de nuestros dias, que no esté escrito ó con este espíritu ó con este estilo. Nombradme uno solo que haya combatido la religion de frente y en su totalidad. Que se haya propuesto destruir este harmonioso y arreglado plan, que empieza con la creacion del mundo, y llega hasta nosotros los hijos de la Iglesia. Este admirable conjunto, que no puede ser mas que obra de Dios, pues fué predicho, anunciado y esperado; pues los tiempos posteriores verificáron lo que los primeros Oráculos habian prometido; pues es finalmente un edificio tan sublime, tan bien enlazado en todas sus correspondencias, tan divinamente encadenado en todas sus partes, que léjos de poder ser creacion de los hombres, asombra, espanta y sobrepuja á todas sus ideas.

Para combatir pues la religion, era menester trabajar en destruir su antigüedad, su autenticidad, y toda esta harmoniosa y completa proporcion con que manifiesta su excelencia. ¿Por qué no nos prueban que los libros de Moyses son falsos, indicándonos quándo y quién los escribió? ¿Que sus milagros fuéron prestigios, y que las fiestas y Cánticos que usáron los Judíos, y que se conservan aun, son todos ilusion? ¿Que á los Judíos no se les prometió, ni ellos esperáron un Mesías? ¿Que Jesu Christo no lo fué? En fin que nos prueben solamente, que Jesu Christo no resucitó.

Vé aquí el fondo y la substancia de nuestra religion, y para contrastarla era menester demostrar la falsedad de alguno de estos hechos fundamentales. Pero esto es lo que no harán jamas. Y como los Pygmeos, que no se atreven á atacar á Hércules

de frente, porque no los aplaste con su maza, van por detras á ver si le pueden arrancar algun despojo. Quando pueden encontrar alguna contradiccion aparente, alguna dificultad intrincada, y sobre todo alguna idea que dé flanco á la mofa ó á la risa, cantan el triumpho miéntras que el que conoce la magestad y solidez se rie de sus ridículos esfuerzos.

Y estos hombres, señor, son los que pretenden ser los Preceptores, los amigos del género humano, y las antorchas de su siglo. ¡Infelices! ¡pobre del mundo si pudieran lograr sus culpables esfuerzos! ¿Qué seria de los hombres si consiguieran con su infame conspiracion arrancarnos el don inestimable de la fe? Ellos quisieran que todos fueran Philósophos; esto es, destruir la religion. ¿Y qué conseguirian? sino relajar y deshacer todos los cimientos de la sociedad, trastornar el órden público, y quitarnos hasta las últimas nociones de justicia y decencia. ¿Quál fuera la suerte de las costumbres, de la buena fe, de la seguridad de los Estados, y aun de los particulares mismos, si los hombres pudieran persuadirse, que todo perece con el cuerpo, y que la nada es el último término del vicio y de la virtud?

Pero, le dige, ¿no ha habido muchos hombres que sin religion han tenido virtudes? ¿Tito, Marco Aurelio, Antonino y otros muchos no han sido humanos, benéficos, justos y generosos? Pero esos que me citais, me respondió, profesaban una religion, aunque no la verdadera. Por otra parte puede ser que se encuentren hombres de un temperamento mas propio para la virtud. Tambien hay

otros que quieren parecer virtuosos, aunque no lo sean, por orgullo; esto es, que por dominar ó por adquirir un gran nombre sacrifican las demas pasiones: esto es posible, aunque los egemplos sean muy raros.

¿Pero se puede esperar contener en los mismos términos á una multitud grosera y desenfrenada? ¿Se puede imaginar que despues de haberles quitado todas las barreras de la religion y sus terrores saludables, sea posible con ideas philosóphicas, con nociones abstractas de justicia y órden, contener la furia de tantas pasiones? Esto fuera desconocer la naturaleza del hombre: esto seria exîgirle que hiciera de valde el sacrificio de su felicidad; y los buenos serian los mas desdichados.

La virtud no es otra cosa, que el amor bien entendido de nuestros verdaderos intereses: la solicitud justa de nuestro bien estar. Sino hay que temer ni esperar despues de la muerte, el verdadero interes es gozar en esta vida. Si la razon no espera hallar en la otra la recompensa de sus sacrificios, los sentidos deben tener aquí la preferencia. En vano querrá la Philosophía exâgerar las ventajas que la virtud encuentra en sí misma. La corta y pobre recompensa de la admiracion agena no basta á desquitarla de sus trabajos y combates; y el interes presente y personal hará siempre mas peso en la balanza.

¿De qué aprovechará creer un Dios, si el mas virtuoso no tiene que esperar de su bondad, ni el mayor malvado tiene que temer de su justicia? Desde que se destruyen la esperanza y el temor, que son los únicos resortes de la conciencia, no pue-

de quedar estímulo á la virtud ; y desde entónces ya no hay obligacion, ó si hay alguna, no puede ser otra que la de amarnos, y no amar mas que á nosotros mismos.

Vé aquí el terrible caos en que pretenden meternos los Philósophos ; y este seria el fruto de sus afanes y sus tristes victorias. Ellos enseñan á los hombres á entregarse sin remordimiento ni rubor á deleytes que embelesan la naturaleza : á no temer á Dios, y hollar los principios de la equidad, quando se pueden ocultar á la vigilancia de las leyes : enseñan á los Soberanos y poderosos á no conocer mas regla que su poder, su voluntad y sus pasiones. Han armado al hijo contra el padre, al esposo contra la esposa, al criado contra el amo. Al vicio le han quitado sus frenos y remordimientos : á la virtud la han despojado de sus apoyos y motivos ; y al corazon de sus consuelos y esperanzas. ¡Santo Dios! si esto es lo que producen sus verdades, que nos degen con nuestros errores.

Pero, Padre, le interrumpí, me parece que hay alguna exâgeracion en vuestras quejas. Confieso que teneis razon en mucha parte ; pero tambien me parece injusto acusar de tanto horror á todos los incrédulos. Yo conozco muchos que lloran tan amargamente como vos esos excesos, que ciertamente no son conformes con sus principios. Puede ser, señor, me respondió, que haya habido algunos á quienes la experiencia haya forzado á avergonzarse de sus triumphos. ¿Pero cómo no conociéron que destruyendo la religion rompian el freno mas poderoso de las pasiones ; aniquilaban el único remedio que puede sanar el corazon ; qui-

taban la única barrera que puede contener á la multitud; y abrian la puerta á todos los vicios para inundar la sociedad?

¿Cómo llamándose sabios, cómo diciéndose Philósophos pudieron ignorar, que los hombres no pueden hallar ni en su rectitud natural, ni en su educacion, ni en sus estudios, ni en su propia vanidad estos preservativos, que la incredulidad dice que deben suplir á los resortes del Evangelio? ¿Cómo no comprehendiéron, que reduciendo todos los apoyos de la virtud á especulaciones elevadas, que solo pueden entender los talentos superiores, no dejaban al comun de los hombres ningun estímulo para ser virtuosos?

¿Cómo podrán justificarse de haber hecho hasta la apología del suicidio? Como sino les bastara haber abierto á nuestras almas los abysmos de la aniquilacion: que todavía quisieran apurar todas las fuerzas de su ingenio, para hacer que quanto ántes nos precipitemos en ellos. Como sino les bastara haber quitado á los malvados el terror de la eternidad, y quisieran quitarles tambien el temor de las leyes, y hasta el amor de la vida, para quitarles con esto los delitos.

¿Quién pues puede mirar como bienhechores á hombres que trabajan por volvernos al poder de las tinieblas, despues que Dios nos ha alumbrado con las luces de su religion? Discurrid, señor, si merecen ser nuestras guias los que ó son tan malos que tienen este intento, ó tan ciegos que no lo conocen. Solo su necia é intrépida jactancia pudo tratar de preocupacion y de flaqueza nuestra adhesion al Christianismo.

Pero si hay una preocupacion absurda y deplorable, es la de preferir á nuestros grandes motivos de credulidad, la autoridad de estos nuevos Maestros, y considerarles mas luces que á tantos Christianos sabios, que en todos los siglos la creyéron con firmeza, y la defendiéron con gloria. Y por fin dejarse alucinar por sus sophismas, y creer lo que tal vez no creen ellos mismos.

Digo esto, señor, porque hay muchas razones para dudar de su sinceridad. Sin duda que no se cansan en repetir, en reproducir y volvernos á repetir sus principios destructores; pero este mismo incesante prurito, este infatigable conato es tal vez lo que hace su buena fe mas sospechosa. Parece que no habiendo podido fortificarse todavía bastante contra los terrores de su conciencia, mueven mucho ruido para atolondrarse y buscar compañeros que apoyen su vacilante persuasion.

¡Quántos he conocido que se hallaban en este caso! ¡Quántos he visto que se esforzaban á parecer incrédulos, porque deseaban serlo! ¡Quántos que quando sanos parecian intrépidos, y en el tiempo de la afliccion y los reveses, en las pérdidas de la fortuna y en las enfermedades han venido á buscar en la religion consuelos que no podia darles su Philosophía! ¡Y quántos finalmente á la hora de la muerte pálidos y trémulos han abjurado sus errores, implorando los socorros de la Iglesia que tanto habian despreciado!

Á mas de esto, señor, ¿cómo es posible que estén verdaderamente persuadidos unos hombres que no tienen principios estables ni opiniones firmes? Como no tienen basas seguras fluctúan en todo, y

ellos mismos se desmienten y contradicen, segun la inconstancia de los humores ó la osadía de los espíritus. Apénas podemos creer á nuestros propios ojos, quando leemos en sus escritos esta anarquía de discursos, este conflicto de doctrinas, y esta contrariedad de opiniones en los puntos mas esenciales.

Uno propone con frialdad la qüestion: Si hay un Dios; y la dexa sin resolver. Otro la resuelve, y lo niega con firmeza, y baldona al Deista la pusilanimidad de no atreverse á cortar de raiz este que llama error popular. Llega un tercero, que tenia á su cargo probar la exîstencia de un Ser supremo; pero con condicion de que no se cuide de nosotros, y viva en el reposo y la indolencia.

Viene otro Philósopho y declara: que en un siglo tan ilustrado como el nuestro es ridículo creer que haya otra vida: que admitir una providencia es sugetar al autor de la naturaleza á penosos y continuos afanes por obgeto tan poco digno como la conservacion del universo. Otro dice al contrario, que la idea de un Dios que premia y castiga debe estar grabada en todos los corazones; porque mejor seria ser gobernados por demonios que por Atheistas.

Un libro nos enseña, que la religion natural basta para todo. Otro nos asegura, que no hay ni puede haber religion natural; porque toda religion está en contradiccion con la naturaleza. Los unos prueban, que los milagros son imposibles: los otros declaran, que es menester encerrar como locos á los que niegan la posibilidad. Los incrédulos furiosos atribuyen á la religion los horrores de la política, y el phanatismo de los últimos siglos: otros

mas moderados reconocen, que aquellos excesos fuéron el abuso y no el espíritu del Christianismo. Así jamas están de acuerdo ni tienen un dictámen seguro.

Me seria imposible referir todas sus contradicciones. Baste deciros, que los Apologistas de la revelacion han formado volúmenes de las que se hallan entre los Escritores mas modernos: y aquí permitidme que os pregunte: ¿cómo es posible que despues de una demostracion tan completa, estos Philósophos no han podido formar un systema regular, capaz de suplir al de la religion: despues de haber visto que están tan divididos y son tan inconsecuentes, que lo que fabrican unos derriban otros: que ellos mismos destruyen sus propias ideas: que las opiniones de ayer las contradicen hoy: que no han sabido establecer ni fijarse en nada: y siempre opuestos entre sí, los unos se burlan de los otros? ¿Cómo es posible, digo, que hombres de esta especie hayan podido hacer tanto efecto, y adquirir crédito y autoridad?

Preveo, Padre, le dige, que quereis forzarme á confesar, que su fuerza y su luz consisten en la flaqueza y las tinieblas de sus lectores. Yo creo, señor, me respondió, que no tuvieran un solo partidario, si no patrocinaran las pasiones, y si los Christianos estuvieran mas instruidos en los fundamentos de su religion. Pero este es el gran mal, y lo repito con dolor: son pocos los que se aplican á instruirse. Los negocios ocupan; y los momentos de descanso se emplean en diversiones. La opulencia y la grandeza arrastran á los placeres, y alejan de las cosas sólidas. La curiosidad se entretie-

ne con las ciencias profanas, desenreda el caos de las costumbres y religiones extrañas, y descuida la sola en que ha nacido y de que depende su felicidad.

Apénas hay quien lea los Libros santos, dictados por el Espíritu de Dios, ni los de los sabios que explican su sentido sublime y mysterioso, ni tampoco los Escritores que han juntado las pruebas de su verdad, y han confundido los sophismas de los incrédulos con tanta fuerza como claridad. Sin mas instruccion que la de su niñez, con el enemigo interior de nuestra propia inclinacion, con el deseo secreto de que no sea verdadera una religion que nos contiene y nos amenaza, con el maligno placer que causan los discursos que la desacreditan; ¿qué mucho es, que tantos se degen deslumbrar por la vana erudicion, por la elocuencia y por los dichos picantes de los Philósophos?

Lo peor es, que una vez hecho el daño, es sumamente dificil el remedio. Yo no veo cómo ni quándo podrán desengañarse y volver al seno de la religion. Porque cada dia con la corrupcion de sus costumbres se aumenta la densidad de sus tinieblas. ¿Será quando se instruyan mas? pero ellos no se quieren instruir: ni siquiera se dignan aprender los fundamentos en que se apoya la fe. ¿Será en la madurez de la edad, y quando las pasiones empiecen á enfriarse? pero la vegez que debilita los sentidos no purifica el corazon: deja en su fuerza la imaginacion y la memoria; y aunque impide á los sentidos la egecucion de lo que la ley prohibe; pero no les hace amar lo que manda. ¿Y cómo en el tiempo del desaliento y de la pereza se podrá exâminar, estudiar

y aprender lo que se ha desdeñado en el de la curiosidad y del vigor?

Cada dia se aumentan en el hombre las dificultades: sea por la mayor fuerza de los hábitos, sea por la mas antigua tenacidad de las ideas, sea en fin por la insensible debilidad de las facultades. Así es imposible que la naturaleza por sí sola pueda alcanzar á tanto esfuerzo. Solo Dios y su omnipotente gracia pueden obrar esta resurreccion. Él es quien tiene la linterna en la mano, y la abre quando quiere. Él es quien envia su Espíritu que va y sopla donde le parece. ¡Dichoso el escogido para ser vaso de misericordia! Pero me parece, Caballero, que ya es tarde, y que ahora tendréis necesidad de reposo.

Yo le respondí: vos me habeis instruido de muchas cosas nuevas para mí. Todas me dejan una fuerte impresion. Espero que otra vez volverémos á hablar de ellas. Ahora permitidme que os dé gracias por tantas finezas como os debo. Entónces nos dimos las buenas noches, y yo tambien te las doy. Á Dios, Theodoro, hasta otra Carta.

CARTA V.

El Philósopho á Theodoro.

Querido amigo : Desde que el Padre me dejó solo, entré en batalla conmigo mismo ; y exâminando de buena fe mi vida, la de nuestros amigos, la de tantos incrédulos, y particularmente la de los mas celebrados Philósophos ; considerando la conducta de todos y el estilo ordinario de las gentes del mundo, no pude dejar de conocer que habia mucha verdad en lo que me habia dicho sobre las causas mas ordinarias de la incredulidad.

Repasé tambien en mi memoria algunos de sus libros, y especialmente los que pasan por los mas celebrados contra la religion, y hallé que aquel buen Religioso los habia resumido con fidelidad, y que los retratos que me hizo así de ellos como de sus Autores, no dejaban de ser parecidos.

Me asombraba de que un Eclesiástico que me habia presentado el acaso estuviese tan instruido, quando yo creia que todos eran ignorantes, phanáticos y crédulos, sin crítica ni discernimiento. No me podia figurar que un hombre retirado en un claustro fuese capaz de unos raciocinios tan justos, y de una Lógica tan sana como la que manifestaba. Yo habia creido burlarme de su ignorancia y su simplicidad ; pero encontré en él mucho talento, y un espíritu vivo y penetrante.

Lo que mas me sorprehendió fué, que estuvie-

se tan enterado no solo de los libros Philosóphicos, sino que conociese tan á fondo á sus Autores; porque yo creia que si habia ilusos y crédulos, era porque ignoraban ó no habian visto las nuevas luces con que la Philosophía ha desengañado á los hombres. Me parecia imposible que un hombre dotado de mediana razon, y esclarecido por las muchas reflexîones que estos libros producen, pudiese creer todo quanto se nos imbuye en nuestra infancia.

No comprehendia pues cómo este Padre, que por otra parte me parecia dotado de juicio sano y razon despejada, pudiese ser tan crédulo; y me decia á mí mismo: Vé aquí el efecto de la educacion, y de la invencible tenacidad que adquieren las primeras ideas de la infancia. Aunque los hombres nazcan con talentos, en vez de buscar con ellos la verdad, no los emplean sino en dar colorido á los errores adoptados, y persuadirse de las opiniones mas monstruosas. Este buen Padre confiesa, que la religion es un agregado de mysterios incomprehensibles y obscuros, y con todo pretende que ella se puede demostrar con evidencia. Es menester tener el juicio pervertido para no conocer una contradiccion tan palpable. ¿Cómo es posible mostrar con evidencia lo que ni siquiera se puede entender?

Este buen varon, que es capaz de tragarse este monstruo, ha leido todos los libros Philosóphicos, y no solo no se ha dejado penetrar de la fuerza de sus convencimientos, sino que los trata de frívolos y sophísticos. Esta es la arrogancia y satisfaccion con que se explica ::: Sus Autores son

los primeros ingenios del universo, y este buen hombre habla de ellos con desprecio y lástima. Los llama ignorantes, y tiene por superiores y mas ilustrados á los que como él no saben sacudir el yugo que les impusieron sus toscos padres. Este es el extremo de miseria á que puede llegar la razon humana.

Y pues la suerte me ha traido aquí, y la prudencia me dicta permanecer todavía, lo mejor que puedo hacer es sacar partido de la necesidad, y desengañar á este pobre iluso. Entraré en disputa con él, y le haré ver sus inepcias y futilidades. Parece que tiene luces naturales, y es posible que sienta la fuerza de la verdad: y á lo ménos me divertiré viéndolo embarazado con mis reflexîones; porque no sabrá desembarazarse sino con miserables subterfugios que yo se los haré palpables.

Estaba haciendo entre mí estos discursos quando vino el Padre, y despues de los cumplidos ordinarios le dige: Muchas veces, Padre, me habeis repetido, que la religion Christiana merece nuestra admiracion y creencia: que su plan es magnífico, bien ordenado, fácil de comprehender, y tan capaz de producir la evidencia, que obliga á la persuasion. Os confieso que esta asercion me parece muy arrogante, y ciertamente es contraria á todas las ideas recibidas; porque todos saben que la fe es obscura; que presenta mysterios incomprehensibles; y yo añado, que propone cosas que no solo repugnan á la razon, sino que tambien la contradicen.

Los mismos Christianos aseguran, que en esta dificultad consiste su mérito; pues á pesar de las

contradicciones y repugnancias que aparecen á la razon, debe sacrificarse ella misma para no escuchar mas que las voces de la fe. Esta es la batalla de la fe y de la razon: y yo creo que en esta lucha, quando el miedo y la credulidad dominan, la fe vence.; pero quando la Philosophía reyna, la razon triumpha. Por otra parte para creer es menester juzgar que lo que se crée es cierto; para juzgar es menester entender, lo que no solo no se puede comprehender, sino que nos parece contradictorio y absurdo.

Vé aquí, señor, me respondió, una obgecion que os parece especiosa. Hallais contradiccion en que se vea con claridad lo que es obscuro, en que se crea lo que no se entiende, y en que se pueda demostrar con evidencia lo que no se puede comprehender. Os diré de paso, que de este carácter son casi todas las obgeciones de los Philósophos. Presentan un aspecto formidable, porque confunden las ideas: pero quando una sana Lógica las desenreda, y pone cada cosa en su lugar, entónces se desploma el aparente edificio, que solo ha podido asombrar al que no tiene ojos para discernir la verdad de su apariencia. Y vos lo vais á ver.

Señor, en la religion hay dos cosas: el hecho y el derecho. El hecho es, que Dios la ha revelado. El derecho, lo que Dios ha revelado. El primero es claro, y se puede probar con evidencia que Dios es su Autor. Lo segundo, en parte es claro, porque hay muchas cosas que Dios nos ha permitido entender; y en parte obscuro, porque hay otras que ha escondido á nuestra inteligencia.

Para que nuestra razon se satisfaga y conozca que la religion es divina, Dios nos ha dado pruebas y documentos tan evidentes y seguros, que quando se miran de buena fe, es imposible al que abre los ojos no ver el resplandor de tanta luz. Por eso es culpado el que no la crée, porque de su aplicacion depende convencerse de su verdad; y si no se convence porque no se aplica, entónces su omision ó negligencia en materia tan importante es un grave delito. Aquí no hay obscuridad alguna.

Es verdad, que en lo que llamo derecho; esto es, en lo que Dios ha revelado hay mysterios incomprehensibles; no porque contradigan la razon, pues siendo de un órden Divino, no están en la esphera de sus alcances, sino porque la exceden y sobrepujan. Pero Dios puede revelarnos lo que quiere, y escondernos lo que le parece, segun el órden de su inefable sabiduría, y con la medida que quiere poner su providencia.

La razon siempre humilde y reverente á los Divinos decretos debe someterse adorando lo que no entiende, y creyendo sin entender lo que se le manda creer sin que lo entienda. No tiene derecho para pedir á Dios cuenta de sus disposiciones; y debe hacerse cargo de que Dios reserva la manifestacion de estos secretos para el dia de la eternidad: que seria una insolencia quejarse de no saberlo todo: que Dios le ha hecho saber todo lo que le es necesario para conocerle, adorarle, servirle en esta vida y gozarle en la otra: y que acaso no le seria conveniente saber lo superfluo, y lo que solo pudiera contentar su orgullo y vanidad.

Si se quisiera, señor, con buena fe tener presente

esta distincion, se evitarian los equívocos y la confusion con que de ordinario obscurecen los incrédulos este asunto. Se veria, que las expresiones de mysterios que contradicen y repugnan á la razon, no son exáctas: que aquí la luz no está en oposicion con la obscuridad; pues la luz está en una cosa, y la obscuridad en otra: que la razon debe hacerlo todo hasta ver la verdad de la revelacion; pero que quando la llegó á ver debe respetar su obscuridad: que para decirlo así, si en el primer exámen debe hacer el primer papel, en el segundo no puede hacer mas que el último.

Miéntras se exàmina si Dios es verdaderamente el Autor de la religion, si es cierto que ella viene del Cielo, y que la haya revelado á los hombres: la razon lo hace todo. Ella exâmina bien las pruebas, compara los testimonios, rechaza todo lo que no le parece evidente, ó lo que no juzga probado; solo admite lo que mira demostrado, y á cuya fuerza no puede resistir; indaga, contradice, apura. Ella es el juez, es el árbitro. Este es su oficio. Dios mismo se lo impone, pues no la ha dado sino para eso; porque quiere que su sumision sea un obsequio razonable: y no lo fuera y dexara de ser virtud, si ella no quedase persuadida.

Pero si despues de haber bien visto, bien exâminado queda al fin convencida; si las pruebas que la religion le ha presentado le parecen tales, que no puede ya dudar de su extraccion Divina, entónces hace el último papel, y se somete humilde y reverente. Ya toda duda seria sacrilegio: todo exámen insulto á la verdad de Dios: toda indagacion mas allá de lo que se le ha querido reve-

lar, una temeridad. Se hace cargo de que la obscuridad no es un defecto, sino una disposicion Divina. Que la incomprehensibilidad no es una excusa, pues sabe que no puede comprehender lo que es de un órden superior tan excéntrico á su inteligencia.

Pero como ya no duda que la religion viene de Dios, al instante se postra, adora y se somete. Da gracias al Autor soberano, y en las muchas cosas que entiende, admira la magestad y la bondad Divina. Si en otras percibe obscuridades; si se le presentan mysterios; si le parece que hay cosas que no hubiera podido adivinar, que no hubiera alcanzado con sus propias ideas, no se espanta; porque conoce su pobreza, sabe que es limitada: se acuerda de la grandeza de Dios, de su sabiduría, de la profundidad de sus designios, y entónces se humilla y calla: tanto como fué lince para exâminar si es verdaderamente Dios el que la ha manifestado; otro tanto ahora que ya lo sabe es ciega para creer y adorar: y vé aquí como la razon y la fe están siempre de acuerdo. La razon no crée fácilmente un orígen Divino, es menester mucho para hacérselo ver; pero quando lo vé, ya no sabe mas que creer y obedecer.

Así quando se trata de religion solo una qüestion se debe exâminar; todo se reduce á saber, si en efecto las pruebas de que se gloría, si los fundamentos en que se apoya son de tal naturaleza, que no pueden venir mas que de Dios. Supongamos por un instante que yo pudiese demostrar á un incrédulo: que Jesu Christo es Dios, y que Jesu Christo nos dió el Christianismo en su Evan-

gelio. ¿Os parece, señor, que supuesto que el incrédulo convencido, se viera forzado á confesar esta verdad, le estaria bien venir á proponerme obgeciones que lo embarazaran? ¿Podria con pudor decirme, que su razon encuentra dificultades, que su espíritu no puede comprehender mysterios tan obscuros, ni acomodarse con aquella doctrina?

Yo le diria: ¡Hombre pequeño y miserable! ¿cómo á la vista de tu Dios te atreves á hablar de tu razon? Tu razon no ha debido servirte sino para saber, que Jesu Christo tu Dios se ha dignado de hablarte. Y quando ella te lo ha persuadido por pruebas á que no pudo resistirse, ¿qué te queda que hacer sino humillarte y adorar la alteza de su saber? ¿Pretendes medir las insondables profundidades Divinas con los angustiados límites de tus alcances? ¿Aspiras á encerrar el inconmensurable océano de la eterna sabiduría en la breve concha de tu inteligencia?

Tu razon hizo ya lo que debia. Ella empleó todos sus esfuerzos, toda su sagacidad en exâminar si Jesu Christo es Dios. Indagó si los documentos que lo acreditan eran auténticos y seguros. Puso grande estudio en saber si no habia seduccion ó engaño. Consideró con atencion prolija y cuidadosa si Jesu Christo probó su mision de una manera tan clara y tan irresistible, que no quede lugar á la menor duda.

Despues de tan serio y tan profundo exâmen no pudo hallar pretexto para no rendirse. Ella misma se juzgó inexcusable sino cedia á la fuerza de tantos y tan altos motivos. Esto es lo que debia hacer y penetrar, y esto es lo que ha hecho pa-

ra dicha tuya ; pues sin este exámen apurado , sin esta discusion tan prolija , no hubieras podido tener mas que una fe incierta y vacilante , una fe vaga sin principio ni consistencia. Pero pues una vez quedó convencida tu razon , si su orgullo te pretende inquietar con nuevas dudas , hazla callar, y oblígala á que adore y crea.

Este exámen , señor , es necesario y útil , tanto para consolar y corroborar al que crée , como para desengañar al incrédulo. Por otra parte el Príncipe de los Apóstoles nos exhorta á satisfacer á los que nos piden razon de nuestra creencia y de nuestras esperanzas ; porque debemos estar en estado de justificar , que nuestro proceder es el mejor y mas seguro , mostrando los títulos firmes é indestructibles de nuestra confianza. Mas una vez alistados en las banderas del Evangelio , no debemos escuchar los nuevos gritos de una razon inquieta ; y todo mi estudio debe dirigirse á saber lo que él dice para creerlo y practicarlo.

Si en este Evangelio que ya adoro hay mysterios , venero hasta su obscurridad : ¿y cómo puede penetrar la sublimidad de los mysterios el que á cada paso se encuentra cercado de tinieblas en la contemplacion de las cosas naturales? Las vé, las palpa , y sin poder dudarlas no puede entenderlas. ¿Pero qué importa? Una razon justa y modesta sabe , que la tierra no es el pais de los conocimientos : que llegará el momento en que empezará el dia interminable de la luz ; y que lo que le importa saber es , que debe creer y observar lo que se le prescribe.

Aquí debeis observar como esta fe es al mis-

mo tiempo clara y obscura. Clara hasta la evidencia en los motivos de creer : clara en los documentos que la fundan : clara en las invencibles pruebas que la establecen ; pero obscura en algunos de sus mysterios : y esto era necesario para que fuera fe ; porque su esencia es no ver, y creer lo que no vé. Tambien debia serlo para ser meritoria ; porque no hay mérito en creer lo que se vé. Esto no cuesta, y se hace sin esfuerzo ni sacrificio. Jesu Christo dijo [a] : » Dichosos los que no »viéron y creyéron."

Así es, señor, como la fe y la razon, quando esta se conduce bien, saben aliarse ; porque cada una se pone en su lugar. La razon da los primeros pasos, y puede mostrar : que la religion viene de Dios, porque viene de Jesu Christo que lo es : que Jesu Christo ha fundado una Iglesia á quien dejó su autoridad, prometiéndole su asistencia : que todos los artículos que la fe propone han sido revelados por Dios, creidos y sostenidos por su Iglesia.

Puede añadir, que siendo Dios incapaz de error ó de mentira, todo lo que dice es soberanamente verdadero ; y que como lo que dice la Iglesia es la palabra de Dios, no es ménos cierto ; y así exîge una igual y entera adhesion de nuestro corazon y nuestro espíritu. Vé aquí hasta dónde la razon alcanza. Vé aquí los obgetos de que debe ocuparse, y que puede descubrir con sus propias luces.

Pero quando ha llegado á estos conocimientos, y se rinde á la fuerza de la verdad, entónces se apar-

a *Ioann.* xx 29.

ta, se pone á un lado, y cede á la religion todo el lugar. Entónces la fe es la única que domina y propone sus verdades particulares, que la razon no podia descubrir. Es cierto que estaban ocultas, y que son de una esphera superior; pero la razon las oye sometida, conociendo su poca luz para penetrar arcanos tan altos y tan secretos. Si tal vez incitada por la indocilidad de su orgullo se emancipa á mostrar alguna repugnancia, al instante la fe la oprime con el peso de su autoridad, la reduce á silencio y la tiene cautiva.

Si vuelve inquieta á preguntar, ¿por qué esto? ¿por qué aquello? La religion la tranquiliza diciéndole: Acuérdate de que Dios lo ha dicho; y calla. La razon se humilla, pero es una humillacion saludable para que no se descamine ni se vuelva, como dice San Pablo [a], á todo viento de doctrina; y porque la contiene así en los límites de que no debe salir. De esta manera la fe es firme, sin perder nada de su obscuridad; y es obscura, sin perder nada de su firmeza.

Supuesto pues que la razon haya una vez quedado convencida de los principios de la fe, si despues olvidada ó loca me viene á preguntar: ¿Cómo es posible concebir que un Dios se haga hombre, sin dejar de ser Dios: que sea mortal al mismo tiempo que inmortal: pasible é impasible: que reciba en su persona toda la gloria de un Dios con todas las enfermedades de un hombre? ¿Cómo es posible entender, que este hombre Dios venga y esté presente en los Altares, escondido en las es-

a *Ad Ephes.* IV 14.

pecies de pan y vino, y otras dificultades de este género? La fe me responde lo que Dios dijo al mar: »Tú llegarás hasta allí, pero allí te detendrás: Allí »quebrarás tus olas, y abatirás las hinchazones de »tu orgullo [a]."

Esta sentencia fué absoluta, y contra ella la razon humana no tiene que oponer ni puede replicar. Ántes le produce grandes ventajas, pues por ella puede el hombre hacer el sacrificio de su razon con la fe, así como hace el de su cuerpo con la penitencia, y el de su corazon con el amor. Quando con la penitencia le sacrifica su cuerpo, glorifica á Dios como soberanamente justo. Quando le sacrifica el corazon con su amor, lo glorifica como soberanamente amable; y quando le sacrifica su razon con la fe, lo glorifica como soberanamente verdadero.

De aquí podeis inferir quán útil es la fe para la tranquilidad del corazon: considerad quán dulce es, y quán ventajoso tener una regla segura, que con una palabra sola tranquiliza las agitaciones de una razon inquieta. Esta regla es la fe. En efecto, señor, sin una fe dócil y sometida todas las luces de mi razon en vez de sosegarme con la eleccion de un partido, y dejarme el espíritu en reposo, no harán otra cosa que arrojarme cada dia en muchos embarazos, y causarme nuevas turbaciones.

¿Quién ignora que la razon humana si se le deja tomar vuelo, es variable en sus ideas; y que recibe y acoge todos los errores de la imaginacion? De modo que hoy piensa de una manera y maña-

[a] *Job* XXXVIII 11.

na de otra. Lo que hoy le gusta mañana le desagrada. No bien resuelve una dificultad quando viene á agitarle otra duda.

Por eso se vé á tantos Philósophos en una incesante perplegidad, asiéndose de todo, y sin hallar firmeza en nada. Esto es lo que deploraba San Agustin quando decia: que no estudiaba sino para hallar la verdad, y que en esto empleaba toda su Philosophía; pero que despues de mucho afan, despues de haber caido en errores groseros quedaba siempre incierto y vacilante sin encontrar donde fijar el pie. ¿Por qué? porque no tomaba otra guia que la de su razon, y que esta no bastaba para alumbrar su entendimiento. Que esta fué la causa de tantas mudanzas y de tantos trabajos inútiles: que por eso pasó por tantos systemas diferentes de que se dejó alucinar; y que no se desengañó, sino quando se entregó á la conducta de la fe. ¡Cómo llora en sus *Confesiones* la ceguedad en que vivió tan largo tiempo! ¡y cómo da gracias á Dios de haber deshecho el hechizo de las ciencias profanas que le tenian fascinados los ojos, y de haberlos reducido á la santa sencillez de la fe!

En efecto, señor, quando la razon se ha sometido ya á la fe, y que una y otra están de inteligencia conteniéndose cada qual en la esphera que le corresponde, las dos se prestan un auxîlio recíproco. Esto es lo que tranquiliza al Christiano y lo hace invencible. Que venga á combatirme el que quisiere: sea el espíritu tentador con sus astucias; sean los incrédulos con sus sophismas: sean mis pasiones con sus atractivos: sean en fin mi propia ligereza, ó el orgullo y la indocilidad

de mi razon; yo tengo á la mano una respuesta corta y decisiva que satisface á todo. Yo digo lo que Jesu Christo dijo al demonio quando lo tentó en el desierto [a]: »Escrito está." Dios lo ha dicho, sí. Escrito está: Que hay un Ser supremo, y que no hay mas que uno: que es invisible, eterno, omnipotente: que ha criado al mundo, lo conserva y gobierna. Yo le interrumpí diciéndole: Hasta ahí va bien, Padre mio; y miéntras solo esté escrito que exîste un Dios podrémos acomodarnos. Pero decidme: ¿Está escrito que este Dios es uno y tres? ¿que este Dios se parte en tres porciones? ¿que es uno, y que no es uno, porque es tres? ¿que es tres, y que no es tres, porque es uno? En fin, Padre, ¿es posible que un hombre de razon, no digo instruido ni Philósopho, sino que solo tenga el sentido comun, pueda creer y adorar cosas tan visiblemente increibles y contradictorias? Si se ha podido alucinar al Pueblo rudo que no considera, ¿cómo se puede pretender tratar con el mismo desprecio á los que deben entender mas, y juzgar mejor? ¿Qué puede ser una religion que empieza por un mysterio, que á primera vista manifiesta toda su obscuridad?

Si los Christianos, señor, me respondió, digeran haber inventado ó haber descubierto este mysterio que os parece tan increible, tuvierais razon para despreciarlo, y vuestra razon seria Juez competente para decidir de su invencion ó su descubrimiento. Entónces pudierais decirles con justicia: Vuestra invencion es loca, y repugna á la razon:

a *Matth.* IV 4.

vuestro descubrimiento es increible, porque contradice á todas las ideas y conocimientos de los hombres. Pero los Christianos dicen, que Dios lo ha revelado; y pretenden probarlo con pruebas y razones que dicen ser evidentes y claras. En este caso ya veis, que ni podeis argüirles con su obscuridad, ni baldonarles lo que llamais su contradiccion. Ni tampoco debeis ocuparos del exámen interior del mysterio, ó de la conformidad ó disonancia que puede tener con vuestras ideas. Lo único que podeis exâminar es, si es verdad que Dios lo ha revelado; si las pruebas, las razones y los monumentos que los Christianos alegan son tan ciertos, tan auténticos y evidentes como dicen.

La razon de esto es, porque todos los objetos que pertenecen á la region del infinito, ó á un órden superior á nuestra capacidad, no deben ser regulados por las ideas de los hombres, ni el fundamento de su creencia puede estribar en su conformidad con las percepciones de una inteligencia limitada. Sin subir á la altura de lo sobrenatural, á cada paso encontramos verdades naturales, totalmente excéntricas á la esphera de las nociones humanas.

¿Quién sabe, por egemplo, cómo ó por qué el cuerpo obedece á los simples deseos del espíritu? ¿Quién comprehende cómo ó por qué la materia inerte y tosca es capaz de animarse con el movimiento? ¿Quién finalmente entiende la mayor parte de los phenómenos que obran en nuestros sentidos cada instante, sin que jamas pueda penetrarlos la razon? Los efectos son sensibles, y los principios son ocultos; y si la razon los egerce sin

comprehenderlos es, porque no puede contradecir la evidencia de sus sensaciones.

¿Quánto mas deben ser inaccesibles á todo el esfuerzo de su penetracion los obgetos que ni aun siquiera pueden percibir nuestros sentidos? Así desde que se nos proponen apoyados sobre un testimonio Divino, no debemos considerar si son ó no son incomprehensibles, si parecen ó no contradictorios. Solo debemos exâminar, si el testimonio en que se apoyan viene verdaderamente de la region á que se atribuye: y si se puede demostrar la verdad y la seguridad de su orígen, es ridículo dejar de creerlos porque presentan muchas dificultades.

Importa poco que el entendimiento lo apruebe ó lo rechace: que le parezca conforme ó disonante con sus ideas; porque no son ellas las que pueden juzgarlo: ya se le ha dicho que están fuera de su esphera, y que pertenecen á un Reyno Divino. Por consiguiente, lo único que puede hacer es exâminar, si en efecto las pruebas que se alegan son ciertas, y vienen de esta region Divina. En una palabra: si es verdad que Dios se ha dignado de revelarlas á la tierra.

Vé aquí la razon por qué no puede ya emplear sus luces sino en averiguar esta verdad: y vé aquí tambien por qué altera su naturaleza, y sobrepasa sus funciones, quando se atreve á querer penetrar en los mysterios; quando intenta elevarse á la contemplacion de obgetos, cuyos principios quedan en los insondables abismos de su esphera sobrenatural.

El infinito es necesariamente incomprehensible,

tanto en el modo de su esencia, como en qualquiera de sus atributos. En el órden de las verdades naturales, á medida que cada obgeto se desenvuelve, se presenta mas á nuestro entendimiento, y su imágen se graba mas en él. Pero en el infinito todo se agranda á medida que se particulariza; y nuestro entendimiento se confunde tanto con su totalidad, como con una de sus propiedades ó atributos.

Por eso la incomprehensibilidad es esencial á todo lo que pertenece á este órden, que es por su naturaleza inaccesible. Es imposible que el eterno nos hable, ó nos dé una idea perteneciente á su carácter, sin que nuestro entendimiento sea sumergido en un océano, donde nuestra razon no puede por sí sola fijarse. Por consiguiente toda revelacion desde que se acredita la verdad de su exîstencia, no puede ya ser mas que obgeto de nuestra adoracion y de nuestro amor.

Lo que alcanza á descubrir el raciocinio humano, no puede ser divino. Cada cosa tiene la marca y la impresion específica de su esphera: y la incomprehensibilidad es la marca y el carácter distintivo de todo lo que es divino y sobrenatural.

Estos principios son muy claros, y es menester estar ciego para no ver su evidencia. Nada puede ver el que no vé tanta claridad. Ménos vista tiene que el que nunca abrió los párpados á la luz del dia. No habrá poder que le haga recibir la verdad, y practicar la virtud; pues no tiene diferencias que el buen sentido debe por sí solo descubrir.

No excusa pues á la incredulidad decir, que un mysterio es increible. Y que una Trinidad de

Personas en la Unidad de la esencia Divina destruye las ideas de la Philosophía ; porque esta misma dificultad debe fortificar las otras razones de creer. Á ménos que se nos explique , cómo lo que es tan increible pudo ser inventado por unos hombres , y creido por una innumerable multitud de otros. No se puede concebir que ideas tan inauditas y extraordinarias se pudieran presentar al espíritu humano , y ménos parece que se haya esperado el persuadirlas á los demas. Esta debe ser una nueva razon para indagar con mas solicitud el orígen que se les atribuye.

En efecto la impostura puede fabricar systemas y urdir fábulas. Pero todas las invenciones de hombres tienen siempre alguna relacion con las ideas de su espíritu , y por algun lado se parecen á los obgetos que ellos mismos conocen. No cabe pues en la naturaleza humana haber inventado esta Trinidad. El dogma me asombra ménos de lo que me asombraria ó la fraude que lo intentara , ó el arrojo que lo persuadiera. Cuesta ménos á mi razon recibirlo y adorarlo , que tenerlo por fruto de una maquinacion humana.

Es seguro que cada efecto debe tener una causa , que corresponda al carácter que lo distingue; y por mas que yo lo medite , solo la verdad puede parecerme motivo suficiente para que la Trinidad Divina pudiese entrar en el entendimiento de los hombres. Así para mí y para todos los demas Christianos su misma inverosimilitud es otra prueba de su verdad. Me parece que la sana razon puede discurrir así , y que no se apartaria de los principios de una buena Lógica. Pero los Christianos dicen

mas, y prueban que todos los artículos de su creencia han sido revelados por Dios. Así dicen: Escrito está: que en este ente incomprehensible con la mas simple Unidad hay sin confusion una Trinidad de Personas: que estas tres Personas son el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo iguales entre sí: que la Persona del Hijo vino á la tierra para redimir á los hombres: que siendo Dios, y sin dexar de serlo, se hizo hombre: que vivió entre nosotros: que murió en una Cruz: que resucitó: y que subió á los Cielos.

Escrito está: que este Salvador Divino, queriendo quedarse con nosotros hasta la consumacion de los siglos, nos dejó su sagrada Carne y su preciosa Sangre bajo las especies de pan y de vino que ofrecemos en sacrificio: y que uno y otro son la comida y bebida con que se alimentan nuestras almas.

Escrito está: que habrá un juicio universal, en que todos compareceremos: que allí serémos juzgados con arreglo á la ley del Evangelio: que los que la hubieren observado gozarán de una bienaventuranza eterna; pero que los que no la hayan creido ó la hayan violado sin haberse arrepentido, serán castigados sin medida ni fin.

Escrito está ::: ¿Y qué, Padre, le volví á interrumpir, os atreveis á asegurarme que podeis probarme con evidencia, que el mismo Dios ha revelado al hombre esas cosas que parecen tan absurdas, tan monstruosas y tan poco dignas de la Divinidad? Sí, señor, me respondió; y no extraño que vuestra razon, que no se ha detenido á indagar los principios, se rebele quando escucha prodigios que le son tan superiores. Sin duda que es-

tas deben ser para vos novedades extraordinarias, mysterios obscuros y verdades terribles.

Pero el que vea, sin poder dudarlo, que está escrito; esto es, que Dios lo ha dicho: el que sepa, que Jesu Christo es Dios por pruebas tan evidentes, que seria locura no reconocerlo; ¿qué puede hacer, sino rendirse y bajar la cabeza al respeto de su infalible autoridad? El único exámen que le queda es saber, si es cierto que Jesu Christo lo ha dicho. Pero desde que depone esta duda, calla y se somete, porque sabe que su razon puede engañarse, y que Jesu Christo es la verdad misma.

Bien pueden ofrecérsele argumentos á que no halle salida, raciocinios de que no pueda desembarazarse: nada le hace titubear un instante, y desde entónces dice con el Apóstol [a]: "¡Ó profun»didad de los thesoros de la sabiduría Divina! sus »juicios son incomprehensibles, y sus caminos supe»riores á nuestra inteligencia. ¿Quién ha penetrado »los pensamientos del Señor? ¿quién ha entrado en »sus consejos?" Así resuelve el Christiano todas sus dificultades: así disipa todas sus dudas: así se desembaraza de todas las reflexîones peligrosas. Se aquieta, vive en paz, y solo se ocupa en practicar las máxîmas que el Evangelio le enseña.

Pero, Padre, le dige, no es posible que el entendimiento del hombre adopte lo que no alcanza á ver: es imposible que crea lo que no entiende. Ese es, me respondió, el orgulloso clamor del espíritu humano; porque no quiere hacerse justi-

a *Ad Rom. xi 33 y 34.*

cia, y reconocer su flaqueza. ¿Cómo es posible que entienda cosas sobrenaturales, que están fuera de la esphera de sus conocimientos, y para cuya inteligencia no tiene órganos proporcionados? ¿No le basta saber que Dios es quien lo dice; diciéndole al mismo tiempo llegará dia, en que separado de la materia adquirirá la aptitud para entenderlos?

¿Y qué, señor, esta misma razon no abraza tambien las cosas naturales? ¿Quántas cosas hay en el universo, quántas pasan á nuestra vista, sin que podamos dudar de su exîstencia, y sin que tampoco podamos comprehenderlas? Y con todo seria menester ser locos para decir, que porque no las entendemos no son verdaderas.

Porque no hemos comprehendido hasta ahora el flujo y reflujo del mar, ¿se puede dudar de este movimiento de las aguas tan regular y tan constante? Porque nadie sabe todavía la causa, por qué el iman se dirige siempre al norte, ¿se dudará de phenómeno tan útil? ¡Quántas obras de la naturaleza se esconden á nuestra penetracion! ¿Cómo pues podemos sorprehendernos de que los mysterios de Dios estén fuera de nuestros alcances? ¿y cómo se puede decir no los creo, porque no los entiendo?

Seria muy temerario el mortal que pretendiera robar al Cielo los secretos que le quiere esconder. El mismo Dios ha amenazado de oprimir con su gloria al que se acercare demasiado á registrar su magestad [a]. Dios nos ha descubierto todo lo que

[a] *Proverb.* xxv 27.

nos era necesario, así para conocerlo y servirlo en esta vida, como para vivir con él en la otra eternamente dichosos. Y á fin de hacernos ver que la revelacion es suya, y que no nos quede excusa, nos ha dado señales tan caracterizadas que nadie las puede dudar, y qualquier espíritu mediano las puede entender: esto es lo que nos basta. Lo demas ha querido reservarlo para el dia de la gloria, en que el hombre entrará en su Santuario eterno, y quando se le manifestará con todo el esplendor de su magnificencia: entónces pasarémos de esta fe tenebrosa á la mas luminosa claridad. No digo por esto, que Dios repruebe el prudente conato de una razon modesta y contenida: él nos la ha dado como un farol que nos alumbra en esta vida; pero quiere que no salga de su esphera: que se contente con llegar á lo que alcanza; y que quando él habla, cierre los ojos y se humille delante de la fe. Así lo ha arreglado el Señor por nuestro propio bien, y sería :::

Pero, Padre, le interrumpí, ¿no es verdad que Dios ha impreso en el corazon del hombre un sentimiento íntimo y natural; un discernimiento claro de lo bueno y lo malo; en fin las ideas de la virtud y del vicio? Pues si esto es así, ya tiene todo lo que necesita: ya puede conducirse por sí solo, y adquirir los premios, ó evitar los castigos si los hay: esta es la ley natural. Dios le da con ella el conocimiento de la ley, y le da la razon para que la obedezca por su propio interes. Dios no multiplica los entes sin necesidad, ni hace cosas superfluas; y siendo estos medios suficientes para el gobierno del hombre, la revelacion es inútil,

¿Para qué grabar en piedra leyes que nos grabó en el corazon? ¿De qué sirven libros ni Prophetas, á quien tiene en sí mismo una luz interior que lo dirige?

El Padre respondió: ¿Pensais, señor, que baste la razon para enseñarnos todo lo que la revelacion nos enseña? Vos le haceis demasiado honor, y quando la consideréis de mas cerca, veréis que no lo merece. La religion está llena de verdades sublimes, de conocimientos elevados, que ella sola nos pudo descubrir; y que jamas sin su auxîlio hubiera alcanzado la razon. Y esto solo basta para demostrar quán insuficiente era para dirigir á los hombres, y quán necesaria les era la revelacion.

¿Qué es, señor, la pobre razon, quando está sóla y abandonada á sus propios esfuerzos? Considerad que la primera obligacion y el mayor interes del hombre es conocer su orígen, su naturaleza y sobre todo su último fin. ¿Y os parece que el entendimiento humano tan terrestre, tan limitado y débil es capaz por sí mismo de alumbrarnos en la obscuridad de obgetos tan intrincados y difíciles?

Juzgadlo por la experiencia: ved lo que ha alcanzado en los siglos pasados. Considerad todos los que han precedido á Jesu Christo. Recorred las naciones mas cultas que tuvieron mas recursos, y se aplicáron con mas actividad. Preguntad á sus sabios, á sus Philósophos, á los mas instruidos: ¿Si el hombre es obra del acaso, ó si debe su ser á un Criador? ¿Si lo crió en un estado mas excelente, ó en el mismo á que hoy está reducido? ¿Si el mundo es eterno, ó si ha sido sacado de la nada? ¿Si Dios vé las acciones de las criaturas? ¿Si exî-

ge un culto de ellas? ¿Y quál es el culto que exîge? Y veréis con asombro, que sobre estas qüestiones tan interesantes, sobre asuntos tan estrechamente enlazados con nuestras obligaciones, nuestra seguridad y nuestros destinos eternos, los descubrimientos de quarenta siglos, no produgeron mas que congeturas tímidas ó errores monstruosos. Veréis, que exceptuando la Judea, en donde Dios habia manifestado la gloria de su Nombre, la Theología de todas las Naciones de la tierra no era mas que una masa indigesta de fábulas y de absurdos, de supersticiones groseras, de mysterios indecentes y de abominables sacrificios. Veréis en todos los Pueblos los horrores del Polytheismo, y en los grandes los de la impiedad.

Estas tinieblas eran tan generales, que penetráron hasta en las Escuelas: y las asambleas de los sabios yacian en una noche igualmente profunda. Los mismos que en Athénas, Corintho y Roma se hacian distinguir por otros muchos y eminentes talentos, quando hablaban de la religion parecian ciegos, y pensaban como niños. Ellos son la prueba mas visible de los cortos alcances de la razon humana; pues multiplicando aquellos sabios sus meditaciones y disputas, no hicieron mas que multiplicar sus errores y delirios.

Es cierto que algunos vislumbráron verdades útiles; pero no pudieron mas que entreverlas con obscuridad y confusion: y esta pequeña luz no bastaba á satisfacer su razon, y fijar sus incertidumbres. Por eso redugeron los dogmas mas importantes á la clase de problemas ó de qüestiones curiosas, que solo podian entretener á los Philósophos,

y egercitar su ingenio. Ellos mismos confesáron, que la verdad era una especie de phósphoro, que brillaba un momento y se obscurecia al instante. Ellos mismos digeron, que su razon era como una nave batida por la tempestad, y empujada por vientos contrarios, sin piloto ni timon, en el vasto piélago de las humanas opiniones.

No es posible resistir contra la autoridad de una experiencia hecha en toda la tierra: que ha durado mas de quatro mil años, y que convence de la necesidad de una revelacion. Á vista de esto, ¿quién puede persuadirse, que el Pueblo pueda formarse á sí mismo un cuerpo de doctrina útil y bien ordenado, quando los hombres mas célebres de todos los tiempos no han podido producir mas que opiniones vacilantes, y algunas verdades mutiladas y estériles sin union ni systema, sin motivos y sin autoridad?

Los que pretenden dar á la razon tanta fuerza, se valen de las mismas luces, que deben á la revelacion para hacerla inútil; pero sus raciocinios no merecen detenernos, y son mas aptos á probar los límites, que la extension del espíritu humano; pues con los mismos esfuerzos que hacen para acreditarlo, demuestran mas su triste insuficiencia. Creed, señor, que la razon es ciega, y que solo la religion le puede abrir los ojos: que la razon es inconstante y variable, y que solo la religion puede fijarla: que es débil, y que solo la religion puede sostenerla: que en fin es muy desigual entre los hombres, y que solo la religion puede suplir lo que falta á unos para igualarla en todos.

Solo Dios podia remediar á estos defectos de la

razon humana. Por eso dió á todos los hombres el mismo culto: les propuso los mismos mysterios, y les intimó las mismas leyes. Estas leyes, estos mysterios y este culto forman el cuerpo de la religion, y desde que la razon advierte que vienen de Dios, no le queda otro arbitrio que el de adorar, creer y practicar.

Aquí le dige: Yo en verdad, Padre, no sé lo que le diga. Puede ser que á fuerza de haber caido en tantos errores los hombres, llegáron al fin á discurrir este plan que ahora os admira tanto. Así para probar que la religion Christiana viene de Dios, no basta decir, que los hombres durante muchos siglos, divagáron en diferentes opiniones. Vuestra asercion necesita de pruebas mas positivas, y esto no me parece tan fácil.

Sin duda, señor, me respondió, que son menester pruebas de otra especie: y lo que he dicho de la insuficiencia de la razon solo sirve á fundar la necesidad de la revelacion: pero en quanto á las pruebas de su verdad, no dudeis de su claridad y de su fuerza. Dios se debia á sí mismo, y debia á los hombres quando les descubrió verdades tan superiores á las luces de su razon, y quando les intimó leyes tan contrarias á su naturaleza; debia, digo, darles medios de reconocer con evidencia, que de él solo como Autor de la naturaleza y de la gracia derivan unas y otras.

El hombre seria excusable de no creerlas y de no obedecerlas, si Dios no hubiera dado á sus testimonios tal grado de fuerza y claridad, que no se puedan esconder á la razon, quando las pasiones no la turban ó no la prevarican. Dios no fue-

ra justo en castigar á quien no pudiera redargüir con la evidencia de estas pruebas: pero su justicia tal vez esconde la luz á los soberbios, y la muestra á los humildes y sencillos. Para conocer la fuerza de estas pruebas, y para penetrarse de su luz, es menester oirlas con deseo síncero de saber la verdad, y con ánimo dispuesto á hacerle todos los sacrificios necesarios. El que no las oyga preparado de este modo, no podrá recibir su impresion, como un paladar que la enfermedad ha viciado, no puede hallar grato el sabor de los mas dulces alimentos.

Todo eso podrá ser bueno, le dige yo; pero jamas me persuadiréis que sea posible probar la verdad de ninguna religion con evidencia. ¿Cómo obgetos sobrenaturales, mysteriosos y obscuros, que vos mismo decis estar fuera de la esphera de la razon, pueden sugetarse á las leyes del cálculo ó del raciocinio, de modo que deban convencer á una razon que ni siquiera alcanza á entenderlos? No olvido la distincion que habeis hecho entre las pruebas de la revelacion, y la revelacion misma: confieso que ha sido para mí nueva, y que me parece justa. Vos pretendeis, que las pruebas de que es Dios quien la ha dado pueden ser claras, aunque su fondo no lo sea: y añadis, que esto debia ser así para que la fe fuese meritoria. Enhorabuena: yo os lo concedo, y reconozco que esto es posible, y no contradice á la razon. Pero con la misma sinceridad os digo, que nosotros no estamos ya en el caso ni en la posibilidad de juzgar estas pruebas, porque no podemos exâminarlas á causa de la inmensa distancia que nos sepa-

ra de los tiempos, dc los testigos y los lugares en que todo ha pasado.

Para poder juzgar sanamente de obgetos tan importantes y obscuros, seria necesario por lo ménos estar cerca de ellos; y los muchos siglos que median entre Jesu Christo y nosotros nos han puesto muy léjos. Los hombres tienen la vista corta, que no alcanza á tan larga distancia: vos quereis acercarme un poco para que vea; pero no podeis serviros mas que de medios falibles, ó de los testigos que yo no he oido, ó de libros escritos por otros hombres siempre engañosos, ó de tradiciones populares que no son seguras, y que han debido ser alteradas ó exâgeradas en el transcurso de tantos siglos.

Todos estos recursos, y no puede haber otros, ni son practicables ni son ciertos. No son practicables, porque si para convencerse de la verdad de una religion fuera necesario estudiar, comparar y pesar todos los testimonios y pruebas derramadas en los libros y monumentos, aprender las lenguas necesarias, y adquirir toda la erudicion de estudio tan vasto y tan difícil; ¿quién pudiera convencerse sino un corto número de hombres laboriosos y hábiles? ¿Qué seria de la muchedumbre sin educacion, y que está forzada á dar todo su tiempo al trabajo de manos para subsistir? ¿Y quién puede imaginar que Dios haya dado una religion de que todos los hombres no sean capaces, y que no sea evidente por sí misma, sin necesidad de discusiones tan intrincadas y penosas?

Tampoco pueden ser ciertos. Toda tradicion es falible: por antigua, por numerosa que sea jamas

puede adquirir autoridad; porque excepto los primeros que la testifican, todos los otros no son sino ecos que la han repetido. No añaden prueba ni fuerza. La verdad ó la falsedad está únicamente en el primero. Aunque lo repitan millones, han podido ser engañados por sus predecesores, como yo puedo serlo por ellos. Así es claro, que desde que yo no he sido testigo, y que es menester que crea Autores que son todos hombres y falibles, ó crea tradiciones que puedan ser fábulas, me es imposible hallar un punto seguro en que apoyarme, y que no es dado al hombre juzgar bien, y ménos probar con evidencia la verdad de hechos, que están léjos de sus propios sentidos.

Yo dige otras muchas cosas sobre esto. El Padre las oyó con paciencia, y quando entendió que habia acabado, me dijo: Vuestras reflexîones, señor, nos conducirian al mayor de los inconvenientes, que seria á establecer el Pyrronismo. Si para estar seguro de un hecho es necesario haberlo visto, rompamos y borremos todas las historias. Nuestros mayores fuéron muy simples, recogiendo y pasándonos todos los hechos de su tiempo, y nosotros no lo somos ménos quando instruimos de los nuestros á nuestros venideros. Cada edad, cada generacion no podrá saber ni aun la historia de sus dias, y apénas cada familia sabrá lo que pasa con él. César y Alejandro pueden ser una fábula. Y quanto se ha escrito hasta aquí, á pesar de los testimonios, de los testigos oculares, de los monumentos subsistentes que se erigiéron con aquel motivo, y de los usos, ceremonias ó ritos que le debiéron su orígen, deberá ser confun-

dido con los rumores populares, que no presentan estos documentos auténticos de su verdad. Yo os pido, señor, que vos mismo seais juez de una doctrina que nos arrastraria á tanto exceso.

Vos decis, que no puede ser Divina una religion, que para convencerse de su verdad necesitaria un estudio, que todos los hombres no pueden hacer, en especial los simples y los que viven de su trabajo. Teneis razon, señor. Así no es este el méthodo de que nos valemos para persuadirla á esta especie de gente. Dios nos ha dejado una manera de instruirnos mas acomodada á nuestra corta capacidad, ó á la fatiga de nuestras ocupaciones: y vos veis quán útil es, pues que basta á tantos Pueblos y Naciones para creerla y practicarla con respeto y sumision.

Pero si hay entre ellos algunos espíritus, que ménos dóciles ó mas críticos dudan ó quieren enterarse de los motivos de su fe: hay otros soberbios, que no queriendo dar crédito mas que á las voces de su altiva razon, nos vienen á inquietar en la tranquila y pacífica posesion de nuestra creencia. Si en fin algun infiel, algun herege ó algun Philósopho nos viene á preguntar nuestros motivos, ¿qué podemos hacer en estos casos, sino mostrarles los documentos, las pruebas y los testimonios de todos los siglos, que han pasado hasta nosotros con fidelidad este depósito sagrado?

Así esta religion, que por su santidad persuade al simple, que por su elevacion admira y somete al dócil, no teme tampoco el exámen del crítico. Por el contrario desea, que este la exâmine, la indague, la registre, segura de que hallará en

ella pruebas evidentes de su genealogía Divina. Ella le mostrará quán inexcusable es el que si tuvo la desgracia de hallar en su soberbia razon dificultades que lo alejaban de ella, no tuvo bastante aplicacion para estudiarla y conocerla; pues hubiera podido fácilmente desengañarse y salir de su error.

Añadis que la tradicion por numerosa que sea, no añade prueba ni fuerza; porque todos no hacen mas que repetir lo que digeron los primeros, y tambien teneis razon. Pero nosotros no los producimos como testigos que prueban, sino como testigos que confirman, que es verdad lo que digeron los primeros; y esto es lo que nos basta. Por exemplo: Los Christianos del segundo siglo no pudieron ver á Jesu Christo, ni ser testigos de sus milagros; pero casi todos habian hablado con sus primeros Discípulos que lo habian visto: habian sabido de ellos los hechos y las circunstancias, y ademas de esto les veian hacer á ellos mismos otros milagros en nombre y por la virtud de Jesu Christo. Así lo que nos refieren, no es solo una repeticion, sino una confirmacion auténtica de lo que contáron los primeros testigos, y de la fe y confianza de que eran dignos.

Los del tercer siglo no pudieron ver ni á Jesu Christo ni á sus primeros Discípulos; pero sabian toda su historia por sus padres, que la habian aprendido de ellos. Así su testimonio tampoco es una repeticion desnuda, sino una certificacion, de que verdaderamente sus mayores les habian transmitido la noticia de aquellos hechos atestiguados por los que los viéron. Y de este modo han venido successivamente hasta nosotros, que los pasarémos tambien

á nuestros descendientes. Nosotros les certificarémos, que los hemos recibido de nuestros padres, que de mano en mano los habian recibido de los suyos, que los recibiéron de los otros hasta llegar á los testigos de vista. Así por una cadena nunca interrumpida llegarémos en todo tiempo hasta los Apóstoles.

Así aunque nosotros no somos ni podemos ser testigos oculares de los hechos que refiere el Evangelio; pero somos los depositarios de su verdad. Nosotros certificamos, que nos la han transmitido nuestros mayores tal como la han recibido de los suyos; y de este modo cada generacion no solo repite lo que ha dicho la pasada, sino certifica y acredita, que recibió de sus mayores la tradicion que estos le pasáron: que es la misma sin alteracion que la que ellos habian recibido, y que ha sido siempre la misma hasta llegar á la noticia original de los testigos primitivos. Y vé aquí como todos los siglos hacen mas que repetirse; pues no solo atestigua cada uno que la cadena de testimonios no se ha interrumpido jamas, sino que tampoco se ha alterado: que se ha conservado con fidelidad y exâctitud; y que lo que nosotros creemos ahora es aquello mismo que los testigos de vista escribiéron y comunicáron á los primeros que convirtiéron.

Eso puede ser, repliqué yo; y es natural que lo que hoy se crée, sea la misma cosa que creyéron los primeros Christianos. Es verosímil que en materias que la supersticion respeta como Sagradas, no sea fácil alterar nada, porque no se pudiera hacer sin excitar el clamor general. Pero probar que una tradicion sea la misma ó se con-

serve entera, no es probar que sea cierta. Que parece muy ridícula la pretension de que nosotros por una tradicion creamos lo que no quisieron creer los Judíos, que eran testigos de los hechos.

¿No es verdaderamente risible, que se quiera hacernos creer por relaciones de otros lo que no se pudo persuadir á los mismos que viéron lo que se nos refiere á nosotros? Pues ellos á vista de los hechos no solo no los creyéron, sino los despreciáron, y condenáron á Jesu Christo como impostor y malhechor; ¿cómo es posible pretender, aun suponiendo que sean ciertos, que deban persuadirnos á nosotros despues de tantos siglos? ¿Cómo pueden ser evidentes hechos que no pudieron convencer á los mismos testigos?

Y observad la diferencia de nosotros á ellos. Para conocerla transportémonos al tiempo en que Jesu Christo vivia: los Judíos esperaban un Mesías. Su tradicion verdadera ó falsa era, que por instantes debia ya nacer el Libertador de Israel. Es imposible imaginar que no estuviesen todos con la impaciencia y atencion que pedia tan alto interes. Viene Jesu Christo, y dice á los Judíos: Reconocedme. Yo soy el Redentor que esperais: el Libertador prometido á la casa de David. Comparad todas mis circunstancias con lo que os han anunciado los Prophetas; observad la multitud de los prodigios que hago; ved como sano todas las enfermedades con el imperio de mi palabra; como arrojo al espíritu impuro; como prophetizo lo por venir; como resucito los muertos, y como yo mismo he resucitado y triumphado de la muerte.

¿Os parece, Padre, que si la menor de estas cosas fuera cierta; que si los Judíos la hubieran visto con sus propios ojos, era posible que quando no deseaban ni pedian mas que la venida del Mesías prometido, lo hubieran desconocido hasta el extremo de tratarlo como malhechor? ¿Que la Synagoga mas instruida, que el Pueblo lo hubiera condenado á la muerte mas afrentosa? ¿Qué prueba mas clara de que ellos no viéron ninguno de los milagros que se han contado despues? Ellos eran contemporáneos: ellos fuéron los Jueces, los acusadores y los testigos: ellos tenian el mayor interes en averiguar la verdad; y pues ellos le creyéron un impostor, ¿cómo podemos nosotros creer que era nada ménos que Dios? Su incredulidad justifica la nuestra.

No me opongais, ni los muchos Pueblos Christianos, ni el gran número de Mártyres que despues lo han creido; su fe, que puede ser hija del entusiasmo ó de la seduccion, no merece hacer contrapeso en la balanza contra el testimonio de los mismos testigos. Los Gentiles que fuéron los primeros convertidos, ni podian entender como ellos el verdadero sentido de las Prophecías, ni podian conocer con tanta exâctitud las circunstancias de los hechos que no viéron, y que no podian juzgar por sí mismos, sino por relaciones de otros. Así toda la presuncion está en favor de los Judíos que no creyéron, contra los idólatras que digeron haber creido; y es ridículo pretender, que nosotros creamos que era un Dios el que tuvieron por impostor los que le viéron de mas cerca.

Vé aquí, señor, una dificultad que os pare-

ce terrible, y en efecto es especiosa; porque como simple y natural agrada y contenta sobre todo á los perezosos que quieren con poco exámen tomar un partido y decidirse. Pero exâminémosla poco á poco, y veamos si es sólida. Primeramente supone: que los hombres no pueden dejar de convertirse viendo un milagro; y esto no es tan cierto. El mal rico pedia á Abraham, que enviase á alguno de los de la otra vida á advertir á sus hermanos, para que evitasen de venir al lugar de horror en que él estaba: y Abraham le responde: que sus hermanos tienen la Ley y los Prophetas, y que si no creen á estos, tampoco creerán á nadie que vaya milagrosamente á prevenirlos [a]. En efecto, señor, los milagros no pueden persuadir sino á aquellos que libres de interes y de pasiones desean sínceramente conocer la verdad; pero los que tienen un interes vivo en no creerlos, ó los que esclavos de una fuerte pasion desean que no sean ciertos, hallan mil pretextos para eludirlos.

Supongamos un hombre en este caso, y que se le presente á la vista un milagro estupendo; sin duda quedará atolondrado, y no sabrá qué decir. Pero si un interes poderoso, ó una pasion activa le hacen desear que no sea verdadero, despues de dar algun tiempo á la sorpresa y al asombro, poco á poco irá buscando razones ó motivos para debilitar su impresion, y procurará persuadirse ó que aquello ha podido ser engaño de sus sentidos, ó que debe atribuirse á otras cosas que su pasion le hará con-

[a] *Luc.* XVI 30.

siderar mas verosimiles ; y esto es precisamente lo que sucedió con los Judíos.

Jamas estos dudáron de los milagros de Jesu Christo que veian ; pero los atribuian á un mal principio. Su realidad les era tan patente , que ni pudieron negarla entónces , ni disimularla á sus sucesores. Así estos que tampoco han podido negar lo que confesaban sus mayores , se han visto forzados á decir en el Thalmud : Que Jesu Christo habia descubierto la inscripcion del nombre de Dios , y que con este nombre mysterioso que sabía pronunciar, toda la naturaleza le obedecia como al mismo Dios, con otras mil inepcias de esta especie , en que no insisto por no molestaros con tan ridículos absurdos. Pero esto solo basta para convenceros , que ni los Judíos de entónces ni los de hoy se han atrevido á negar los milagros de Jesu Christo. No era posible , que negasen lo que todos veian. Y no puede haber prueba mas evidente de su exîstencia , que la necesidad en que se viéron unos y otros de recurrir á invenciones tan frívolas como absurdas ; pues es claro , que si aquellos milagros no hubieran sido tan notorios como evidentes , hubieran dicho que no eran ciertos , y con esto los desmentian fácilmente.

Esto es, Padre , interrumpí yo , lo que aumenta la dificultad. Pues si es cierto , que el Pueblo y la Synagoga veian estos milagros de manera que no podian dudarlos , ¿cómo es posible , que con tanta constancia se hayan obstinado , no solo en no reconocerlo , sino en crucificarlo ? Mi respuesta es fácil , dijo el Padre : yo os he insinuado , que unos y otros atribuian á Bercebú , príncipe de los demonios , los milagros que no podian dejar de ver. Y con

este principio que les sugeria su pasion, se creian autorizados no solo á no creer, sino á perseguir á Jesu Christo. Aunque hablando con rigor fuera de este pretexto, se hallaban ellos en otras disposiciones que podian contribuir á su engaño.

Para conocerlas exâminemos la situacion de los Judíos; y veréis que en esto no hay dificultad. Es verdad que ya esperaban al Mesías. Las Prophecías lo habian anunciado para aquel tiempo. El estado de su gobierno lo indicaba. Ya segun la Prophecía de Jacob el cetro habia salido de la Tribu de Judá. Ya no tenian ni poder ni autoridad ni Magistrados. El Synedrin estaba degradado, y sus miembros habian pasado de Jueces á ser simples Doctores. Los Romanos se habian apoderado del poder de la vida y de la muerte; y no quedaba á los Judíos otro derecho, que el de decidir en asuntos de religion.

La Nacion oprimida y descontenta veia con dolor esta triste situacion, sin otra esperanza, que la del Mesías que ya esperaban por instantes; y se habia figurado, que este Redentor debia restituirle su esplendor antiguo: que al modo de los Conquistadores del mundo traeria consigo fuerzas y poder para domar sus enemigos: que abatiria á Roma: que domaria á los Gentiles: y que estableceria un Imperio, en que los Judíos serian los dueños de la tierra, y gozarian de todos sus bienes y riquezas. ¿Sobre qué fundaban los Judíos estas esperanzas? Sobre las Prophecías; pero era interpretándolas á gusto de sus necesidades, y no segun el órden que tenian entre sí, y que los sucesos han manifestado despues.

Porque Jesu Christo vino; pero en un órden muy

diferente de aquellas orgullosas esperanzas. Su nacimiento obscuro y su estado humilde no excitáron atencion alguna. No promete á sus Discípulos ni las grandezas que el mundo admira, ni los bienes que ama. Su doctrina es santa y elevada, pero austéra y penosa. Sus acciones son grandes y sublimes, pero sin fausto ni ostentacion. Sus promesas son magníficas, pero se reservan para la otra vida. Esto bastaba para que no le reconociesen por el Mesías aquellos hombres soberbios y groseros, de unos corazones terrestres y carnales, que no estimaban mas que el placer de los sentidos, y cuyo único obgeto era gozar de los bienes de la tierra, y subyugar con las armas á los enemigos que los oprimian. Vé aquí el error que engañó á los Judíos, y los hizo tan obstinados; y esta razon es clara, tanto por la historia como por el genio y carácter conocido de la Nacion misma.

Todo eso, Padre, puede ser así, le dige yo; pero es imposible comprehender, que una Nacion entera por una preocupacion de orgullo ó de interes haya podido resistir á la fuerza poderosa de tantos milagros. Confesad que no se puede concebir tan monstruosa ceguedad. Con todo, señor, me respondió, sin salir del punto que tratamos, ¿quántos egemplos de ella estamos viendo cada dia? ¿No vemos en el seno del Christianismo unos espíritus bastante ciegos, que se escandalizan y avergüenzan de la pobreza y humilde condicion de Jesu Christo, sin que su orgullo pueda conciliarla con lo que la fe le enseña? No dudan de los milagros de Jesu Christo, saben que son ciertos; y no obstante esto miden con su dé-

bil imaginacion los consejos de Dios; y á pesar de todos sus prodigios, casi les parece ménos decente su pasion y su muerte. ¿Qué hicieran pues si como los Judíos desearan, que pareciese grande para salvar el estado, y socorrerlos en la opresion vergonzosa que sufrian?

Pero voy á satisfaceros mas directamente. Vos me preguntais, por qué los Judíos no creyéron; aunque los milagros de Jesu Christo fuesen tan repetidos como evidentes: y yo os respondo, que esto era para que se cumpliesen las Prophecías; porque estaba predicha su incredulidad, y que la venida del Mesías que debia ser la salud del universo, seria la reprobacion del Pueblo Judío. Estaba prophetizado en el Deuteronomio, en Isaías y Jeremías, que este Pueblo deplorable, debia tener ojos y no ver, oidos y no oir, corazon y no comprehender.

Los demas Prophetas están llenos de estas amenazas. Á cada paso se encuentra en ellos, que el Mesías seria dado; pero que seria desconocido y maltratado por los Judíos. Su dureza y su castigo estaban predichos. La historia lo ha confirmado todo; y hoy mismo son un egemplo vivo, y una prueba subsistente de aquellas Prophecías. El nuevo Pueblo de creyentes, que se debia levantar sobre sus ruinas, está tambien pintado con colores tan vivos y tan parecidos al retrato, que no es posible desconocer la Iglesia Christiana, que ha succedido á la infiel Synagoga. De modo, señor, que si teneis razon para asombraros de la incredulidad de los Judíos, la teneis mucho mayor para deponer toda duda quando veis tan exác-

ta conformidad entre las predicciones y los sucesos.

Sin duda que Dios tuvo justas razones para condenar á los Judíos á tan severa proscripcion; pero observad como la obstinada resistencia tanto de los que persiguiéron á Jesu Christo como de sus descendientes, que sufren hoy mismo la pena de su incredulidad., es una de las pruebas mas victoriosas de nuestra fe; y parece que debia entrar en el órden de la dispensacion Divina. Porque como dice Pascal, si todos hubieran sido convertidos por Jesu Christo, no tuviéramos mas que testigos sospechosos; si Dios en castigo los hubiera hecho desaparecer de la tierra, no tuviéramos ninguno. Pero dejándolos en ella como monumentos subsistentes de la verdad de las predicciones; y confesando los milagros aunque blasphemen de la mano que los hace, su exîstencia sola acredita lo uno y lo otro; y sin quererlo nuestros mayores enemigos se transforman en nuestros defensores.

Ademas de esto, no todos los Judíos fuéron rebeldes: muchos reconociéron á Jesu Christo, aunque fuéron la menor parte; pero por ellos empezó la Iglesia. Los Gentiles no viniéron sino despues como estaba tambien predicho. En Jerusalen se formó el primer Rebaño, pequeño á la verdad en su principio, pero que se aumentó mucho despues del milagro de la Resurreccion. Los Apóstoles hicieron conversiones, cuyo número espanta. En dos dias ocho mil con el corazon compungido pidiéron á San Pedro, que los bañase con el agua santificante; y estos nuevos Christia-

nos hicieron á otros, los que convirtiendo muchos nuevos multiplicáron en poco tiempo su número. Así no es cierto que todos los Judíos hayan resistido á la fuerza de los milagros. Los que hacen esta obgecion se engañan; porque no ponen la vista sino en los descendientes de los Judíos rebeldes; pero no deben olvidar los muchos que se incorporáron en la Iglesia, y de que tantos Christianos son hoy la posteridad.

Aquí repliqué yo: Ya os entiendo, Padre. Vos me explicais el motivo secreto que indisponia el corazon de los Judíos contra los milagros, aunque no pudiesen dudar de su certeza. Vos la atribuis á la natural repugnancia que debian sentir viendo la bageza exterior de Jesu Christo: su orgullo acostumbrado á las ideas ambiciosas, que se habia formado de la grandeza de su Libertador, no queria reconocerlo en un hombre tan obscuro y abatido.

Esto puede ser; pero léjos de resolver la dificultad, le añade mayor fuerza; porque es claro que los Judíos tenian razon. Y que ¿cómo era posible reconocer el Enviado del Señor, prometido desde el orígen del mundo: el Salvador que los Prophetas habian anunciado con tanta pompa: el Mesías vencedor de todas las Naciones, cuya gloria debia penetrar hasta las Islas desiertas, en un hombre miserable que vivia triste y pobremente, que sabian haber nacido en una familia obscura, que se ocupaba en los bajos egercicios destinados á la miseria? ¿Quién podia imaginar, que el Santo de Israel, el Redentor del género humano pudiese venir con tanta pobreza?

No ignoro que me responderéis, que las vias de Dios no son las nuestras, y que no podemos penetrar la profundidad de sus designios. Esta es la salida ordinaria con que se pretenden eludir todas las dificultades que no se pueden desatar. Pero con respuestas tan frívolas se pueden justificar todos los delirios. Lo cierto es, que aunque haya infinita diferencia entre la sabiduría Divina y la nuestra, tenemos con todo principios seguros para juzgar sus obras.

Uno de los mas claros es, que Dios no puede hablar á sus criaturas de una manera equívoca, que deba necesariamente engañarnos; y es visible, que los Judíos debian engañarse, si el Mesías nacia en la bageza y miseria, despues que los Prophetas lo habian anunciado con tanta gloria y magestad. La contrariedad no podia ser mas fuerte, y la seduccion era inevitable. Así los Judíos no pudieron ni nosotros lo podemos reconocer.

Yo dige esto con un ayre de satisfaccion. En efecto me parecia imposible responder bien á una demostracion tan simple. Y en secreto me complacia presintiendo el embarazo de aquel sencillo Padre. Pero por desgracia en aquel instante sonó una campana, y el Padre se levantó diciéndome: Vé aquí la voz de Dios que me llama. Mañana si quereis continuarémos este asunto; y espero que esta dificultad que os parece tan invencible quedará tan disuelta como las otras. El Padre se fué, y yo quedé picado de ver que se jactase de deshacer una obgecion que yo encontraba indisoluble. Decia entre mí: Este hombre tiene talento y persuasion. Pero á pesar de toda su habilidad, por

esta vez espero vencerle. Y pues está tan satisfecho, no le he de dar quartel. Verémos como sale. ¿Y quién sabe si al fin no le haré confesar quán ridículo y absurdo es su systema? Con esta idea esperaba impaciente el otro dia, cuyas resultas sabrás por la Carta que seguirá á esta. Á Dios, amigo mio.

CARTA VI.

El Philósopho á Theodoro.

Theodoro mio : Quando vino el Padre , despues de las primeras cortesías me dijo : Ayer , señor, nuestra conversacion quedó pendiente : vos me habeis propuesto una dificultad que consistia en decir, que si los Prophetas habian predicho , que el Mesías vendria con grandeza y gloria , los Judíos tuvieron razon en no reconocer á Jesu Christo , que se manifestó con la mayor humildad y pobreza. Creo que esto es en substancia. Pero esta dificultad , que á primera vista parece tan terrible , toma toda su fuerza de un equívoco. Y este se esconde en la verdadera aplicacion de la palabra grandeza.

Los hombres se engañan mucho en su genuina inteligencia. Hay muchas especies de grandezas , unas verdaderas y otras falsas. Por lo comun nosotros no llamamos grandeza , sino lo que le parece así á la imaginacion y á los sentidos. El nacimiento ilustre , la autoridad , la opulencia , las hazañas y las demas cosas de esta especie , son por lo comun lo que con afrenta de la razon alucina y seduce á los hombres ; y esta pudiera llamarse la grandeza sensible. Tambien distinguen otra , que se puede llamar espiritual , porque pertenece al espíritu , como es un grande ingenio , talentos extraordinarios, reflexîones profundas , vastos conocimientos , el don de la invencion , la elocuencia , la fecundidad de

la imaginacion, y otros dotes de esta naturaleza.

Pero son pocos los que distinguen, y ménos los que admiran otra grandeza que hay mas oculta, y que sin duda es superior, y debe ser preferida á todas. Esta es la que consiste en la santidad. Ya se vé, que estas tres especies de grandeza son diferentes, y que su distancia es infinita. La primera es fútil y terrestre. La segunda, aunque ménos grosera, puede ser vana y es peligrosa. Solo la tercera es sólida y sublime.

Los hombres suelen apreciarlas mal. Pero ellas tienen en sí mismas un mérito intrínseco y propio, que consiste en el aprecio con que Dios las estima. Todas las grandezas terrestres y sensibles reunidas no pueden elevarse jamas al valor de una sola operacion del entendimiento; y todos los mas elevados conceptos del ingenio no equivalen al precio de una accion sobrenatural. Para los que saben subir á los principios de las cosas, estas son verdades claras y evidentes.

Añadid á esto, que todas estas grandezas, que solo pueden ser apreciadas por la razon, aun quando no sean incompatibles entre sí, por lo regular cada uno aprecia la que le agrada, despreciando á la que no tiene ó no desea. Por egemplo, el que no busca mas que los placeres del cuerpo, se embaraza poco del estudio de los descubrimientos ó de los embelesos del entendimiento. El que no piensa mas que en estos, no se afana ni se crée miserable, por no tener el fausto y resplandor con que pretende distinguirse el primero; y para uno y otro son muy indiferentes los actos de virtud y justicia á que da tanto aprecio el que aspira á ser santo.

Estos son tres órdenes distintos, y cada qual tiene sus gustos y grandezas separadas. El primero no quiere ser grande sino á los ojos de los hombres sus émulos. El segundo á los de los sabios. El último á los de Dios. Y cada uno es ó puede ser grande en su género. Alejandro lo era como Conquistador: Platon como Philósopho: San Pablo como Christiano. Apliquemos estos principios á vuestra dificultad.

Vos decis: Jesu Christo no podia ser el Mesías, porque ha parecido en un estado vil. Es como si digerais: Alejandro no podia ser grande, porque no fué gran Philósopho, Orador ó Poeta. Vos veis, que discurriendo así hariais un juicio erróneo buscando en él una grandeza que no correspondia á su carácter. Así juzgais mal de Jesu Christo, extrañando que no tenga una grandeza que no era propia suya. Para poder juzgar de la grandeza ó bageza de una persona es necesario considerar, si su estado es conforme ó contrario al órden de grandeza de su destino, de su instituto ó de su mision: este es el único principio justo que nos debe conducir en este exámen.

Para saber pues si Jesu Christo ha tenido la grandeza que debia tener, solo se debe considerar el fin para que ha venido. Ahora bien, considerad que Jesu Christo no vino, sino para hacer volver al rebaño las ovejas que se habian extraviado del aprisco: para convertir á los hombres: para enseñarles el camino del Cielo: para librarlos de sus pasiones y de su amor propio: para darles lecciones y egemplos de virtud: para mostrarles los bienes verdaderos y eternos, y lo despreciable que son

estos bienes transitorios : para instruirlos en la verdadera adoracion de Dios , y que le tributasen un culto digno de su Santidad : para perdônar los pecados del mundo : para proporcionarnos socorros eficaces y correspondientes á nuestra flaqueza; en fin para preservarnos ó hacernos levantar de nuestras miserias. Vé aquí su destino , y el único obgeto de su Divina mision. Y vé aquí la sola grandeza que le correspondia : esto es la abundancia y proporcion de los medios convenientes para tan altos fines.

¡Ah señor! ¡si vos conocierais mejor á Jesu Christo : si os hubierais aplicado á exâminar su nacimiento , su vida y sus acciones , vos veriais si es grande en el órden que le era propio! Es verdad que nació pobre , humilde : que no reynó: que no dió batallas : que no ganó victorias : ¿pero qué importa? Nada de esto le era necesario; al cóntrario todo eso hubiera repugnado á los principales obgetos de su vocacion. Si yo os digera que Platon no fué un gran Philósopho , porque no fué de ilustre nacimiento , ni poseyó grandes dominios ; vos me diriais con razon : ¿qué importa que fuese de alta ó vil extraccion , pobre ó rico , libre ó esclavo? Nada de esto puede aumentar ó disminuir su gloria , porque él no es grânde sino en el órden de los talentos.

Lo mismo os digo , señor : ¿qué importaba á Jesu Christo la pompa mundana , ser Rey ó conquistador? Él no queria ni debia parecer grande sino en el órden de la santidad. Toda otra grandeza y mucho mas la falsa de que venia á desengañarnos , era extrangera y aun contraria á su

institucion. Él debia ser Santo, porque no venia mas que á formar Santos. ¡Y quién lo ha sido tanto! ¡Quién ha mostrado tanta perfeccion en sus egemplos y preceptos!

Aquí pudiera detenerme para haceros ver que en su aparente bageza, se vé mas la alta grandeza que convenia á su mision. Y quanto en esta fué sublime y superior á quanto el mundo ha podido jamas admirar en todos sus héroes; pero esto nos detendria mucho, y espero que vendrá un dia en que pueda haceros conocer su vida y su doctrina con mas oportunidad. Ahora no quiero ocuparme mas que de responder á vuestras obgeciones.

Pero, Padre, le dige yo, vos no habeis respondido completamente á la mia. Confieso que puede haber equívoco en la idea de la grandeza, y que Jesu Christo, á pesar de la humillacion con que vino, pudo tener la única que convenia á sus designios. Así no insisto mas en esta parte. Pero la dificultad queda en pie; porque es cierto que los Prophetas anunciáron al Mesías como revestido de esa grandeza sensible: lo llaman Rey, Conquistador: dicen que sojuzgará todas las Naciones; y de aquí resulta una alternativa inevitable: ó los Prophetas se engañáron, ó Jesu Christo no es el Mesías. Ved como podeis desembarazaros de este dilema.

Este dilema, me respondió el Padre, tendrá la misma suerte que los otros. Escuchadme. Es cierto, que los Prophetas en muchos de sus textos representáron al Mesías poderoso, glorioso y vencedor. Pero tambien lo es, que los mismos Prophetas en otros textos lo representáron pobre, hu-

millado y condenado á muerte. Es menester pues decir, ó que estos Prophetas se contradecian, ó que en sus expresiones en apariencia contrarias habia un sentido oculto, con cuya inteligencia se conciliaba todo.

Los Judíos groseros y carnales, y por otra parte oprimidos con las vejaciones y el yugo que padecian, olvidáron los rasgos con que se les habia pintado su Mesías en estado de abatimiento y de pobreza, y solo se acordaban de aquellos que lo pintaban poderoso y triumphante. Por eso quando viéron á Jesu Christo humilde y abatido se obstináron tanto á no reconocerlo. Pero los Christianos, esto es, los que creyéron en él, entendiéron este sentido, y léjos de que esta contradiccion aparente los alejase de la fe que le debian, ella era la que mas los persuadia con mayor fuerza; porque en ella sola encontraban la conciliacion de cosas que parecian tan opuestas.

Sabian que Jesu Christo habia dicho, que su Reyno no era de este mundo. Sabian que el Mesías debia ser grande, poderoso y vencedor; pero tambien sabian que debia sufrir, ser por antonomasia el hombre de dolores, y al fin morir con una muerte afrentosa entre dos ladrones. Estas cosas eran contrarias entre sí, y solo se podian conciliar en el sentido verdadero. Esto es, que su grandeza no seria tal como el mundo se la figura, de pompa brillante y exterior, sino de virtud, santidad y milagros. Que su poder no seria tal como el de los hombres que todo lo dominan con la fuerza de las armas, sino el de dominar los corazones con la fuerza de su doctrina

y de sus palabras. En fin que sus victorias no podian ser contra las Naciones enemigas, sino contra la idolatría, contra las pasiones y los vicios.

Así los Judíos que querian entender á la letra los textos en que figuradamente se hablaba del Mesías como de un glorioso vencedor en el sentido en que se podia dar este título á Cyro ó Alejandro, necesitaban de olvidar ó no hacerse cargo de los otros en que se les pintaba en el último abatimiento, y como el oprobrio de los hombres. Por consiguiente era preciso que se engañasen, y solo podian reconocerlo los que sin olvidar nada, y haciéndose cargo de la contrariedad aparente, hallaban en ella un sentido oculto pero verdadero; pues era el único con que todo quedaba compuesto y conciliado.

Los Christianos pues no podian engañarse, porque su raciocinio era demostrativo y evidente, y se reducia á esto. Es verdad que el Mesías debe ser grande, poderoso y vencedor; y Jesu Christo no parece mas que humilde, pobre y abatido. Pero esto tambien está predicho del Mesías. Por otra parte vemos que Jesu Christo está lleno de virtudes: que nos enseña la mas santa Doctrina, que los hombres han podido jamas imaginar: que dueño y Señor de la naturaleza la domina á su arbitrio; pues al imperio de su palabra sanan los enfermos y resucitan los muertos. Hombre que tiene tanto poder, no le puede tener mas que de Dios; pues Dios solo puede comunicarlo: y si lo tiene de Dios, es evidente que Dios lo autoriza, y que es indispensable creer quanto nos diga; porque Dios no puede autorizar ni la mentira ni al mentiroso.

Si es menester creer quanto nos diga, es me-

nester pues creer : que es Hijo de Dios : que es el Mesías porque nos lo dice. Es verdad que nosotros nos habíamos figurado que vendria con fausto y aparato, que seria gran conquistador, que sojuzgaria las Naciones, y tendria el Imperio de la tierra, porque así lo habian dado á entender los Prophetas : pero viéndolo ahora mas de cerca, reconocemos que esto no podia ser, pues los mismos Prophetas han dicho que seria tratado con desprecio, ultrajado y condenado á una muerte afrentosa, y estos dos extremos son incompatibles.

Es pues indispensable entender, que hay en estas palabras un sentido oculto y espiritual, que es el que puede conciliarlas; esto es, que la grandeza, el poder y las victorias prometidas al Mesías son de otra especie que las que entiende la ambicion grosera, y que tienen un carácter mas elevado y superior, ó que aluden á la segunda venida.

Veamos ahora á Jesu Christo, y dejando aparte que llega y nace precisamente en el tiempo anunciado, y en que toda la Nacion lo esperaba, olvidando tambien los milagros que precediéron á su nacimiento, y los testimonios de su Precursor; no nos detengamos á exâminar mas que su propia persona. ¡Qué virtudes! ¡Qué doctrina! Y sobre todo, ¡qué milagros tan repetidos y tan evidentes! ¿Quién puede hacer tantas maravillas sino Dios, ó aquel que nos habla en su nombre? ¿Y cómo se puede dejar de creer al que Dios tan visiblemente favorece? Pues Jesu Christo dice tan claramente que él es el Mesías, sin duda lo es. ¿Pero cómo puede serlo estando tan pobre y humillado? Sin duda que la grandeza, el poder y las victorias prometidas son

de otro carácter. Veamos pues si en él se manifiestan algunas que puedan persuadirnos completando por una mejor inteligencia la idea que nos dan las Prophecías.

¿Qué grandeza hay en Jesu Christo? exceptuando la pompa exterior que es falsa y frívola: ¿qué especie de grandeza sólida y verdadera falta á Jesu Christo? ¡Qué virtudes tan heróycas y sublimes! ¡Qué Leyes tan santas y tan nuevas! ¡Qué doctrina tan elevada y superior! Sobre todo: ¡Qué paciencia tan inimitable en sus persecuciones! ¡Qué constancia tan nunca desmentida en la mas dolorosa de las muertes! ¡Qué desinteres! ¡Qué amor! ¡Qué sacrificio por los hombres! El que ha vivido y muerto de este modo, es sin duda muy grande; y esta grandeza es de un órden muy superior á toda la idea que la grosera ambicion podia imaginar.

¿Quál es su poder? Los hombres mandan á hombres; pero Jesu Christo manda á los Ángeles, sugeta y arroja á los Demonios, y al imperio de su voz la naturaleza entera se trastorna y obedece. Este poder es sin comparacion mas alto, y sin duda mas digno del Mesías. ¿Y quáles son sus victorias? No serán como las de Alejandro y Cyro, porque él mismo ha dicho, que no vino para ser servido, sino para servir [a]. Porque en otra ocasion dijo tambien, que los Príncipes del mundo dominan á los hombres; pero que no debia ser así entre sus Discípulos, sino que los primeros debian ser los últimos [b]; y porque los enemigos que debia vencer eran aunque invisibles mas terribles, mas tena-

a Matth. xx 25. *b Ibid. v. 25, 26 et 27.*

ces, y necesitaban de un esfuerzo superior al humano. Estos eran la idolatría, los demonios, las pasiones y los vicios; y estas son las victorias que obtuvo el Divino Triumphador.

Vé aquí pues la grandeza, el poder y las victorias prometidas al Mesías; y vé aquí como el Christiano entiende cumplidas las Prophecías, que es imposible verificar de otro modo. Él solo ha descubierto, digámoslo así, el sentido del enigma. Esta es la razon porque los Judíos toscamente atenidos á la letra no lo pudieron descifrar: esto es porque los incrédulos hallan contradiccion en una cosa, que así la vida como la muerte de Jesu Christo, con los demas sucesos posteriores, han explicado con tanta claridad. Pero nosotros tenemos la dicha y el consuelo de conciliar lo que á unos y otros parece tan contradictorio.

Confieso, Padre, le dige yo, porque voy de buena fe, que vuestra solucion, supuesta la verdad de las Prophecías, me hace fuerza. Porque yo sé, que segun las reglas de crítica, quando un Autor fidedigno refiere cosas que parecen opuestas, si se puede encontrar un sentido en que puedan conciliarse, y de que resulte una inteligencia justa, clara y natural, la contradiccion desaparece, y se debe creer que las dijo en aquel sentido. Así en esta parte no tengo dificultad de confesar, que los Christianos tienen grande razon contra los Judíos, porque unos y otros suponen la inspiracion de los Prophetas. Pero á mí no me puede satisfacer, porque es menester empezar por probarme la verdad de esta inspiracion, lo que no me parece tan fácil.

¿Quién ignora que los Prophetas de los Judíos no son otra cosa, que un remedo de los oráculos de los Gentiles? Todas las Naciones han pensado siempre que sus Dioses vaticinaban lo venidero. Los Pueblos los consultaban, y ellos predecian los sucesos futuros. Este es un hecho positivo y conocido en la historia. Y yo os pregunto: ¿Ó era Dios el que hablaba por el órgano de aquellos Sacerdotes Paganos, ó era el diablo? Si era Dios, es consiguiente que entónces las Prophecías no pueden distinguir la religion verdadera de las falsas. Si era el diablo, yo os diré, que porque él mismo no habrá podido dictar las que vemos en los Libros Canónicos de los Judíos. Y no me digais, que los Sacerdotes del Paganismo engañaban á los Pueblos con respuestas astutas; porque yo os diré lo mismo de los Prophetas de los Hebreos. Veamos si os podeis desembarazar de este dilema tan fácilmente como del otro.

El Padre me respondió: No me será mas difícil. Esta es una dificultad antigua, que parece simple y natural. Celso la propuso á Orígenes. Este le respondió, y la deshizo; y no obstante todos la han repetido, porque esto es lo que sucede con todas las obgeciones que los Philósophos de mala fe renuevan, olvidando las soluciones. Y la mayor parte de los hombres se fijan en la dificultad, porque es simple y corta, y no quieren tomarse el trabajo de profundizar la respuesta, porque esta es necesariamente mas larga y complicada. Pero vos vais á ver quán frívola es vuestra última obgecion. No entraré ahora en la qües-

tion de exâminar si ha habido en efecto verdaderos oráculos entre los Gentiles, porque esto pide larga discusion. Quiero suponerlo, porque para desengañaros me basta haceros ver la diferencia de unos á otros.

Las respuestas de los ídolos eran tan notoriamente fútiles y engañosas, que no habia entre los Gentiles mismos ningun hombre medianamente instruido que no se burlase de ellas, y no supiese que eran dictadas por los Sacerdotes interesados en mantener el culto de sus Dioses. No solo los Philósophos en particular, pero las sectas enteras, excepto la de los Estoycos, hablaban en público de ellas con desprecio. Así se lo dice á Celso Orígenes. Se dejaba al Pueblo esta ilusion, porque la multitud es crédula. Le agrada lo prodigioso; y esta idea de que el Cielo se interesaba por ella, era un medio de mantenerla en el culto autorizado.

Pero las personas instruidas conocian toda la impostura. Enomaus se burlaba de Apolo, y criticaba sus respuestas. No solo se mofaba del oráculo de Delphos, no solo decia que era un hombre quien hablaba en él, sino un hombre tan poco diestro que no sabia cubrir su engaño con apariencias verosímiles. Ciceron decia lo mismo, y hasta Porphyrio, el mayor enemigo del Christianismo, se vió obligado á confesar públicamente, que todo era un artificio ridículo. Muy clara era sin duda la impostura, pues no se atrevió á negarla un Gentil, que en otras cosas fué el mas tenaz de los idólatras.

Y esto fué mas visible, quando habiendo si-

do condenados los mismos Sacerdotes impostores por la justicia de las leyes, segun refiere Eusebio Autor contemporáneo y testigo del hecho, confesáron haber engañado la credulidad de los Pueblos con respuestas fingidas en nombre de sus Dioses. Estos infelices descubriéron los artificios de que usaban, y no pudo quedar la menor duda. Así perdiéron su crédito para siempre. Y esto hace verosímil, que todos los oráculos que se habian publicado hasta entónces eran de la misma especie.

¡Qué diferencia de estos oráculos á los de los Judíos! ¿Cómo se puede hacer tan injusta comparacion? Los Prophetas no tenian ningun interes en hablar en nombre del Dios de Israel. Su ministerio no era lucrativo ni lisongero, y léjos de esperar recompensas, la muerte era el fruto de su zelo. Elías y su succesor Eliseo son amenazados y perseguidos. Isaías á pesar de su ilustre nacimiento es el escarnio del Pueblo y de su Monarca; y muere en los tormentos mas crueles. Miqueas pasa su vida en la prision. Zacarías es apedreado. Ezequiel come el pan, que empapaba en sus lágrimas. Daniel es dos veces entregado á los leones. En fin, todos anuncian desgracias; y todos eran víctimas de su Pueblo ingrato y furioso.

La memoria estaba tan viva y era tan fresca, que Jesu Christo increpa á los Judíos por haber dado la muerte á todos los Prophetas que le habian precedido. Los impostores no se encargan de ministerios tan tristes y tan peligrosos; y si los Prophetas lo hubieran sido, no hubieran anunciado tantas desgracias á un Pueblo que no deseaba mas que predicciones agradables. Hubieran hecho

como los Sacerdotes idólatras, que no se ocupaban mas que en lisongear las pasiones de sus Príncipes, hasta el extremo de alabar al sanguinario y feroz Phálaris.

Vé aquí una grande diferencia entre otras muchas. Los oráculos de los Gentiles eran ambiguos, equívocos y susceptibles de muchos sentidos. Así siempre presentaban un aspecto á que todo acontecimiento podia convenir. No propondré mas que un egemplo. Creso, Rey de Lidia, ántes de empezar la guerra consulta si será dichosa ó funesta. Se le responde, que si egecuta su proyecto destruirá un grande Imperio. Creso imagina que se le ofrece la victoria, y ataca á los Persas; pero en vez de triumphar es vencido, y destruye su propio Reyno.

El mismo Enomaus ya citado explica la afectada y astuta amphibología del oráculo. El que lo dictaba veia dos grandes Reyes armados, el uno contra el otro. En aquel tiempo las guerras ocasionaban de ordinario la total ruina de los Imperios. Era pues probable que uno de los dos fuese destruido: ¿quál? él lo ignora. Pero todo se compone con una prediccion que tiene dos sentidos: y con semejante artificio en todos los asuntos el oráculo será siempre cumplido. Los Griegos habian llegado á percibir tanto esta astucia, que llamaban á su Apolo obliquo y falaz. Y Ciceron decia, que siempre se guardaba una puerta excusada para salir por ella.

Los Prophetas Hebreos no eran así. Sus Oráculos no podian dejar de ser obscuros, porque hablaban de cosas futuras, que solo el tiempo podia aclarar; pero no eran ambiguos ni equívocos; y

quando el suceso los verificaba se veia en ellos una precision y unidad de sentido, que no podia convenir sino al suceso mismo. Describian las revoluciones de las Ciudades y de los Imperios con tanta precision y tantas circunstancias, que no era posible aplicar sus vaticinios sino al obgeto de que hablaban. Los tiempos estaban señalados con fechas exâctas. Los lugares indicados con señales característicus, que no podian convenir á otros, y muchas veces nombrados por su propio nombre.

Por exemplo: Ántes que Nabucodonosor naciera, Isaías anuncia la gloria y el Imperio orgulloso de este Príncipe; pero al mismo tiempo predice su ruina y destruccion. Quando el Propheta hablaba, Babylonia era un Lugar humilde; pero él anuncia su futura grandeza, añadiendo, que luego que llegue al mayor punto de su elevacion, veria castigado su orgullo con su ruina. »Yo voy, decia »Dios por la boca de Isaías [a]: yo voy á suscitar »los Medos ::: La grande Babylonia ::: Esta Reyna »de las Ciudades del mundo que ha dado tanto or»gullo á los Caldeos, será destruida como Sodoma »y Gomorrha." El que destina el Cielo para vencer esta nacion soberbia será Cyro. Y el Propheta no solo lo vé y anuncia doscientos años ántes de que nazca, sino que lo nombra por su propio nombre. El Señor añade [b]: que ha escogido á Cyro, el qual egecutará su voluntad en Babylonia, y será su brazo entre los Pueblos de la Caldea.

¿Puede haber, señor, equívoco, subterfugio ó trampantojo en una Prophecía tan determinada y

a Isai. XIII 17. *b Ibid.* XLIV 28.

positiva? Todo está indicado con una precision tan individual, que no puede convenir sino al suceso. Muchos siglos ántes de que pasen, están anunciadas revoluciones de hechos que no podian preveerse; porque no exîstian todavía ni el theatro ni los actores. Babylonia no era nada, y era menester que se formara ántes en ella un Imperio que diese lugar á su orgullo y su ruina. Nabucodonosor no habia nacido, que era el que debia ser castigado con ella. Y el vengador, el ministro del Cielo, el brazo que destinaba para humillarlo estaba todavía en los secretos de la providencia. Á pesar de tanta obscuridad todo lo vé Isaías, todo lo predice y lo nombra. Mirad si Oráculos de este carácter pueden venir de otro que de Dios; y si se les pueden comparar los groseros y mal encubiertos artificios de impostores ignorantes y falaces.

Me seria muy fácil multiplicar las citas de esta especie; porque todas nuestras Prophecías son del mismo género. Pero esto pide mucho tiempo, y cortaria el hilo de vuestras obgeciones. Si quereis degemos aquí doblada esta hoja, otro dia la desenvolverémos; y yo prometo hacer ver con evidencia, que es hacer mucha injuria á la verdad confundir los oráculos profanos con nuestras Divinas Prophecías: que los Sacerdotes de los Dioses falsos no se atrevian á pronunciarlos en presencia de los Christianos ni aun de los Epicureos, porque estos no creyendo en los Dioses se burlaban de ellos: y que aquellos adorando al verdadero Dios conocian sus engaños.

Tambien veréis que sus oráculos se contradecian entre sí: que lo que decian en Delphos, era

contrario á lo que decian en Dodona: que habiéndoles sorprehendido en estas contradicciones, ó que habiendo muchas veces desmentido el suceso la esperanza de la prediccion, Apolo para excusarse se vió precisado á confesar que habia mentido; porque el destino lo habia forzado: que estos bárbaros pedian sacrificios de hombre, y algunas veces de Ciudades enteras: que otras veces ordenaban ceremonias impuras, incestos, adulterios, danzas disolutas y horrores que no pueden decirse sin rubor.

En fin veréis, que entre todos los oráculos que se citan no hay un solo egemplo de uno que haya predicho claramente un hecho futuro, y dependiente de causas contingentes y libres: todos se reducen á hechos actuales que si estaban léjos del lugar en que se pronunciaban los oráculos, pero que podian saberse ó congeturarse. Y adivinar esto era posible no solo al demonio, sino á hombres hábiles y astutos.

¿Pero qué comparacion se puede hacer de esta pobre y mezquina manera de engañar á Pueblos ingnorantes; á quienes por su propio interes dejaba seducir el Gobierno, porque tenia en su mano á los Sacerdotes; con las estupendas Prophecías de los Libros Divinos, que anunciaban ántes de siglos los hechos ménos capaces de ser previstos por la prudencia humana? Vos os asombraréis, señor, y no podréis dejar de reconocer, que cosas tan grandes, tan contingentes y tan obscuras no las podian predecir sino hombres á quienes Dios las revelaba. Pero vuelvo á deciros, que esto es largo; y que yo no quisiera interrumpi-

ros en las obgeciones que me querais hacer.

Parece, Padre, le dige yo, segun el deseo que teneis de que os proponga mis dificultades, que estais seguro de vencerlas. Pero puede ser que os engañeis. Consiento en que degemos aparte este obgeto para despues. Aunque ya me habeis dicho lo bastante para que yo entrevea lo que os queda que decir. Degémoslo pues por ahora á un lado, y pasemos á otra cosa.

No ignoro que despues de las Prophecías y de su cumplimiento, los Christianos se fian mucho en sus milagros y sus Mártyres, sin hacerse cargo de que no hay religion por absurda y ridícula que sea, que no abunde en uno y otro. En efecto no hay cosa mas fácil, que inventar y hacer creer á los Pueblos quanto la imaginacion puede concebir; porque ó ya que la ignorancia sea de ordinario mas crédula y ménos apta para reflexîonar; ó ya que por la flaqueza de su espíritu ame naturalmente lo que le asombra; ó que en fin le parezca que con esto extienda mas sus conocimientos; la experiencia acredita, que la multitud está siempre con la boca y el corazon abierto para creer todo lo prodigioso sin exámen ni crítica.

Los Historiadores, los Políticos, los Sacerdotes y los Reyes se han aprovechado en todos tiempos de esta disposicion para hacer creer á los Pueblos todo lo que les interesaba; y hoy mismo, ¿quántos milagros están repetidos, que los hombres de buen sentido saben ser falsos, ó que mas instruidos atribuyen á efectos naturales? Pero tal es el carácter de la humana credulidad, que un hombre solo supersticioso ó interesado persuade á mil, y es-

tos persuaden despues á otros millares. El tiempo los consagra y les imprime con la antigüedad el sello de la veneracion. El cuerdo ó se deja arrastrar, ó no se atreve á oponerse al torrente. Y vé aquí como las mentiras adquieren una apariencia de verdad. Vé aquí tambien como todas las religiones están llenas de milagros, que creidos por los entusiastas se transforman en Mártyres.

No son estos pues medios propios para convencer á un Philósopho, que conoce el orígen, la causa y la falsedad de semejantes hechos. Y los milagros no pueden persuadir al que sabe, que las religiones absurdas se autorizan con ellos. ¿Por qué los milagros de Jesu Christo han de ser mas ciertos que los de Apolonio de Thyanea y de otros semejantes? El Philósopho pues suspende su juicio; y como es imposible hacerle ver con evidencia la certidumbre de los milagros que se le citan, está en derecho de ponerlos todos en la misma clase, y no creer ninguno.

Yo creo, señor, me respondió el Padre, que se debia sacar una consecuencia contraria, y que seria mas justa. Yo diria: pues hay tantos milagros falsos, es necesario que los haya verdaderos. Y si hay religiones que han fingido milagros para autorizarse con ellos, es preciso que haya una verdadera que los tenga ciertos. Porque los milagros falsos no son mas que una imitacion de los verdaderos: como las falsas religiones no son mas que un remedo de la verdadera: como las falsas Prophecías suponen las Divinas; y en fin como de ordinario lo fingido supone lo que es real. Pues sin esto faltaria á los hombres el modelo so-

bre que fabricar sus invenciones. Y como decia Pascal, si no exîstiera nada de esto, fuera imposible que unos hombres lo imaginasen, y otros lo creyesen. Así me parece, que lejos de concluir que no hay verdaderos milagros, porque muchos son evidentemente falsos, se debiera concluir, que pues hay tantos falsos, es preciso que los haya verdaderos; y que solo estos han podido ser la ocasion ú la causa de que haya los otros. El estudio del sabio debe ocuparse en discernirlos.

Es imposible que por ahora entremos en la discusion de cada uno de los milagros. Pero si quereis echar una vista por mayor sobre los de Jesu Christo, veréis quánta injuria seria confundirlos con los otros que deben su orígen á la impostura y la credulidad. Exâminad muy por menor todos los que cuenta la historia profana, y veréis en ellos defectos esenciales que los hacen manifiestamente despreciables.

Se cuentan: se refieren: pero ninguno dice haberlos visto. Unos citan á otros; pero jamas se llega á un testigo de vista, fiel, imparcial y fidedigno. Jamas á este milagro se sigue otro que confirme ó quite las dudas que ha podido excitar el primero, y siempre quedan vagos y mal individualizados. No hay dos relaciones conformes. Los Autores varian en la narracion, y se contradicen en las circunstancias. Basta leerlos para conocer, que toda aquella narracion es frívola y fabulosa, y que está destituida de todo apoyo, autoridad y verosimilitud. No exâgero, señor; y sino que se me cite uno solo, en que no sean visibles estos defectos.

¡Pero qué diferencia en los milagros de Jesu

Christo! La mayor parte de ellos se hacen en público y en presencia de una multitud de testigos. No solo eran públicos, sino repetidos y de especies diferentes. No era posible que tantos se engañasen, sobre todo, quando se repetian con tanta frecuencia, y los presenciaban sus mismos enemigos, que no pudiendo negarlos los atribuian á Belcebú.

Pero lo que es mas sus Discípulos, que despues de su muerte contaban los milagros de su Maestro á otros que no los habian podido ver, hacen otros iguales en distintas partes del mundo, y obligan muchas naciones á que los crean. ¡Y con qué individualidad están todos escritos! Todo está circunstanciado en el Evangelio. El tiempo, el lugar, los testigos, las personas, su clase, su nacimiento y hasta su nombre. Este Evangelio se publica y corre en el mundo en tiempo en que estaba todavía fresca la memoria de los hechos. Nadie los contradice, porque todos saben que eran verdaderos y públicos. ¿Cómo pues se pueden comparar con las fábulas que los ignorantes creen sin exámen ni pruebas?

Á esto respondí: Para juzgar, Padre, estos milagros seria menester haberlos visto y tan de cerca, que se hubieran podido exâminar todas las circunstancias; y á pesar de toda diligencia seria todavía posible engañarse; porque ¿quién conoce todas las fuerzas de la naturaleza? ¿Quién puede tener bastante perspicacia para descubrir todos los artificios secretos de los impostores hábiles? Y si los testigos mas ilustrados pueden ser seducidos, ¿quánto mas lo pueden ser los que no los saben sino por testimonios agenos?

Vos no quereis con razon que los hombres se fien en las opiniones de los sabios para entregarse á la incredulidad ; y vos quereis que se fien en la relacion de milagros que han podido ser creidos por ignorantes ó débiles para reglar por ellos su creencia. Esto me parece inconsecuente.

Lo mismo digo de los Mártyres. ¿Qué me importa que haya habido hombres ilusos ó phanáticos, que por tenacidad ó por falsas ideas hayan preferido á la vida el teson de sostener una Religion y sus Dogmas ; quando yo veo que el mundo ha estado siempre lleno de espíritus ilusos , que han hecho el mismo sacrificio por errores que eran evidentes ? ¿Qué religion por absurda que sea no tiene hoy sus penitentes , y no ha tenido sus mártyres ? Si el martyrio fuera pues una prueba decisiva , todas las religiones fueran verdaderas. Y la Christiana no seria por eso mejor que las otras.

Lo mismo pienso de otra prueba que los Christianos fundan en los progresos rápidos de su Religion. Pues todas las otras pueden alegar los mismos y mayores. El Philósopho no extraña esto , porque sabe que el hombre es naturalmente tímido y supersticioso , y que toda Nacion que está todavía en el rudo estado de la naturaleza , adoptará sin necesidad de mucho esfuerzo qualquiera religion que se le presente , temblará de sus amenazas , y se consolará con sus ilusiones.

Así pues su extension no puede probar su divinidad. El Paganismo tuvo mayor extension que la Religion Christiana. Pero sin subir tan alto, ¿qué progresos no ha hecho casi en nuestros dias el Mahometismo ? En poco tiempo se propagó co-

mo un fuego devorante casi en toda el Asia, en la mayor parte del África, y en no pequeña parte de la Europa. ¿Diréis por eso que es la verdadera? Estos son hechos, y no como los vuestros antiguos y contados por otros, sino palpables y subsistentes. Es pues ridículo fundarse en pruebas tan fútlles y equivocas. Así pues debemos confesar que solo la religion natural viene de Dios, y que todo lo demas procede de los hombres.

Vos habeis, señor, reunido, me respondió, muchas obgeciones. Yo voy á responderos con separacion. En quanto á los Mártyres pudiera deciros desde luego, que en ninguna religion los ha habido jamas sino en la de los Judíos y de los Christianos. Y si vos conoceis otros hacedme la gracia de nombrármelos. La historia Pagana en su inmensa extension no cuenta mas que uno solo, que fué Sócrates. No se vé en ella egemplo de ningun otro, que por causa de religion haya sufrido no solo la muerte, pero ni siquiera persecuciones ó tormentos. La razon es muy simple; porque los Philósophos Gentiles inventando ó adoptando systemas religiosos, no pretendian sacrificarse por ellos. Su obgeto no era mas que mostrar ingenio y adquirir reputacion. Era principio establecido entre todos, que en la práctica ó la conducta era menester conformarse con la del Pueblo. Así adoraban en público los dioses de que se burlaban en secreto. Los discípulos de Epicuro, que no creian en ninguno, frecuentaban los mismos templos y celebraban las mismas fiestas que los de Sócrates, que habian llegado á reconocer la unidad de Dios. Disputaban en las Es-

cuelas donde era permitido reducirlo todo á problema ; pero en la práctica todos se conformaban con el culto recibido. Así no habia , ni era posible que hubiese mártyres.

Pero para destruir de raiz vuestra reflexîon quiero concederos por un instante que haya habido algunos mártyres , no solo en todas las religiones , sino en cada una de sus sectas. ¿Qué sacaréis de esto ? ¿Acaso pretenden los Christianos que su Religion es la verdadera solo porque sus Mártyres la han creido ? No , señor , no es esto lo que dicen. Lo que dicen claramente es , que los hechos que refiere el Evangelio , y sobre los quales se funda su Religion son verdaderos , porque los Mártyres primitivos que los viéron los certificáron al tiempo de morir , y que no muriéron sino porque los certificáron.

Observad , señor , que estos Mártyres no lo han sido por sostener meramente dogmas ó verdades especulativas de su fe , sino por atestiguar la verdad de los hechos en que no podian engañarse , y en que su fe se fundaba. Y de aquí debeis inferir la gran diferencia de estos Mártyres á los de las otras religiones , que no han podido morir sino por sostener dogmas especulativos en que se podian engañar : y debeis inferir tambien que quando se supongan muchos mártyres en las religiones falsas, su multitud no puede destruir el testimonio decisivo y único en su género que diéron los Apóstoles , los primeros Discípulos de Jesu Christo , y otros muchos fieles que muriéron en los primitivos dias de la Iglesia.

Vuestra obgecion pues muda de medio , y al-

tera el estado de la qüestion, pasando del hecho al dogma. Compara los mártyres de la mera doctrina, con los que lo son ademas de la verdad de la historia. Y porque en los Anales de otras religiones se encuentran mártyres de falsas doctrinas, vos quereis inferir que no se debe creer á los que aseguran á costa de su vida la verdad y subsistencia de los hechos porque mueren.

Ya veis que este raciocinio no es justo ni concluyente, y lo conoceréis mejor si os deteneis á considerar, que estos testigos eran soberanamente creibles; pues no podian engañarse sobre hechos notorios que ellos mismos habian visto, y cuya certidumbre aseguraban á costa de su sangre. Para quitarme la fuerza de esta demostracion, es menester probarme ó que á pesar de su multitud y su conformidad los hechos son falsos; lo que no es posible: ó que en las otras religiones ha habido muchos hombres reunidos que se han dejado martyrizar por otros hechos evidentemente falsos; lo que es mas imposible todavía.

Ademas que no puede haber cotejo entre los phanáticos que mueren por las falsas sectas, y los Mártyres de la Religion Christiana. Pues aquí solo es donde se reconocen Mártyres sin número de toda edad, de toda condicion, de todo sexô, ricos, poderosos, personas de la mayor autoridad y sabiduría, que se ofrecen libremente al furor de los mas violentos perseguidores con asombro de los mismos verdugos, que admiran la fortaleza invencible con que sufren los tormentos mas atroces, y la alegría extraordinaria con que sacrifican su vida por Jesu Christo; y quantos mas

mueren mas crece el número de fieles, siendo la sangre de los Mártyres arrojada en tierra como una semilla fecundísima que convertia los Gentiles mas obstinados, y multiplicaba al mismo paso los Christianos que los perseguidores intentaban extinguir, como lo advirtió Tertuliano, testigo ocular y nada sospechoso.

Vengamos ahora á la extension del Paganismo y Mahometismo. Quando los Christianos proponen la del Evangelio, no piensan que esta sola sea una razon característica de su divinidad. Bien saben que si la Religion no fuera extendida, seria una señal de no ser divina; pero tampoco ignoran que no basta el serlo para probar su celestial orígen. Esta circunstancia es necesaria; pero la verdad resulta de la fuerza de su reunion con todas las demas pruebas que la acompañan. Por sí sola seria sin fuerza; pero reunida á lo demas completa el cuerpo de sus pruebas, y añade un grado de luz á su evidencia.

Vos comparais la extension y los rápidos progresos del Mahometismo con los de la Religion Christiana. Pero, señor, ¡qué diferencia! ¿Quién no sabe las causas por que se propagó tanto la religion de este impostor? ¿Quién no sabe que todo lo debió á su valor, á su astucia, y á la fortuna de sus armas? ¿Pero quién ignora tampoco las violencias, las mortandades y las perfidias de que se sirvió? ¿Quién ignora la ninguna prueba de su mision, sus contradicciones, sus fábulas ridículas, y los excesos inauditos de la ignorancia mas grosera?

¿Cómo es posible comparar una secta absurda, propagada á fuerza de armas victoriosas y con la punta de la espada? ¿Una secta que abria todas

las puertas á la ambicion y á los deleytes, con la Fe Christiana, que no predica mas que la austeridad y la mortificacion de las pasiones; y que ha sabido extenderse en el universo sin mas armas ni mas fuerza que la persuasion, los sufrimientos y la paciencia? El prodigio pues no es solo que se haya extendido sobre toda la tierra, y aun mas que el Mahometismo; pues este no ha ocupado ni ocupa todavía sino los lugares que ocupáron ántes los Christianos: el prodigio está en que se haya extendido tanto, á pesar de que repugna por sus leyes severas á la corrupcion general, y que lo haya hecho por medios que parecian tan opuestos á su logro.

No es pues el progreso del Evangelio ni de la Iglesia lo que debe admirar mas, sino que lo haya conseguido contra toda apariencia de progresos; sin que la elocuencia le haya ayudado, sin que la autoridad pública lo haya sostenido; sino por la sola predicacion de la Cruz que parecia una locura, y contra el torrente de todas las pasiones.

Si Jesu Christo hubiera dado batallas como Mahoma, ó si este hubiera sido pacífico como el otro, entónces se les pudiera comparar á lo ménos por ese lado. Pero quando uno corre el mundo con un exército victorioso, forzando á que se le rindan quantos encuentra; y que el otro no hace mas que sufrir: miéntras que el uno arma en su favor los Pueblos que induce á la rebelion; y el otro se vé abandonado de sus pocos Discípulos: en fin quando el uno toma todos los medios humanos que son capaces de conseguir sus fines; y que el otro no toma ninguno; ¿cómo es posible hallar un punto

de comparacion entre los dos? Mas distancia hay entre ellos, que entre la tierra y el Cielo.

Por otra parte, ¿quién ha dado la autoridad á este impostor? ¿Qué pruebas ha dado de la verdad de su mision? ¿Quién lo ha anunciado ántes de que naciera? ¿Qué prophecías lo han prometido? ¿Quáles ha hecho él mismo? ¿Qué milagros se le han visto? Ninguno. Es el único que se ha anunciado á sí mismo: él solo ::: Aquí interrumpí yo diciendo: ¿Qué, Padre, no ha hecho ningun milagro? ¿Á lo ménos sus sectarios no dicen que haya hecho alguno? No, señor, me respondió; no lo dicen ni lo pueden decir; porque el mismo Mahoma dice positivamente en su Alcoran: »Yo he venido no para hacerme seguir con la autoridad de »los milagros, sino con la de las armas." Así no ha sido posible desmentirlo.

No ha hecho pues milagro alguno. Á ménos de que no tengais por tal lo que él mismo decia, que el Ángel Gabriel venia á tratar con él: que hacia bajar á su manga una parte de la Luna; y que la hacia despues volver á su puesto; ó que él conversaba por la noche con un camello. Estas y otras cosas de esta especie contaba á sus sequaces. Pero todos eran hechos propios que pasaban á solas y sin testigos. Él los decia con la espada en la mano, y era menester creer ó morir, y lo mas seguro era creer.

Pero, Padre, volví yo á decir, no podeis negar, que sino hizo ningun milagro particular, sus grandes y rápidas victorias lo parecen. Gran milagro por cierto, respondió el Padre, el que han hecho tantos conquistadores entre quienes se cuen-

tan Tyranos, Príncipes abominables: Pueblos bárbaros y Naciones idólatras. Los Persas que adoraban el Sol: los Romanos tan supersticiosos los hicieron mayores en este género; y ántes los habian hecho tambien Nabucodonosor y Antíoco Príncipes detestables. No eran así los Milagros de Jesu Christo.

¿Pero cómo se puede hablar seriamente de este asunto? Es imposible leer el libro en que publicó su ley, y que llamó Alcorán, sin asombrarse de que tantas inepcias tan insensatas y tan pueriles hayan podido encontrar partidarios. Todo está lleno de absurdos, y lo que es mas de contradicciones. Á cada paso se descubre su ignorancia y su inconsecuencia. Por exemplo hablando de nuestros Evangelistas dice que fuéron verdaderos, sínceros y Santos. Y el infeliz es tan necio, que no advierte que si esto es verdad, él mismo es un propheta falso, pues que no los sigue.

Decia que Jesu Christo era el Mesías prometido, el Verbo de Dios, su Espíritu y Sabiduría; y despues de haber concedido esto acaba diciendo, que no era mas que un Propheta. Reconocia la Resurreccion de Jesu Christo, y no solo sus demas Milagros, sino que aun añadió otros muchos de que no hablan ni el Evangelio ni nuestra tradicion; y no veian que estos Milagros eran una prueba contra él, que no hacia ninguno. Pero era un impostor atrevido que hablaba á Pueblos groseros.

Era tan ignorante, y tenia tan baja idea de Dios, que le atribuia un cuerpo, jactándose de que le habia tocado la mano, cuya frialdad dice, que habia casi helado la suya. Del alma tambien

tenia falsas ideas, pues la reputaba por un vapor, cuya masa mas ó ménos extendida en su volúmen hacia la diversa duracion de nuestra vida. Prometió á sus Prosélytos un Paraiso de felicidad; y no pudo concebir en él mas que los mas groseros placeres, á los quales los conducia permitiéndoles otros semejantes en la tierra por la polygamia. En fin tan disoluto, que á pesar de la veneracion que le profesan sus partidarios, están obligados á confesar hoy sus desórdenes, sus injusticias y violencias, no ménos que las de sus compañeros y primeros discípulos; hombres sin costumbres ni probidad, y á quienes permitia toda la licencia de los vicios.

¿Y qué, señor, este nombre y esta religion se comparan á la de Jesu Christo? ¿Se pueden poner en la misma balanza estos hechos y los del Evangelio? ¿Puede haber valor para medir con la misma vara, y oponer gravemente estas inepcias, cuentos y delirios á la Fe Christiana, tan Santa, tan pura, tan Divina, y que está sostenida con tantos milagros y tantos Mártyres que han sellado la verdad con su propia sangre? ¿Cómo es posible ::: Yo le interrumpí diciendo: Degemos aparte la religion Mahometana, porque conozco realmente que no merece entrar en paralelo; y volvamos á la Christiana, que por otro lado parece tiene sus tachas. En efecto vos fundais mucha confianza en los Milagros de Jesu Christo, y tuviérais razon si pudiérais aseguraros de que son ciertos; porque los verdaderos Milagros no pueden venir mas que del poder Divino. ¿Pero quién puede darnos esta certidumbre?

Los únicos que nos los refieren son sus propios Discípulos. Este canal es sospechoso, y debe serlo mas quando sabemos que habia libros que combatian ó desmentian estas historias; y que ahora no es posible descubrir sombra ni vestigio de ninguno de ellos. Prueba clara de que se ha tenido el cuidado de suprimirlos y aniquilarlos. Sino que se nos diga: ¿Por qué los Evangelios han quedado solos? ¿Cómo el tiempo ha podido destruir todo lo que se escribió contra ellos, y los ha preservado de esta ruina? Es visible que el espíritu de partido sostenia al Evangelio, al mismo tiempo que devoraba todo lo que podia desacreditarlo. Desde que el Christianismo se hizo poderoso no quiso sufrir nada de lo que le podia hacer perjuicio. Deshizo, destruyó todo lo que nos podia desengañar: y ahora triumpha de que no lo podamos convencer.

Pero, señor, respondió el Padre, esas no son mas que congeturas; y lo peor es, que son muy débiles y contrarias á los hechos. Es verdad que los Autores que han referido con mas individualidad la historia de Jesu Christo son sus Apóstoles y Evangelistas; pero nadie ha podido jamas dudar de la buena fe, del candor y la sinceridad de estos hombres, que por una parte eran Santos, desinteresados y contemporáneos, y por otra muriéron por asegurar la verdad de lo que habian escrito.

Añadis que no ha quedado sombra ni vestigio de lo que se escribió contra el Evangelio en aquel tiempo; pero estais engañado. Leed la Apología de San Justino, y en ella hallaréis todos los ar-

gumentos del Judío Tryphon contra la verificacion de las Prophecías en la Persona de Jesu Christo. Leed á San Ireneo, y veréis en él los systemas y las pruebas de todos los Hereges de los tiempos primitivos. Leed á Orígenes, y veréis en él como copia hoja por hoja y línea por línea todos los discursos de Celso para responderle; y este Celso fué el enemigo mas hábil, mas astuto y mas docto de quantos tuviéron los Christianos. Todos los argumentos mas capciosos, todos los mas ingeniosos y aparentes sophismas que se han hecho hasta ahora contra su fe, fuéron inventados por este Philósopho. Las dificultades que hoy nos repiten los incrédulos, son las que él produjo; y nosotros no necesitamos mas que de repetir las mismas respuestas.

Leed tambien á Tertuliano, la mayor parte de sus escritos es contra los Judíos ó contra los Hereges de entónces, ó contra los Gentiles; y veréis como expone todas sus dificultades con escrúpulo para refutarlas con fuerza. Lo mismo os digo de Minucio Félix, de Arnobio, de Lactancio y de Theóphilo de Alejandría. Leed sobre todo á Eusebio de Cesarea, y solo con echar la vista sobre los dos grandes libros que compuso en favor del Christianismo, observaréis los largos textos de Porphyrio que refiere á la letra. ¿Y qué hombre era este Porphyrio? El Paganismo no ha tenido un defensor tan vehemente ni tan instruido de nuestras historias. Pero la Iglesia no ha temido conservar la memoria y el texto de sus ataques, á pesar de su astucia y de su fuerza.

Exâminad tambien los escritos de San Cyrilo,

y hallaréis en ellos copiadas literalmente y con sus propias palabras las obgeciones del Emperador Juliano sin omitir punto ni coma. Abrid á San Agustin, y veréis como expone sus combates con la secta de los Maniqueos tan contraria al Evangelio, y que no disimula ninguna de sus razones y dificultades. ¿Pero para qué me canso? Leed todos los Padres de los primeros siglos, y sino hallais en todos ó casi todos largos pasages, fuertes y frecuentes obgeciones, y algunas veces escritos enteros de los enemigos del Christianismo, no me creais jamas, y decid que yo os engaño sin pudor.

Pero, Padre, le dige yo, ¿cómo es posible que ninguna de estas obras subsista original y en toda su integridad? Él me respondió: La razon es muy sencilla. Es porque de ordinario se olvida; y no se hace caso de dificultades que quedan respondidas, y de cuya defensa despues de la muerte del Autor nadie se encarga. Es porque es natural que nadie se interese por una falsedad reconocida. Es porque la Iglesia despues de haber vencido á los Gentiles tuvo que combatir á los Hereges, y no quedando ya de los primeros, se ocupó solo en la conversion de los segundos. Es porque las irrupciones de los bárbaros lo trastornaban todo, y la Iglesia en aquel tiempo de confusion y de horror no cuidaba de conservar sino lo que era precioso: y seria muy injusto pretender que los Christianos respondan de los estragos del tiempo, y mas quando la suerte de la mentira ó del error es durar poco, ser despreciado, y disiparse como el humo.

Pero es fácil juzgar de estos escritos y de los demas que han podido perderse, por los largos y li-

terales textos que nos han conservado nuestros Apologistas. Estos escritos eran sin duda los mas célebres, pues obtuvieron la preferencia para ser respondidos; y es de observar en todos ellos, que ninguno se atreve á combatir la verdad de la historia, empleándose solo en impugnar los Dogmas. Ni Tryphon ni Celso, ni Porphyrio ni Juliano ni ningun otro ha contradicho jamas los Milagros de Jesu Christo y de sus Apóstoles. Así nuestros defensores no tuvieron que responder en esta parte, y supusieron siempre la verdad de estos hechos. ¿Pero cómo podian atreverse á desmentirlos, si eran públicos y notorios, si la una parte estaba depositada en los registros públicos, y la otra era conocida y certificada por todos los Pueblos?

Yo no veo documento que pruebe que alguno se atreviese entónces á contradecir la verdad de una historia tan pública; pero si alguno se atrevió, es preciso confesar que la contradijo muy mal; pues no pudo detener el zelo de los Mártyres que cada dia se redoblaba, ni el progreso con que la Iglesia añadia nuevas conquistas á Jesu Christo, hasta obligar á los Sabios, Príncipes y Soberanos á humillarse á los pies de la Cruz.

Aquí volví yo á decir: Vos haceis, Padre, mucho ruido con los Milagros de Jesu Christo, como si fuera el único que los hubiera hecho. Pero consultad la historia, y hallaréis milagros en todos los tiempos. Para no perdernos en los muchos egemplos, figémonos solo en Apolonio de Thyanea, y observad de paso, que vuestra historia no puede contar prodigio ni Milagro, que no cuente tambien la del segundo. Si Jesu Christo nació rodea-

do de prodigios que distinguiéron su nacimiento, Apolonio obtuvo la misma distincion. Si aquel curaba los enfermos, este hacia lo mismo. Si el primero resucitaba los muertos, á la voz del segundo se abrian los sepulcros. Y si Jesu Christo resucitó, Apolonio renovó el mismo prodigio.

Las virtudes y Milagros de Jesu Christo no le acarreáron tantos Discípulos como á Apolonio. Su número era infinitamente mayor, y su gloria mas resplandeciente llenó mas extendida parte de la tierra. En Antioquía, Babylonia, Athénas, Nínive, Épheso y Lacedemonia: en el Egypto, la Phenicia y Roma: en España y hasta en las Indias su nombre era glorioso, y su persona fué adorada. Si Jesu Christo tiene Altares, Apolonio tuvo tambien templos, sacerdotes y culto, y hasta los Emperadores lo adoráron. Si Jesu Christo resucitado habló con sus Discípulos, Apolonio tambien despues de muerto habló con Aureliano, y lo detuvo quando ya iba á destruir la Ciudad de Thyanea.

Si Jesu Christo ha prophetizado lo futuro, Apolonio lo predijo tambien, y sus predicciones fuéron justificadas por los sucesos. En fin vos no me contaréis prodigio ni maravilla de Jesu Christo, que yo no os pueda contar otra igual ó tal vez superior de Apolonio. Y si vos os jactais de la seguridad y certeza de vuestra historia, yo os diré lo mismo de la mia; pues todos sus hechos están referidos por autores graves, los unos testigos oculares, los otros contemporáneos, todos sínceros, unánimes y desinteresados. En fin ni la historia de Jesu Christo puede ser mas auténtica, ni sus Mi-

lagros son mas estupendos, mas públicos ni mas extraordinarios: y yo os dejo sacar la consecuencia para que conozcais la debilidad de vuestra prueba.

Pero si los milagros de Apolonio son falsos, á pesar de tantos historiadores y testigos contemporáneos y públicos, los de Jesu Christo que no tienen mas apoyo podrán ser tambien falsos; y si son verdaderos, os dige, que pues los milagros de Apolonio no prueban su doctrina, los de Jesu Christo no deben probar la suya. No habiendo diferencia en los hechos y los motivos, no debe haberla en los efectos.

Si decis que el Cielo se declaró por el Dios de los Christianos; yo os responderé que tambien se declaró por el de Apolonio, pues le dió su fuerza para tantos prodigios y tan sobrenaturales. Si me decis que las maravillas de Apolonio eran efectos de la mágica; que eran prestigios ó imágenes falaces; acusais á la providencia, y transformais á Dios en un seductor, que presta su auxîlio para engañar á los hombres, y perder á sus propios hijos. Consecuencia horrible y que escandaliza á una alma religiosa.

Reconoced quán poco segura es la prueba que quereis sacar de los Milagros de Jesu Christo en favor de la Religion Christiana; porque ó Apolonio será Dios como Jesus, ó si la historia del primero es fabulosa á pesar de la fe de la historia; ¿por qué no lo será la de Jesu Christo, que no tiene ni otros ni mejores apoyos? El Padre me escuchó con mucha paciencia, y quando acabé me dijo: Yo no pensaba, señor, que quisierais hacer

una obgecion séria contra lo que es tan seguro y evidente con una historia fabulosa, palpablemente ridícula. Este injurioso paralelo de un Philósopho Pythagórico con el Salvador del mundo ha sido propuesto muchas veces; pero ha sido tantas respondido, y tan demostrativamente, que ya no es bueno sino para divertir á los que no quieren exâminar nada. Pero pues vos os dignais de renovarlo, voy á repetiros lo que tantos han dicho.

La historia de Apolonio segun las reglas de la crítica no tiene el menor crédito, porque sus autores no son dignos de fe. Veamos, señor, quiénes son los que han pasado á la posteridad la noticia de hechos tan extraordinarios, de imágenes tan magníficas. Todos se reducen á uno, y este fué Philóstrato, que fué el primero que los escribió, y que léjos de ser contemporáneo de Apolonio, no los escribió sino cien años despues.

Así no pudo ver nada de lo que escribió, y solo pudo repetir los rumores populares siempre infieles, y mas favorables á la exâgeracion que á la verdad. Vé aquí toda la autoridad de estos prodigios: ¿y se podrá ella comparar con la nuestra? ¿Los Christianos, á quienes acusan de ser tan crédulos, nos apoyamos en fundamentos tan ligeros? Nosotros, señor, no nos fiamos en rumores populares, ni nos contentámos con un historiador que escribió tan léjos de los sucesos, sino que producimos muchos que fuéron testigos oculares, y que escribiéron [a]: »Nosotros decimos lo que hemos visto:" historiadores en fin que nadie ha desmentido, y que sin ha-

[a] I. *Joann.* I. I. 2. *et* 3.

berse concertado están concordes en todo lo substancial. Para poder pues :::

Aquí le interrumpí, diciendo : Me parece, Padre, que en este punto no veo en vos la buena fe que he visto en los otros ; pues aunque es cierto que Philóstrato fué el primero que escribió la vida de Apolonio, y despues de cien años ; tambien lo es que no la escribió repitiendo solo los rumores populares, sino sobre las memorias fieles y secretas de Máximo y Merágenes, y mas particularmente sobre las del Asyrio Dámis, que fué el compañero inseparable de Apolonio. Vé aquí pues discípulos, testigos y contemporáneos. Philóstrato los produce como garantes de la verdad de sus discursos, y debeis confesar que su historia no está menos apoyada que la de Jesu Christo.

Ya iba, señor, á hablar de esto quando me habeis interrumpido. Pero volviendo á ello os diré, que estos autores no son mas dignos de fe què Philóstrato. ¿Qué dice este ? Que estas memorias habian estado secretas. ¿Y por qué ? ¿Qué motivo podia haber para este secreto ? La vida de un hombre tan famoso, que habia captado la veneracion de los Pueblos, no era vergonzoso escribirla, ni habia peligro en publicarla ; se temia pues que fuese desmentida por los contemporáneos y testigos. ¿Y qué hizo este Dámis, este compañero inseparable de Apolonio ? Se las dió á un amigo, el qual las pasó á Julia, muger de Severo, y de la mano de esta Emperatriz pasáron á las de Philóstrato.

Esta es la genealogía ó succesion de estas memorias. ¿Pero quién me asegura que Dámis era sín-

cero ? ¿Que era santo y hacia milagros como los Apóstoles ? ¿Que dió su vida por certificar la verdad de aquellos hechos ? Supongamos no obstante que lo fuese. ¿Quién me asegura de la fidelidad y exâctitud de este tercero, de este amigo obscuro que nadie conoce, y que siquiera no se sabe su nombre? ¿Este *quidam* no ha podido quitar ó añadir en un escrito de que era el único depositario ? ¿Seria el primer impostor en el mundo ? ¿Y no ha podido ser cómplice ó exâgerador de los artificios de Apolonio? Yo no lo sé ; pero lo puedo sospechar : si quereis que os crea debeis probarme, como nosotros hacemos con nuestras memorias, que aquellas no están alteradas, ni ha sido posible que lo fuesen.

De Dámis pasemos ahora á Máxîmo y Merágenes. ¿Pero qué confianza puedo tener en ellos, quando el mismo Philóstrato dice positivamente, que no se puede fiar en la fe del segundo ; y quando por el testimonio de Eusebio sabemos, que Máxîmo solo hizo una Rapsodia ó noticia informe y diminuta de algunas particularidades de Apolonio ? Ciertamente autores de esta clase no merecen crédito en asuntos tan extraordinarios. Y Philóstrato estando á su mismo testimonio no tenia ::: ¿Pues qué, Padre, imaginais que Philóstrato fingiese tantas y tan grandes aventuras solo por el gusto de fingir ? ¿Qué motivo se le puede suponer para acreditarlas, y dar tantas alabanzas á Apolonio, sino el de la verdad?

Primeramente, señor, respondió el Padre, Philóstrato no ha hecho nada, ni la historia me lo pinta de tal manera que capte mi veneracion, y me obligue á darle crédito, sobre todo quando

me cuenta cosas tan increibles. Esta sola razon me basta para no fiarme en su autoridad : pero si quereis escudriñar los motivos que ha podido tener para acreditar estas fábulas , los hallaréis visibles en la historia. Philóstrato queria ganar la estimacion de la Emperatriz Julia y el favor de su marido Caracala. Era notorio que uno y otro gustaban de todo lo que parecia prodigioso, y que se divertian en oirlo. Era conocido el respeto y veneracion que tenia Caracala á Apolonio ; y que hablaba de este hombre con entusiasmo , hasta levantar monumentos á su gloria , como se hacia á los héroes y hombres grandes. Dion con otros muchos lo dice , y su testimonio es decisivo.

Por otra parte Julia era vana , ambiciosa de la reputacion de entendida , y curiosa de novedades. Siempre estaba rodeada de Poetas , Sophistas, Gramáticos , hasta Geómetras. Philóstrato era uno de estos sabios que componian su corte , y recibió de ella las memorias que le habia dado el amigo de Dámis ; y es natural que las ordenase, añadiendo los rumores populares , para conformarse al gusto de la Emperatriz. Los hombres aunque sean Philósophos son de ordinario cómplices del gusto y de las flaquezas de los Príncipes , porque es mas cómodo y seguro lisongearlos que desengañarlos.

Esta congetura adquiere mucha fuerza quando se lee su obra , pues se vé en ella , fuera de una adulacion servil , mucha vana ostentacion. En toda ella se descubre una afectacion ridícula de mostrar sin motivo ni oportunidad erudicion y saber,

anegando su obgeto entre digresiones que lo pierden de vista, y que no tienen mas blanco que mostrar la ciencia del Autor.

¿De qué sirven aquellas sus largas y fastidiosas discursiones sobre las pantheras de Armenia, los elephantes, los sátyros, y hasta sobre la naturaleza del fénix? ¿Á qué conducen sino á mostrar una instruccion frívola aquellas fastidiosas relaciones de los Pygmeos, que habitan en los subterráneos: de los vasos fabulosos, y que como los Autómatas andan como si tuvieran pies: de los montes Tauro y Caucaso: de los rios Hypsalis, Nilo y Pacteolo, y en especial de la fuente de Thyanea?

¿De qué utilidad podian ser, ni qué conexîon tenian con su obgeto tantas qüestiones frívolas que agita, discurriendo hasta no poder mas, y tratando con seriedad qüestiones pueriles, como si la tierra es mas antigua que los árboles, ó estos mas que la tierra: si el agua ó el vino disponen mejor al sueño, y otras boberías de esta especie? Todo esto junto da una idea del poco juicio del Autor, de su frivolidad, y del poco crédito que merece. Esto solo bastaria para despreciarlo. Pero como veo, señor, que dais alguna importancia á su relacion, quiero que la exâminemos por menor, para que vos mismo juzgueis si puede ser comparada á la que publicáron los Discípulos de Jesu Christo.

Vos decis ::: Estando en esto sonó una campana, y el Padre levantándose me dijo: Señor, nos llaman al coro; pero si me dais licencia mañana renovarémos esta conversacion. Yo le asegu-

ré que lo deseaba, y con esto se fué. Te confieso que quedé avergonzado de ver que hasta allí no habia podido embarazar con nada á aquel buen hombre, que con su voz suave y con su modesta blandura sabia desembarazarse de todo. Pero me recogí para traer á la memoria otras nuevas dificultades que pudieran darle mas trabajo. En mi primera te contaré mis nuevos esfuerzos y sus resultas. Á Dios, Theodoro.

CARTA VII.

El Philósopho á Theodoro.

Amigo querido : Vé aquí como el Padre continuó la conversacion del dia anterior. Vos decis, que Apolonio hizo mas y mayores milagros que Jesu Christo. Exâminemos los que refiere su único Historiador , y empecemos por su nacimiento. Su madre estando en cinta supo de Protheo , que se le apareció en figura de un dios marino , que él mismo naceria de ella ; y al mismo instante vió cisnes , cuyo canto anunciaba la gloria del ilustre hijo que debia parir.

Philóstrato refiere este cuento , bueno para arrullar los niños , sin otra autoridad ni prueba sino que así lo decia su madre : era ella sin duda oráculo infalible ::: ¿Qué se digera , señor , de los Christianos , sino presentaran mas que fundamentos de esta especie ? Considerad la diferencia de este nacimiento al de Jesus. Si decimos que los Espíritus celestes lo anunciáron , contamos un hecho , que fué público y certificado por los mismos Pastores que lo oyéron y observáron : que en toda nuestra historia no hay un hecho , que no tenga á la mano la prueba que lo acredita ; en lugar que Philóstrato cuenta una cosa tan extraordinaria sin citar Autor ni producir testigo. En esta ocasion ni siquiera tiene á su favor á Dámis, pues este no dice una palabra. ¿Cómo pues es

posible comparar el nacimiento de Jesus con el de Apolonio?

Philóstrato dice: que Apolonio á su vuelta de Indias curaba todas las enfermedades. Yo desconfío desde luego de todas estas aserciones indeterminadas y vagas; y despues le preguntaré: ¿De dónde lo sabe? ¿Quién se lo ha dicho? ¿Qué Autor? ¿Qué testigo cita para justificarlo, si las curas son tantas? Si debe haber tantos testigos, ¿por qué no las refiere? ¿Cómo el universo las ha ignorado tanto tiempo? Pero aun quando muchas fueran ciertas, ¿por qué no podrán ser naturales? ¿No hay un arte, una ciencia Médica, un conocimiento y experiencia de remedios, que pueden contribuir al recobro de la salud? ¿Apolonio en sus muchos viages no pudo aprender secretos útiles y curiosos? En su larga reclusion en el templo de Esculapio de Exes, ¿no pudo instruirse en los medicamentos de que se servian los sacerdotes de aquel ídolo para curar la tropa de enfermos, que allí conducia la supersticion?

Para probar que estas curas eran milagrosas, era preciso que nos indicase las enfermedades, probando que eran incurables, y que sin aplicacion de medicina ni otro medio que el de su palabra, las habia curado súbitamente. Y esto es lo que han hecho los Discípulos de Jesus; y esto es lo que ni los Judíos ni los Gentiles han podido negar. Eso es verdad, dige yo; pero no podréis negar, que el hombre que resucita un muerto, anuncia realmente un carácter de divinidad y un poder sobrenatural, que quita toda duda. Y esto es lo que hizo Apolonio, sin que pueda quedar

réplica ; pues se asegura, que el hecho fué público, y que Roma entera lo vió con sus ojos. Á lo ménos en quanto á este milagro me confesaréis, que la comparacion es exâcta.

Sí, respondió el Padre, si estuviera probado. Pero exâminad la historia que no tiene otro fiador que Philóstrato. Y lo que es mas, que ni él mismo lo asegura, y si quereis consiento en que tomemos por Juez al mismo Philóstrato. Dice : que Apolonio resucitó á una doncella que era hija de una casa consular ; pero observad el modo y la variedad con que cuenta las circunstancias, y veréis, que él mismo no lo creia.

Empieza por la admiracion y por levantar hasta las nubes el milagro ; pero poco á poco muda de estilo y lo disminuye. Al principio lo llama sin titubear resurreccion ; pero despues baja el tono, y como embarazado y vacilando se desmiente y dice, que no es mas que una especie de resurreccion. Explica que la doncella Romana no estaba muerta, sino que lo parecia, *obiisse videbatur*, dando á entender, que una indisposicion le habia suspendido los actos y las señales de vida, y que Apolonio se aprovechó del feliz acaso de esta circunstancia.

Esto se acredita con evidencia por sus mismas palabras : *Puellam excitavit ex hac morte qua videbatur obiisse* ; y aun parece mas claro por las últimas con que concluye preguntando : ¿Quedaba todavía en aquella masa fria y aletargada alguna centella y algun principio del sentimiento que estaba entorpecido, ó Apolonio volvió á animar espíritus que ya estaban helados? No lo sé ni lo

comprehendo, como no lo pudieron comprehender los mismos que lo viéron.

Á vista de estas literales palabras, yo os dejo juzgar, señor: ¿Si Philóstrato creia verdaderamente este milagro? ¿Si estas dudas, si estas expresiones vacilantes y tímidas son propias de un hombre que está del todo persuadido? Es verdad que al principio dice redondamente que la doncella estaba muerta; porque esto era necesario para engrandecer la gloria de su héroe. Pero poco despues, ó por un resto de pudor, ó por el temor justo de que se burlasen de su credulidad, empieza á titubear: quiere explicar el prodigio; y explicándolo lo destruye.

¡Qué diferencia de esta resurreccion única contada por un solo Autor y tan mal contada, á tantas resurrecciones asombrosas de que la historia Evangélica conserva la memoria! La hija de Jayro tenia ya preparada la pompa fúnebre. El hijo de la viuda de Naim ya iba conducido á la sepultura de sus padres. Ninguna centella de vida les quedaba, y con todo Jesus sin hacer otra cosa, que tomar la mano á la una, y hablar al otro, los restituye de repente á la vida y á la salud. Lázaro estaba ya enterrado despues de quatro dias: no solo estaba muerto, sino corrompido. Jesus lo llama, y sale inmediatamente del sepulcro embarazado con las ligaduras de su mortaja. Un gran Pueblo es testigo del milagro, que confiesan hasta nuestros enemigos, pues fué una de las causas porque apresuráron su muerte.

Vé aquí resurrecciones ciertas, patentes y milagrosas; y si la de Apolonio no fuera fabulosa

hubiera pasado hasta nosotros con el mismo carácter de seguridad. Pues como observa Eusebio, suponiéndose este milagro en Roma, la primera Ciudad del mundo, el Emperador no podia ignorarlo: los Grandes, los Philósophos y el Pueblo debian saberlo: todos lo hubieran admirado, y hubiera pasado por muchas bocas á la posteridad.

Un hombre que hubiera dado tan alto testimonio de divino, no hubiera sido tenido por los mismos Paganos por un mágico infame; y sabemos que esta era su reputacion entre los Philósophos mas instruidos. Plinio el menor nos dice, que su amigo Euphrate, á quien celebra y elogia sobre manera, lo tenia por tal. Confieso que me cuesta rubor responder seriamente á fábulas tan despreciables.

Pero, Padre, ¿no es verdad que Apolonio tuvo un grande número de discípulos y partidarios que lo seguian, y que todos los Pueblos por donde pasaba lo miraban con un respeto que se acercaba á la adoracion? Si esto es cierto, me parece por un lado que es injusto tratarle con tanto desprecio; pues sin un mérito extraordinario no se obtiene tanto aplauso: y por otra parte veo que los Discípulos y el séquito de Jesu Christo no prueban nada, pues un impostor tambien los ha tenido.

Señor, me respondió, nada de eso es verdad. Nosotros no conocemos á Apolonio sino por Philóstrato: ¿y qué es lo que este dice? Que en Antioquía y Epheso no se le conociéron mas que seis ó siete discípulos, y que no todos le fuéron fieles. Que todos le abandonáron quando les propuso ir con él á las Indias á buscar los Brachmanes. Que partió solo de Antioquía, y que despues

solo se le agregó Dámis, á quien encontró en el camino por acaso.

Añade, que quando desde Egypto se propuso penetrar en Ethiopia, todos los suyos lo abandonáron, prefiriendo el reposo y quietud de Alejandría á los incesantes viages de un maestro tan inquieto y vagabundo. No se concibe cómo, quando no hay otras memorias que las de este hombre, se le haya podido dar una estimacion que desmiente su propia historia. Por otra parte quando hubiera tenido muchos sectarios y discípulos, ¿cómo es posible compararlos con los de Jesu Christo? Estos no solo miéntras vivió no se separáron nunca de su Maestro, sino que despues de su muerte sufriéron los mayores suplicios por su gloria, y lo que es mas y único, le formáron otros Discípulos nuevos en todo el mundo. En vez de que los de Apolonio eran una tropa de ociosos, que lo seguian por curiosidad: que no se ocupaban en extender ni su moral ni sus dogmas; y que se disipáron y desapareciéron al instante que murió.

Con todo, repliqué, se dice, que en muchos Reynos y Ciudades se le erigiéron estatuas, y aun se le consagráron altares y templos. Esto supone mucha veneracion. Lo que supone es, respondió el Padre, que se ha podido alucinar á Pueblos ignorantes y supersticiosos. Esto nunca ha sido dificil: ved si la credulidad de los Pueblos groseros os parece garante suficiente para obligaros á respetar lo que respetan ellos.

Pero se dice, volví á replicar, que predijo muchas veces lo venidero, y esto no es posible hacerlo sin la asistencia del Cielo. Es verdad

respondió el Padre; pero para que lo creyéramos no basta que se nos diga vagamente. Era menester, que se nos individualizasen las prophecías, y que se nos cerrase la boca con los sucesos que las verificasen. Si esto os basta, le dige de nuevo, Philóstrato refiere: que Vespasiano habiendo consultado á Apolonio se quedó admirado de los secretos que le reveló: que Apolonio convenció á un incestuoso descubriendo su delito y circunstancias, que ningun indicio ni testigo le podian descubrir; y en fin que predijo á Nerva el Imperio, que obtuvo poco despues. Si estos hechos son ciertos, me parece que deben contentaros.

Quando fueran ciertos, señor, respondió el Padre, me parece que seria ridículo llamarlos predicciones. Es posible que Vespasiano consultase á Apolonio, pues es cierto que se encontráron en el alto Egypto el año de 69; pero quando fuera verdad, que le aconsejase guardar el Imperio que Dion y Euphrate le aconsejaban abandonar, despues de la derrota del Imperio, para restablecer la República; ¿este consejo de confianza y política se puede llamar prophecía? Quando Apolonio hubiera descubierto los secretos y horrores odiosos de Menipo, ¿estoy obligado á creer que fué por una luz sobrenatural? ¿Y no pudo saberlos por un acaso ó un aviso? ¿Quién ignora, que la suerte de los delitos es, que al fin se les quite la máscara con que se cubren?

Quando hubiera predicho á Nerva el Imperio; una adulacion tan comun y tan vil, pues excitaba un vasallo á la rebelion; ¿me lo hará venerar como propheta? Lo que me excita es des-

precio y horror. Pero Apolonio no era delicado sobre la fidelidad que se debe al Príncipe; pues ya habia amotinado una parte de España contra Neron; y es burlarse de la credulidad humana el dar á estos hechos nombre de prophecías. Vos rebajais mucho, Padre, le dige yo, á un hombre, que toda la antigüedad veneró como divino. Yo no lo he pintado, señor, me respondió, sino con los colores de la historia. Y si pudo engañar una parte del Pueblo, los hombres sabios de todos los tiempos lo han figurado como yo. Euphrate tan conocido por los elogios de Epicteto y de Plinio el menor; Eusebio, San Agustin, San Chrysóstomo, Phocio y Suidas han dicho lo mismo. Y en nuestros tiempos Scaligero, Vosio, Luis Vives, Casau-bono, Huet, Tillemon, Dupin con otros muchos lo tratan de impostor, y sus prodigios de ilusiones y engaños. Me parece, que esta autoridad pesa mas que la de Philóstrato, cuyos escritos manifiestan mas vanidad que juicio, mas ostentacion que amor á la verdad, y que á cada paso se contradice.

Pero dejando aparte los Autores; yo os interpelo á vos mismo. ¿Qué juicio podeis hacer de un hombre, que se jactaba de entender el lenguage de los pájaros? Nadie lo podia desmentir; y todos podian decir lo mismo. No obstante este hombre que entendia los pájaros, no entendia á los hombres, pues en las Indias tuvo necesidad de intérprete. Este hombre está lleno de una vanidad tan insensata, que habiéndole mostrado un retrato del Rey de los Parthos, para que se inclinara segun costumbre; respondió sin hacerlo:

El que vosotros adorais será muy dichoso, si merece que yo lo estime.

Él mismo se apellidaba el mas sabio de los hombres; y dijo á Demetrio el Cynico con una osadía sin egemplo, que sabia todo lo que se podia saber. La arrogancia no puede ser mayor; y con todo este hombre que sabia tanto, ni entónces dió pruebas de tanto saber, ni nos ha dejado el menor monumento de su grande ciencia; y ya podeis inferir que no ha sido por modestia.

Su doctrina ó no es conocida, ó no tenía ninguna. Lo único que sabemos es, que creia en la Metempsycosis ó transmigracion Pythagórica, y que pretendió en Egypto, que se debia adorar al leon; porque el alma del Rey Amasis habia entrado en uno. Esto solo basta para dar una idea de su ignorancia absurda. Por otra parte esta veneracion pública no es tan general como se supone; pues es constante que en el quarto siglo no solo no tenia templo ni altar, pero hasta su nombre estaba olvidado. Eusebio, que escribia en aquel tiempo, desafía á que se le indique el menor vestigio ó señal de su memoria. ¿Y un hombre de esta especie se quiere comparar á Jesu Christo? ¿Y se pretende confundir la superstición pasagera y abolida de un culto grosero, con la fecundidad del Evangelio cada dia aumentada, y siempre subsistente?

Á esto le dige yo: Confieso, Padre, que teneis razon. Yo que no creo la posibilidad de los milagros, no podia creer los de Apolonio; y si os he hablado de ellos y de todo lo extraordina-

rio que se cuenta de él, no es porque esté persuadido, sino para haceros ver, que si la antigüedad lo ha creido un impostor, tambien los Christianos lo pueden con el mismo error creer de Jesu Christo. Que si los milagros y demas hechos de Apolonio son falsos, tambien los de Jesu Christo pueden serlo.

Esta era mi intencion: pero vos me habeis desengañado. Desmenuzando la historia me habeis hecho conocer la diferencia del uno al otro; y confieso que no deben entrar en paralelo. Pero esto no basta para resolver todas las dificultades, si volvemos á entrar en el fondo de la qüestion: y vé aquí como discurro. Os pido ántes toda vuestra atencion; porque me parece que no es fácil responder bien al raciocinio que voy á proponeros.

Desde luego no hablo mas de Apolonio, y confieso que merece desprecio. Confieso tambien, que la historia del Evangelio está apoyada en fundamentos mas sólidos. Y para hacer mejor mi causa quiero confesaros, que tiene á su favor todas las reglas de la sana crítica, y que trae consigo todo el carácter que la razon puede exîgir de la verdad. Confesaré tambien si quereis, que es tan auténtica como los anales profanos, que se tienen como mas auténticos; y que la historia de los siglos no tiene hechos mas ciertos, mas seguros y mas probados que los del Evangelio. Me parece que no podeis pedir mas de mí.

Pues bien, Padre; yo que quiero confesaros todo esto, para que veais quán mala es vuestra causa á pesar de tanta condescendencia, digo: Que aunque á las pruebas que os confieso añadiérais milla-

res de otras mucho mas fuertes, yo no pudiera creer en aquel libro ::: Os espantais; pero tened paciencia, porque mi razon es clara y simple: Es porque aquel libro contiene Dogmas injustos, bárbaros, absurdos y contradictorios con que se amotina mi juicio y se desespera mi razon.

Yo desafío al Christiano mas sumiso, y á vos mismo, Padre, que os veréis obligado á confesarme, que el symbolo de vuestra creencia es un abysmo insondable. ¿Quién que tenga la debida idea de Dios puede sin alterarse escuchar aquel Dogma, de que se castigue en toda su posteridad el delito de un hombre solo? ¿Quién puede creer que un Dios padece y muere? ¿Quién es capaz de entender cómo el Verbo fué eternamente engendrado por el Padre? ¿Y qué cosa es el Espíritu Santo, que procede de ambos? ¿Y en fin esta unidad de naturaleza indivisible en tres Personas? Estos no son discursos, sino algarabías. Con este agregado de palabras tan inexplicables como visiblemente contradictorias se puede alucinar á los espíritus simples y crédulos, y conducirlos á todos los extremos de la demencia. Y esto no es mas que una parte de vuestro symbolo; ¿dónde no pudiera llegar si lo corriera todo?

Pero esto sobra para demostrar, que todas las pruebas humanas que se pudieran alegar en favor del Evangelio, no serian bastantes para persuadir su verdad por un principio de eterna evidencia; y es que todas esas pruebas no bastan á contrapesar, y ménos á superar la palpable contradiccion que contienen los Mysterios.

Todos los hombres que no tienen el juicio per-

vertido conocen, que en qualquier caso de duda se debe preferir lo que es mas claro y evidente á lo que es ménos, y que su razon no debe ceder sino al mayor grado de evidencia. Que sin esta luz no puede estar seguro de nada, y se expone á todos los errores. Este principio es tan innato como universal. Vos no me lo podeis negar; y supuesta su certeza, vé aquí lo que os digo: Es infinitamente mas evidente que los Dogmas Christianos son falsos, que pueden ser evidentes las pruebas que se alegan para probarnos su verdad. Tampoco me podeis negar esto. Consultad todos los Christianos mas sumisos; consultaos á vos mismo; y no podréis dejar de confesarme, que veis claramente que es mas inposible, por egemplo, que un Dios muera, que no que Lázaro haya resucitado.

Siendo así, vos añadiréis á la certidumbre histórica de este Milagro tantas y tan evidentes pruebas como quisiereis. Yo os diré siempre, que sea lo que fuere de Lázaro, yo no puedo creer la muerte de un Dios: que tantos testimonios me hacen mucha fuerza en favor de lo primero; pero que me la hacen incomparablemente mayor mis propias luces, manifestándome la imposibilidad del Dogma: que las pruebas no me dan mas que una certidumbre moral; pero que la obscuridad de los Mysterios me presenta una repugnancia intrínseca: que si me apurais mucho, Padre, dudaré de las pruebas á pesar de toda su fuerza y su número; pero que jamas me será posible dudar de mi propia conviccion.

Y podré añadiros, que para asegurarme de las

pruebas necesito subir hasta su orígen, hasta el nacimiento de la tradicion, seguirla, expiarla, exâminar el interes y el carácter de los Autores, las circunstancias siempre inciertas y obscuras de los tiempos, lugares y costumbres: que tambien me es necesario discernir lo verdadero de lo falso, lo que es auténtico de lo que es popular, y pesar la autoridad del que afirma contra el que niega, y hacerme Juez en materias difíciles y obscuras; poniendo aparte la influencia de mi educacion, y precaviéndome de toda seduccion. Todo esto es muy difícil; y no hay hombre por instruido que sea, que pueda lisongearse de superar tantas dificultades.

Pero en quanto á reconocer la contradiccion y la repugnancia de los Mysterios no es menester nada de esto. Sin ningun esfuerzo ni estudio su razon basta para hacerle ver desde luego la incompatibilidad de sus nociones: y á la primera vista vé lo que no puede dejar de ver; y en fin quando quiere cautivarse y creer, conoce que confunde todas sus ideas, que trastorna todos los principios naturales, y que abandonando la evidencia, que es el carácter de la verdad, se entrega á todos los absurdos mas repugnantes y contradictorios. Y de aquí infiero, que léjos de que pueda haber pruebas que convenzan la verdad del Evangelio, sus Dogmas solos bastan para no poder admitir ninguna de ellas.

El Padre me respondió: Yo conozco, señor, toda la fuerza de vuestras reflexîones; pero me parece, que mirándolas á buena luz no es difícil convenceros. Los Mysterios del Evangelio os parecen tan absurdos, que todas las pruebas mas evi-

dentes de Milagros ciertos y notorios no os pudieran persuadir su verdad.

Este raciocinio se parece un poco al del orgulloso Rouseau en su libro del Emilio. En él trata de Jesu Christo, admira sus virtudes, se asombra de su Doctrina, no comprehende cómo un simple Judío en medio de una Nacion tan ignorante y supersticiosa pudiese descubrir y predicar tantas verdades, tan nuevas y tan elevadas; y asegura, que solo en su primer Sermon de las Bienaventuranzas dijo mas verdades recónditas y sublimes, que quantas han dicho los Philósophos de todos los siglos. Y no puede atribuir sino á una fuerza sobrenatural y Divina haber hecho brillar tanta luz en medio de tanta obscuridad.

Despues compara á Jesu Christo con Sócrates; y él mismo se avergüenza del paralelo; y exâminando las circunstancias de ambos, concluye diciendo: que si la vida y la muerte del hijo de Sophonisa son de un sabio; la vida y la muerte del Hijo de María son de un Dios. Parece que despues de esta conclusion no queda mas que rendirse y decir: Si Jesu Christo es Dios, es menester adorarlo, y creer quanto nos dice en su Evangelio. Pero este Philósopho no lo hace así; al contrario termina su discurso diciendo: Esto es verdad; ¿pero quántos absurdos hay en el Evangelio? Y no lo encuentra digno de su respeto y creencia.

Vé aquí pues un exemplo práctico de lo que decis. Rouseau habia llegado á convencerse por las acciones, los Milagros, la Doctrina, la Vida y la Muerte de Jesu Christo, que era Dios. Y con todo no crée lo que ha dicho, ni tiene la Reli-

gion Christiana por necesaria é indispensable; porque le parece que en el Evangelio hay muchos absurdos. Pero no se hubiera podido decir á este Sophista muy elocuente, pero tambien inconsecuente y paradógico: ¿Cómo, mortal miserable, tú reconoces, que Jesu Christo es tu Dios: tú te vés forzado á reconocerlo por las pruebas que lo acreditan: tú no dudas que el Evangelio es obra suya: que lo que contiene es su Doctrina; y tú la desprecias, no la veneras ni la obedeces, porque te parece que hay en ella absurdos?

¿Y quién eres tú para juzgar á tu Dios? ¿Cómo, quando tu Dios habla, te atreves tú no solo á dudar, sino á contradecir? ¿Cómo osas calificar de absurdo lo que confiesas que es Divino? ¿Y por qué te parece absurdo? ¿Quién es quien decide? Tu débil razon, que ha caido en tantos errores, que te ha precipitado en tantos extravios: tú que sabes, que te has engañado tantas veces y en tantas cosas, ¿cómo no piensas que puedes engañarte en esta? ¿Cómo no imaginas que lo que te parece absurdo puede sobrepasar tu limitada comprehension? ¿Tu inteligencia es el término de la verdad? ¿Tu razon es mas segura que la palabra de Dios? Entra en ti, hombre orgulloso, y pues has reconocido que Jesu Christo es Dios, adora y obedece quanto ha dicho. Me parece, que se pudiera repetir lo mismo al hombre que suponeis; y que despues de quedar convencido por las pruebas de los milagros, dejara de creer la Doctrina, que sostienen y confirman, fiándose solo en la mayor evidencia de las contradicciones aparentes.

Pero no me contentaré con esta respuesta. Voy á desentrañar todas las partes de vuestro raciocinio, y espero haceros ver hasta la última evidencia, que todo él no es mas que un agregado de sophismas. Primer sophisma: Vos decis, que la Religion Christiana no puede ser verdadera; porque sus dogmas son mas evidentemente absurdos, que pueden ser ciertos los hechos en que se funda; y que se debe preferir lo mas evidente á lo que es ménos. Yo digo que este principio es cierto, quando los obgetos son del mismo órden y género; pero no quando son de órden diferente. Añado, que es imposible comparar evidencias entre cosas, que son de distinta especie y naturaleza.

Vé aquí por qué vuestro principio no puede tener aplicacion en este caso. Yo hablo de los hechos, y vos hablais de los Mysterios ó de los dogmas. Estos son por su naturaleza obscuros. No tenemos en este estado de vida órganos proporcionados para entenderlos, y así no puede caer sobre ellos la evidencia. Pero sí puede y cae en efecto sobre los hechos, como los milagros y otras cosas positivas de este género.

Así ved, que vuestro raciocinio lo confunde todo, y viola las reglas mas sencillas de la Lógica. Pues quando yo os hablo de la evidencia de los hechos, me respondeis con la obscuridad de los dogmas, y quereis comparar la evidencia de los primeros con la de los segundos; no siendo posible hacer una justa comparacion entre estas dos tan diferentes especies de evidencia.

Segundo sophisma: Vos suponeis, que la evi-

dencia de la contradiccion de los dogmas es mayor que la de la verdad de las pruebas. Yo voy á probaros, que todas las evidencias son iguales; y que no puede haber una mayor que otra sobre todo entre obgetos de órden diferente. Porque, ¿qué es evidencia? Es la percepcion ú el conocimiento claro y distinto, que una cosa es tal, y que es imposible engañarse viéndola. Por exemplo me es evidente, que el todo es mayor que su parte; que los ángulos de un triángulo equilátero son iguales; que en un círculo las líneas rectas que salen del centro á la circunferencia deben ser iguales entre sí. ¿Y por qué? Porque desde que entiendo la significacion de las palabras, que anuncian estas proposiciones, me es imposible no reconocer su verdad.

Del mismo modo me es evidente, que San Fernando conquistó á Sevilla: que Phelipe Quinto vino á España; y que ahora diez años yo exîstia: ¿y por qué? Porque tengo de todos estos hechos una conviccion tan clara, tan fuerte, tan segura y luminosa, que quando yo mismo hiciera los mayores esfuerzos para ocultarme su evidencia, no me fuera posible dudarlos un instante.

Vé aquí dos evidencias de un órden diferente: ¿quién se atreverá á decir, que la una es mayor que la otra, sin trastornar los principios mas simples de la razon? Desde que una cosa es evidente, tiene ya toda la claridad, toda la precision y toda la luz que puede tener en su órden: si le faltara alguna cosa dejaria de serlo; y si pudiera aumentarse, no era todo lo que debia ser. Así no es posible medir las evidencias,

ménos compararlas; y es un error pretender, que supuesto que una lo sea, pueda ser mayor ó menor que otra.

Si alguno me viniera á decir, que tal círculo geométrico, es ménos círculo, que otro de la misma especie; yo le preguntaria: ¿Los puntos de la circunferencia de ese círculo de que hablais están igualmente distantes de su centro, ó lo están desigualmente? Si me responde, que su distancia es desigual; yo le diria: ¿Pues cómo lo llamais círculo? ¿No veis que le falta la propiedad mas esencial? Si me responde, que su distancia es igual; entónces le diré: ¿Cómo podeis decir, que es ménos círculo; pues tiene el mismo carácter y las mismas propiedades que el otro? Esto es tambien lo que responderé al que me diga, que una evidencia :::

¿Pero qué, le interrumpí, una verdad no puede hacer mas impresion, ó no puede ser mejor ó mas claramente percibida? ¿No se me puede presentar con mas claridad una evidencia que otra? Sí, señor, me respondió; pero esto no depende de ellas, sino de la disposicion de vuestro espíritu; y desde que no veis un obgeto con toda la claridad de su evidencia, es seguro que no la teneis.

Con todo, Padre, le volví á decir, me parece que la evidencia es mas clara quando se vé apoyada con muchas y diferentes pruebas, que quando no tiene mas que una sola demostracion. Es imposible que no se someta mas al imperio de la verdad el que la vé en todos los puntos del obgeto, que aquel que solo la percibe en la fuerza de un raciocinio. Y si no, ¿por qué los que quieren persuadir multiplican las pruebas, y fortifican las unas

con las otras? ¿Por qué vos mismo me dais tantas razones para probarme la verdad de los hechos del Evangelio, sino porque conoceis que la evidencia tiene sus grados, y que una prueba puede persuadir lo que no han podido otras?

No, señor, me respondió: supuesta la evidencia, el número de pruebas no añade nada. Desde que mi razon vé la verdad con la luz de una demostracion, ya llegó al mas alto punto de claridad á que pudo llegar, ya no tiene adonde subir. Las otras pruebas pueden tener en sí luces muy vivas; pero yo las veia ya en la primera demostracion, y no son aumento, sino reproduccion de la misma luz. Muchos caminos me pueden conducir á un término; pero aunque yo no haya llegado sino por uno solo, ¿quita eso, que por otras sendas lleguen tambien otros al mismo término?

No digo por esto, que no sea útil y aun necesario mostrar á los hombres las verdades con muchas y diferentes pruebas. No porque con ellas crezca su evidencia intrínseca y real, que desde que se pone no puede dexar de ser, ni puede ser mayor; sino porque los entendimientos son diferentes, y que el que no conoce la fuerza de una razon, puede conocer la de otra; y si yo multiplico mis pruebas, no es porque yo crea aumentar su evidencia, sino por acomodarme á esta diferente disposicion de los entendimientos.

Así decir que se debe preferir la mayor evidencia á la menor, es abusar de los términos; porque no puede haber mas ni ménos en las evidencias. Puede haber evidencia de dos verdades, que parecen contrarias. Entónces no queda otro arbitrio, que

el de conciliarlas. Y quando despues de todos sus esfuerzos la razon no alcanza á hallar esta conciliacion, reconoce su insuficiencia, y se humilla. Pero no por eso puede rechazar ninguna, ni decir yo prefiero lo que es mas evidente; porque una evidencia no puede ser destruida por otra. Dos evidencias no se pueden destruir: es necesario, que subsistan ambas, sea que se descubra ó no se pueda descubrir el medio de conciliarlas.

Por exemplo: Yo tengo evidencia de que soy libre. No solo la razon me lo dice, sino la experiencia, mis remordimientos, mi arrepentimiento, y todas mis sensaciones me lo persuaden. Con todo, tambien me es evidente, que Dios sabe lo que tengo de hacer; pues no puedo concebir á un Dios sin la presciencia infalible y absoluta de todo. Dios sabe pues lo que yo he de hacer, y no puede engañarse. Por consiguiente yo no puedo dejar de hacer lo que Dios ha previsto que yo haré.

Siendo esto así, como soy libre para no hacer lo que es indispensable que haga: vé aquí dos evidencias, la una de mi libertad, y la otra de la presciencia Divina; y las dos parece se contradicen. La razon humana no puede por sí sola conciliarlas. ¿Qué hará pues? ¿Arrojará la una? ¿Preferirá la que le parece mas evidente? ¿Y cómo discernirá quál lo es? ¿Se creerá un Autómata ó un agente necesario incapaz de mérito, qüe nó seria justo castigar, pues solo se consideraria como un instrumento ciego y sin arbitrio para no dudar de la presciencia de Dios? Ó por el contrario, ¿por reconocer su justicia y su bondad, dudará de su ciencia infinita?

No hará lo uno ni lo otro : se tendrá por libre ; pues siente interiormente que lo es : adorará la presciencia Divina ; y sino puede conciliar lo uno con lo otro , reconocerá la limitacion de su razon : considerará , que Dios no ha querido revelarnos todos sus secretos ; sobre todo los que no nos son necesarios. Tendrá por cierto que esta dificultad , que á su corta capacidad parece insuperable , á los ojos de la verdad no puede serlo ; y que lo que no entiende ahora , lo podrá entender un dia. Aplicad estas dos evidencias á las vuestras. Pero vamos adelante.

Tercer sophisma : Vuestro raciocinio supone los dogmas Christianos absurdos , y de esta suposicion nace toda la dificultad. ¿Pero cómo lo podréis probar ? Nosotros confesamos , que son obscuros é incomprehensibles : que la débil razon humana no puede penetrarlos ; y que no los comprehenderá hasta que se los descubra el mismo que ahora se los propone para egercicio de su fe. Pero de esto á ser absurdos y contradictorios hay una inmensa distancia. ¡Qué! ¿la razon humana lo comprehende todo ? ¿Y basta que ella no entienda una cosa para que sea absurda ? ¿Se deben llamar contradictorias dos proposiciones solo porque ella no alcanza el modo de conciliarlas ? ¿Y no será mas justo llamar superior á la razon lo que á ella misma le parece contrario ?

Para poder asegurar que una proposicion es absurda , es indispensable tener un conocimiento entero y perfecto de todas las ideas que contiene; y para saber si estas ideas se contradicen ó se excluyen , no es ménos necesario conocer todas sus

propiedades, y estar seguro de conocerlas bien. Sin esto se aventura mucho la verdad, porque el que juzga sin esta instruccion preliminar y completa podrá hacer un juicio falso, si viendo solo las partes que le presentan un aspecto de contradiccion, se le escapan otras en que hubiera podido ver el nudo secreto que concilia las discordancias aparentes. Es imposible pues juzgar con seguridad un obgeto sin conocerlo perfectamente por todos sus lados.

Ahora pregunto yo: ¿Qué mortal puede conocer todas las relaciones y extension de nuestros Mysterios? ¿Quién ha podido medir toda su profundidad? ¿Dios le ha revelado todos sus arcanos? ¿No hay para él verdades inaccesibles? ¿El hombre que tanto se engaña hasta en lo que presentan sus sentidos, pretende registrar con certeza los secretos del Cielo? Si no sabe tanto como Dios, ¿cómo se atreve á llamar absurdo lo que se le prueba que Dios ha dicho?

¿Cómo quiere juzgar por sí mismo, quando no se le han dado órganos propios para conocer verdades sobrenaturales? Quando los obgetos de la revelacion que se le presentan, no solo son superiores, sino excéntricos y de un órden elevado á que no puede alcanzar su inteligencia; ¿no le basta que se le pruebe y se le demuestre que vienen de Dios? ¿Y serán los hombres tan insensatos, que pongan en balanza con la fuerza de la verdad Divina los torpes esfuerzos de una razon tan orgullösa como débil?

¿Qué quiere decir absurdo? La reunion de propiedades incompatibles, que mutuamente se ex-

cluyen en la misma substancia, ó la substraccion de alguna de sus propiedades esenciales. ¿Cómo pues puede llamarse absurdo lo que no puede ser íntimamente conocido? ¿Quál es la propiedad esencial de un Mysterio? Ser obscuro; porque si no lo fuera no fuera Mysterio. ¿Quál es su obgeto? Egercitar nuestra fe, y cautivar nuestra razon. Es pues necesario que presente puntos que parezcan discordantes; porque si fueran claros y simples como los primeros principios, no tuvieran necesidad de la fe: todo el systema de la Religion se trastornaria, y el Christianismo no fuera lo que Dios ha querido que sea.

Para decidir pues si nuestros Mysterios son absurdos, no se debe exâminar si confunden nuestra razon, ó si sobrepujan á nuestras ideas naturales; porque esta debe ser su propiedad esencial; y léjos de que por esto se puedan llamar absurdos, el colmo de lo absurdo es decir que lo son; porque esta contradiccion aparente es una propiedad tan esencial de su naturaleza, que sin ella no pudieran subsistir los Mysterios.

Si yo os digera, que me parece absurda la exîstencia de Dios, porque no puedo comprehender la extension y la infinidad de sus perfecciones; vos me diriais, que si yo pudiera comprehenderlas, no serian inmensas é infinitas como son. Vuestro raciocinio es el mismo; y os doy la misma respuesta. Vos decis: los Mysterios son incomprehensibles, obscuros, parecen absurdos: así no pueden ser ciertos; y por mas que se me prueben, no los debo creer. Yo os digo: si pudiérais entender los Mysterios, si no hallárais dificultad en ellos,

no serian Mysterios. ¿Cómo podeis inferir la imposibilidad de un obgeto del mismo principio que constituye su naturaleza? Si no decidme: ¿cómo puede haber Mysterio, que sea claro y conforme á las ideas simples y naturales? No es pues su obscuridad ni sus aparentes contradicciones lo que debe deteneros; y lo único que debeis exâminar es, si verdaderamente han sido revelados.

Para hacer esto mas sensible demos un salto hasta Jesu Christo. Supongamos que un hombre va á escuchar sus predicaciones, y que le oye decir: Yo soy el Mesías que los Prophetas han predicho: yo soy Hijo de Dios y la verdad eterna, que vengo á enseñar á los hombres el camino del Cielo: yo vengo á derramar mi sangre para reconciliarlos con mi Padre justamente irritado contra ellos; y al mismo tiempo le oye todos los demas Mysterios que publicó en el curso de su mision. Este hombre se asombra, y su razon se confunde con tantos y tan extraordinarios discursos, y responde á Jesu Christo, que le es imposible creer lo que no solo no puede entender, lo que no solo es inverosímil y obscuro, sino lo que le parece repugnante y contrario á la mas clara evidencia de su razon.

Supongamos que Jesu Christo le replica: Mi Padre quiere conducir á los hombres al Cielo por el sacrificio de la fe: exîge de ellos que se hagan como niños, cuya inocente simplicidad crée hasta lo que no entiende: y ha resuelto dar su Reyno á los simples y humildes, y no á las almas orgullosas, que no se fian sino en sus propias luces. El incrédulo le vuelve á responder: ¿Y quién me ase-

gura que tú me dices la verdad ? Mi testimonio, le vuelve á decir Jesus, no fuera nada, sino lo acompañara el que me ha enviado. Pero yo te daré pruebas de mi mision con Milagros tan evidentes, que te persuadirán que Dios me autoriza y habla por mis labios. Veo que mi Doctrina confunde tus ideas : te parece contraria á la razon ; pero quando veas el poder que Dios me ha dado sobre los hombres y sobre la naturaleza, no podrás dudar que te hablo en su nombre.

Este Ser soberano que te ha sacado de la nada, á quien lo debes todo, y cuyos designios son mas superiores á tus ideas, que el Cielo á la tierra; Dios, cuyo nombre es la verdad, quiere conducirte á su Gloria por el camino de estos Mysterios obscuros, de estos absurdos aparentes : y te prohibe toda duda, toda desconfianza, que seria injuriosa á su veracidad. ¿Te atreverás, mortal miserable, á decir, que Dios debe acomodarse á tu capricho, ó sugetarse á la pequeñez de tus ideas? ¿Quién eres tú para enmendar la plana á tu Dios? Lo único que puedes hacer es servirte de la razon que te ha dado, para exâminar, si es verdad que yo te engaño, ó si es verdad que te hablo en nombre y con la virtud del que no puede mentir.

Para quitarte toda duda, yo quiero que tu razon sea el Juez, y tus sentidos los testigos. Su testimonio es el mas simple y persuasivo ; porque es palpable, y resulta de los hechos. Empecemos pues: tráeme sin distincion todos los enfermos ; que se me acerquen, y con solo una palabra quedarán sanos: Ni tanto es menester : nómbrales solamente, y aunque ausentes, quedarán curados : que vengan los

energúmenos, y verás como quedan libres. Yo resucitaré á los muertos, y tambien moriré yo mismo, porque debo salvar á todos con mi muerte; pero al cabo de tres dias saldré del sepulcro triumphante y glorioso, y volveré á conversar con los vivos.

En fin supongamos que Jesu Christo lo haya hecho testigo de todos estos estupendos milagros: ¿qué le podrá decir este hombre que parecia tan indócil? ¿Le dirá, que á pesar de todos los prodigios que le muestra, no puede creer los dogmas que le enseña, porque son absurdos? Este discurso seria insensato; porque desde que le vé obrar con la virtud de Dios, no debe dudar que dice la verdad; y por mas opuestos que le parezcan á su razon, esta es la que debe ceder y humillarse.

Dirá, que aunque los milagros sean ciertos, no bastan para vencer su repugnancia natural. Pero con esto destruye la mas alta y la mas segura de las pruebas: establece el mas duro y feroz Pyrrhonismo: hace á Dios cómplice de la mentira; y le quita este medio exterior, con que distingue su palabra Divina de la de los impostores ó falsos prophetas. Y se le responderá: Dios no hace estos prodigios, sino para declarar con ellos, que el que los hace en su nombre, no puede engañar en la Doctrina.

Si responde como vos, que los milagros son claros y evidentes; pero que es mas clara y evidente la contradiccion de los dogmas; se le dirá, que esta repugnancia imaginaria es la qüestion: que esta es peticion de principio; y no prueba otra co-

sa, que su corta y limitada comprehension: que la luz y la evidencia de los milagros debe suplir á la que falta en los Mysterios: que la aparente contradiccion de los dogmas léjos de destruir la certidumbre de los Mysterios, la demuestra: que Dios puede obligar al hombre á que crea lo que no comprehende, sin que nadie pueda atreverse á reconvenirle: que es imposible que Dios haga milagros en favor de una doctrina falsa; y que ya tiene bastante experiencia de la flaqueza y las ilusiones de su razon aun en las cosas mas visibles y naturales, para no confiar en ella, y mas en asuntos tan elevados y que le son tan superiores.

Se le añadirá: Dios no quiere, ni vos podeis ser Juez de los dogmas, porque no teneis órganos proporcionados, ni aun para concebirlos. Obgetos tan altos están fuera de la esphera de vuestra inteligencia; pero podeis juzgar de los milagros, porque están no solo en la esphera de vuestra razon, sino de vuestros sentidos. Estos son hechos simples y desnudos, que es fácil comparar, y se os han dado principios para discernirlos, y reglas infalibles que pueden aseguraros de su certeza.

Por eso Dios ha hecho estos milagros, para que sirvan de fundamentos á vuestra fe, y de preservativo contra el error. La luz que os quita en los dogmas, os la derrama con abundancia en los milagros. Os dispensa del estéril y laborioso afan de exâminar Mysterios á que vuestra corta razon no pudiera alcanzar; y os conduce por la senda segura de los hechos, en que el talento mas débil puede caminar sin trabajo ni riesgo.

Respeta pues el dogma y créelo, porque Dios lo revela. Pero exâmina los milagros, y decide si vienen de Dios.

En esta suposicion, señor, ¿qué otra cosa puede hacer aquel incrédulo, que exâminar de buena fe los milagros de Jesu Christo? Y este es nuestro caso. Todos los raciocinios sobre el dogma no pueden ser mas que vanos esfuerzos, y jamas llegará nuestra razon á penetrarlos: así toda nuestra discusion debe terminarse á los hechos. La única qüestion que debemos exâminar es, si Jesu Christo es Dios: si lo es, todo lo que digamos contra el Christianismo no puede ser mas que blasphemia y error; y por mas que nuestra razon ::: Aquí le interrumpí, y le dige: Sin duda, si fuera posible probar que Jesu Christo es Dios, como se pudiera ::: ¿Pero quién es capaz de probar cosa tan absurda? Vos volveis á vuestras ideas, me dijo; yo os he probado, que nosotros no tenemos la fuerza ni los medios para tratar de absurdo lo que no podemos conocer bien.

Te confieso, Theodoro, que yo estaba oprimido con tanto peso de razones: que me hallaba tan sorprehendido de su novedad, como admirado de la Lógica y la fuerza de aquellos raciocinios, que á pesar mio me parecian evidentes y claros. Por mas que hacia, ni podia encontrarles un vicio, ni veia donde los podia morder. Casi avergonzado de mi derrota, pero sin querer confesarla, articulé no se qué palabras, que no podian tener sentido, y solo me acuerdo que le dige: Estos discursos son vagos, y serian interminables. Pasemos á otra cosa. Decidme, Padre :::

Él me interrumpió, y me dijo: Vos vais á proponerme otras obgeciones, que serán de la misma especie; y yo no podré dar mas que las mismas respuestas. Esto sí que será interminable, porque nada es mas fácil, que poner dificultades sobre las cosas mas claras y evidentes. ¿Qué será pues en las que son tan altas y sublimes? La razon humana vé con tanta obscuridad ó con tan corta luz los obgetos, que pocas telarañas bastan para ofuscarla, y un sophisma solo es capaz de turbarla.

Acordaos del Philósopho Griego, á quien un Sophista pretendió probar, que no habia ni era posible que hubiese movimiento en la naturaleza, y que se lo probaba con tan especiosos sophismas, con razones tan capciosas, que despues de largas discusiones el Philósopho no sabia ya qué responder, hasta que impaciente se levantó y se puso á marchar, diciendo: Vé aquí movimiento.

Este es el modo como piensan los hombres. Las cosas sensibles y palpables obran mas sobre ellos, que todas las especulaciones. Vos me pondréis argumentos sin fin: yo os daré respuestas sin término; y despues de haber corrido mucho hallarémos, que no hemos adelantado un paso. En efecto como es tan fácil hallar dificultades á todo, estas son interminables. Es como la hydra, que quando se le corta una cabeza le nacen otras. Por eso no es posible acabar, y despues de haber obgetado mucho y respondido mas, apénas se llega á descubrir la verdad, ni se halla un punto en que poder fijarse.

Pero como es fácil y cómodo este méthodo pa-

ra seducir á los ignorantes, se sirven de él los incrédulos. Proponen dificultades sin número, y ya se vé si será fácil hallarlas en asuntos de tanta obscuridad y elevacion, quando se encuentran tantas en las cosas mas visibles y palpables. Acumulan pues obgeciónes sobre obgeciones, añaden sophismas á sophismas. Juntan con la mala fe y las reticencias la malignidad y las calumnias; y de todo esto forman un conjunto de falsos resplandores, que deslumbra á los que no están bien instruidos.

Se les responde; pero ellos ó no leen las respuestas, ó se desentienden; y sus succesores las reproducen como si nada se hubiera respondido. Hoy mismo repiten como nuevas las que propusieron Celso, Porphyrio y Juliano en los primeros siglos de la Iglesia; y aunque disueltas desde entónces por los primeros Padres, las han reproducido en cada siglo, y las han renovado en el nuestro con la misma confianza. Los Lectores ó incautos, ó solo deseosos de divertirse leen sus libros escritos con elocuencia y gracia, y no leen las respuestas que indubitablemente son mas circunstanciadas y sérias. Con eso beben el tósigo sin el antídoto; y el error se propaga sin término.

No usemos pues, señor, de este méthodo. Si queremos seriamente descubrir la verdad, es menester buscarla en ella misma. Esto es, exâminar si la Religion Christiana viene de Dios. Si Jesu Christo, que venia á publicarla en nombre de Dios, probó su mision de una manera tan clara y evidente, que la razon guiada por sus propias luces no se pueda resistir á la conviccion. En una pa-

labra, si Jesu Christo es Dios. Ya veis que esta qüestion sola lo decide todo: porque si se prueba que lo es; ¿quién que tenga el juicio sano, y la mas ligera idea de la verdad y de la soberanía de Dios, no sacará por consecuencia infalible y necesaria que es menester creer quanto nos dijo, y obedecer quanto nos mandó?

En lugar pues de detenernos en las ramas, y en obgeciones que pueden responderse, y que no prueban otra cosa que la limitacion de nuestro entendimiento, es menester acercarse al tronco, y exâminar si los cimientos en que estriba el Christianismo son sólidos y verdaderos, ó fútiles y despreciables. Si los incrédulos hubieran seguido este camino estudiando la Religion, exâminándola en sus pruebas fundamentales, y considerándola en toda la harmonía y proporciones de su conjunto, se hubieran ilustrado con su luz Divina, y hubieran evitado tantas inepcias, falsedades y errores con que la calumnian.

Lo que importa pues exâminar es el orígen de esta Religion, sus progresos; si los hombres que la han comunicado en nombre de Dios, han mostrado en sus acciones y virtudes los títulos de su mision, hasta llegar á Jesu Christo, que siendo su verdadero fundador ha debido mas que ninguno dar pruebas mas claras é indubitables de ella. Porque ¿quál es la qüestion? Nosotros decimos, que Jesu Christo es Dios: el incrédulo lo niega. Nosotros para decirlo damos por pruebas los hechos de Jesu Christo: los incrédulos para negarlo no pueden tener prueba ninguna, ni pueden alegar otra cosa que la imposibilidad que les parece ver; la

obscuridad y pretendida contradiccion de los Mysterios, y las repugnancias de su razon. Ya veis la ventaja que tiene el que afirma quando prueba, contra el que sin probar nada, solo niega: porque mil negaciones voluntarias, no pueden destruir una prueba sola que pruebe bien.

Pero despues de todo, quando al que niega se le presentan pruebas, lo ménos que puede hacer es exâminarlas, para despreciarlas si son fútiles, ó rendirse si son sólidas, y va de buena fe.

Este camino ahorra mucho tiempo, y evita muchos extravíos; porque supongamos por un instante, que habiendo exâminado todas las pruebas que yo alego en favor del Christianismo, vos las hallais frívolas, y podeis manifestar su error ó su futilidad; al instante la discusion se acaba, y me dejais sin medios de persuadiros. Si por el contrario yo os pruebo con evidencia que Jesu Christo es Dios, y vuestra razon no puede resistir á la fuerza de mis pruebas, así tambien se acaba la discusion; porque en este caso ya no valen nuevos argumentos ó dificultades: todas quedan aniquiladas y destruidas. Una verdad que ha quedado demostrada, destruye por sí misma todo lo que se puede imaginar contra ella.

La razon humana siempre obscura, y jamas tranquila en lo que no le presentan sus sentidos, podrá proponer nuevas obgeciones; pero yo le haré callar diciéndole: Jesu Christo que es Dios lo ha dicho. Si puedo satisfacerlas lo haré, y si no confesaré que es limitacion de mis luces. Ella replicará, que su obgecion es evidente; yo confesaré, que como es evidente que Jesu Christo es Dios, me atengo á lo

que él dijo : Que no puede haber dos evidencias contradictorias, y que así estas aunque lo parezcan, no pueden serlo. Confieso que me parecen contrarias; pero como no puedo dudar de la Divinidad de Jesu Christo; y de que ha dicho lo que yo sostengo, me persuado á que esta contrariedad es solo aparente; y que en efecto habrá un modo de conciliar lo que me parece evidente, con la inmutable verdad que debo suponer en Jesu Christo. Y en fin que la razon puede engañarme, y que no me puede engañar la verdad eterna, que es Jesu Christo.

Confieso, Padre, le dige yo, que me asombrais. Yo no puedo dejar de reconocer vuestras luces y buen juicio, y con todo os veo hablar con tanta seguridad y conviccion, que sino os conociera mas que por este lado, os tuviera por un loco ó phrenético. ¿Qué vos pretendeis convencer á un hombre sensato, de que Jesus, á quien los Judíos crucificáron en Jerusalem como un malhechor, era Dios? Vos mismo creeis esto posible: ¿y podeis imaginar, que si esto fuera capaz de probarse con evidencia, una cosa tan grande, tan importante y tan extraordinaria se hubiera escondido á los Judíos, á los Romanos, á tantas Naciones sábias, y á tantos Philósophos ilustrados? Es hasta donde puede llegar el delirio de la demencia.

Eso, me respondió, puede pareceros así. Pero si tuviérais la paciencia de oir las pruebas, y conociérais en efecto su fuerza, de modo que vuestro talento aunque grande no se pudiera resistir, ¿qué me digérais entónces? Que eso no puede ser, le repliqué; y que yo no perderé mi tiempo en escuchar tan necias ilusiones. ¡Un Hombre Dios! Y

no un hombre como quiera, sino un hombre pobre y obscuro, que fué condenado por los de su Nacion á un suplicio afrentoso. Esto es peor todavía que adorar las cebollas de Egypto.

Con todo eso, señor, si os dignárais de escuchar las razones, puede ser que entónces no os pareciera tanta locura. Haced este esfuerzo, y por lo ménos tened el gusto de avergonzaros de nuestra ignorancia. Yo soy uno de los ménos hábiles de mis compañeros. No es esto desconfiar de mi causa sino de mis talentos, y como en esta casa hay muchos varones sabios mas capaces que yo para mostraros la verdad, dadme licencia para que os trayga uno; y tened la paciencia de oirlo. No, Padre, le respondí, vos sois el que me habeis hablado con tanta jactancia; y vos debeis ser el que me convenza. Esa humildad no es ahora del caso; y no olvideis que vuestra arrogancia me ha dicho, que me probará con evidencia, que la Religion Christiana es verdadera, y que Jesu Christo es Dios.

No, señor, no lo olvidaré; y pues os contentais con mi débil talento, os obedeceré fiado en la bondad de mi causa, y en los auxîlios é ilustraciones del Cielo; pero yo puedo hacerlo por diferentes medios. Es verdad que la mayor demostracion de la Religion Christiana resulta del conjunto de toda ella, de esta inmensa, harmoniosa y bien proporcionada reunion de sus partes, que desde el orígen del mundo hasta nosotros manifiesta en todas y cada una de ellas, que viene y no puede venir mas que de Dios. Pero esto seria mas largo y podria fatigar vuestra paciencia: me con-

tentaré con probaros, que la Religion Christiana es la sola verdadera, y que su fundador Jesu Christo es Dios, por alguna de las pruebas separadas; como estas son muchas voy á proponeros algunas, para que vos mismo escojais aquella en que querais que yo me fige. Esto me es igual, porque aunque son diferentes, todas se reunen en un punto, que es mostrar la Divinidad de la Religion y de su fundador.

Si yo os pruebo, señor, que Dios desde el principio del mundo prometió un Mesías: que despues los Prophetas inspirados lo anunciáron con señales que no pueden ser equívocas; pues determináron así sus acciones como el tiempo de su venida. Si os pruebo, que los mismos Prophetas probáron su inspiracion no solo con milagros, sino prediciendo ántes de muchos siglos cosas contingentes y futuras, que no se podian saber sino con la Divina luz, y que todas ellas se han cumplido á la letra, como consta por documentos irrefragables. Si os pruebo, que Jesu Christo vino en el tiempo indicado por los Prophetas: que trajo todas las señales con que lo anunciáron: que cumplió todo lo que habian predicho, y en fin que él mismo predijo todo lo que se ha verificado despues; vos me confesaréis que de tantas pruebas reunidas, enunciadas con la mayor claridad, resulta con evidencia, que una Religion fundada sobre ellas debe ser Divina; porque Dios solo puede inspirar á los hombres el conocimiento de las cosas futuras; porque Dios solo ha podido darles el poder de hacer milagros; y que todo lo que ellos dicen autorizado con estas pruebas es necesariamente verdad, pues viene de Dios.

Pero si dejando esto aparte, os pruebo con la misma evidencia: que Jesu Christo y sus Discípulos hicieron milagros públicos y notorios tan incontrastables, que sus mismos enemigos se han visto obligados á confesarlos; vos me confesaréis, que la Religion que predican es la verdadera; pues ellos no podian hacer prodigios tan superiores al esfuerzo humano, sino con el poder de Dios; y porque es imposible que el Dios de la verdad diese su poder á impostores que predicasen una falsa Doctrina.

Si os pruebo, por no entrar en tanta discusion, un hecho solo, y es, que Jesu Christo prometió ántes de morir que resucitaria, y que en efecto resucitó, habló y conversó con los hombres; tampoco me podréis negar que es Dios; porque Dios solo puede resucitar por su propia virtud.

Si os pruebo ::: No mas, Padre, le interrumpí, no paseis adelante, probadme con la evidencia que me prometeis que Jesu Christo resucitó; y esto basta. Si me probais que Jesu Christo fué verdaderamente muerto, y que despues de muerto volvió al mundo á cumplir su palabra, y que esto sea tan claro y evidente, de modo que la razon mas perspicaz y desconfiada no pueda hallar una razon prudente de dudar, me daré por vencido.

Pero, Padre mio, hasta ahora no se ha visto que nadie resucite: y os prevengo, que yo no me contentaré con las pruebas que de ordinario os bastan para creer los milagros que refieren vuestras Chrónicas. Para que yo crea un hecho tan único, tan estupendo y sobrenatural, necesito de mayores y mejores pruebas, que para creer que Julio César

fué el primer Emperador de Roma, y que Bruto le dió la muerte en el Senado.

Yo espero, me dijo, daros mas y mayores; y desde luego os digo, que vuestra eleccion ha sido acertada. Porque este hecho es el artículo mas fundamental de nuestra Religion, y la basa sobre que estriban los otros. San Pablo decia [a]: "Que si la resurreccion no es verdadera, nuestra "fe es vana;" pero tambien se puede decir, que si es verdadera, es consiguiente que todos los demas artículos lo sean.

Por otra parte la resurreccion es un hecho solo aislado digámoslo así, y que puede verse mas fácilmente por todas partes; pues no está complicado con otro. Consiento pues; porque toda la disputa se reduce á un punto solo decisivo; porque una vez que se apruebe ó se rechace, corta de raiz las demas disputas. Y es tambien el artículo mas fecundo; porque con solo que haya Jesu Christo resucitado, las esperanzas de los Christianos son tan inmensas como seguras; y las desgracias de los incrédulos son tan terribles como ciertas.

Para desempeñar el asunto que tomo á mi cargo, me parece que estoy obligado á tres cosas. La primera á exponeros las razones que tienen los Christianos para creer la Resurreccion de Jesu Christo, ó los principios en que se fundan para asegurar que es un hecho cierto. La segunda probaros, que estas razones ó principios son tan evidentes, que es imposible que una ra-

a *1. Corinth. xv. 17.*

zon que no esté pervertida pueda dejar de convencerse. Y la tercera, que despues os proponga tambien sin disimulo, con franqueza y buena fe las razones que proponen los incrédulos para no creerla: que os dege á vos mismo pesar la fuerza de unas y otras: que vos mismo seais el Juez; y en fin que yo os proponga las consecuencias que pueden resultar de la incredulidad; para que vos mismo compareis quáles son mas justas y naturales, y quáles serian mas intolerables y absurdas.

Me parece que por este méthodo es mas fácil reconocer la parte flaca que puede tener el systema Christiano ó el del incrédulo; porque al fin irémos á parar en alguna de estas consecuencias tan absurdas y contrarias á la sana razon, que manifiestan desde luego su falsedad, tanto en las reglas de la buena Lógica, como en el uso ordinario de las personas de buen juicio. Si despues de haberos enterado de todo, os parece que las pruebas, en vez de ser claras y convincentes, son ilusorias y frívolas: si á pesar de mi exposicion vos perseverais en la idea de que la resurreccion es contraria y repugnante á la razon, y yo he perdido mi causa, la discusion termina, y no debo volver á importunar.

Pero si veis que no podeis manteneros en aquella opinion sin venir á parar á conclusiones ó consecuencias, que son evidentemente contrarias al sentido comun: si observais que para sacudiros de su fuerza necesitais recurrir á principios falsos ó contradictorios, ó á sosteneros con aserciones inciertas ó dudosas: si no podeis responder

á mis dificultades sino con subterfugios ó extravíos, que os hacen perder de vista el punto principal: si os hallais forzado para desembarazaros de mis raciocinios justos y methódicos, á embrollar y obscurecer la materia, porque no podeis dar una respuesta directa y precisa á las razones que se os presentan: entónces debeis reconocer, que vuestra opinion no es la verdadera, y que los Christianos tienen de su parte toda la razon. ¿Quereis aceptar este partido?

Padre, le respondí, yo no deseo mas que saber la verdad; no puedo tener otro interes. Y aunque estoy íntimamente persuadido, que emprendeis un imposible, y que el zelo de vuestra Religion es el que os tiene tan iluso, os prometo sínceramente el deponer todas mis opiniones. Os escucharé con precaucion para no dejar alucinarme; pero no veréis en mí ni obstinacion ni orgullo; pues si fuera posible que vos me pudiérais persuadir, mi propio interes me obligaria á abandonar todo error.

Pues siendo así, me volvió á decir, yo confiado en el auxîlio del Cielo empezaré; porque sé que no es el que planta ni el que riega, sino Dios solo el que da el incremento. Pero ya es tarde, reservemos esto para mañana, y tened presente: que la Religion es de un órden sobrenatural, y que no puede regularse únicamente por las ideas humanas: que la palabra de Dios es por sí misma fuerte y eficaz; pero que no produce su efecto, sino quando se escucha con ánimo síncero, y con deseo de encontrar la verdad: que un espíritu mal dispuesto podrá oirla sin que

la penetre ; porque se ocupará mas en exâminar la parte que le parezca débil para combatirla, que no la que por su solidez debiera persuadirle : que toda verdad es hija de Dios y desciende del Cielo : que solo la Divina luz nos la puede comunicar : y que así debemos todos recurrir al Padre de las luces ; yo para que purifique mis labios , y os la pueda presentar sin profanarla ni enflaquecerla ; y vos para que os abra los oidos del corazon , y fructifique en él su celestial semilla.

No olvideis , señor , que Dios se comunica á los humildes , y repele á los soberbios. Así arrojad léjos de vos todo espíritu de vana euriosidad ó presuncion. Pedidle sencillez y docilidad ; y estad cierto , que no os ha traido aquí sino para desengañaros , para que entreis en su rebaño ; pues con solo que vuestra obstinacion no resista á su gracia , quedará vuestra alma penetrada de su voz celestial.

Solo una cosa me queda que recomendaros , y es , que quando empiece á desenvolver mis pruebas , no me interrumpais hasta que las haya terminado. Vos mismo debeis conocer el motivo. En ellas todo se enlaza , todo se eslabona. Las primeras partes están enlazadas con las últimas , y todas unidas entre sí. Una dificultad á que fuera preciso responder ; una reflexîon que nos pudiera atajar, nos haria perder el hilo , y nos extraviaria. Así os suplico encarecidamente , que tengais la paciencia de oirlas todas sin interrumpirme. Despues podeis decirme lo que os parezca , y yo procuraré satisfaceros lo mejor que pueda. Prometí que lo

haria así ; y él se despidió emplazándome para el otro dia.

No podré explicarte , Theodoro , cómo quedé, quáles fuéron las sensaciones de mi corazon , ni los efectos que estos discursos producian en mi alma. Me parecia estar como el que se prepara á un grande viage , ó como aquel á quien se ha prometido mostrarle cosas nuevas , extrañas y asombrosas. Mis afectos eran confusos y encontrados. Habia instantes en que viendo la imperturbable seguridad de aquel hombre , tenia una especie de temor de que no me venciese ; y necesitaba de echar una ogeada sobre la ilustracion de mis principios , y la de los grandes hombres que los siguen , para volver en mí.

Sobre todo me asombraba la monstruosa reunion de tanta elocuencia y talento , de tanta instruccion y tan sana Lógica , con tanta credulidad y phanatismo. Y seguro de la bondad de mi causa , me parecia que podria divertirme desengañando á este buen hombre , haciéndole confesar , que sino era un charlatan que ponderaba sus drogas , era un iluso , seducido por falsos raciocinios.

Me acordaba de ti y demas amigos ; y me decia : Ninguno de ellos imagina , que yo espero mañana un phanático , que vendrá á enseñarme su Religion ; y tiene la pretension de persuadirme. ¿Pero qué podia hacer ? Yo debia mantenerme oculto en el Monasterio , y dejar pasar algun tiempo, para que se apaciguase el rumor que debia haber causado la muerte del Extrangero , y salir con ménos riesgo. Pues el acaso me ha traído aquí , continuaba yo ; ¿ qûé puedo hacer sino hablar y sufrir á este hombre á quien debo tantos servicios ?

¿Quién sabe tampoco si esta no será una de las mejores aventuras de mi vida? En primer lugar conoceré por experiencia los medios y recursos del phanatismo: y si se trocara la suerte, y en vez de ser él convertido, fuera yo el convertidor, esto seria chistoso, me daria ocasion de reir con mis amigos, y seria hacer un buen servicio á este mi favorecedor, que por su dulzura y modestia merece ser feliz.

En estas reflexîones pasé hasta el dia siguiente en que sucedió lo que verás en mi primera. Á Dios, Theodoro.

CARTA VIII.

El Philósopho á Theodoro.

Theodoro mio: Vino el Padre, y apénas tomó asiento quando me dijo: Hoy estamos emplazados para exâminar los mayores milagros que hubo ni pudo haber jamas, que son la Resurreccion y la Ascension pública de Jesu Christo. Milagros que no solo son grandes por sí mismos, sino que están encadenados con los otros milagros y con los demas hechos de su vida. Porque si la Resurreccion es cierta, todo lo demas lo es: Jesu Christo es Dios, y quanto dijo Jesu Christo es verdad. Estas son consecuencias necesarias. Así con la prueba sola de estos milagros, su mision, su Divinidad, su Evangelio, su Doctrina, su Iglesia, en fin todo el Christianismo queda canonizado.

Lo singular es, que estos milagros tan grandes, tan estupendos, tan difíciles de creer y aun de imaginar si no fueran verdaderos, son los mas claros, los mas evidentes, los mas fáciles de probar, y los que tienen en su favor pruebas mas positivas y mas indubitables. Parece que la Providencia para quitar toda excusa á los incrédulos, quiso que fuesen mas fácilmente demostrables estos milagros que lo prueban todo, y que son la base y columna de la Religion.

Empecemos por los hechos históricos en que todos convienen. Nadie duda que en tiempo de Au-

gusto nació en Bethlem, Lugar de la Judea, un hombre llamado Jesus; que fué crucificado en Jerusalem en el de Tiberio, y quando Poncio Pilato era Gobernador de la Provincia. Este hecho está probado no solo por los Christianos que le adoran, sino por los Turcos que lo veneran, y por los mismos Judíos que desde entónces le diéron por desprecio el apodo del instrumento de su suplicio, y aun hoy mismo llaman con el mismo á los Christianos.

Los Gentiles hacen tambien mencion de Jesus. Suetonio habla de él, dándole el nombre de Cresto, que es el de Christo mal pronunciado. Tácito habla positivamente de su muerte. Plinio refiere, que los Christianos lo adoraban como su Dios, y que eran gentes virtuosas, sin otro defecto que una excesiva tenacidad en su Religion. Luciano para burlarse de los Christianos dice: que su Dios murió en una Cruz: que les hizo creer que todos eran hermanos, y que despues que renunciáron á la Religion de sus Padres, se sometiéron á las Leyes del Crucificado.

Juliano, que no podia negar ni su crucifixìon ni sus milagros, solo se esforzó á disminuirlos: dice que se hace mucho ruido con los milagros de Jesu Christo; pero que miéntras vivió en la tierra no hizo nada extraordinario, á ménos que no se mire como una maravilla, dar vista á algunos ciegos, sanar algunos paralyticos, y curar de los espíritus malignos algunos energúmenos. Todo esto en su concepto no era nada, porque en su opinion otros habian hecho lo mismo. Philóstrato para persuadirlo inventó los milagros de Apolonio; y los Judíos habian publicado, que si Jesu Christo habia

hecho milagros era porque habia descubierto la verdadera pronunciacion del nombre *Jeovah*. Ridículos subterfugios, pero que prueban la evidencia de los hechos.

Celso, el mas hábil y mayor enemigo de los Christianos, no solo reconoce la existencia de Jesu Christo, sino confiesa una gran parte de los hechos que refieren los Evangelistas, su Nacimiento, su huida á Egypto, sus viages por las aldeas y Lugares para predicar en ellos, y hacer patentes sus milagros: el modo con que fué vendido, y últimamente su muerte y pasion. Es verdad que todo lo refiere dándole un mal colorido para hacerlo ridículo: pero no es ahora mi obgeto mostrar lo absurdo de sus raciocinios; pues ya Orígenes lo hizo esto. Á mí me basta que él confiese la realidad de los hechos; porque no era posible negarlos.

Es pues indubitable que Jesu Christo murió en la Cruz; y lo es tambien que el mismo Jesu Christo lo habia predicho muchas veces á sus Discípulos, añadiéndoles que no se desconsolasen, porque resucitaria al tercero dia [a]. Nadie duda de la prediccion; pues no solo era pública en Jerusalem ántes de su muerte, sino que sirvió de fundamento á su condenacion. Los testigos le acusáron delante de los Jueces de haber dicho [b], que destruiria y reedificaria en tres dias el Templo, que era una de las figuras bajo la qual prophetizaba su muerte y resurreccion. Figura que los Judíos entendian en el mismo sentido; pues por esto fuéron á decir á Pilatos: Se-

a *Matth.* XVII. 22. *et* X. 34. *Luc.* IX. 22. XXVII. 63. *Marc.* IX. 30. *et* *b* *Matth.* XXVI. 61.

ñor [a], »aquel seductor quando vivia dijo : Yo resu»citaré al tercero dia. Mandad pues que su Sepul»cro sea guardado tres dias ; no sea que sus Discípu»los vengan de noche , lo roben , y digan al Pueblo »que resucitó de entre los muertos." Esta impostura seria peor que la primera. Pilatos les respondió: »Guardias teneis : aseguraos como os parezca." Este es hecho constante que no se puede disputar.

Ahora bien , ántes de pasar adelante , observemos que Jesu Christo habia hecho esta prediccion muchas veces y de varios modos ; anunciando que los principales Sacerdotes , Escribas y Doctores de la Ley serian los autores de su muerte [b]. Era pues dueño de evitarla si hubiera querido , porque para esto le bastaba irse á otra parte. Pero léjos de eso riñe y censura á Pedro , que queria disuadirle de morir. Es claro pues que su muerte era no solo libre , sino que él mismo la consideraba útil, necesaria , y que debia producir efectos ventajosos. ¿Qué efectos ventajosos pudiera producir su muerte si fuera como la de los hombres , si no estuviera seguro de que podia resucitar como lo prometia; pues solo podia hacerla útil con su Resurreccion?

Observemos tambien que la víspera de su muerte hizo una institucion que no se hizo nunca ni se hará jamas. Una fundacion en memoria de ella, y con el fin de recordarla. Manda positivamente, que sus Discípulos la repitan , la renueven y la hagan en su conmemoracion [c] ; y no dice que la hagan hasta que resucite , sino hasta que vuelva.

a Matth. xxvii. 64.
b Marc. viii. 31.32.33.
c Luc. xxii. 19. *et* 1. *Corinth. xi.* 24.

Así no solo asegura que resucitará presto, sino que volverá al fin de los siglos: y todo esto prueba que Jesu Christo previó su muerte, que la sufrió voluntariamente, que se preparó para ella, y que consoló á sus Discípulos con la esperanza de la Resurreccion.

Ahora digo yo, ó quando Jesu Christo decia estas predicciones, quando mandaba renovarlas en su memoria y á su egemplo hasta que volviese al fin de los siglos, ¿estaba seguro de su Resurreccion, ó no lo estaba? Si no lo estaba, ¿qué queria decir todo aquello? Su conducta es la de un hombre insensato, á cuya extravagancia no seria posible encontrar nombre. ¿Quál podia ser su designio? ¿Qué interes ni qué obgeto podia tener en aquella farsa? ¿Qué ilusion podia producir un hombre que dentro de pocos instantes va á morir, y que su muerte va á desengañar en breve de que no era mas que un miserable mortal, y juntamente un impostor?

Y si no es mas que esto, ¿por qué no huye para evitar la muerte, pues todavía lo puede hacer quando cena? Que se me diga tambien, ¿qué quiere decir la ceremonia que instituye en memoria de su Cuerpo? ¿Qué memoria merece un Cuerpo que presto será despojo de la muerte: que quedará siempre en su poder, y cuya corrupcion no se puede esconder á sus Discípulos? Un hombre que engañara así, no solo no seria virtuoso y cuerdo, sino ó impostor y vil, ó estúpido y demente; y la vida, los hechos y los discursos de Jesu Christo desmienten ciertamente la posibilidad de uno y otro carácter.

Veámoslo ahora por otro lado. Si Jesu Christo está seguro de resucitar, no lo podia estar sino porque sentia en sí una virtud poderosa y Divina con que lo podia hacer: aquella misma virtud con que dió vista á los ciegos, salud á los enfermos, y vida á los muertos. De esto resulta que estos milagros fuéron ciertos; pues quien podia resucitarse á sí mismo, podia tambien resucitar á otros. Resulta tambien, que Jesu Christo debia tenerlos por tales, pues si los hubiera creido falsos, no pudiera creer que su Resurreccion seria verdadera: y resulta últimamente, que si los creia ciertos, no podian dejar de serlo; porque los hechos eran de tal naturaleza, que es imposible que se engañe el mismo que los hace.

No era posible que Jesu Christo se figurase, que con poco pan habia sustentado cinco mil hombres una vez, y quatro mil otra: que habia resucitado al hijo de la viuda de Naim: á la hija de Jayro: á Lázaro de Bethania: que habia hecho andar á Pedro sobre las aguas, y otros muchos prodigios si no fueran ciertos. Y el que ha podido hacer estos prodigios merece ser creido quando predice su Resurreccion.

Despues de haber exâminado la disposicion de Jesu Christo, veamos la de los Sacerdotes, Escribas y Phariseos: veamos la relacion que hiciéron los Soldados destinados á guardar el Sepulcro, que guardáron tan mal. La consideracion de estas circunstancias puede darnos mucha luz en el exámen de un hecho que es tan importante y esencial.

Se ha visto que los Phariseos, los Doctores

de la Ley, y en general quantos componian el gran Consejo, movidos por la misma pasion con que hicieron morir á Jesu Christo, rezeláron que sus Discípulos robasen el Cuerpo, y digesen que habia resucitado. Su diligencia con Pilatos, el ardor con que procuráron la muerte de Jesus, y los esfuerzos con que solicitáron poner una guardia para impedir la substraccion del cadáver, deben persuadir que harian lo que la prudencia mas exquisita les aconsejaba, para no dar lugar á un error tan contrario á su honor, á su opinion, y que manifestaria su injusticia.

Es pues natural que encargasen mucho á sus Soldados una custodia fácil, que no debia durar mas que tres dias. Y es natural que escogiesen hombres de su confianza, para que no se dejasen sobornar, ni permitiesen que por descuido ó de otro modo se robase un Cuerpo que tanto les importaba conservar en el sepulcro.

¿Pero qué es lo que sucede? Á pesar de tanta guardia y de tantos encargos, el Domingo por la mañana el Cuerpo no está en el sepulcro, y no se sabe lo que se ha hecho. ¿Dónde está pues? ¿Quién lo ha sacado, ó cómo ha salido? Los Soldados se habrán dejado ganar á fuerza de dinero. ¿Pero quién puede haberlos corrompido? No los Discípulos, porque son pobres, porque están dispersos, porque el temor los ha hecho ir cada uno por su lado. ¿Cómo es posible que hombres sin medios, y que con la fuga se esconde cada uno á su propio peligro, imaginasen corromper Soldados encargados de la custodia por los principales de la Nacion, y que exponian su vida si

se averiguaba su negligencia ó su traicion?

Será pues que los Discípulos habrán ido á robarlo á mano armada, y que los Soldados no se habrán atrevido á oponerse. ¿Pero cómo se puede suponer que aquellos Soldados sean tímidos, y que los Discípulos que en la pasion y muerte de su Maestro diéron tantas pruebas de serlo, se transformen de repente en hombres tan valerosos y determinados, que emprendan á pesar de una guardia robar por fuerza un muerto, que abandonáron de miedo quando estaba vivo? Por otra parte no es lo que dicen los guardias.

¿Pues qué dicen? Que los Discípulos lo robáron quando ellos dormian: mala excusa y mala Tropa. ¿Dónde ni en qué tiempo se ha visto que los Soldados se entreguen todos al sueño, sin dejar un centinela que vele y advierta? Este ha sido el primer elemento de la disciplina Militar en todos los siglos y en todas las Naciones. Y no se puede presumir que ninguna Tropa lo abandonase, sobre todo la que está tan encargada de guardar un Cuerpo cuya extraccion se teme. Pero si á pesar de toda la inverosimilitud, estos Soldados han sido capaces de tanta negligencia, ¿cómo no se ha castigado su delito? Por otra parte yo quisiera que me explicasen, ¿cómo si estaban dormidos pueden saber que son sus Discípulos los que lo han robado?

Todo esto es incomprehensible; pero lo que me espanta mas es, que el gran Consejo ó el Synedrin no procure por su propio honor y por el interes público averiguar la verdad. ¿Por qué se contenta con esta excusa tan inverosímil y miserable que nadie podrá creer? En efecto este asunto causa ya

tanto rumor en Jerusalem, que muchos se convierten despues: en un dia solo cinco mil personas han creido en la Resurreccion, y han adorado al hombre que hicieron crucificar. ¿No es tiempo de manifestar este robo, y quitar todo crédito á la seduccion?

¿Por qué pues no estrecha á estos Soldados? ¿Por qué no les hace su proceso? Ellos están en Jerusalem. El gran Consejo tiene todo el poder y autoridad, su honor está comprometido. Le importa mucho castigar la negligencia, ó hacerles confesar su perfidia, obligándolos á declarar quién los ha sobornado, ó cómo se han dejado sorprehender. Esta diligencia es necesaria, tanto para justificar su conducta en la muerte de Jesu Christo, como para desengañar al Pueblo que empieza á declararse abiertamente por aquel que ya ha resucitado.

Pero aun hay mas: cincuenta dias despues de la muerte de Jesu Christo, y en la fiesta llamada Pentecostes, los Apóstoles y sus Discípulos se derraman por Jerusalem, y con voz alta y á gritos publican en calles y plazas: Que Jesu Christo ha resucitado: que ellos todos lo han visto: que se les ha aparecido muchas veces: que han hablado con él y lo han tocado: que habia subido al Cielo á su vista y la de otros muchos: en fin que les habia enviado al Espíritu Santo que estaba en ellos, y con cuya virtud podian hacer y en efecto hacian milagros [a].

Parece que por lo ménos ya es tiempo de que el Consejo tome la mano; que haga callar á estos atrevidos impostores que turban el Pueblo, y sedu-

a *Véanse los Act. Apost. II. 20.*

cen á muchos simples profanando la religion y el culto establecido. Ya es necesario manifestar que estos mismos falsarios son los que han robado el Cuerpo: que los haga pues prender, y que los fuerce á decir la verdad: que los confronte con los Soldados: que hagan prender tambien á Nicodemus y Joseph de Arimathía, para que declaren qué es lo que han hecho de aquel Cuerpo, y que en fin la impostura sea conocida y descubierta. Estas son las diligencias ordinarias para comprobar los delitos y reconocer los delincuentes.

Lo singular es, que el Consejo tan ardiente en la muerte de Jesu Christo, tan activo y solícito en la colocacion de la guardia, no hizo nada de esto; y se contenta con llamar á los Apóstoles para intimarles que no vuelvan á predicar en nombre de Jesu Christo; amenazándoles con castigos en el caso que reincidan; y lo que hay de mas extraordinario es, que ni siquiera entónces se atreven á acusarlos de haber robado el Cuerpo miéntras los guardias dormian.

Es claro pues que su política consideró necesario echar tierra á este asunto, y que lo mas prudente era dejarlo caer; porque no seria posible persuadir á nadie que los Discípulos habian robado el Cuerpo. En efecto, ¿quién podia creer que esos hombres tan pobres, tan tímidos y tan pocos se hubiesen unido para empresa tan dificil, como levantar una piedra, romper un sello, y arrancar del sepulcro un Cadáver á vista de una guardia escogida, encargada y puesta de propósito contra ellos mismos?

¿Qué apariencia habia de que los Soldados se entregasen tanto al sueño, que los Discípulos pu-

diesen tranquilamente y sin temor de que alguno despierte, tomarse tanto tiempo como era necesario para una operacion tan larga y laboriosa, para una operacion que no solo pedia espacio y libertad, sino que no se podia hacer sin ruido; pues era menester levantar una piedra enorme, romper el sello, desliar el Cuerpo, quitarle el sudario y todo el lienzo de que estaba cubierto, segun consta de la uniforme relacion del hecho?

Ya hemos visto la conducta de los Judíos. Veamos ahora la de los Apóstoles. Estos digeron unánimes que habian visto y hablado al mismo Jesus que fué crucificado. Yo quiero suponer que esta asercion aunque tan unánime fué mentira: pero para suponerlo es menester suponer tambien, que se concertáron entre sí, porque sin un concierto precedente era imposible estar tan concordes, y el engaño presto se desharia por su discordía. Unos dirian que sí: otros que no. Uno que se apareció á muchos: otro que á pocos ó á uno solo; y el tercero que á ninguno. Unos lo contarian de una manera: otros de otra. Y si habia entre ellos alguno que fuese síncero y de buena fe, diria que no habia visto nada. Es pues indispensable suponer tambien, que muchos hombres se habian reunido para publicar con uniformidad y con una constancia que los exponia á la muerte hechos por su naturaleza increibles, y que ellos mismos tendrian por falsos. Pero si me preguntan si esto es posible, yo respondo que no; y vé aquí mis motivos.

No se ha visto hasta ahora ni cabe en la razon que ningun hombre, sobre todo si no lo excita un grande interés, se exponga á los suplicios

y á la muerte, por sostener con tenacidad un hecho increible que él tiene por falso. Y si por una especie de prodigio hubiera alguno capaz de esta disposicion, seria extravagante imaginar que muchos juntos lo sean. No cabe esto en el corazon humano.

¿Pero quánto crece esta imposibilidad moral, quando los mismos á quienes se imputa esta disposicion absurda han dado en otras ocasiones pruebas de la contraria, mostrando prudencia y timidez? ¿Quánto es mas insensato imaginarlo de hombres distinguidos por sus virtudes; de hombres que saben que una mentira en materia tan grave, seria un delito incompatible con la vida eterna; de hombres en fin que si la Resurreccion no es verdadera, han sido los primeros engañados; que ya no podrian dudar que el que creyéron Mesías, no era mas que un impostor, y por consiguiente no podian tener interes para sostener tan inútil delirio?

Por otra parte, ¿cómo es posible concebir, que un concierto hecho entre hombres capaces de tanta iniquidad pueda subsistir tanto tiempo? ¿Que no haya alguno que por evitar el suplicio, no descubra á los Judíos la impostura con todas sus circunstancias? ¿Que los que hicieron traicion á Jesus quando vivia, no se la hagan despues de muerto? Porque en fin miéntras vivia Jesus podian esperar alguna cosa. Pero despues de muerto, si su muerte era como la de todos los hombres, ¿qué podian esperar sino miserias y suplicios con la vergüenza de haberse dejado engañar por un impostor?

Estos mismos Discípulos quando estaban persuadidos de que su Maestro era el Mesías, prometiéron no abandonarlo, y decian: Vamos á morir con

él. Con todo desde que lo viéron preso fuéron tan tímidos, que huyéron y lo dejáron en manos de sus enemigos: ¿y se creerá que estos mismos hombres ahora que lo vén muerto, y que deberian estar desengañados de que no es el Salvador que habian creido, tengan valor para inventar y sostener un concierto iniquo, una mentira que no puede serles útil para nada, y que nadie estará dispuesto á creer?

Porque ¿qué autoridad tienen para persuadir un hecho tan inaudito? ¿Qué ventaja les pudiera traer el persuadirlo? ¿Qué efecto pudiera resultar, sino deshonrar á su Nacion suponiéndole el delito mas horrible? ¿Cómo pues estos hombres simples, sin interes ni obgeto pueden sostenerlo con tanta constancia? ¿Cómo es posible que jamas varien: que ninguno se turbe ni se desdiga: que todos sufran los mayores tormentos y hasta la muerte mas cruel, afirmando siempre que han visto lo que ninguno de ellos ha visto? La imaginacion no puede llegar á este extremo de locura tan combinada entre tantos genios tan diferentes.

Porque este concierto no solo ha debido hacerse entre los doce Apóstoles, sino tambien entre los Discípulos que ya eran numerosos. Jesu Christo se apareció á muchas personas y en muchas ocasiones. Unas veces á las mugeres, á las que ordenó decir á sus hermanos, que fuesen á Galilea, que él les precederia: otras á Pedro solo: otras á los doce juntos. Unas veces los busca quando pescan, y hace su pesca mas abundante: otras veces se les aparece quando estaban juntos y hacian oracion. En una ocasion se junta á la mesa, come y bebe con ellos: en otra les da diversos documentos, y les

recuerda lo que les habia enseñado ántes de morir; y hubo una en que se mostró á mas de quinientos que estaban juntos [a].

Una vez convence á un Discípulo incrédulo, le hace tocar sus pies y sus manos, le hace tocar la herida de su costado, y le dice: Pon aquí tu dedo, mira mis manos, y no seas incrédulo. Otra vez se aparece á dos de sus Discípulos que iban á Emaús, habla largamente con ellos, y les explica la Escritura: y en otra ocasion los junta y les ordena que vayan á enseñar á las Naciones y á bautizarlas en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Por eso eran tantos los testigos oculares de la Resurreccion. San Pablo dice en una de sus Epístolas, que Jesus se apareció una vez á quinientos hermanos juntos; y añade, que aunque algunos ya habian muerto, la mayor parte estaba todavía en vida. Yo pregunto: ¿Si San Pablo que predicaba una Religion, cuyo primer principio es la verdad, se atreveria á afirmarlo sino estuviera seguro del hecho? ¿Si un Apóstol, que para obtener el fruto de su zelo, necesitaba conservar la opinion de su veracidad, se atreveria á citar testigos que pudieran desmentirlo? Y vuelvo á preguntar: ¿Si es posible que sin motivo ni interes tantos y tan diferentes hombres se concierten para persuadir un hecho, que á no ser cierto seria ridículo y absurdo? Yo digo que esto no es humano, ni posible ni imaginable.

Por otra parte para suponer que estos testigos

a I. *Corinth. xv.* 6.

han mentido, es menester suponer cosas mas increibles; porque es cierto que miéntras Jesu Christo vivió y eran sus Discípulos, se mostráron tan pusilánimes y débiles como los hombres ordinarios. No se les vió mas que sentimientos conformes á los que el amor de la conservacion inspira. Seguian á Jesu Christo porque esperaban que fuese el Mesías; pero tenian mucho temor de la muerte; temblaban del Synedrin. Y desde que se veian en un peligro ó expuestos á alguna tempestad clamaban á Jesu Christo para que los librase.

¿De dónde proviene pues que estos hombres tan vulgares y tímidos, de repente despues de la muerte de Jesu Christo sean capaces de arrojo tan temerario, como inventar tan inverosímil impostura, y sostenerla con tanta tenacidad? ¿Cómo se conducen con un carácter y firmeza que no es dada á la flaqueza humana? Su corazon pues se ha mudado, y su razon se ha invertido: ¿y con qué estímulo? Porque desde que vén á Jesu Christo muerto ya no pueden esperar nada. ¿Cómo no huyen? ¿Por qué no se esconden? Pues si Jesu Christo los ha seducido, si no ha resucitado, nada pueden ganar en ser reconocidos por Discípulos suyos. ¿Qué esperanza les podia quedar viendo que el que les habia prometido la vida eterna, diciendo, que él era la resurreccion y la vida, está él mismo sugeto al poder de la muerte?

No es posible entender este trastorno. Miéntras esperaban en Jesu Christo lo temian todo; y ahora que ya no podrian esperar en él, no temen nada. Quando creian servir á Dios sufriendo por

Jesu Christo, pues lo tenian por su Enviado, eran tímidos y cobardes; y ahora que debian saber que no le sirven, pues Jesu Christo muriendo los ha desengañado, no solo lo defienden intrépidos y valerosos, sino inventan una mentira con que ultrajan á Dios, y se deshonran ellos mismos. ¿Quién podrá comprehenderlo?

Yo quiero suponer que los Apóstoles y Discípulos fuesen tan ignorantes é imprudentes, que se atreviesen á concertar una impostura tan grosera. Porque era menester estar privados de todo rayo de luz para no ver que una novedad tan extraña, que apénas seria creida siendo cierta, no podia acreditarse siendo una patraña tan visible. Que era imposible concertar bien hechos tan complicados y diversos entre tantas y tan diferentes personas: pues unos dirian de una manera, otros de otra, y su diversidad debia descubrir la impostura. Que no todos quizá se acomodarian á consentir en apoyar el embuste, y que uno solo bastaba para descubrirlos á todos. Que era muy fácil que alguno los delatase, porque eran pobres, y porque mintiendo no podian ganar mas que los tormentos, la prision y la muerte; en vez de que aquel que diria la verdad, dando gusto á los primeros señores del Estado, podia adquirir dinero y proteccion; uno solo, que aunque deseoso de entrar en el concierto tuviese el justo y natural temor de ser descubierto por alguno de los otros, bastaba para no entrar y desconcertar á los demas.

Todas estas ideas eran simples y naturales. No hay hombre por limitado que sea á quien no se

le presenten. Pero yo quiero suponér que estos hombres eran tan insensatos y estaban tan ciegos, que no viéron nada de esto, ni tuvieron temor de nada. Quiero tambien suponer lo que únicamente pudiera hacerlo verosímil, esto es, que toda esta muchedumbre se volviese loca con el mismo género de locura, y precisamente en el mismo tiempo que fué el de la muerte de Jesu Christo. ¿Os parece esto verosímil? ¿Os parece posible? Pero quando lo fuera, no seria por eso posible el concierto, pues quedan inconvenientes mayores que superar.

Porque con todo lo que hemos dicho, no hemos despojado á estos hombres mas que de la razon. ¿Pero quién podrá quitarles los sentimientos naturales, estos sentimientos íntimos y siempre inseparables de que ni la enfermedad ni la locura ni otro ningun estado puede despojar al hombre miéntras vive y siente? Tales son el horror del dolor, y el amor del placer, ó el bien estar. Que se me explique, ¿cómo estos hombres siendo tantos, han podido sufrir con tan heróyca constancia los azotes con que se les maltrata, los tormentos, cadenas y prisiones con que se les afige, los desprecios y oprobrios con que se les humilla, y en fin los horrores de los suplicios dolorosos con que se les quita la vida? Y que se me explique tambien, ¿cómo esta insensibilidad y extravagancia ha podido durar tanto tiempo? ¿Cómo se ha sostenido con un heroismo, que nunca tuvo igual, sin que jamas se desmintiese ninguno?

Vé aquí, señor, las consecuencias y los in-

convenientes que es indispensable superar para suponer aquel concierto. Pero volved la medalla: suponed por un instante que la Resurreccion es verdadera; entónces todo es claro, todo se explica fácilmente, y es natural que suceda lo que en efecto ha sucedido. Los hechos que refiere la historia son verosímiles y naturales, y no hay dificultad en nada. Yo voy, señor, á presentaros estos hechos, y observad que no hay ninguno que no sea sencillo y fácil: que no sea público y notorio: que no sea indubitable y constante: que no sea no solo cierto y probado, sino tambien comprobado por los otros hechos de la historia, sin que sea posible ni racional el negarlos ni aun dudarlos.

Vé aquí los hechos: Que miéntras Jesu Christo vivió, sus Apóstoles y Discípulos eran groseros, ignorantes y tímidos: que desde que viéron preso á su Maestro huyéron y lo abandonáron: que Pedro el primero de todos, que parecia el mas amante y valeroso, lo negó tres veces sin mas motivo, que el miedo que le inspiró una criada; y que en fin casi todos lo dejáron solo en el momento de la muerte. Esto es posible, verosímil, y nadie lo negará.

Tampoco se puede negar, que despues de la muerte de Jesu Christo estos mismos hombres, como si se hubieran revestido de un nuevo espíritu se derramáron por las calles y plazas de Jerusalem publicando, que Jesus, á quien los Judíos habian crucificado, era el verdadero Mesías ó el enviado de Dios: el Libertador de Israel, prometido á los Patriarcas y anunciado por los Prophetas: en

fin el Redentor del mundo. ¿Y por qué esto? Porque Jesus habia resucitado como lo habia predicho: y que ellos lo habian visto y le habian hablado: que por espacio de quarenta dias se les habia aparecido muchas veces, y que les habia hablado y dado diferentes instrucciones, hasta que lo viéron subir al Cielo. Digo que esto no se puede negar, porque son los principios del Christianismo, y los medios con que se propagó por toda la tierra, y subsiste.

Ahora se pregunta: ¿Cómo hombres que eran tímidos y miserables se atreviéron á declamar con tanta fuerza contra el suplicio de su Maestro condenado por los primeros Magistrados de la Nacion? ¿Cómo á pesar de que los ponian en prision, los azotaban y los amenazaban con la muerte, continuaban en publicar aquellas mismas cosas, de modo que al instante que los ponian en libertad volvian á empezar de nuevo? Y se responde: que nada podia impedir que no creyesen y digesen lo que ellos habian visto. Y que su fe diminuta y confusa miéntras Jesu Christo vivia, habia adquirido un grande grado de fuerza, quando por su Resurreccion y su Ascension viéron con evidencia que era el Mesías.

Se pregunta: ¿Cómo tantos testigos de tan diferentes genios y condiciones, así hombres como mugeres estuvieron tan uniformes en la relacion de un hecho tan extraño? Y se responde: porque lo viéron, y habiendo visto todos lo mismo, era preciso que lo mismo digeran todos.

Se pregunta: ¿Cómo unos Pescadores ignorantes, que poco ántes no sabian hablar, hablan a-

hora con tanta fuerza y eloeuencia, que persuaden á millares de Judíos? Ellos mismos responden: que Jesu Christo ántes de subir al Cielo les habia prometido enviarles su Espíritu: que en efecto el dia de Pentecostes descendió sobre ellos; y que él era el que hablaba por sus labios. Es menester que esto sea verdad; porque si no es imposible concebir: cómo hombres tan groseros podian convertir tantos, entre quienes podia haber algunos instruidos; ó cómo podian ser entendidos por Judíos de diferentes Naciones, que hablaban distintas lenguas, y que estaban en Jerusalem por acaso, y solo por concurrir á la solemnidad de aquel dia.

El Evangelio dice, que en efecto los Apóstoles hablaban toda especie de lenguas, y eran entendidos de todos. Me parece que esto era indispensable; pues de otro modo seria imposible que hiciesen tantas conversiones. Por otra parte las conversiones son ciertas y evidentes; pues con estos primeros convertidos se formó la primera Iglesia de Jerusalem, y las que despues se formáron en los demas Paises; cuya succesion viene hasta nosotros. Así estos hechos evidentes comprueban la inspiracion de los Apótoles; y si este milagro es verdadero, todos lo son; porque están enlazados entre sí. Pero yo no quiero por ahora valerme del Evangelio para nada: despues hablarémos de su autoridad. Mi designio en este momento es no servirme mas que de hechos indubitables y notorios, de hechos que no se puedan negar, y cuyo testimonio sea tan evidente, que no se pueda resistir á la prueba que producen.

Los únicos hechos pues á que me atengo por ahora son : Que los Apóstoles , los Discípulos y aun las mugeres predicáron , que habian visto la Resurreccion y la Ascension de Jesu Christo. Me parece haber manifestado la imposibilidad de que tantas personas pudiesen concertarse para inventar y sostener esto si no fuera cierto , y probádola por razones sacadas de la naturaleza de las cosas. Ahora la voy á probar por otras sacadas de la naturaleza y calidad de los testigos.

¿Quiénes son estos testigos ? Ya hemos dicho, que eran hombres simples , Pescadores groseros , sin ingenio ni talento , sin uso del mundo , sin amigos ni protectores que puedan sostenerlos. No es pues posible suponerles ni la malicia necesaria para urdir una invencion tan monstruosa : ni la industria y artificio que seria menester para persuadirla ; ni los medios oportunos para llevarla al cabo : sobre todo si se reflexîona , que lo que decian era contra los hombres mas poderosos del estado , que tenian muchos medios de reprimirlos , de desengañar al Pueblo y demostrar su falsedad.

¿Qué mas eran ? Hombres que no habian recibido instrucciones sino de Jesu Christo , el enemigo mayor de la mentira ; por consiguiente que no podian ignorar que su Maestro desaprobaria su conducta si no era síncera. Por otra parte eran hombres de virtudes eminentes , y conformes en todo á los documentos que les habia dejado. ¿Cómo pues es posible , que los que le obedecen en todo , le falten en este solo punto ? Su virtud era tan conocida como respetada. Sus mayores enemigos los mismos que los aprisionaban y azotaban , jamas pudie-

ron acusarlos del menor delito. Por el contrario admiraban su valor, su zelo, su desinteres y otras mil virtudes, que les captáron en efecto la veneracion pública, y contribuyéron mucho á multiplicar las conversiones que hicieron.

No es pues posible imaginar, que hombres tan desinteresados y virtuosos hayan querido deshonrar á Jesu Christo por servirle: que los que sacrificaban no solo sus propios intereses, sino su tranquilidad y su vida por ser útiles á los demas, quieran deshonrarse á sí mismos, exponiéndose á ser descubiertos como autores ó cómplices de una iniquidad. Su razon, su propio interes, la inocencia de su vida, todo en fin resiste á la idea de que hayan querido engañar.

¿Pero no podian estar engañados ellos mismos? No. No lo podian estar, y vé aquí los motivos. Es muy facil concebir que un hombre de juicio y virtud pueda engañarse, quando se trata de un dogma, de una opinion ó de una Doctrina; porque el entendimiento, único juez de todas las ideas especulativas, no tiene siempre todas las nociones necesarias para discernir bien lo verdadero de lo falso, y con una sola que le falte, ó una sola que no vea bien, puede fácilmente formar un juicio errado y engañarse.

Pero quando se trata de hechos palpables y sugetos á los sentidos; quando se trata de cosas públicas y circunstanciadas, que acaeciéron en tal tiempo y tal lugar; de cosas que han sido vistas por muchos, y que todos las han visto del mismo modo, es imposible que se engañen todos.

Apliquemos estos principios de verdad eterna á

los Apóstoles y demas Discípulos. Lo que estos dicen únicamente es, que han visto á Jesu Christo resucitado, y que le viéron subir al Cielo. Vé aquí hechos simples, desnudos y sugetos á los sentidos. Aquí no hay ideas, especulaciones ni dogmas: todo es sensible y palpable. ¿Cómo pues pudiéron engañarse? Ellos conocian muy bien á Jesu Christo, pues viviéron familiarmente con él mucho tiempo. Jesu Christo fué condenado por el Synedrin, fué clavado en una Cruz. Este suplicio le dejó señaladas diversas cicatrices. Su suplicio fué público; su muerte notoria; y no solo fué muerto, sino tambien embalsamado y enterrado.

Este es el hombre de que hablan los Apóstoles, y dicen: Jesu Christo que ha sido muerto y enterrado, y que nos ha prometido que resucitaria, ha resucitado en efecto; porque se nos ha aparecido muchas veces, y no solo ha conversado con nosotros, sino tambien ha comido, y hemos tocado y palpado sus cicatrices, y ademas nos ha dado diversas instrucciones. Al principio no lo podíamos creer; pero al fin nos hemos visto forzados á rendirnos al repetido y constante testimonio de nuestros ojos y nuestros oidos. Es imposible engañarse en estos hechos, como es imposible engañarse quando se vé que un muerto ya corrompido resucita; porque los sentidos bastan para asegurar lo que es palpable.

Añadamos, que estos testigos no eran crédulos. Jesu Christo se les apareció estando todos juntos, excepto Thomas [a]. Aunque las puertas estaban cerradas entra, se les presenta delante y los saluda.

a *Luc.* XXIV. 39.

Ellos se asombran: pero léjos de creer la verdad, imaginan que es una ilusion, un phantasma, y es menester que Jesu Christo los asegure, y que para persuadirles haga que lo toquen y palpen, con el fin de mostrarles que tiene huesos y carne, y que no es un phantasma. Para darles mas pruebas de que está vivo, come y bebe en su presencia; y todo esto fué menester para persuadirlos.

La misma dificultad aparece en la conducta de Thomas. Este viene despues que Jesu Christo ha desaparecido: los otros le cuentan lo que ha pasado: Thomas no crée nada, y á pesar del unánime testimonio de todos, que le aseguran haberlo visto y haber conversado con su Maestro; Thomas concluye, que no lo creerá sino lo vé. Jesus quiere convencerlo, y en otra aparicion en que él se encuentra le increpa su incredulidad, y le manda poner la mano en sus llagas [a]. Thomas lo hace, y no pudiendo resistir á la evidencia de esta prueba, se arroja á sus pies y lo adora como á su Dios. Jesus le dice: Tú has creido porque has visto: bienaventurados los que no viéron y creyéron. ¿Se puede decir que testigos de esta especie son crédulos?

Pues bien estos testigos tan incrédulos al principio, creyéron despues con tanta fuerza y firmeza, que siendo de la mas baja extraccion del Pueblo se atreviéron á improperar á los primeros del estado el delito de haber dado la muerte á Jesu Christo: y no solo publicáron á todo riesgo su Resurreccion y su Ascension, sino que consignáron estos hechos en libros escritos para instruir á la posteridad.

a Joann. xx. 24. hasta el fin.

¿Pero qué libro? Es imposible leer el nuevo Testamento sin admirar el carácter de verdad, de originalidad y grandeza que se descubre en el Libro único, inimitable y sublime, que manifiesta en sí mismo que no es obra de hombres.

La elevacion de sus pensamientos: la magestuosa simplicidad de su expresion: la novedad y pureza de su Doctrina: la importancia y la universalidad del corto número de sus preceptos: su admirable proporcion con la naturaleza y las necesidades del hombre: la ardiente caridad que con tanta generosidad promueve; y en fin el sentido mysterioso y verdaderamente Theológico que encierra, son atributos y perfecciones que no se hallan en ninguna produccion del espíritu humano.

Añadid el candor, la ingenuidad, la modestia, ó por mejor decir la profunda humildad de sus Autores; el olvido perpetuo de sí mismo; la noble simplicidad, que no les permite hacer la menor reflexîon, ni el elogio mas breve de las acciones de su Maestro; la sencillez con que refieren las cosas mas grandes, sin mostrar el mas ligero designio de excitar la admiracion, ni otra solicitud, que la de instruir y mejorar. Todo en fin manifiesta, que estos Escritores no se propusieron mas que enseñar á los hombres lo que era esencial á su felicidad.

Tan llenos están de este espíritu, y tan léjos de sí mismos, que quando exponen las mas importantes verdades, olvidan todos los adornos. Su estilo es el mas sencillo. Por egemplo: El leproso extendió su mano, y se halló sano ::: El enfermo cargó su lecho, y se puso á andar ::: Sin duda que

este es el verdadero sublime, porque quando se habla de Dios, no se puede decir mejor, sino que manda, y que la cosa es hecha. Pero este sublime no es estudiado ni nace del arte, sino del obgeto. Es sublime, porque el hecho lo es; el Escritor no podia dejar de expresarlo como era.

Pero lo mas singular de todo es, que estos mismos hombres que fuéron los Escritores de aquel Libro, y los testigos de los hechos y prodigios que contienen, hacian ellos mismos otros prodigios iguales. Ellos tambien decian á un paralytico: Levántate y anda; y el paralytico se levantaba y andaba. Á pesar de un poder tan sobrenatural, no solo desprecian el aplauso de los Pueblos, sino que les explican positivamente, que no son ellos los que los egecutan [a]. Uno de ellos les dice: ¿Por qué os asombrais de esto? ¿Por qué nos mirais con admiracion? Como si hubiéramos hecho marchar á este hombre por nuestro propio poder ó virtud, quando es por la de Jesu Christo. ¿Qué corazon sensible puede ver tanta sinceridad y desinteres sin sentirse conmovido? ¿Y qué hombres de esta especie no son buenos para testigos? ¿Quién se atreverá á recusarlos? ¿Quién podrá imaginar que sean capaces de mentiras monstruosas?

No olvidemos tampoco, que quanto contiene este Libro admirable ha sido compuesto y publicado poco despues de los sucesos. Y aquí quisiera haceros una reflexîon. ¿Quién puede imaginar, que nadie se atreva á escribir y dar á leer á sus contemporáneos unos hechos de que ellos deben ser tam-

a Actor. III. 10. 12.

bien testigos, sino fueran ciertos? Y quando esta presuncion no fuera tan fuerte, á lo ménos se debe creer, que si no fuesen conformes á la mas exâcta verdad, los Autores procurarian no individualizarlos mucho, porque cada circunstancia añadiria un medio de descubrir la falsedad.

Pero observad el Evangelio. Todo está circunstanciado: los nombres de las personas: su calidad, su oficio, su habitacion, sus enfermedades: los lugares, los tiempos y otras mil cosas menudas, que determinan el hecho de la manera mas precisa; de modo que cada uno conoce, que si se hubiera hallado en el sitio y en el tiempo en que pasó el suceso, le hubiera sido fácil exâminarlo. Sus Autores tienen enemigos, que han mostrado un gran deseo de desmentirlos: y ninguno se atreve á negar la verdad de los hechos, solo procuran deslucirlos atribuyéndolos á la Magia; lo que en cierta manera es confesarlos.

Y no se puede decir, que quizá los antiguos los negáron y escribiéron contra ellos, y que han podido perderse estos escritos: porque hoy exîste una Nacion entera, que desciende sin interrupcion de los enemigos de Jesu Christo: que ha recibido en herencia su odio y sus opiniones, y que conserva escrupulosamente las tradiciones y escritos de aquel tiempo. Es constante, que tambien conservarian estos, si los hubiera. El interes de los padres era producirlos, y el de los descendientes conservarlos. Pues los Apóstoles acusáron á sus Magistrados de haber crucificado á su Mesías: ¡con qué facilidad los que tenian el gobierno en la mano hubieran podido confundirlos! ¡Con qué solicitud

sus Historiadores los hubieran denunciado á la posteridad! Pero léjos de esto ellos calláron, y se multiplicaban los convertidos cada dia.

Tampoco puede atribuirse el silencio de los Magistrados á desprecio ó indiferencia; pues siempre que imaginaban poder encontrar medio para descubrirles alguna falsedad, practicaban todo quanto podian para descubrirla. Su desgracia era, que como todo era cuerdo, á pesar de sus esfuerzos no pudieron hallar la menor falta. Las informaciones que hacian se volvian contra ellos, y quedaban avergonzados. Pudiera producir mil exemplos: me contentaré con el del cojo de nacimiento.

Apénas los Apóstoles empiezan á predicar la Resurreccion, quando los Jueces les hacen comparecer en los Tribunales [a]. Los exâminan, y ellos repiten lo que habian dicho al Pueblo. Los amenazan, y les mandan guardar silencio. En efecto al entrar en el Templo dos de ellos curan á un hombre que nació estropeado. El Tribunal lo sabe, y al punto los hace comparecer: les pregunta, ¿con qué virtud y en qué nombre han hecho aquella cura? Los reos responden: Gefes del Pueblo, pues nos haceis comparecer por haber hecho bien á un hombre miserable, y pues nos preguntais en qué nombre lo hemos hecho; sabed, ó Jueces, y sepa tambien todo el Pueblo, que lo hemos curado en nombre de Jesus á quien vosotros habeis crucificado.

¡Quién no se asombra de ver á dos Pescadores que puestos en juicio, léjos de captar la be-

a *Actor.* v. 1.

nevolencia de los Jueces, empiezan por darles en cara con un delito atroz, y acaban por confirmarles el hecho que mas los indigna! Y de este lance solo resulta un raciocinio tan simple como convincente: si el Crucificado lo ha sido justamente; si no es cierto que haya resucitado; y si el milagro de la cura tampoco es cierto: los Magistrados deben estar seguros de todas estas falsedades: pueden dar las pruebas de todo; y deben justificarse: manifestar la malicia de los Apóstoles y castigarla. Esto es natural: pero no es lo que hicieron. Sigamos la historia.

Quando los Gefes del Pueblo viéron la osadía de estos dos Discípulos, que supieron serlo del Crucificado, y que eran hombres sin letras y del comun del Pueblo, quedáron atónitos. Pero como veian tambien allí al que quedó curado, no podian decir nada. Al fin los mandan salir del Consejo, para consultar entre sí ::: Despues los vuelven á hacer entrar, y les prohiben con amenazas hablar ni enseñar en nombre del Crucificado.

¿Quién podia esperar esta conclusion? ¿Qué estos Senadores tan enemigos de los Discípulos y tan irritados no se atreven ni á desmentirlos ni á castigarlos? ¿Los Discípulos son impostores, atestiguan una Resurreccion falsa, acreditan un milagro que no han hecho, lo atribuyen á un malhechor que ellos han condenado, les hablan con firmeza; y ellos se contentan con repetirles una vana prohibicion de predicar? Los Jueces confiesan pues que el milagro del cojo es cierto: y pues se hizo en nombre de Jesu Christo, tambien lo es que este ha resucitado. Por lo ménos

es evidente, que léjos que prueben lo contrario, confiesan tácitamente la Resurreccion.

¿Qué se puede inferir de una conducta tan extraña? Que los Jueces no se atreviéron á proceder contra los Apóstoles, á pesar del modo con que estos los trataban; porque los hechos eran tan notorios y públicos, que no hubieran hallado creencia en el Pueblo. Se dice, que solo aquel milagro convirtió cinco mil personas [a]; y es muy creible. Por eso los Jueces no se atreviéron á condenarlo ni á negar el hecho; pero intentáron desacreditarlo, atribuyéndolo al arte Mágica.

Quando Jueces, que tienen en su mano todo el poder y autoridad para probar la falsedad de un hecho, se vén reducidos á la necesidad de decir, que se hace por Magia, no pueden confesar mas claramente su verdad.

No acabaria, señor, si quisiera exponeros todos los egemplos de esta naturaleza. Solo os pido que hagais una reflexìon, y es, que el milagro de la Resurreccion, que tanto aseguran estos testigos, es un eslabon de la cadena con que se eslabonan los que precediéron, y otros muchos que se hicieron despues, tales como la Ascension del Señor, y la venida del Espíritu Santo. Todos estos milagros están encadenados entre sí, y componen un total ó conjunto tan seguido, que unos dependen de otros, y todos se sostienen entre sí.

Porque si es cierto que los Apóstoles tuvieron el don de lenguas, y que por esto pudieron convertir á Judíos de diversas Naciones, tambien lo es

a *Actor.* IV. 4.

que Jesu Christo ha resucitado. Si está probado que Jesu Christo hizo milagros en su vida, y que predijo su Resurreccion, no puede quedar duda de que resucitó. Con una de estas cosas que se pruebe, todas las demas quedan probadas. Veamos pues lo que añaden de nuevo estos testigos.

Dicen: que despues de haber visto á Jesu Christo resucitado, despues de haber conversado con él muchas veces, lo viéron subir al Cielo. Y para probar este nuevo milagro presentan otros muchos testigos, que lo fuéron de este hecho, sin haberlo sido del otro; de modo que la Resurreccion adquiere un mayor grado de seguridad y certidumbre por este grande y numeroso concurso de testigos que viéron la Ascension. Y esta es otra infalible prueba de la Resurreccion, como ella lo es de todos los demas milagros y maravillas de su vida.

El hecho es que los Apóstoles, los Discípulos conocidos por tales, las mugeres y otros muchos que se agregáron de nuevo, hasta el número de quinientos digeron [a]: Que todos á tal hora, tal dia y en tal lugar habian visto subir al Cielo á Jesu Christo, despues de haberse despedido de ellos. Todos repitiéron lo que les habia dicho, y refiriéron todas las circunstancias del hecho sin discrepar en nada. Supuesta esta relacion uniforme; ó el hecho es cierto, ó todos son impostores; porque es imposible imaginar que hayan podido engañarse. Todos conocian á Jesu Christo. El hecho sucede quarenta dias despues de la Resurreccion, que habia dado grande motivo á hablar y

[a] 1. *Corinth.* xv. 6. *Actor.* 1. 9. *et* 10.

estar informados de todo. Y tuvieron tiempo y medios para reflexîonarlo bien.

Por otra parte el hecho sucede al mediodía. El Sol alumbraba quando dicen que Jesu Christo se elevó al Cielo. ¿Cómo pues es posible concebir que tanta multitud haya podido engañarse? ¿Que todos hayan podido creer que veian en el mismo instante el mismo obgeto y del mismo modo, si ninguno viese nada? Reflexîonad que esta no es una imágen rápida ni una aparicion muda. Jesu Christo les habla, les da preceptos, les manda que no se alegen de Jerusalem hasta que hayan recibido el Espíritu Santo: les hace promesas, y promesas tan altas, que no pueden venir sino de Dios; pues les promete que les asistirá y estará con ellos hasta el fin de los siglos. Y por ultimo les manda que bauticen en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Vé aquí lo que cuentan unánimes todos los testigos; y aquí no cabe engaño. Ó dicen la verdad ó mienten; ó es una conjuracion ó una realidad; y si es mentira caemos con mas fuertes razones en los mismos inconvenientes que hemos visto para probar la imposibilidad de que los Apóstoles pudiesen concertarse á fingir el hecho de la Resurreccion. Digo con mas fuertes razones, porque el número de los testigos es mucho mayor, y las dificultades del concierto, tanto como los peligros de su descubrimiento, crecen en razon de su número. Uno solo que sea infiel ó tímido los desconcierta á todos. Y si aquella maquinacion nos pareció imposible, esta debe serlo mucho mas.

Porque en fin en la Resurreccion no habia mas

que los Apóstoles y otros pocos que lo decian, y todo se quedaba entre ellos. Pero que se me diga: ¿Cómo ó en virtud de qual encanto han podido hacer ver y oir á otros muchos lo que en efecto no veian ni oian? ¿Con qué máquina han hecho subir la figura de un hombre al Cielo? ¿Con qué prestigio han hecho aparecer dos hombres vestidos de blanco, que les dicen: Galileos, el mismo Jesu Christo que ahora veis subir, un dia le veréis bajar? ¿Con qué virtud secreta han podido grabar en la memoria de todos las palabras que dicen haberle oido la promesa de enviarles el Espíritu Santo y todas las demas?

Quando los Apóstoles hubieran tenido bastante ingenio y malicia para concebir este plan: quando se suponga que hubieran puesto por escrito los puntos en que todos debian convenir; ¿cómo podian esperar que tantos testigos y tan diferentes quisiesen adoptarlo y sostenerlo con tanto riesgo solo por complacerlos? No hay quien se atreva á sostener una mentira, sino quando espera darle un colorido de verdad. Pero quando la falsedad es visible, nadie imagina inventarla ni persuadirla. Por eso nadie ha emprendido hasta ahora persuadir que nació con alas y que vuela.

Que se me diga tambien: ¿Cómo hombres que se supone malvados, pues sostienen á toda costa una mentira, muestran tanto ardor por persuadir la que no puede producir otro efecto, que acreditar á Jesu Christo y el moral de su Evangelio? ¿Cómo hombres que no se supone estólidos, esperan encontrar compañeros que quieran sufrir los tormentos mas terribles por ayudarlos á sostener

una ficcion ; y que en fin pretendan por medio de una traicion propagar y extender la virtud ? Hay en todos estos raciocinios un tal complexo de absurdos y contradicciones que desde luego saltan á la vista.

La verdad es, que no cabe en el corazon del hombre perder su libertad, su reposo, sus amigos y la vida por sostener una mentira en que no tiene interes, y ménos en sostenerla con tanta firmeza. El que se reconoce impostor se siente abrumado con su conciencia. Desde que se acerca el peligro tiembla ; y el mas atrevido quando se vé delante de la autoridad que lo estrecha , y del riesgo que le amenaza se acobarda. Así son los hombres por lo comun. Uno solo que no fuera así, seria un phenómeno. ¿Qué serian pues muchos á un tiempo y por la misma causa?

Pero lo que da el último grado de evidencia es la venida del Espíritu Santo ; pues con ella Jesu Christo cumplió su promesa, y los Apóstoles recibiéron muchos dones, todos grandes y sobrenaturales. Tales fuéron los de ciencia, de lenguas, de hacer milagros, con la facultad de comunicar á otros este mismo poder.

Que los Apóstoles hayan recibido estos dones es una cosa evidente , y que resulta de los mismos hechos, que son notorios, probados y subsistentes ; si no considerémoslos separadamente. No se puede negar que recibiéron el don de lenguas : pues de otro modo ¿cómo hubieran podido convertir á tantos extrangeros de idiomas diferentes, que habian venido á celebrar la Pasqua en Jerusalem ? En solo un dia convirtiéron cinco mil , y en otro tres

mil. La conversion de estos Judíos es indisputable, pues con ellos se formáron las primeras Iglesias, de quienes se han formado despues las nuestras; y toda la historia atestigua la formacion de estas Iglesias antiguas, en donde los Apóstoles fuéron los primeros Pastores.

El don de la ciencia no es ménos evidente, pues ya sabemos lo que eran los Apóstoles en tiempo de la vida y de la muerte de Jesu Christo. Pescadores ignorantes y groseros, tímidos que lo abandonáron, estúpidos que no lo entendian. Pero observadlos ahora despues de la muerte de Jesus, y quando el Espíritu Santo ha venido ya sobre ellos. ¿Acaso estos hombres parecen los mismos? Ni les queda rastro de lo que fuéron. ¡Qué valor! ¡qué intrepidez! Pero tambien, ¡qué ilustracion! ¡qué elocuencia! ¿Y por ventura sin tenerla les hubiera sido posible convertir á tantos millares á pesar de la resistencia y autoridad de los principales de aquel Pueblo?

Pero si esto no basta, leed las primeras Cartas que escribiéron á las Iglesias que fundáron, y decidme si os parece, ¿qué la sublimidad de aquel estilo, la profundidad de aquella Doctrina, la elevacion de aquellos pensamientos puede ser obra de groseros y de ignorantes? ¿Quién pues les ha dado de repente tanto saber, y tanta riqueza de ideas y expresiones? Y no me digais que han podido escribirse despues por otros sabios; porque es indubitable que ellos mismos las escribiéron, y que se conservan tales como las escribiéron sin la menor alteracion.

La prueba es incontestable; pues no puede dudarse que ellos remitiéron estas Cartas á las Igle-

sias á quienes las escribian, y que éstas llenas de respeto las leian continuamente en comun: que remitian copias á las Iglesias con quienes estaban en correspondencia, para que se aprovechasen de su lectura; y que unas y otras guardaban los originales y las copias con un respeto religioso, como un depósito sagrado. La confrontacion que se ha hecho despues de unas y otras, ha probado con una demostracion incontestable que son las mismas, y que se han conservado en toda su integridad y pureza.

En quanto al don de hacer milagros no es ménos evidente, y lo prueba tambien la misma serie de los hechos; pues es constante que los Apóstoles no pudieron vencer la obstinacion de tantos Judíos, ni hacerles creer cosas tan inverosímiles y extraordinarias como la Resurreccion y Ascension de Jesu Christo sino á fuerza de milagros. Ya hemos visto el del cojo de nacimiento. La historia cuenta otros muchos; y es preciso que sean verdaderos, porque sin ellos no se puede concebir cómo unos pobres hombres pudieron hacer tantas conversiones.

Tambien es preciso que sea cierto lo que cuenta la historia de que estos mismos Apóstoles podian comunicar y comunicaban en efecto el don de hacer milagros á los que creian en Jesu Christo. Cuenta que así lo hicieron con Cornelio el Centurion y con otros muchos. Añade que estos dones fuéron tantos y se hicieron tan comunes, que Simon el Mago quiso comprarlos con dinero. Esto es bien extraordinario, pero no puede dejar de ser cierto; porque los mismos á quienes lo decian los Apóstoles lo creian. Señal segura de que lo

veian ó se verificaba en ellos mismos, y la prueba de que lo creian es, que se convertian y adoraban á Jesu Christo; pues ellos fuéron los fieles que formáron las primeras Iglesias.

De aquí resultan varias reflexîones. Ya hemos visto lo absurdo que seria imaginar, que los Apóstoles que ya conocemos por hombres desinteresados y virtuosos se atreviesen á atestiguar los milagros de Jesu Christo, si no los hubieran visto. ¿Pero quán absurdo seria imaginar que se atreviesen á decir no solo que los viéron, sino que ellos tambien podian hacer otros semejantes; y lo que es mas, que podian comunicar este mismo poder á otros, si no estuvieran en estado de verificarlo? Para llegar á este extremo de arrojo y temeridad es menester un grado de demencia, que no es posible concebir: y quando esto fuera posible, no se concebiria jamas, cómo hombres tan locos y ligeros hubieran podido convertir á tantos.

El hecho indisputable y de que es imposible dudar es, que convirtiéron una gran muchedumbre; pues no es posible dudar que fundáron muchas y numerosas Iglesias. Y de este hecho solo resultan como consecuencias necesarias: que persuadiéron la verdad de los milagros de Jesu Christo, contando los de su Resurreccion y su Ascension: que si prometian hacer milagros, los hacian en efecto: que si decian que podian comunicar el mismo don, lo comunicáron en realidad á muchos de los que habian persuadido. Pues habiéndolo prometido, los que los escuchaban no hubieran podido estimarlos ni respetarlos, si no les hubieran visto cumplir las promesas; ni hubieran

querido convertirse. Solo la verdad de los hechos puede explicar sus conversiones ; y pues no puede negarse que se convirtiéron , respecto de que fuéron los primeros Christianos nuestros padres, resulta por una conviccion irresistible que los hechos fueron verdaderos.

En efecto , señor , supuesta esta verdad , ved los grados de evidencia á que podia subir la conviccion de los Apóstoles. Primero : Jesus Hijo de Maria dijo que era el Mesías ; y para probarlo ha hecho cosas que no pueden dejar de ser milagros , tales como resucitarse á sí mismo ; y nosotros todos lo hemos visto. Segundo : El mismo Jesus nos ha comunicado el poder de hacer milagros iguales ; y nosotros los hacemos. Tercero: Tambien nos ha dado el poder de comunicarlo á otros , como en efecto los hacen. El primer grado de evidencia es ya fuerte , porque es mucho escuchar testigos de esta clase , que dicen haber visto los milagros de Jesu Christo , y que lo sostienen en medio de los tormentos. Mucho mas es oir y ver que ellos los hacen. ¿Pero quánto mas es ver que pueden comunicar este poder , y lo comunican á los que creen en Jesu Christo ? Parece que este es el último grado de la evidencia , y que es preciso rendirse á tanta demostracion.

Me seria muy fácil , señor , multiplicar las pruebas , para haceros ver por distintos medios la incontrastable verdad de estos milagros ; porque fuéron notorios , hechos en presencia de muchos testigos , y su fruto está á la vista en el establecimiento y extension de la Iglesia. Parece que la providencia quiso , que no quedase duda en la

verdad de estos hechos, y que fuesen tan ciertos como palpables, á fin de que un buen juicio bastara para percibirlos y asegurarse de ellos.

Tened presente, que no hay en la historia profana un hecho tan constante ni tan probado como el de la Resurreccion de Jesu Christo; y este prueba todos los demas: que el Evangelio sin considerarlo mas que como una historia humana es mas digno de fe que todas las demas; porque no hay ninguna que tenga á su favor ni tantos Autores coetáneos, ni tantos monumentos subsistentes que comprueben los hechos que refiere: que este Libro fué escrito en tiempo en que vivian los testigos, y que no era posible se escribiesen cosas que no fuesen ciertas; y de que sus enemigos se hubieran servido para desacreditarlo: que San Pablo hablando de la Resurreccion escribia, que todavía exîstian muchas de las quinientas personas que lo habian visto. Que San Juan en su primera Carta empieza diciendo: Que va á escribir lo que sus ojos han visto y lo que sus manos han tocado: que todos los demas Autores fuéron no solo testigos, sino instrumentos de lo que refieren: y que la fuerza de estos testimonios en tiempo en que los hechos estaban recientes, obligó á muchos millones de personas no solo á someterse á su verdad, sino á practicar una religion austéra.

Me pesa mucho que me haya sido preciso para obedeceros tratar este punto solo, desenlazándolo de todos los otros que encadenan el admirable edificio de la Religion. Porque si os la hubiera podido mostrar en grande, fijando vuestra vis-

Kk 2

ta en la inmensa extension de todo su plan, hubierais visto que viene de Dios: y que todos sus monumentos, desde el instante de la creacion, están encadenados entre sí, y vienen á terminar en Jesu Christo, sin que sea posible encontrar una línea de division. Señor, ¡qué designio tan grandioso! ¡Qué obra tan magestuosa!

Apénas peca el hombre, quando Dios lo castiga; pero le promete un Libertador. Renueva esta promesa á Abraham, á Isaac y á Jacob. Á este último le añade, que saldrá de la raza de su primogénito Judá. Empieza á cumplir su promesa, y escoge al Pueblo Hebreo para que sea depositario de ella. Suscita á Moyses para que le sirva de caudillo, y este prueba su mision con milagros tan estupendos y tan públicos, que aquel Pueblo aunque indócil y perturbador se le somete. Lo sostiene con la esperanza del Mesías, y promete conducirlo á la tierra que Dios le habia destinado.

Los monumentos de estos milagros exîsten hoy en los Ritos y en la Synagoga de los Judíos. Dios los conserva para que nos sirvan de testigos. Llegan los Hebreos á la tierra prometida, adoran al Dios de Moyses; pero el principal fondo de su religion es la esperanza de este Libertador. Sus deseos religiosos y sus ruegos se dirigen al Cielo, para que quanto ántes envie al que llaman Deseado de las Naciones. De tiempo en tiempo vienen Prophetas, que renuevan la memoria de este Mesías: unos le describen: otros fijan el tiempo en que debe llegar; y todos tienen el mismo anhelo.

Cúmplese por fin el tiempo en que Daniel ha-

bía predicho la llegada de este Enviado. Los Judíos lo aguardan con tanta ansia, que se engañan y toman partido por otros que no lo eran. Pero entónces nace Jesus, Hijo de María, y nace en Belen, donde otros Prophetas habian dicho que debia nacer. Nace pobre, y vive obscuro, sin pensar mas que en prepararse á su mision. Aguarda la edad de treinta años fijada por la Ley para poder predicar; desde que la cumple corre los Lugares y Aldeas de la Judea. Predica un Evangelio nuevo: descubre verdades divinas hasta entónces ignoradas: exhorta á un moral puro, superior á quanto los hombres habian enseñado; pero moral severo, que si era conforme á la razon sana, era contrario á la naturaleza pervertida, y debia excitar su repugnancia.

Á pesar de su pobreza, de su obscuridad y de la austeridad de su Doctrina, el Pueblo le vé una magestad tan respetable, y le observa virtudes tan sublimes, que se siente forzado á escucharle con veneracion y deferencia. Le dispensa tantos beneficios, en su favor hace tantos milagros, que por sí mismo adivina que es el Mesías: ¿y cómo podia dejar de adivinarlo? Pues le vé mandar á los elementos, multiplicar los panes, y resucitar los muertos. ¿Quién sino el Mesías? ¿Qué otro que el Libertador que esperaba podia executar tantos prodigios?

Los Sacerdotes y Doctores envidiosos de tanto aplauso, rezelan que quiere destruir la ley de Moyses y desacreditarlos. Jesus les dice: Si no creeis mis palabras, creed en mis obras. Pero ellos no creen nada; sus pasiones los ciegan. Quanto mas lo ve-

neran los Pueblos, se irritan mas los Gefes, lo prenden, lo exâminan, y le preguntan quién es. Él lo dice, y su respuesta les parece blasphemia. Buscan testigos falsos que lo acusan sobre un equívoco, y sin mas exámen lo condenan.

Para obtener la egecucion lo conducen á un Tribunal superior y extrangero. Allí se le vuelve á preguntar de nuevo, y él vuelve á responder casi lo mismo. El Juez reconoce su inocencia, y lo quiere librar. Pero los Magistrados que lo han sentenciado persisten en pedir su muerte, intimidan al Juez, y este lo abandona. Entónces lo crucifican y entierran. Los mismos Magistrados sellan su sepulcro, y ponen Soldados para custodiarlo. Pero á pesar del zelo tan activo y de la vigilancia tan interesada el cuerpo no parece, ni se sabe donde está. Los guardas para disculparse dicen, que se durmiéron, y que sus Discípulos lo robáron. Pero estos aseguran que Jesu Christo resucitó, que se les ha aparecido, y que ha hablado con ellos.

En efecto estos pobres Pescadores ignorantes y tímidos, que abandonáron á su Maestro en el momento de su Pasion; poco despues de su muerte con un valor heroyco cuentan á todos una historia tan prodigiosa, como parecia increible. Dicen, que Jesus despues de haber sido crucificado se les ha aparecido en diferentes ocasiones, unas veces estando juntos, y otras estando separados: que han comido y bebido con él: que los ha instruido de muchas cosas: que al cabo de quarenta dias los llevó al monte de las olivas; y que allí en su presencia y la de otros muchos se despidió de todos, diciéndoles que no se les volveria á

aparecer, pero que presto les enviaria su Espíritu.

Que en efecto lo viéron subir al Cielo, y pocos dias despues estando juntos en oracion descendió sobre ellos el Espíritu Santo: que este les comunicó el don de lenguas; lo que probaban hablando y entendiendo los diferentes idiomas de los que estaban entónces en Jerusalem: el de hacer milagros, y lo probaban haciendo muchos; en fin el de poder comunicar este don á otros, como en efecto lo comunicaban.

Los Magistrados instruidos de estos discursos, y queriendo atajarlos los citan á su Tribunal, y exáminan los hechos. Los reos léjos de intimidarse les improperan en presencia de todos èl enorme delito de haber hecho crucificar al Mesías que ha resucitado. Los Magistrados no los castigan; y es porque no se atreven; pues vén que el Pueblo está por ellos á causa de los milagros que hacen, y se contentan con mandarles que no prediquen en el nombre de Jesus.

Pero á pesar de sus amenazas los Discípulos continuan sus exhortaciones. Repiten los mismos hechos, y los comprueban con nuevos milagros, que aumentan y multiplican las conversiones. Para sosegar la conmocion y el fermento del Pueblo se toman medidas mas activas. Se manda prender á los Discípulos y encerrarlos en una cárcel. Pero el Ángel del Señor los saca de ella, y este nuevo prodigio confirma mas á los que estaban convertidos, y hace convertir á otros de nuevo [a]. Y á pesar de quantas amenazas y rigores se practican,

[a] *Act. Apost. v.* 18.

todos los testigos siempre firmes y siempre imperturbables sostienen con el mismo vigor sus testimonios, sin que jamas ninguno se haya desmentido.

Despues para obedecer á su Maestro, que les mandó publicar su Evangelio á todas las Naciones ::: Quando el Padre llegó aquí sonó la campana, y segun su costumbre se puso en pie presuroso para ir al Coro. Él se fué, Theodoro; pero se fué sin que yo pudiera ni levantarme para responder á su cumplido, ni decirle una palabra sola. Yo quedé como inmóvil, como enagenado y fuera de mí. ¿Cómo podré pintarte la situacion de mi alma? Yo estaba como si me hallara de repente en una region nueva y asombrosa, de que no habia tenido la menor noticia. Yo me hallaba atolondrado, aturdido y como abrumado con el peso de una enorme losa, que me angustiaba el pecho y que no podia sacudir.

¡Quántos eran los obgetos de mis reflexîones! ¡Quántos los motivos de mi asombro! ¿De dónde habia sacado el Padre tantas pruebas tan claras y convincentes? ¿Cómo los Philósophos, que tanto impugnan la Religion, no hacen mencion, ni se hacen jamas cargo de tantos y tan graves hechos, los quales por sí mismos manifiestan la importancia? ¿Cómo yo mismo que he leido tantos libros, que pasaba por erudito y aplicado, nunca he encontrado en mi camino nada que me haya podido dar estas noticias, ni excitar estas reflexîones? ::: Yo me creia sabio, y á vista de este Padre soy un niño. Yo creia á los Philósophos como los primeros ingenios del mundo; y en sus libros se lee todo, ménos lo único que importa saber. Ó no lo saben, y yo es-

taba engañado ; ó lo saben y lo callan ; y en este caso no proceden de buena fe.

Porque hablemos claro : los discursos del Padre son justos , exâctos y naturales. No es posible encontrarles vicio ni defecto , y las consecuencias son legítimas de hechos constantes , indubitables y conocidos. No es posible disimularse ni la seguridad de sus principios , ni la estrecha union y cadena de todos sus discursos. No hay donde morder en todo lo que ha dicho. ¿ Seria posible que hubiese una verdad de esta importancia , que fuese conocida de estos hombres obscuros y vulgares , y que quedase escondida á los mas ilustres y penetrantes ingenios de la tierra ? ¿ Seria posible que ellos fueran los sabios , y nosotros los ignorantes ? ¿ Seria posible ::: Y echaba una ogeada sobre todas las consecuencias.

Esta idea me hacia estremecer. Yo queria apartarla de mí , porque me contristaba. Pero se me volvia á presentar aquel esquadron de pruebas tan ordenado y tan unido , que no dejaba resquicio para penetrarle. Yo conocia bien que todo esto me era nuevo : que mi espíritu no estaba familiarizado con aquellas ideas , y que pudiera ser que viéndolas de espacio y de mas cerca , pudiese encontrarles su parte débil. Pero no podia dejar de confesar , que á la primera vista me habian parecido terribles , inexpugnables y victoriosas , y que por lo mismo merecian mucho estudio y mucho exámen.

Luchaba con mis propios pensamientos. Bien veia , que no podian satisfacer las reflexîones del Padre : pero echaba un momento la vista sobre el obgeto en sí mismo , separándolo de todos aquellos raciocinios ; y entónces mi espíritu se sosegaba , y

decia entre mí: ¡Un Dios muerto! ¡un Dios Resucitado! esto es imposible. Solo un visionario puede creer un tal absurdo. El Padre lo prueba ó aparenta probarlo:: Pero todo se prueba en el mundo. Y el que ha estudiado la materia, y ha aprendido su texto ó su sermon puede sorprehender al que lo escucha desprevenido. El Padre ha podido dar una apariencia de verdad á lo que es de su naturaleza tan increible: ¿pero cómo podrá responder á las dificultades que le puedo presentar? La elocuencia y el ingenio pueden fascinar y dar bulto á lo que no tiene realidad. Pero quando se apure la verdad en el crisol del exámen, es preciso que se deshaga todo lo que no es sólido.

En estas agitaciones pasé la noche, y el único partido que tomé fué aplicarme á recoger en mi espíritu todas las obgeciones que me pudieran ocurrir para presentárselas, esperando que no las podria resolver, y que yo hallaria en la discusion los medios de conocer la parte débil de todos sus discursos. Lo que pasó en la conversacion del otro dia será el obgeto de mi primera Carta. Á Dios, Theodoro.

CARTA IX.

El Philósopho á Theodoro.

Theodoro mio : Yo habia pasado toda la noche ménos ocupado en hacerme cargo de las razones del Padre para penetrar toda su fuerza, que en juntar obgeciones para combatirlas. Me parecia vergonzoso, que un pobre Eclesiástico, que yo habia creido ignorante y vulgar como los otros, pudiese vencerme en esta lucha. Y así me armé de quantas reflexîones me subministráron mi razon y mi lectura. Las creí insolubles, y me decia : pues el Padre ha podido sorprehenderme con la novedad de sus razones, yo le estrecharé con la fuerza de las mias. Si yo no puedo responder á sus dificultades, tampoco podrá responder á las que voy á proponerle, y quedarémos iguales. Con esta disposicion luego que llegó, empezó nuestra conferencia. Para evitar las repeticiones dividiré nuestras réplicas con rayas, y el contexto te hará reconocer al interlocutor.

Yo dí principio de este modo : Ya visteis que ayer os escuché con atencion, y os confieso que me habeis sorprehendido y embarazado. Me habeis dicho muchas cosas muy fuertes y nuevas para mí, que no han dejado de hacerme grande impresion. Reconozco que no es posible considerarlas atentamente sin sentirse como casi necesitado á rendirse, y que los que se fundan en las prue-

bas que me habeis expuesto, no son tan insensatos como yo pensaba; porque no es posible revestir mejor con el semblante de la verdad y de la razon un systema, que por sí mismo presenta el de la contradiccion. Creo tambien que será menester talento y estudio para despojarlo de las formas especiosas que le habeis dado, y reducirlo á su figura natural.

Pero despues de haberos confesado con sinceridad el efecto que me ha producido, permitidme que os pregunte: ¿Cómo un hombre de la instruccion y talentos que mostrais, puede persuadirse, é intenta persuadirme seriamente tanto agregado de absurdos y de contradicciones?

Considerad, ¡ quántas imposibilidades contiene y supone el hecho solo de la Resurreccion de Jesu Christo! ¡Qué conjunto de cosas tan absurdas como contradictorias! ¡Un Dios, que se encarna, que sufre, que padece, que muere y se resucita! ¿Puede esto caber en una razon sana, y que no está trastornada por el ardor de un frenesí? Desde luego todo esto parece indecente é indigno de la Sabiduría de Dios y de su Magestad. ¿Por ventura Dios necesita para obtener sus fines valerse de medios tan ridículos y que se parecen tanto á los humanos?

Resucitarse á sí mismo es una contradiccion manifiesta. Resucitar á otros es ya un prodigio, que no se puede concebir. Por mas esfuerzos que haga la razon no puede comprehender, cómo es posible que se pueda volver á animar un cuerpo: que se pueda restituir á su primera harmonía una máquina ya desorganizada; restablecer

sus resortes y proporciones; y volver á unir dos substancias, que las leyes naturales habian separado.

Y si esto no se puede concebir, ¿qué será resucitarse á sí mismo? ¿Salir del sepulcro por su propio poder: abrir los ojos á la luz, quando la muerte se los ha cerrado? En fin volver por sí mismo y empezar á exîstir de nuevo, quando ya se ha perdido la exîstencia; ¿no es este un prodigio que no se concibe sino como un imposible? Si yo os digera, que un ente ha salido por sí mismo de la nada, vos me responderiais con razon, que esto es imposible y que implica contradiccion: que la nada y el ser están en una distancia infinita: que la nada no puede hacer nada, y ménos darse ella el ser. Yo os digo lo mismo. La muerte es la nada de la vida, y es tan imposible que un muerto que no tiene vida se la dé á sí mismo, como lo es que un ente que no exîste, se dé el ser á sí propio.

Á vista de esta demostracion palpable, ¿qué fuerza me pueden hacer todas las pruebas, que los ingenios acumulen contra ella? Quando á las que me habeis alegado ayer añadiérais otras infinitas, pudiérais embarazarme; pero todas deben ceder á la evidencia de estas ideas.

El Padre me respondió: ¿qué, señor? Yo os he probado ayer con pruebas evidentes, que Jesu Christo resucitó, y en vez de proponerme razones, que destruyan la fuerza y la verdad de estas pruebas, venis á exponerme imposibilidades vagás, que no son mas que imaginarias. Yo os he demostrado la Resurreccion; y vos me respon-

deis por toda razon, que es imposible. Para combatirme era menester probarme, que mis pruebas son ó falsas ó débiles. Pero miéntras vos las dejais en toda su fuerza, yo tengo el derecho de deciros: yo os he probado la existencia de la Resurreccion, y estoy en regla; porque del acto pruebo la potencia. Mi raciocinio es este; pues Jesu Christo resucitó, pudo resucitar. Vos haceis el inverso; Jesu Christo no ha resucitado, porque esto es imposible. Yo os pregunto: ¿Quál de los dos se conforma mas á la sana Lógica?

Yo pudiera pues contentarme con esta respuesta, y á cada una de vuestras obgeciones ó imposibilidades responder simplemente: Está probado. Vos me diriais: Esto es indigno de Dios; y yo: No ciertamente, pues que lo ha hecho; Dios no puede hacer nada indigno; sin duda vos os engañais. Esto es contradictorio. No, pues es evidente que ha sucedido, y miéntras no destruyerais las pruebas en que me fundo, pudiera fácilmente y con una palabra deshacer vuestras obgeciones.

Con todo vamos á exâminarlas. Decis, que el hecho es extraordinario, incomprehensible. ¿Quién lo duda? Acaso es el mayor de los que se pueden imaginar. Es verdad: pero está probado; pero no se puede dejar de creerlo. ¿Pretendeis que sea superior al poder Divino? Esto seria temerario, porque ¿quién puede atreverse á marcar los términos de la Omnipotencia.

Pero es contradictorio. ¿Qué hombre tiene la inteligencia necesaria para distinguir los límites de la imposibilidad? ¿Y quién tampoco me podrá ase-

gurar, que hay en ello contradiccion? ¿Qué es resucitar un muerto? Volverle á dar la vida. El que hizo al hombre, el que le dió la vida, el que se la quita quando quiere, ¿no podrá dársela una segunda vez y mil, quando lo tiene á bien su Providencia?

¿Pero resucitarse á sí mismo? ¿Resucitarse quando ya separada la alma del cuerpo no puede ella tener influencia sobre él? ::: ¿Y quién ha dicho, que el alma de Jesu Christo resucitó su cuerpo? El que resucitó á Lázaro, el que resucitará á todos los hombres, Dios en fin fué el que lo resucitó.

Pero esto es indecente é indigno de Dios. Mucha temeridad seria decir esto despues que se ha probado, que Dios lo ha hecho. ¿Pero en qué se opone este tan estupendo y superior milagro á las divinas perfecciones? ¿Cómo ó por qué se opone su realidad á la Justicia, á la santidad, la sabiduría, la misericordia, la bondad ó á la veracidad de Dios? ¿Y qué un milagro que prueba la Divinidad de Jesu Christo y la verdad de la Religion Christiana, os parece superfluo ó indigno de la Magestad de Dios?

¡Ay, señor! Si conociérais bien la Religion Christiana, si supiérais por ella quanto es el amor de Dios para los hombres; la bondad con que desde la creacion les prometió un Redentor, que debia ser su único Hijo; la atencion con que preparó su venida; el cuidado con que separó de todos á un Pueblo, para que de él se formase el que hoy le adora por Jesu Christo; no extrañariais que hiciese un milagro, que debia ser tan

glorioso á su Hijo, y tan útil á los Christianos; pues es el que mas ha servido á establecer su fe; y es hoy mismo el que mas les consuela con la esperanza de su felicidad.

Esto no es del momento. Me basta deciros por ahora: Que no hay en la Resurreccion las contradicciones que aparentais: que léjos de haber indecencias, no se vén mas que pruebas de la bondad Divina: que ha querido dejar á los hombres medios fáciles y evidentes de reconocer la verdadera Religion. Y aun quando hubiera cosas, que nos parecieran contradictorias ó indecentes, nos debiéramos someter: porque por un lado está demostrada su verdad; y por otro debemos reconocer: Que nuestra razon es limitada: que nuestra sabiduría no es la de Dios: que nosotros podemos engañarnos: que lo que nos parece imposible, no lo es para Dios: que lo que nos puede parecer contradictorio puede no serlo, y ciertamente no lo es, quando pruebas irresistibles nos han demostrado su realidad: en fin que no podemos ser responsables de no entender los Mysterios que no alcanzamos; pero que lo serémos mucho si despreciando las luces, que Dios nos envia, y poniendo una injusta y nimia confianza en las sugestiones de nuestra razon, nos dejamos seducir del amor propio, y no abandonamos el error de sus opiniones.=

Ya os entiendo, Padre, le repliqué: Me baldonais, que despues de haberme probado la Resurreccion con pruebas positivas, yo me contento con produciros reflexîones vagas y generales: teneis razon, yo sé que este méthodo es defectuo-

so: que todos los argumentos negativos no pueden destruir una afirmacion suficientemente probada, y para combatirla es indispensable atacar y deshacer las pruebas en que se funda; y pues parece que me desafía ya este empeño, voy á tomarlo, y verémos si en esta parte son mas felices mis esfuerzos.

Vos no teneis mas fundamento para creer la Resurreccion, sino que el cuerpo despues de enterrado no volvió á parecer, no se pudo encontrar. Esta es la basa en que los Discípulos fundáron la relacion de que se les habia aparecido. ¿Pero por qué esta relacion no ha podido ser una fábula? ¿Quién puede asegurarme, que ellos mismos no lo robáron? No me olvido de lo que me habeis dicho: confieso que atendida la calidad de sus personas, su dispersion, su experimentado carácter de timidez, la guardia que los observaba, y todas las demas circunstancias del suceso, es muy difícil concebir que se hayan atrevido, y ménos que hayan logrado una empresa tan difícil y tan superior á sus fuerzas: comprehendo todas las dificultades de esta suposicion.

Pero despues de todo aquí se trata de un hecho mas extraordinario y mas lleno de dificultades, que las que puede tener la suposicion misma. No es nada ménos que un muerto, que se resucita á sí mismo; y esto es mil veces mas difícil de creer, que no el que sus Discípulos lo pudiesen robar. Quando yo me veo en el conflicto de dos extremos, es natural que mi razon se incline al partido que presenta ménos dificultades; y que me diga: Parece en efecto imposible, que estos pobres hombres tu-

viesen medios ni fuerzas para esta empresa; pero el cuerpo no parece, y él ha salido de algun modo.

Puede ser que estos hombres encontrasen medios, que yo ignoro. Puede ser por egemplo que pudiesen embriagar las guardias, que los pudiesen corromper. Esto no es verosímil, no es probable; pero no es physicamente imposible, como lo es que un muerto se resucite y salga por sí mismo de su tumba; y en este caso, ¿quién puede dejar de determinarse por aquel partido?

Por otra parte los guardias han dicho que se durmiéron, y que los Discípulos se aprovecháron de su sueño para robarlo. Vé aquí un rayo de luz, que me empieza á manifestar el modo con que la cosa ha podido suceder. Bien sé que si dormian no lo podian ver; pero quizas fingiéron que dormian; y quizas sobornados afectáron el sueño, para dejar hacer; y luego dicen á los Magistrados que dormian, para disculparse. Puede ser esto, pueden ser otras mil cosas; y qualquiera que se diga será ménos increible que la resurreccion de un muerto.

Veme ya pues sin embarazo. Y toda la ventaja está por mí. Si los Apóstoles me alegan la imposibilidad del robo; yo les manifiesto la posibilidad: si ellos son los testigos de la Resurreccion; los guardias lo son del robo: si estos tienen el interes de disculparse y alegan el sueño; aquellos tienen el interes de su amor propio y la gloria de su Maestro: si los primeros dicen cosas absurdas, indignas de creencia; estos dicen cosas naturales y posibles. Así testigos por testigos, estos por estos, y desde que yo presento un medio que puede ex-

plicar los hechos sin recurrir á milagros tan fuera de toda creencia, me basta proponerlo para destruirlos.=

Yo creia, señor, haberos dicho lo bastante para haceros conocer la imposibilidad de que los Discípulos fuesen los autores de este robo. Pudiera añadiros ahora, que quando os fuera posible figurarme un plan tan regular y seguido de todas las circunstancias históricas del hecho que me pudieseis indicar paso á paso y minuto por minuto lo que pudieron executar para su logro: quando pudieseis concertarlo con tanto ajuste, que nada en él resistiese á las leyes de la naturaleza y de los usos, no por eso adelantarais un paso. Hubierais hecho una fábula ingeniosa, una novela verosímil; pero no sería un princípio de prueba. Las verdades de hecho no se prueban sino con otros hechos ó con testigos.

¿Dónde iria á parar la certidumbre de la historia y el reposo del espíritu, si para desmentir las pruebas bastara intentar suposiciones arbitrarias, ó imaginar probabilidades verosímiles? Las congeturas no prueban otra cosa, que la fecundidad del ingenio; pero deben ceder á la prueba mas ligera, sobre todo en asuntos de esta consecuencia. Y quando yo os he alegado tantas, tan sólidas y convincentes, no es de pensar que con un *puede ser* lograréis destruirlas.

Lo peor es, que si quereis reflexîonarlo bien, veréis que aun ese *puede ser* es imposible, y que la substraccion del cuerpo no es el fundamento ni la prueba de la Resurreccion, sino la multitud de testigos oculares los mas dignos de fe que la viéron y la certifican. Vos me oponeis testigos á tes-

tigos. ¿Pero, señor, conoceis bien vuestros garantes, y olvidais lo que son los mios? ¿Podeis comparar los guardias á los Apóstoles? ¿Qué son ellos? hombres mercenarios, que léjos de exponer su vida por declarar una verdad, dicen una mentira manifiesta para disculpar su aparente falta: mentira tan visible, que los Jueces á pesar de su saña y del interes de su gloria, no se atreven á seguir, porque conocen que nadie la creeria; ¿y quereis poner en contrapeso este testimonio visiblemente falso de hombres obscuros y desconocidos con el de los Apóstoles, que lo decian en medio de las amenazas y tormentos con riesgo de su vida; con el de los Apóstoles, varones justos, que vivian una vida santa, y que revestidos del poder divino multiplicaban las conversiones á fuerza de milagros? ¿Quál es, señor, vuestra balanza?

=Confieso que la distancia es inmensa. Pero omitiendo todo esto explicadme, Padre: ¿Por qué la Resurreccion de Jesu Christo no fué mas pública? ¿Por qué á lo ménos no lo fué tanto como su muerte? ¿Por qué, pues hizo este milagro, no lo hizo de una manera tan notoria y evidente, que nos quitase toda especie de duda, y nos obligase á creerlo? ¿Por qué no se dejó ver de todo el mundo? ¿Por qué no habló con todos? ¿Por qué se contentó con mostrarse á pocas personas, y eso por poco tiempo, pues ellas mismas dicen, que al cabo de breves dias subió al Cielo?=

Me parece, señor, que oygo hablar á los Judíos, que quando estaba en la Cruz le decian cosas muy parecidas. Las gentes del Pueblo le decian: *Tú que destruyes el Templo y lo reedificas en tres*

dias, sálvate á ti mismo. Los grandes y los entendidos decian: Él ha salvado á los otros, y no se puede salvar á sí mismo: si es Rey de Israel, que bage ahora de la Cruz y creerémos en él. Sin duda que estos señores se imaginaban que Jesu Christo debia servirles á su gusto, y que no podia manifestar bien su poder, sino haciendo lo que ellos le dictaban. Así le prescriben con exâctitud el tiempo y el modo, y parece que le imponen condiciones para creerlo. Querian :::

=Yo me sentí picado, y le interrumpí. No, Padre, vuestra comparacion no es justa, ellos lo insultaban; y yo hago un raciocinio sensato y juicioso, cuya fuerza destruye vuestra resurreccion; porque vé aquí lo que digo: Es cierto que si Jesu Christo ha resucitado, no ha podido hacerlo sino para dar una prueba visible de su poder y de su Divinidad, para acreditar lo que habia dicho, y persuadir la Religion que predicaba. En este milagro tenia sin duda el mismo obgeto, que tuvo en los demas si fuéron ciertos. Vos decis que todos los otros fuéron públicos, y que los hacia á la vista de todos; y yo digo: ¿Cómo el de la Resurreccion que era mas importante y mas decisivo que ninguno, no lo ha hecho de la misma manera? ¿Cómo se ha contentado con hacerlo, como á medias, como á obscuras, con comunicarlo nada mas que á un corto número de personas?

Pues la Resurrecion era la última y la mayor prueba que podia dar de su mision, parece que debia ser tambien la mas auténtica. Todos los Judíos debian verla, y parece que la luz del Sol no debia bastar para alumbrar y quitar todas las

nubes al prodigio. Un Dios infinitamente bueno y poderoso quando se trata de su gloria y de nuestro bien, debe emplear para conseguir lo que desea los medios mas seguros y eficaces. Se debia á sí mismo, y nos debe á nosotros darnos una conviccion tan irresistible, que no solo nos forzase á la persuasion, si no que nos diese documentos firmes para cerrar la boca á los incrédulos. Con esto solo, ó sin mas que este esfuerzo todo el mundo se hacia Christiano, y la Religion se propagaba en un instante.

Para esto pues parecia regular y conveniente, que Jesu Christo hubiese salido vivo de su sepulcro á la vista de todo el Pueblo y de sus mismos Jueces; ó que pues murió en la plaza, se apareciese en ella, y que hablase con todos; ó que en fin se mostrase de una manera tan evidente y pública, que no pudiese quedar el menor lugar á la duda de nadie. Esto seria mas digno de su bondad: esto hubiera hecho mas honor á su poder y á su gloria: esto hubiera sido mas seguro para los hombres; y esto en fin seria obrar como Dios.

¿Pero quién me persuadirá, que Jesu Christo lo es, y que ha resucitado, quando se me dice, que en vez de servirse de uno de estos medios dignos de su grandeza, resucitó á solas, se apareció únicamente á pocos de sus Discípulos, dejando á todo el resto del mundo en la obscuridad, en la desconfianza, en las sospechas de la verdad, y sin conseguir el fin que él mismo se propone? Un prodigio tan asombroso, que solo bastaba á producir la conversion del mundo en-

tero no produce, ó casi no produce efecto. Todos los esfuerzos de Jesu Christo se malogran, porque los hace á obscuras, porque solo los participa á otros, en quienes no puedo ni me debo fiar, pues son hombres como yo, que pueden engañarse ó engañarme. En fin quiere que mi fe, mi creencia, mi felicidad dependan del crédito que dé á esos hombres. ¿Por qué pues no me la hace ver á mí mismo, si desea que yo lo reconozca?

Porque, Padre, ó Jesu Christo deseó que todo el mundo se hiciese Christiano, ó no lo deseó. En el primer caso suponiendo que fuese Dios, era natural que emplease los medios oportunos y eficaces para lograr su intento, y lo hubiera conseguido si se hubiera aparecido de uno de los modos patentes que he indicado. No habiéndolo hecho, ¿qué ha resultado? que pocos han creido en él. ¿Y de aquí qué se infiere? que no tomó los medios necesarios para obtener sus deseos: y yo vendré á una serie de consecuencias necesarias, que cada una bastará para echar por tierra la Resurreccion; porque yo diré:

Jesu Christo resucitó para hacer ver que era Dios, y que el universo le adorase. Pero el hecho es, que entónces pocos creyéron en él: que hoy mismo la mayor parte de los hombres no lo conoce ni le adora; y que muchos que lo conocen, ni le adoran ni creen en él. ¿Pues cómo siendo Dios, no ha podido lograr sus fines ni sus deseos? ¿Cómo siendo Dios ha hecho tantos esfuerzos como nacer, sufrir, morir y resucitar, sin poder obtener el precio de tantos sacrificios?

¿Por qué si es Dios no tomó medios mas eficaces? ¿Cómo siendo Dios no previó, que quanto hacia no era suficiente? ¿Cómo ni previó que su Resurreccion de la manera que la hizo no bastaria á persuadirlos á todos, y que era menester hacer de un modo tal, que por su evidencia y universalidad quitase todas las dudas; ó que tomase otro medio que fuese mas seguro?

Si no pudo resucitar mas que de la manera que resucitó, no era Dios; porque Dios lo puede todo: si pudo y no lo hizo, sabiendo que lo que hacia no era bastante, no era Dios; porque Dios es bueno: no hace cosas inútiles, y si ama al hombre debe hacer lo que le sea mas conveniente: y así á vista del poco fruto que produjo la Resurreccion de Jesu Christo, se debe inferir, que ó no lo previó, ó que no pudo hacerla mejor, ó que no quiso: y en todos esos casos no es Dios. Pero la consecuencia mas natural de todas es, que la dicha Resurreccion parece ser una patraña mal urdida, que de la manera que se refiere es indigna de Dios, y que solo pueden creerla los hombres débiles. Ved, Padre, si podeis desembarazaros de este laberinto, y hacedme mas justicia, reconociendo que no hablo tan sin razon como dais á entender.

=No niego, señor, que vuestras reflexîones no sean especiosas, y confieso presentan una apariencia formidable. Pero procuraré satisfacerlas; y vos mismo juzgaréis en vista de mi respuesta. Empezaré por deciros, que con vuestro argumento mismo puedo probaros que no hay Dios; y vé aquí como: Si hubiera un Dios, esto es un Ser infinita-

mente bueno, sabio y poderoso nos hubiera dado pruebas tan visibles, tan palpables de su exîstencia, que fuera imposible que nadie dudase de esta verdad. Él se debia á sí mismo y debia á nosotros iluminarnos de tal manera, que nunca ni ninguno pudiera tener la menor duda. Porque de este modo todo iria mejor sobre la tierra; ó no habria delitos, ó serian mas raros; las virtudes fueran mas comunes y serian mas puras; los hombres mas dichosos, y la misma Divinidad seria adorada con culto y respeto mas síncero.

Con todo el hecho es, y vemos por experiencia, que hay muchos que no creen su exîstencia, y que enteramente se abandonan á sus pasiones. Seria pues consecuencia que no hay Dios; porque si lo hubiera, es seguro que un Dios que todo lo prevée, y que es tan bueno y poderoso, hubiera dado á los hombres tantas pruebas de que exîste, que ninguno pudiera dudarlo. Y sino que se me diga, ¿por qué habiendo previsto, que las pruebas que ha dado no serian suficientes, no ha dado otras mayores? Y yo concluyera como vos: si no lo ha previsto no es sabio; si lo ha previsto y no ha podido darlas no es poderoso; y si podia y no ha querido no es bueno; y terminaria con decir, que la exîstencia de Dios es una patraña.

Si yo, señor, os presentara estas reflexîones, vos me responderiais: Que Dios ha dado tantas pruebas de su exîstencia, que deben bastar á todo hombre juicioso y de buena fe: que si á pesar de esto hay hombres que las desconocen, es porque no se aplican á instruirse, ó porque se dejan cegar de sus pasiones: que es mucha temeridad in-

crepar á Dios, que no nos haya dado pruebas mas visibles: que debemos aprovecharnos de las que nos ha dado: que desde que hay un buen camino para llegar al término, es ridículo quejarse de que no haya otros: que seria tan loco como irreverente tener á mal, que el Criador no nos haya dado lo que no quiso darnos: que seria necedad el censurar su conducta, sin poder conocer sus motivos, y cerrar los ojos á la luz con el pretexto de que no es mas luminosa: que el hombre á quien se da una antorcha, para que se dirija en la obscuridad de la noche, seria insensato si la apagara, porque le falta la luz del Sol; y que merecia ó perderse ó precipitarse: y que en fin habiendo nosotros recibido tantas luces en la razon y la Religion, nos debemos aprovechar de ellas, sabiendo que bastan para conducirnos sin peligro.

Vuestra respuesta seria sólida y verdadera, y es la misma que ahora os doy: Yo os he probado la Resurreccion de Jesu Christo por pruebas históricas del hecho, que producen una conviccion tan evidente, que ningun juicio sano puede resistirse. Yo os he mostrado fundamentos tan claros, que por sí solos independentemente de otros muchos bastan para que la razon se determine. ¿Os parece justo, que despues de haberos puesto de bulto un obgeto; que despues que vos lo habeis visto, me digais que no exîste porque debiera verse con luz mas luminosa? ¿Os parece razonable acusar á la providencia de lo que no ha hecho, sin hacer cuenta de lo que hizo, y pretender que vuestro capricho sea la regla de su sabiduría? ¿Os parece cuerdo oponer las ideas de lo que pudiera ser á

lo que ciertamente es: dejar de creer lo que se percibe, porque no se vé lo que se quisiera percibir; y en fin atacar con las quimeras de la imaginacion actos públicos, hechos probados, que solo son los que pueden decidir en asuntos históricos de semejante naturaleza?

¡Dios mio! ¿Adónde irian todas las verdades? ¿Dónde pudiera fijarse la certidumbre humana, si se dejaba vagar la imaginacion á la ventura? Todo se volveria confusion. No hay hecho por authéntico, por probado que estuviese, que no se pudiera contestar. Un carácter dificultoso y suspicaz hará problemático todo lo que quiera: las pruebas mas demostrativas no lo convencerán: despues de unas pedirá otras, y otras despues de estas, sin que sea posible terminar. Y para satisfacer á la triste fecundidad de sus recursos seria menester abandonar todas las reglas del buen sentido y de la crítica, y correr aquí y allá sin principio ni regla fija, siguiéndole á todos los extravíos á que nos quisiese transportar. Señor, quando se quiere apurar una verdad, es menester poner un freno á la imaginacion, y no dexarse conducir mas que por las reglas del buen juicio.

Por egemplo, vos me decis que si la Resurreccion de Jesu Christo hubiera sido pública y manifiesta, la hubieran creido todos los Judíos porque la hubieran visto. Yo os digo que aunque la hubieran visto, no la hubieran creido; y os lo voy á demostrar. Los otros milagros de Jesu Christo eran públicos y manifiestos; todos los veian ó los podian ver, pues se hacian en las calles y las plazas. Los que hicieron despues los

Apóstoles eran de la misma naturaleza; y los que hicieron despues sus succesores tambien lo fuéron, y no solo en la Judea, sino por toda la tierra: todos han sido notorios. Los mismos enemigos de la Religion los confesaban; y por eso multiplicaban tanto el número de los Christianos. Con todo ha habido muchos que ni los creyéron ni se convirtiéron. Vé aquí pues milagros públicos é indisputables, que no han producido su efecto. Y vos me confesaréis, que los que no creyéron la resurreccion de Lázaro, podian muy bien dejar de creer la de Jesu Christo.

Pero dejando aparte todas estas respuestas, permitid que os diga, que volveis á los argumentos negativos, y que estos no pueden probar contra los hechos positivos. La nada no puede probar nada; y por un consentimiento universal la obgecion mas insoluble y á que no es posible responder, no puede destruir las pruebas que establecen y demuestran; y solo sirve para hacer patente la ignorancia del que ha probado. Y si este principio es verdadero en los obgetos de la Physica y de la naturaleza, ¿qué será en los de la Religion tan elevados y superiores á nosotros?

Yo pudiera pues confesar, que no alcanzo á resolver vuestra dificultad, sin dejar por eso de apoyarme con los pies y las manos sobre mis pruebas, ni desconfiar un instante de su verdad. Pudiera deciros, que no soy capaz de juzgar lo que Dios no ha hecho, ni del por qué no lo ha hecho; pero que no puedo dejar de juzgar de lo que hizo, quando me lo manifiesta con pruebas claras que me lo hacen ver. Que lo que pudiera

ser y no es, no exîste; que así no puede presentar luz á mi inteligencia, y que esta no se puede ocupar mas que de obgetos reales. Que yo puedo seguirlos quando la evidencia va con ellos y me acompaña; pero que al instante, que me abandona, me detengo y los dejo.

Ya se vé, que con estos principios, no me pueden embarazar las mayores dificultades; porque supuesto que os haya probado la verdad de la Resurreccion, no me pueden hacer fuerza vuestras reflexîones. Vos me diréis: La Resurreccion podia ser mas pública; sin duda. Hubiera sido mejor; no lo creo, pues Dios no lo hizo. Hubiera persuadido á todo el mundo; lo dudo. Pero porque no fué pública, ¿se infiere, que no ha sido de la manera que fué? Porque no se hizo como os parece que se debia hacer, ¿todas las pruebas que os he alegado han perdido su fuerza? Esta seria una Lógica de nueva especie, y equivaldria á este discurso: Yo tengo cien razones seguras y convincentes, de que tal hecho es cierto; pero como yo pido una mas, ó la explicacion de una dificultad que no se me puede dar, echo por tierra las cien razones, y no lo quiero creer.

Vé aquí en substancia vuestro raciocinio. Despogémoslo de sus agregados, y verémos que se reduce á esto: Yo no creo la Resurreccion de Jesu Christo tal como se me refiere; porque si fuera cierta, siendo obra de Dios hubiera sido mas pública y gloriosa. Es como si me digerais: Yo no creo que este Sol que me alumbra sea obra de Dios, porque si lo fuera seria mas grande y luminoso; y como á todo lo que ha criado, se

ha servido ponerle un carácter de limitacion, y que pudiera haberlo hecho mejor de lo que quiso hacerlo; vos pudierais concluir siempre, que nada de lo que veis puede ser obra de Dios. Ved hasta adonde la imaginacion puede extraviarse, quando no la refrena la modesta cordura de la razon.

¿Qué es menester pues para no descaminarse? contentarse con lo que puede saberse, tenerse firme sobre lo que se nos deja ver, y someterse con humilde resignacion á lo que se nos esconde. Yo os he dicho el modo con que pasó la Resurreccion de Jesu Christo; y os he probado con evidencia su verdad. Vos no contento me decis: ¿Pero por qué esta Resurreccion no fué pública? Yo os respondo: Que mi cortedad no conoce los caminos de Dios: que yo ignoro sus designios, pero que los respeto, porque sé que un Criador tan infinitamente sabio y bueno debe obrar siempre con proporcion á tan divinos atributos. Que pues no quiso que su Resurreccion fuese mas pública, es claro que convenia que no lo fuese.

Vos replicais, que no hubiera habido incrédulos. Yo he respondido: Que lo dudo; pero que quando fuera cierto, puede ser que en el plan de la Sabiduría Divina fuera útil que hubiera incrédulos, para la mayor perfeccion del Christianismo, ó para otros fines que yo no alcanzo. Vos insistis: Yo no puedo creer que sea perfeccion, lo que es visiblemente defecto. Pero esto es porque juzgamos sin conocimiento y con temeridad: es porque queremos decidir con ligereza de lo que apénas podemos entrever. Es en fin porque con

una vista corta queremos registrar una extension inmensa.

Vengamos á la conclusion, para ver quál de nosotros está mas cerca de la verdad. Vos decis, que la Resurreccion debia ser pública, y no podeis darme mas que razones de congruencia, que dependen únicamente de vuestro modo de ver y pensar. Yo lo niego fundado en que ni vos ni yo podemos juzgar bien sobre lo que Dios debe ó no debe hacer; y al contrario infiero, que no lo debia hacer, pues que no lo ha hecho. No me contento con esto sino añado: Jesu Christo ha resucitado; y os lo pruebo con pruebas tan evidentes, que es imposible no sentirlas con las mas simples nociones de la razon, y sin que podais alegar una prueba directa y positiva contra su verdad.

Observad la diferencia que hay entre nosotros; y ved quién está mejor puesto ó mas bien sentado en esta lucha. Vos guiado de vuestra imaginacion, de vuestras ideas y de la imaginaria esphera de vuestras obscuras posibilidades vais á penetrar, increpar y censurar la conducta de Dios. Yo guiado de la conducta de Dios conocida, demostrada y evidente voy á suponer el punto de la razon, de la utilidad y conveniencia. Decidid vos mismo, ¿quál de los dos está en mejor camino? ¿Quién tiene la ventaja? Vos no podeis deshacer ninguna de mis pruebas; y yo deshago vuestros raciocinios por un principio que vos mismo me debeis confesar, y es que nosotros no podemos penetrar los designios de Dios.=

Yo estaba confundido con el peso y fuerza de razones tan claras. No obstante me atreví á replicarle: Aunque no podemos penetrar los designios

de Dios, nos ha dado una razon para juzgar si las obras que se le atribuyen son dignas de su bondad y de su grandeza. =Así es, señor; pero esto tiene su justa medida; y sino explicadme: ¿Por qué Dios no crió el mundo cien mil años ántes? ¿Por qué un Criador tan bueno y poderoso no tomó las medidas mas prontas para mostrar quanto ántes su grandeza, sacar á luz las criaturas y verter sobre ellas sus beneficios? ¿Por qué tardó tanto en empezar? ¿Cómo un Dios tan bueno perdió tanto tiempo en hacer bien? Quando vos me respondiereis á estas preguntas y otras de esta especie; yo podré mostraros la causa, por que la Resurreccion de Jesu Christo no fué mas pública. Entre tanto solo os diré, que aunque yo no puedo saber los motivos secretos de la conducta de Dios, sé y debo suponer, que todo lo que hace es justo, sabio, y tanto que no puedo engañarme en esta idea, porque nace de la que debo tener de un Ser infinitamente perfecto.=

Padre, por todas partes me salis al encuentro, y me atajais los pasos. Vuestra agilidad es grande, y vuestra elocuencia me ha deslumbrado. Pero ahora veo que os meteis en la trinchera ordinaria, en que se meten todos los phanáticos, y de que es imposible sacarlos. Desde que se hallan oprimidos con la fuerza del raciocinio, se acogen al mysterio. Y despues que se han derramado con mucha fecundidad y aparato de ciencia en las ideas que pueden serles favorables, quando se les hacen obgeciones que no tienen respuesta, entónces se hacen modestos, confiesan su ignorancia, y se acogen á las vias de Dios desconocidas, y á la profundidad de sus arcanos. Mas simple seria decirlo desde el principio,

y confesar llanamente, que no es posible saber ni creer nada con seguridad.

Yo os he hecho un raciocinio muy simple y mucho mas evidente que vuestras pruebas. Yo os he dicho: segun vos mismo el fin de la Resurreccion era convencer al mundo con este milagro de la divinidad del Evangelio y de la Religion Christiana; la Resurreccion como se ha hecho no lo ha conseguido, y hubiera podido conseguirlo si hubiera sido pública y patente. No se puede pensar que un Dios sabio no tome las medidas propias y eficaces para lograr el fin que desea: luego esta Resurreccion no viene de Dios, ó lo que es mas cierto no es verdadera: y vos en vez de responderme directamente, en vez de indicarme, cómo puede ser de Dios siendo tan imperfecta, y habiéndose mostrado casi inútil; en vez de explicarme claramente, qué motivos ha podido tener Dios para no hacerla tan inútil y tan pública como la razon me dice, que podia hacerla para conseguir su fin, os acogeis al recurso ordinario de los que no tienen razon: que es la limitacion de vuestras ideas, y la incomprehensibilidad de los caminos de Dios. Esto es envolverse en la obscuridad, y no es Philosóphico.

=¿Cómo, señor? ¿Yo me envuelvo en la obscuridad, quando os he probado con pruebas demostrativas y evidentes, que Jesu Christo resucito? Me parece que con esto no hay obscuridad, y que no puede haber nada mas claro, ahora me preguntais:::=

Es verdad que me lo habeis probado; y debo confesar que vuestras razones son positivas, naturales y convincentes, que me rinden, y que mi

razon no sabe resistirles ; pero para fundar mi conviccion entera no bastan ; pues desde que concibo, que esto no es conforme á la bondad y á la sabiduría de Dios , nada puede ni debe persuadirme. = ¿Pero no podeis engañaros en este concepto? No debeis decir mas bien : Pues el hecho está probado , Dios sin duda lo hizo ; y pues lo hizo , es claro que así debia ser. = Con este méthodo no se podria discurrir nada , seria menester arrojarse con indolencia en los abysmos de la profundidad Divina. = Se podrá discurrir de todo , pero con medida , y con la sonda en la mano irémos delante , hasta que nos alcance la luz que nos alumbra. Pero quando esta nos abandone nos detendrémos , no darémos un paso mas por temor de precipitarnos , y nos contentarémos con andar en el espacio que ya tenemos conocido.

Por egemplo yo tengo bastante luz para saber que Jesu Christo ha resucitado. Vos me preguntais ahora , ¿por qué no resucitó de otra manera? Aquí la luz me falta , porque no sé ni Dios me ha revelado los motivos que tuvo. Pero como por otra parte tengo bastante luz para saber , que Dios hace lo que mas conviene , no dudo que pues resucitó de esta manera , fué ella sin duda la mejor.

Vuestra razon inquieta y curiosa viene á decirme : Pero si hubiera sido pública se hubieran persuadido mas. Yo le digo , no lo sé. Vos me replicais : Pero para convencerme es meneter que me persuada , que esta conducta no es indigna de Dios ni contraria á su sabiduría. Yo respondo : Vos debeis suponerlo , aunque no se lo parezca á la ligereza de nuestra imaginacion. Y observad , que yo

no lograria nada en descubriros las razones por que Dios prefirió esta Resurreccion secreta á la pública; porque como son infinitas las maneras con que pudo resucitar, vos podriais imaginar despues otra que os pareciera mejor. Y quando por egemplo hubiera resucitado en la plaza de Jerusalem, pudierais preguntarme, por que no resucitó en la de Roma; y así hasta lo infinito.

Si para creer una verdad no bastara la evidencia del hecho, sino que fuera necesaria tambien la de los motivos, no pudierais creer ni los mas visibles phenómenos de la naturaleza, ni ninguno de los hechos históricos, ni ménos ninguna de las verdades morales; porque nunca podeis tener evidencia bastante ni de los resortes interiores de su juego, ni de los motivos secretos que los produgeron, ni de los principios en que se fundan.

No hay cosa en que yo no podré repetir vuestro raciocinio. Yo os probaré con vuestro mismo argumento, que la religion natural es una fábula; porque os diré: el fin que podia tener Dios en inspirar la religion natural, era hacerse conocer al hombre, para que este le adore, y le tribute el culto que le debe. La religion natural tal qual es, no lo ha conseguido; pues vemos el mundo lleno de ritos absurdos, de ceremonias ridículas, de sacrificios exêcrables. El insensato dice en su corazon: no hay Dios; y otros no ménos insensatos dicen: que el Señor ha abandonado la tierra á sí misma, y no se ocupa en lo que hacen los hombres. Añadiré: es cierto que Dios lo hubiera conseguido, si se les hubiera manifestado de una manera mas pública ó patente. No se puede pensar que un Dios

sabio, no tome las medidas propias y eficaces para el fin que desea; luego la religion natural no viene de Dios, ó lo que es mas cierto no es verdadera.

Con el mismo argumento os probaré, que nada es cierto, que nada es bueno, que nada puede venir de Dios; porque como por una parte todo es imperfecto en el mundo, y por otra los alcances de la razon son bastante limitados; como las vislumbres de la imaginacion son infinitas, siempre que esta en los delirios de su phrenesí conciba, que una cosa pudiera ser mejor, concluirá que no es de Dios; y acabará por probar, que esta máquina del mundo no es obra de sus manos, porque no se cumple el fin para que Dios lo hizo, pues hay vicios; y que Dios hubiera podido fácilmente hacerlo mejor.

¿Adónde nos llevaria, señor, vuestro raciocinio? ¿Cómo no temblamos de creernos mas sabios que Dios, y de atrevernos á censurar su conducta? ¿Cómo osamos decidir, que una cosa es mejor que la que vemos? ¿Quántas veces nos engañamos? ¿Tenemos bastantes nociones de la totalidad del mundo, para juzgar bien de cada cosa en particular? ¿Conocemos bastante las relaciones y cadenas con que está enlazado el universo, para discernir lo que es mejor para la especie humana? Si tenemos una idea justa de Dios, ¿podemos dudar, que no tenga razones justas, sábias y santas para hacer todo lo que hace, aunque se escondan á nuestra inteligencia? Sus pensamientos están mas léjos de los nuestros, que el Cielo de la tierra. Nuestra soberbia debe desagradarle, sin que jamas pueda satisfacerse nuestra curiosidad.

¿Qué podemos pues hacer? Yo os lo repito: Ser prudentes y moderados, aprovecharnos de las luces que nos da, pues bastan á conducirnos en esta vida, y á dirigirnos bien á la otra, y adorar con rendimiento los secretos que no ha querido revelarnos.

Pero para acabar de tranquilizar vuestro espíritu, procuraré con la debida reserva y respeto deciros algo de lo que puede alcanzar nuestra débil comprehension en estos arcanos escondidos; y lo que voy á deciros puede responder tanto á la induccion que he hecho de la religion natural, como á lo que habeis dicho contra el secreto de la Resurreccion. Parece, señor, y esto se vé por los efectos, que Dios ha querido por razones de sabiduría y de bondad, que tanto la religion natural como la revelada tuviesen en sí mismas tal carácter de claridad y evidencia, que el hombre fuera inexcusable, si no le rindiera el culto que le debe.

Por eso ha hecho en la primera, que las ideas propias, los sentimientos interiores, y todos los objetos que le rodean, lo exciten al conocimiento de su Criador, á fin de que lo conozca y le adore. Y por eso tambien á la Religion revelada la ha revestido de pruebas tan claras y evidentes, que es imposible que la razon pueda cerrar los ojos á su luz. Yo he manifestado muchas razones con motivo de la Resurreccion, y pudiera manifestar otras muchas si quisiera. En todas veriais que Dios ha derramado la luz á manos llenas, tanto para hacernos conocer que la Religion es obra suya, como para instruirnos de lo que debemos practicar. Esto era digno de la bondad de Dios; por-

que habiendo criado al hombre para conocerle y adorarle, era consiguiente que le diese en la religion natural todas las luces y sentimientos necesarios para que conociese y sintiese su exîstencia: y en la revelada todas las pruebas que pudiesen acreditarle su divino orígen; y todos los documentos que le enseñasen lo que debia hacer para adorarle, como quiere ser adorado. Esto es lo que ha hecho Dios con abundancia, y en esta parte todo es luz, todo es claridad.

Pero no ha querido contentar su curiosidad; y lo que es mas ha querido tambien exercitar su fe; pues el menor obsequio que puede hacer el hombre á Dios quando está seguro que habla, es creer lo que le dice, y suponer á pesar de las repugnancias de su razon y de la aparente contrariedad de sus ideas, que Dios tiene superiores razones para todo lo que hace.

Supuesto este órden ó economía, era necesario que en una y otra Religion hubiese una parte muy clara, y otra obscura; y esto es lo que hay. Todo convence al hombre de la exîstencia de su Autor: los Cielos se lo predican; y la naturaleza se lo dice con elocuente voz. Así no hay Nacion por bárbara é inculta que sea, que no reconozca y adore la Divinidad. Pero como el hombre por otra parte es libre, y sugeto al error, muchos han caido en absurdos vergonzosos. Se puede presumir que si Dios hubiera querido manifestarse de una manera mas palpable; si hubiera querido imprimir en sus almas una idea mas clara de su grandeza y Magestad, se hubieran descaminado ménos.

Pero nosotros que conocemos su sabiduría y

su bondad, y que no podemos descubrir sus motivos secretos, solo podemos decir: que Dios tendrá buenas razones: que quizá ha querido, que con esta menor luz puedan adquirir la felicidad que les prepara; porque con mayor luz, no hubiera mérito ni exercicio de virtud. Y sobre todo dirémos: que Dios les ha dado luz suficiente: que si se han descaminado es por su culpa; y que son inexcusables de no haber seguido la luz que tenian, pues era la bastante.

Vé aquí lo que se puede aplicar á la Religion revelada, y vé aquí tambien lo que puedo responderos á vuestro argumento sobre la Resurreccion. Todo me prueba con evidencia, que Jesu Christo ha resucitado de la manera que me lo refiere el Evangelio. Vos me confesais, que las pruebas son claras y convincentes; y esto me basta. Despues venis á decirme, que si la Resurreccion hubiera sido pública, se hubiera persuadido mayor número de Judíos, y conseguido mejor su fin. Yo no veo esto tan claro; pero quando lo fuera, debo repetiros lo que ya dige para una y otra Religion:

Que yo, que conozco la bondad y sabiduría de Dios, pero que no alcanzo los motivos secretos de su conducta, no dudo que tenga buenas razones para hacer lo que hizo: que quizá no ha querido darnos mas que esta luz, para que con ella logremos nuestra mayor felicidad; porque con mayor luz no tendria mérito alguno el obsequio de nuestra fe. Sobre todo diré, que el que ha visto las pruebas de la Resurreccion de Jesu Christo, tiene ya luz suficiente; y que si la a-

bandona, porque no se le da otra mayor á gusto de su antojo, es inexcusable, por no haber seguido la que ya tenia, y que era bastante.

=Vos me haceis temblar, Padre, y comienzo á desconfiar de adelantar con vos un paso, porque teneis respuesta para todo. Pero explicadme solamente, ¿por qué si la Resurreccion de Jesu Christo es verdadera, no han hecho mencion de ella los Autores profanos? ¿No es esta una grande presuncion de su falsedad? Porque, Padre, si ha habido en el mundo un prodigio asombroso, un hecho único, que no tiene compañero, y que es capaz de sorprehender y espantar al universo, es este. Un suceso de esta naturaleza si estuviera probado, no podia dejar de admirar á toda la tierra; y no era posible que lo olvidase ninguno de los Autores contemporáneos. No habria Reyno, Provincia ni rincon, que no lo depositase en sus Archivos, y lo grabase en sus Anales; para transmitirlo á la posteridad como un hecho tan inaudito como nuevo.

Y no me digais, que este silencio puede venir de olvido, ó del desprecio con que entónces Roma y las demas grandes Naciones miraban á los Judíos. Yo sé que estos eran muy despreciados, y que se hacia poco caso de lo que pasaba entre ellos. Pero á pesar de esta razon, si fuera cierto que en su comarca hubiera exîstido un suceso de esta especie, su novedad, su extrañeza, su importancia hubiera propagado la noticia por todas partes, y la hubiera llevado hasta los Palacios y los Thronos.

¿Podeis imaginar que si fuera cierto, que aho-

ra resucitase un muerto en la Aldea mas oculta de una Nacion, la obscuridad de su cuna impediria, que su noticia se derramase por todos los espacios de la tierra? Seria pues mala excusa el desprecio general de las Naciones para los Judíos; porque esto no bastaria para ignorar, olvidar y no escribir asunto tan extraordinario.

¿De dónde viene pues que tantos Autores, que han hablado de tantas cosas y de tan poco momento, no han dicho una palabra de esta Resurreccion asombrosa? Porque los únicos que habláron de ella, fuéron algunos pocos Judíos, que los Christianos llamáron Apóstoles y Evangelistas. ¿Y quiénes son estos? Hombres bajos, ignorantes, Discípulos de Jesu Christo, por consiguiente interesados, que escriben en secreto, que no escriben para las demas Naciones, sino para ellos mismos; pues no publicaban sus mismos Libros, y léjos de comunicarlos era un delito entre ellos mostrarlos á los Gentiles.

Á vista de estas indisputables circunstancias, ¿qué me dice mi razon? Que si los hombres ilustrados, que escribian los Anales públicos del mundo, no escribiéron este hecho á pesar de su importancia y magnitud, es porque no fué cierto; porque en caso de ser cierto, no puedo suponer que lo ignorasen; y que si algunos Judíos lo escribiéron, fué porque quisieron hacerlo creer á sus descendientes, por la gloria de su Maestro, y por la que ellos mismos creian hallar en criar una Religion nueva; pero que astutos y prudentes considerando que no podian hacer creer desde luego un milagro que no existia, se contentáron con es-

cribirlo y derramarlo al principio entre ellos mismos, esperando que el tiempo fuese poco á poco extendiendo y acreditando la impostura; para que despues y quando ya no hubiera quien la pudiese contradecir, se pudiera entónces manifestar con arrogancia.

Vos diréis, que yo hago una Novela bonitá. Pero yo os diré, que esta manera oculta y mysteriosa con que los Evangelios corrian solo entre los nuevos Christianos, esta precaucion tan cuidadosa con que los escondian á los Gentiles y Judíos hasta castigar y mirar con horror á los que les comunicaban su lectura, me hace temer, que no iban de buena fe, y que habia alguna alevosía en sus designios. La verdad no se esconde; y si la Resurreccion era tan cierta, ¿por qué escondian tanto el Libro que la referia? Yo no lo comprehendo; pero aunque vos me respondeis fácilmente á todo, me parece dificil explicar el proceder cauteloso de los primeros Discípulos de Jesu Christo, y mucho mas el silencio absoluto y general de los Autores profanos.

=Vuestra obgecion, señor, parece justa, y contiene varias partes: procuraré satisfacer á cada una con separacion. Pudiera responder en general, que todas estas nuevas reflexîones son tambien negativas; y que ya hemos visto que los argumentos negativos no prueban nada por sí mismos, y ménos pueden probar contra pruebas positivas.

Pudiera haceros observar de paso, que es una grande presuncion en favor de mi causa, y muy contraria á la vuestra, ver que despues de muchos esfuerzos no se pueda presentar contra la Resurreccion ningun hecho positivo, nada que tenga apa-

riencia de prueba, nada que pueda destruír ninguna de las que nosotros alegamos, nada que pruebe ó que nuestros hechos son falsos, ó que no convencen de lo que queremos convencer, ó de que sacamos de ellos conclusiones falsas. Y esto era necesario para combatirnos. ¿Qué fuerza nos pueden hacer los Autores, que no han hablado? Los que no dicen nada, nada pueden probar; y quando produgeran alguna presuncion, las presunciones no son pruebas.

Pero voy á responderos directamente, y empezaré por deshacer las nieblas y desconfianzas con que quereis cubrir la primera publicacion del Evangelio. Vos dais á entender, que los primeros Christianos escribian sus Evangelios en secreto para ellos mismos; que los escondian de los Judíos no convertidos y de los Gentiles; y fundais en este proceder sospechas contra su verdad. Pero el hecho no es cierto, y al hacer esta obgecion vos confundis las épocas.

Es verdad que hubo un tiempo en què los Christianos se hicieron un punto de conciencia de no entregar sus Libros sagrados á los Gentiles; y que á los débiles que los entregaban los separaban de su comunion, los miraban como traydores, y los llamaban con el afrentoso nombre de Libeláticos. En efecto, la palabra de *traydores*, que se hizo despues tan comun en nuestra lengùa, y que tiene hoy una significacion mas extendida, trae su orígen de la de *traditores*, que quiere decir haber entregado los Libros de la Religion. Delito grande, porque las circunstancias lo hacian equivocar con la apostasía. Pero esto fué muy posterior-

mente, y quando la persecucion se habia hecho mas general: vé aquí el motivo.

Entre los medios que los Tyranos inventáron para exterminar el Christianismo, uno de los mas fuertes y quizá de los mas astutos era quitar á los Christianos sus Libros de Religion, pareciéndoles, que por este medio les quitarian la facilidad de egercitarla, de propagarla y enseñarla á sus hijos. El Emperador Juliano fué uno de los que usáron de este ardid con mas teson. Les mandaban pues entregar los Evangelios, para quemarlos; y este acto de entregarlos parecia ya una señal de infidelidad. Muchos débiles los entregáron por temor. Los constantes los defendian; y preferian el martyrio á semejante cobardía. Vé aquí quándo y por qué escondian sus Libros á los Gentiles.

Pero no fué así poco despues de la muerte de Jesu Christo, y al principio de la publicacion del Evangelio. Entónces los Christianos, que adoraban á su Divino Maestro, y que sabian que todo en él era precioso, procuraban recoger todos los hechos de su vida, todas sus acciones, y hasta los menores de sus discursos y palabras, y formaban cuerpo de historia, que es lo que llamamos Evangelios. Como entónces no habia Imprenta, usaban solamente de la Escritura. Pero se multiplicaban copias, que servian para el uso de las familias Christianas, y lo que es mas, que cada uno era dueño de escribir la historia á su modo: añadiendo ó quitando á su arbitrio, segun su talento y devocion.

De aquí resultó, que estas historias ó Evangelios particulares se multiplicáron mucho, fué natural que con el transcurso del tiempo, y á me-

dida que se alejaban los sucesos de la época en que pasáron; una devocion poco ilustrada hubiera introducido en los que se escribian de nuevo hechos poco seguros, y con solo el apoyo de tradiciones populares. La Iglesia que en materias tan sagradas usa de la mayor circunspeccion, y que no quiere que los fieles veneren sino lo que con toda seguridad es digno de veneracion, entre tantos Evangelios distinguió y abrazó quatro, de cuyo orígen y autenticidad no se podia dudar, porque fuéron compuestos ó por Apóstoles ó por compañeros suyos con aprobacion de los primeros, y que habian sido respetados por todos los fieles desde los primeros dias del Christianismo.

Entónces la Iglesia declaró: Que solo estos debian ser la regla de nuestra creencia. Con esto los Christianos los adoptáron exclusivamente continuándoles el respeto y veneracion que siempre les habian dado. Á los otros se les dió nombre de *Apócriphos*, no porque fuesen fabulosos ni porque fuese falso todo lo que contenian, sino porque podia haberse introducido entre ellos alguna cosa, que no fuera tan segura; y desde que estos Evangelios perdiéron su autoridad, es natural que se les abandonase; que no se sacasen nuevas copias; y que poco á poco se perdiesen.

Voltaire ha hecho mucho ruido con estos Evangelios, ha tenido el ímprobo y estéril trabajo de desenterrar algunos, y de abultar sus libros con las copias literales. Pretende que eran mas de cincuenta; y es probable que fuesen mas de quinientos; porque entónces cada uno los escribia como sabia y con las noticias que podia recoger. Es na-

tural que la devocion los multiplicase ; y tambien lo es que el tiempo haya destruido muchos sin dejar de ellos la menor noticia.

Pero que sean cincuenta ó mil, ¿qué induccion puede sacar Voltaire de este hecho, que inculca con tanta ostentacion? Quando ántes que se hubiera puesto una regla se multiplicasen las historias, ¿qué puede probar mas que la devocion y el deseo de conservar la memoria? Quando en algunos se hubieran introducido hechos que fueran ménos auténticos, ¿en qué pudiera perjudicar esto á la autenticidad de los recibidos, que fuéron los primeros y los mas venerados en todo tiempo por los fieles? En efecto no se percibe, qué obgeto pudo proponerse en tan inútil y fastuosa erudicion.

Pero esto, que nada prueba al intento de Voltaire, debe probar que vuestras sospechas son poco fundadas, y que los hechos que las producen no son ciertos; pues es claro que los Christianos léjos de esconder entónces los Evangelios, los multiplicaban, se servian de ellos en las familias, y los propagaban comunicándolos á las que se hacian Christianas. Y que este fué el modo con que cada dia el Christianismo iba tomando la prodigiosa extension á que llegó despues.

Por otra parte, ¿cómo se puede decir, que los Christianos escondian sus Evangelios, quando los Apóstoles y demas Discípulos desde los primeros dias empezáron á publicarlos, y predicar la Resurreccion no solo en las plazas y calles, donde convertian Judíos á millares, sino en las Synagogas mismas y hasta en la presencia de los Jueces,

que los hacian comparecer? ¿Cómo podeis imaginar, que estos hombres por su gloria y la de su Maestro escribiesen en secreto un milagro, que no exîstia, desconfiados de que lo creyesen los actuales para hacerlo creible á sus descendientes; quando es visible, que ellos mismos lo aseguraban y certificaban haberlo visto, no solo al Pueblo que creia, sino á los Jueces mismos que los amenazaban con la muerte?

Vos veis pues, señor, que estos hechos que son tan públicos como ciertos, desmienten con claridad vuestras sospechas. Que si hubo un tiempo en que escondian los Evangelios, porque las circunstancias lo requerian, no lo hicieron así quando la Religion empezaba, sino que al contrario los publicaban; y que llenos de ardor y de caridad procuraban extenderlos á costa de su propia vida. Así habiendo disipado con evidencia este nublado, pasemos á otro.

Vos extrañais que los Autores profanos no hayan hecho mencion de la Resurreccion de Jesu Christo; y de su silencio inferis que no fué cierta: me parece que la consecuencia no es legítima; lo mas que podeis inferir es que no la viéron ó no la creyéron, ó no la quisieron escribir. Pero replicais., ¿cómo no oir ni escribir un hecho tan extraordinario, tan nuevo, tan capaz de asombrar toda la tierra? Yo pudiera responderos, que esto no debe parecer tan difícil, si se observan las circunstancias; y tambien pudiera pediros que vos mismo lo observeis.

La Judea era un pequeño y despreciado canton de la tierra. Jesu Christo pasaba por hombre

obscuro. Sus Discípulos eran Pescadores pobres y groseros. El milagro de la Resurreccion por razones que Dios ha tenido no fué público, sino como hemos visto secreto y progresivo. Jesu Christo se manifestó diversas veces, pero no fué mas que á los suyos. Estos lo viéron; pero no fuéron creidos: muchos se convirtiéron; pero otros no se quisieron convertir, sobre todo los principales como Pilatos, Heródes; los Sacerdotes, los Escribas y Doctores no se convirtiéron: todo esto formaba un cuerpo de presunciones para los que estaban léjos y no podian instruirse por sí mismos.

Un hecho de esta naturaleza no puede ser creido ni sostenerse, sino quando es verdadero. Solo la verdad puede darle consistencia; porque toda mentira se disipa con el tiempo; pero tambien para que la verdad, quando no nace apoyada con toda la luz de la evidencia, pueda sostenerse y propagarse, necesita de tiempo; él solo es el que da las ocasiones de que se manifieste, y él solo la puede consolidar; y esto es lo que ha sucedido con el Christianismo.

Pero miéntras llega este efecto del tiempo, los que no han venido todavía al de la claridad no pueden verla, y se dirigen por las ideas generales que dominan. Así la noticia de un Hombre resucitado en la Judea, que estaba solo acreditado entre un pequeño número de Judíos tan desautorizados como lo era el mismo crucificado por sentencia de sus Jueces, y despreciado por los sabios y los principales, no podia entónces hacer mucha sensacion en Roma. La noticia ó no llegaria

á hombres ocupados en el gobierno del mundo, en el estudio de las ciencias, de su ambicion y sus placeres, ó llegaria como una de las muchas fábulas, en que los instruidos se rien de la simplicidad del Pueblo, y en las que la imaginacion no se detiene. Así podia suceder muy bien, que la Resurreccion no hubiese llegado á los oidos de muchos Escritores de Roma ó á los Autores ilustres de otras partes, ó que si hubiese llegado, la oyesen en sus principios con desprecio.

Ved pues como no es extraño que muchos de ellos no hablasen en sus obras: y á pesar de estas reflexîones yo he citado ya á Suetonio, á Tácito, á Plinio, á Luciano, á Josepho, á Juliano, á Celso, todos Autores Profanos, Gentiles ó Judíos, que habláron de Jesu Christo y su Resurreccion bien ó mal, como era natural segun sus opiniones, y segun las pocas luces que podian tener de un suceso, que pasó léjos de ellos y que no pudieron exâminar por sí mismos. Pero no me detengo en esto, porque no es el modo con que pretendo responderos y lo vais á ver.

Vos decis, señor, que si la Resurreccion fuera cierta, los Escritores Profanos no la hubieran olvidado; y que su silencio es un indicio de su falsedad. Yo no quiero combatiros este raciocinio, y me ciño á haceros una pregunta: Si yo pudiera mostraros veinte textos formales de Autores Gentiles ó Judíos, que digeran, que la Resurreccion era cierta, ¿qué diriais?=

=Yo diria, que entónces era necesario creerla, porque á la prueba positiva que vos dais del testimonio unánime de los Discípulos, que asegurá-

ron haberla visto, y que la predicáron, se añadiria el de los Autores de aquel tiempo, que con el suyo mas desinteresado y mas instruido formarian una reunion de pruebas, que no seria posible resistir. Confieso que por mí no sabria qué decir mas, y temo que me haria Christiano á mi pesar: pero no tengo esta inquietud, porque no me los podréis mostrar. =

Señor, vamos de espacio, puede ser que sí, y entendámonos. ¿Qué debemos entender por Escritores profanos? Si entendeis Gentiles ó Judíos, que por no estar bien instruidos no sabian ó no creian la Resurreccion, me pedis una cosa contradictoria; porque ¿cómo pueden escribir, que la Resurreccion es cierta los que no la saben ó no la creen? Digo contradictoria, porque los suponeis profanos, y no lo serian: pues con solo el hecho de creer la Resurreccion, dexarian de serlo, y pasarian á ser Christianos. Lo único que podeis razonablemente pedir es, que os muestre Escritores de otras Sectas y otra Religion que la Christiana, que estando en el caso de poder informarse, han conocido la Resurreccion y la han escrito. Y si puedo mostraros tambien que la creyéron tanto, que dejáron por ella su antigua Secta, y adoptáron el Christianismo, me parece que su testimonio será mucho mas persuasivo. Entónces estos Autores eran profanos ayer, y son Christianos hoy: su dicho adquiere fuerza, y si lo escribiéron en tiempo en que se escribia tan poco, no me podréis negar que he encontrado mas de lo que podiais pretender.

= Yo no sé lo que quereis decir; lo que yo digo es, que soy bastante racional, para no ex-

trañar que no hablasen de la Resurreccion los Chinos y los Persas. ¿Pero por qué no la escribiéron los Griegos y Romanos que estaban cerca, no siendo probable que todos ignorasen un hecho tan extraordinario si fuera cierto? ¿Por qué no la escribiéron los mismos Judíos? Bien sé que entónces se escribia poco. Pero entre los pocos libros que han venido á nosotros, nos han pasado otras noticias. ¿Cómo no nos han comunicado esta la mayor de todas? Vos me ofreceis veinte textos formales; y yo me contentaria con quatro ó seis.=

Pues, señor, yo puedo daros no veinte textos, no veinte Autores, sino millares y millones, todos contemporáneos, que escribiéron la verdad de la Resurreccion no con tinta sino con sangre, y la certificáron no solo á la última hora de su vida, sino entre los tormentos de la muerte. En una palabra la innumerable tropa de Judíos y Gentiles, que se convirtió con la evidencia de este milagro, de aquellos que lo dejáron escrito á todos los siglos con su propia sangre.

Por egemplo Santiago entre los Judíos por su conocida virtud habia merecido el renombre de justo. Los Escribas viendo la conmocion que producia en el Pueblo lo que decian los Apóstoles de la Resurreccion, imaginan que Santiago que gozaba de la mejor y mas general estimacion, no seria por su conocida virtud capaz de apoyar una mentira, y que bastaria que él la desmintiese para que nadie la creyera. Van á hablarle y le dicen, que es necesario que desengañe al Pueblo, porque todos creerán lo que él diga.

Santiago no se explica; pero dice que está

pronto á decir la verdad al Pueblo. Le hacen subir sobre un techo, y los Escribas y Phariseos le dicen desde abajo : Tú que eres justo, y el único á quien todos debemos creer, pues que hay otros que quieren engañar al Pueblo con ese Jesus que fué crucificado, dinos la verdad. Entónces Santiago levantando la voz responde : La verdad es, que ese Jesus de quien hablais, resucitó : que ahora está sentado en el Cielo á la diestra de su Padre ; y que un dia debe volver á juzgar á los hombres. Muchos creyéron este testimonio tan público. Pero los Phariseos irritados lo precipitáron abajo y lo hicieron morir. Me parece, señor, que este es un buen Autor, que dejó escrito con su sangre un excelente Texto.

Estéban tambien ::: = Yo le interrumpí : Vos vais á hablar de los Apóstoles y Mártyres ; pero esto es volver al principio, y todo ese número no añade nada á vuestra prueba. Esta tropa era compuesta de los mismos Discípulos de Christo, ó de algunos débiles que los creyéron. Yo no hablo de esas gentes. Yo necesito de otra especie de testigos, de hombres que sean extraños, imparciales é ilustrados. =

Y bien, señor, no reñirémos por esto. Me conformo con vuestra idea, y desde luego doy por recusados á los Apóstoles, á los Evangelistas, á los Discípulos, en fin á quantos siguiéron á Jesu Christo ; consiento que su testimonio, aunque tan uniforme y tan constante, aunque dado á tanta costa, sea por ahora tenido por nulo ; y que no estimemos mas que los extraños é imparciales que hayan podido hablar en esta materia.

¿Estais contento? = Sí, Padre: y si me produ-cis testigos de esta especie, que por su parte corroboren lo que digeron los Discípulos, me daré por vencido. =

Pues bien, señor, os tomo la palabra, y vos mismo los vais á encontrar presto; porque los Discípulos, Evangelistas y Apóstoles eran un número muy corto, y los Christianos que se convirtiéron y no eran ellos, desde luego fuéron muy numerosos, y los Mártyres innumerables. De aquí debeis inferir, que los imparciales y extraños fuéron muchos, y no se puede pensar que todos hayan sido precisamente débiles. Esta presuncion seria por sí sola temeraria; pero lo es mucho mas quando se considera: que la mayor parte murió con una constancia heroyca por defender con firmeza esta misma verdad. Sería muy ridículo pensar, que eran pusilánimes unos hombres, que manifiestan un carácter tan relevante. Vé aqui un inmenso número de los testigos que buscais, y que se agregan á los Discípulos para persuadiros la verdad.

Si quereis alguna cosa mas determinada tambien os la puedo dar. Voy á presentaros un Autor, que ciertamente no podeis recusar, pues no solo era imparcial y extraño, sino sabio y enemigo. Este es Saulo, que no habia visto ni conocido á Jesu Christo, sino que profesor zeloso de los Ritos Judáycos, por principio de Religion perseguia con furor á los nuevos Discípulos de Jesus. Este ardiente y fervoroso Judío, haciendo el camino de Damasco, precisamente con el fin de ir á perseguir los Christianos, cae del caballo, dice, que Jesu Christo se le aparece, y en una palabra se

muda tanto, que al instante se hace uno de los Apóstoles mas activos, publica la Divinidad y la Resurreccion de Jesu Christo, y acaba por convertir innumerables Gentiles, de modo que él fué el que introdujo entre ellos la Religion Christiana, y terminó su Apostólica vida en los tormentos, por confesar esta misma Resurreccion. Me parece que este es un testigo sin tacha, y que no hay por donde recusarlo.

Yo pudiera presentaros tambien los muchos y grandes varones que ilustráron la cuna de la Iglesia: Philósophos de toda especie, hombres de ilustre calidad como los Polycarpos, los Ignacios, los Justinos, los Ireneos, los Lactancios, los Clementes de Alejandría, los Orígenes, los Tertulianos y otros muchos, que no solo la adornáron con sus virtudes, sino la defendiéron con sus sabios escritos. Algunos de ellos y sus Apologías se han salvado del estrago del tiempo, y han podido llegar á nuestras manos. ¿Y qué, señor, testigos y Autores de esta especie no son dignos de crédito?

Para poder mostraros los muchos, grandes y sobresalientes ingenios que ha tenido la Iglesia en todo tiempo, seria menester referiros su historia. ¿Pero cómo es posible esconderse el rápido y progresivo movimiento con que fué siempre creciendo el Christianismo, pues el que exîste hoy es un monumento visible del modo con que ha ido llegando hasta nosotros? ¿Y á qué se ha debido esta progresion tan seguida y caudalosa, sino á los nuevos milagros que hacian los Apóstoles: á los que despues de ellos hicieron sus succesores: y en fin á

los que se repitiéron en los primeros siglos?

Porque debeis observar, que cada siglo tenia sus convertidos, á causa de los milagros que veian. Por egemplo: Los del primer siglo, que no conociéron á Jesu Christo, y que fuéron Discípulos de los Apóstoles como Ignacio, Polycarpo y otros se convirtiéron, porque viéron los milagros de sus Maestros, que se decian testigos de la Resurreccion. Los del segundo como Ireneo, Justino y los demas se convirtiéron, porque viéron los de sus Maestros Ignacio y Polycarpo; y de este modo se fuéron enlazando las conversiones de unos en otros hasta el entero establecimiento de la Iglesia. El último milagro que se hizo estaba encadenado con una descendencia seguida y succesiva con los que hiciéron los Apóstoles para persuadir la Resurreccion. ¿Y qué, señor, tantos testigos de unos milagros, que los forzáron á mudar de ideas y á sacrificar su vida por confesar la Resurreccion, no os parecen buenos textos para probarla?

Yo os he cumplido mi palabra. Yo os he presentado en los Judíos y Gentiles convertidos millares de testigos, que viéron los milagros que los convirtiéron, y que fuéron autores prácticos que con su sangre escribiéron con caractéres eternos é indelebles el de la Resurreccion. Y considerad la diferencia que hay entre los Autores que os presento, y los que vos me pedis. Si yo os produgera veinte testigos formales de Autores profanos, vos pudierais decirme con razon, que los unos estaban muy léjos del theatro para estar bien informados del suceso: que los otros no habian escrito sino por rumores populares: que la autoridad de aque-

llos es sospechosa : que el testimonio de estos es vago : que el sentido de tal pasage no es claro: que el de tal otro es equívoco : que tal Autor no ha hecho mas que copiar á otro : que aquel era crédulo y estaba mal instruido. En fin vos podiais hallar razones tal vez justas , para debilitar el testimonio de todos.

Pero yo os presento no veinte sino millares de Autores de toda excepcion , sin que sea posible poner la menor de estas tachas á ninguno de ellos. Es verdad que ya no son profanos , porque se han convertido y se han hecho Christianos ; pero un momento ántes de convertirse lo eran ; y si han dejado de serlo es porque han sabido ó han visto cosas , que los han convencido. No podeis decirme, que no eran contemporáneos : que no estaban bien informados : que escribiéron por rumores populares: que estaban léjos del suceso. Por el contrario debeis suponer que se instruyéron bien , pues pudieron; y que la evidencia de la verdad los forzó á mudar de opinion : que cada uno era testigo del milagro , que lo convirtió ; y que no se contentáron con creerlo y decirlo , sino que perdiéron la vida por acreditarlo.

¡Ah , señor ! Cada Autor escribe en su gabinete lo que quiere , y de ordinario se escribe con ligereza , sin profundizar mucho la verdad de lo que se escribe ; basta que se pueda adquirir reputacion. Pero no se procede así , quando depende la vida de lo que se dice ó escribe , quando es menester sellar con su sangre la verdad que se defiende. Yo creo sin dificultad , decia Pascal , á los testigos que se dejan degollar por no ofender la verdad ; tes-

tigos que prefieren los tormentos y la muerte á la flaqueza de desmentir el hecho que han visto : tales testigos merecen ser creidos. En todos los demas puede haber mucho que rebajar , pero en estos no cabe engaño ni error.

Añadid ahora , que diez testigos oculares que mueren por sostener la verdad de un hecho que dicen haber visto , son mas creibles que diez mil que quisieran negarlo , y deben persuadir mas que cien millones que guardan silencio. Veinte textos de Autores , aunque fueran juiciosos y verídicos , no deben hacer tanta fuerza como muchos Pueblos de Mártyres ; y el silencio de todos los Historiadores, que es mudo , no pudiera ser tan elocuente , como un rio de sangre , que atraviesa los siglos , publicando siempre la verdad.

Pero yo tengo mayores ventajas , pues como habeis visto este silencio no existe ; y si todavía no os basta , si quereis que sean precisamente hombres , que no creian en la Resurreccion , los que hablan de ella , os citaré los innumerables Autores profanos , que en sus historias cuentan la asombrosa firmeza con que los Christianos sufrian la muerte para confirmar su certidumbre. Pues no es dudoso , que se les hacia padecer tantos tormentos, porque confesaban la Divinidad de Jesu Christo, fundados sobre su Resurreccion : y en verdad hablan de esta los que refieren que se padecia por ella.

No solo los Historiadores sino los Philósophos y los Poetas han escrito desde los primeros siglos la constancia mas que humana con que los Christianos hasta en el suplicio mismo confesaban é invocaban á Jesu Christo resucitado : conocian pues

este prodigio. Así no se puede decir que han guardado un profundo silencio ; y me parece que os he probado sobradamente, que no solo puedo mostraros veinte sino millares de Autores, que eran profanos , y dejáron de serlo , porque se convirtiéron; y otros millares, que aunque no se convirtiéron, no habláron ménos de la Resurreccion que confesaban los Christianos.

= Confieso , Padre , que no sé qué deciros; vuestra sagacidad me embaraza. Vos me decis cosas , que yo no sabia , y sobre que no habia reflexionado. Ya os he dicho, que yo no he hecho un estudio serio de estas materias. Así no es mucho, que á cada paso me cerreis la boca. Pero yo quisiera veros entrar en batalla con hombres mas hábiles que yo : con un Voltaire , por egemplo , ó con un Rousseau. Ellos sabrian responderos. =

¡Qué , señor! Muchas fruslerías. Me tratarian con mofa y desprecio. Si hubiera testigos , dirian chistes picantes, ironías sazonadas. ¿Pero qué podrian decir de sólido? ¿Cómo se puede resistir á la verdad? ¿Qué puede la superioridad de la eloquencia y del ingenio contra la maza irresistible de la conviccion? Seria mucha desgracia , que el error pudiese alucinar con sus falsos resplandores, y que la pura y brillante luz de la verdad no pudiese deshacer sus prestigios falaces. Pero gracias á Dios no es así. El error domina, quando no se le combate , y quando las pasiones le dejan tranquilo en la posesion del throno que le forman. Pero quando la verdad aparece , disipa los vapores del engaño como el Sol las tinieblas de la noche. Y el que no cierra los ojos y desea

conocerla, no puede dejar de ver y sentir la hermosura de su puro esplendor.

=Pero, Padre, vuestras pruebas me hacen fuerza. Mi razon queda convencida. No sé qué responder. Pero mi corazon se resiste ::: Quando pienso en un Hombre Dios, en un muerto que se resucita, y en todas las consecuencias que esto trae, mis sentidos se amotinan, la sangre me bulle, todo se me olvida, y experimento una gran repugnancia. =

Eso es natural, señor. El entendimiento es hecho para ver la luz, y no puede dejar de verla quando se le presenta; pero de la cabeza al corazon hay un espacio inmenso. Para que un hombre marche, no basta que el Sol le muestre el camino, es menester que su voluntad quiera ponerse en movimiento, que haga un esfuerzo, y que se mueva. Así no basta que la razon nos alumbre, es menester que se mueva nuestro corazon. Y esto no lo puede hacer sino la gracia. Es verdad que Dios no la niega al que la pide, y ya es una muy grande, haber convencido á la razon. ¿Pero quántos hay ::: Estando en esto suena la campana: el Padre se va, y yo quedé sumergido en confusiones. Hoy estoy cansado de escribir. En mi primera te contaré las resultas. Á Dios, Amigo.

CARTA X.

El Philósopho á Theodoro.

Querido Theodoro : ¿ Quién es capaz de pintar el estado de terror y trepidacion en que quedé quando el Padre me dejó ? ¿ Cómo es posible recoger y reducir á órden el inexplicable tropel de ideas confusas y turbadas , que atropellaban y afligian mi imaginacion ? No : jamas podré describirte ni las angustias de mi espíritu , ni las amargas inquietudes de mi corazon. ¡ Qué ! decia yo con gritos que me aterraban á mí mismo : ¿ Será posible , que yo no sea mas que un necio ? ¿ Que esos Philósophos no sean mas que hombres ligeros que se dejan alucinar de sus pasiones ? ¿ Y que este Eclesiástico , que yo veia no ha mucho con el mayor desprecio , sea el único sensato entre nosotros ?

¡ Cielo ! Si Jesu Christo ha resucitado , Jesu Christo es Dios ; y si es Dios , ¿ qué será de mí ? Entónces repasaba interiormente mi vida y el desórden de mi conducta ; mi abandono á los deleytes mas obscenos y á las pasiones mas abominables ; mi entera abjuracon de todo acto religioso ; mi desprecio á todo lo que era Christianismo ; mi odio á todo lo que podia tener relacion con la Iglesia y los Eclesiásticos ; el tedio y furor encarnizado con que ó me burlaba de ellos ó los perseguia. En fin revolvia en mi memoria

el olvido de todas mis obligaciones ; las injurias que hice á mi virtuosa y respetable muger ; la mala educacion que daba á mis hijos , y las continuas injusticias con que trataba á mis vasallos, dependientes y criados. Todo esto se me presentaba junto como una masa inmensa de iniquidad y horror ; y en el estremecimiento que sentia gritaba como un phrenético : ¡Ah ! Jesu Christo si eres Dios , ¡con qué horror me debes estar mirando!

Algunas veces no pudiendo soportar el peso de tantas angustias , queria consolarme y persuadirme á mí mismo , que acaso todo lo que el Padre me habia dicho no seria mas que una ilusion. Que él podia con su ingenio y elocuencia darle un aspecto , que imponia ; pero que desmenuzado por hombres hábiles podria hallarse frívolo. Y con este pensamiento recorria en mi espíritu sus pruebas con deseo de encontrarlas fútiles: pero quando volvia á refrescar el órden , la fuerza y claridad con que yo las percibia , volvia á gritar : No : Estos no son sofismas del ingenio : La verdad hablaba por sus labios ; y la evidencia brillaba en sus discursos.

Entre tantas reflexîones , que me acongojaban, me ocurrió una nueva , que me hizo dar un vuelco al corazon ; y esta fué la muerte que dí al Extrangero. Hasta entónces este suceso no se me habia presentado sino como una desgracia de que me consolaba fácilmente , porque la atribuia á su petulancia y orgullo. Mi amor propio se disculpaba ; porque mi intencion no fué matarlo , porque él mismo se arrojó sobre mi espada , y porque

en mi espíritu la idea de la muerte se terminaba en ella, y no pasaba jamas á las conseqüencias de otra vida.

Pero ahora que por primera vez empecé á sospechar con viveza que podia haberla, y que se castigaria en ella los excesos de esta, mi imaginacion se detuvo. Esta desgracia que habia mirado con tanta ligereza tomó á mis ojos un carácter mas grave, y me produjo un sentimiento amargo en el corazon. La conciencia empezó á hablarme, y me dijo, que si en el cembate su imprudencia lo condujo al estrago, yo habia sido el agresor; y que mi envidia, mi aversion y mal humor fuéron la primera causa de aquel daño. Este remordimiento me atravesó el alma, y me llenó de terror.

Pero lo que acabó de confundirme, y apuró mi constancia fué la idea de Manuel. ¡Aý infeliz! decia yo corriendo por mi quarto: Tú sabes ahora, tú has visto ya la verdad. Si hay un Dios justo, si ama la virtud, si castiga los vicios, ¿cómo puede haberte recibido? ¿Quál será tu suerte? ¡Santo Cielo! ¿No es locura haber vivido de esta manera? Quando el Christianismo fuera falso, quando ninguna revelacion fuera cierta; si es verdad que hay un Dios, y que él nos inspira las ideas de la virtud, y nos da á conocer la fealdad del pecado, ¿con qué ojos puede haber visto tus acciones, con qué ojos verá las mias tan parecidas á las tuyas? Este pensamiento me hacia estremecer.

Para descansar de mis angustias volvia á detener mi vista en la apacible imágen de aquel de-

voto y Religioso Padre. Su dulce y penetrante voz resonaba en mis oidos. Repasaba en mi memoria su dulzura, su caridad y su paciencia. Lo comparaba con Manuel, conmigo y con nuestros amigos, y con quantos Philósophos conozco, que viven dando satisfaccion á sus sentidos. En la comparacion me horrorizaba de nosotros. ¡Ay! volvia á decir, este Padre puede estar iluso, puede ser phanático: pero él es mil veces mas dichoso que todos nosotros juntos: él vive en paz, y goza tranquilo de su inocente vida; y todos los que se dejan :::

Y si es verdad que hay un Dios, que nos mira desde el Cielo, y que nos aguarda para tratar á cada uno segun sus obras; ¿qué diferencia pondrá entre nosotros? Y desde ahora mismo ¿con qué ojos tan diferentes debe mirarnos? Quando este buen Padre estuviera engañado, no puede dejar de serle agradable un hombre que vive con tanta pureza, inocencia y caridad, un hombre que le hace tan penosos y continuos sacrificios; porque piensa que le agrada con ellos. ¿Pero quánto debe serle odioso el que como yo no piensa mas que en satisfacer sus gustos con riesgo de desagradarle y aun de ofenderle?

¿Quién sabe si nosotros no somos los locos; y si estos buenos y simples Christianos, que tenemos por insensatos, no son los cuerdos, y los que juzgan bien? Porque vé aquí un cálculo muy breve: Ó ellos se engañan ó nosotros. Si ellos se engañan, ¿qué han perdido? Por pocos dias de vida se han privado de cortos placeres que no satisfacen: han sufrido mortificaciones ligeras que pasan. Y quando el tiempo se ha consumido, todo lo pasado es na-

da. Porque ¿qué es lo que queda despues de haber vivido? Pero si no se engañan: si es verdad, que hay otra vida eterna, y que en ella se pagan los delitos de esta ::: ¡Cielo, qué alternativa tan terrible!

El Padre tiene razon. Las pasiones nos ciegan, para no creer cosas tan claras. La Philosophía y la razon, que tanto ostentamos, no son mas que pretextos para contentar nuestros gustos. Si á lo ménos ántes de abandonar la Religion se empezara por estudiarla, por exâminarla; si se pudiera por lo ménos alegar, que se habia hecho algun exámen de sus pruebas ::: Pero abandonarla sin entenderla, y despreciarlas todas sin conocer ninguna, es una ligereza, que muestra que solo se abandona porque incomoda.

Lo peor es que estamos tan ciegos, que vivimos tranquilos; y que nos parece que sabemos quanto hay que saber. Pero en lo poco que me ha dicho el Padre, ¿quánto me ha dicho, de que yo no tenia la menor noticia? ¿Quánto que me ha sorprehendido y asombrado? Yo creia, que para saber la Religion bastaba leer á los Philósophos; y empiezo á ver, que vivia muy engañado. ¿Pero cómo no reflexîonaba, que la mayor parte de estos sabios que la desprecian, y se burlan de los que la respetan, vive dando rienda suelta á sus deseos? ¿Cómo no comprehendia, que no eran garantes suficientes, para fiarse en ellos, y que no pueden librarnos de las consecuencias? ¡Manuel! ¡infeliz Manuel! ¿han podido ellos servirte de disculpa?

¡Y qué! Este Padre, que muestra tanto talento y luces, ¿no es mas que un insensato, que crée

delirios? ¿Este hombre que hace una vida tan austera, está alucinado con ilusiones de que tan fácilmente se desengañan los mundanos? ¿Y tantos otros, que hacen los mismos sacrificios, no son mas que estólidos, dignos de irrision? ¿Pues cómo son tan virtuosos y benéficos? ¿Por qué esos Philósophos tan ilustrados y entendidos son orgullosos, intratables y avaros? ¿Y estos hombres tan crédulos y necios son tan pacíficos, desinteresados y modestos? Un error que produgera estos efectos, valiera mas que una verdad capáz de conducir á los otros excesos. ¡Pero ay! ¿Dónde está la verdad? ¿Dónde puede estar sino donde está la virtud? ¡Qué triste será conocerla tarde, y quando ya no hay remedio! Yo me acerco al fin de mi carrera. Manuel la terminó; y no puedo tardar en ir á juntarme con él en el sepulcro.

Yo pasé toda la noche en estas ó semejantes ideas. Mi agitacion era tan fuerte que no podia sosegar en el lecho, y me fué preciso salir muchas veces y pasear por mi quarto; porque no me era posible reposar un instante. Ya era cerca de amanecer, y á pesar de mis esfuerzos el sueño estaba muy distante de mis ojos. La sangre me circulaba como un torrente por las venas, y un calor extraordinario me devoraba las entrañas. Al fin despues de largas ansias vencido por la fatiga cerré los ojos á la luz, y se entorpeciéron mis sentidos.

No creo que durase un quarto de hora mi enagenamiento; pero este quarto de hora fué terrible. Léjos de sentir la calma de aquel dulce reposo, que sirve de descanso al trabajo del dia, sentia una agitacion tumultuosa del turbado y confuso desór-

den de todas mis potencias. Al instante me vi rodeado de imágenes funestas, de espantosos phantasmas, que me llenáron de terror. Me pareció que me hallaba en una tenebrosa region, en que reynaba un triste y pavoroso silencio. No veia mas que una luz funesta y denegrida, que apénas alumbraba, para poder divisar las tumbas y esqueletos de que estaba cubierta.

No dudé que me hallaba en el sitio destinado, para que habiten los muertos. La profunda inmobilidad de quanto allí yacia, añadida al horrendo y lúgubre aspecto de quanto se miraba, produgeron en mi alma sensaciones de horror. ¡Pero quánto creció mi sobresalto, quando vi que las tumbas se movian! ¡Que se abrian los sepulcros y vomitaban de su seno esqueletos animados, que con semblante cárdeno y horrible corrian presurosos, y se mezclaban los unos con los otros!

Todos tenian el aspecto hórrido, el ademan dolorido, y el gesto amenazador y espantoso. Todos echaban los ojos sobre mí, y quando pasaban cerca me arrojaban ogeadas de cólera y furor, como si se indignasen de verme todavía con vida, y que no los acompañase ya en su triste suerte. Me figuré que algunos decian en voz baja: No tardará. Observaba sus fisonomías, pero estaban tan desfiguradas, tan deshechas, que no las pódia distinguir.

En esto veo un grupo, que se abalanza contra mí, viene con tal ímpetu, y me amenaza tan de cerca que me parece imposible evitar la violencia de su choque. Quiero huir y no puedo. Mis miembros torpes y embargados no obedecen á mis deseos; ni aun el temor los puede forzar á la fuga,

y me creo despojo de su saña. ¡Pero quál fué mi espanto! ¡Quál mi dolor! Quando entre los que estaban á la frente veo, conozco y distingo al infeliz Extrangero víctima de mi propia mano, que pálido, descarnado y con los ojos llenos de furor me amenaza, y quiere con mi muerte vengar la que yo le habia dado.

Aparto los ojos para no ver el golpe que me va á descargar; y veo por el otro lado á mi amigo Manuel, que no ménos descolorido y horroroso, pero todavía mas colérico y feroz, me amenaza tambien con mayor fiereza. Yo hubiera sido víctima inevitable de su furia, si una voz sepulcral que me hizo estremecer no los hubiera detenido gritándoles: No es tiempo todavía: presto, presto.

Al instante todos aquellos cadáveres y espectros huyen presurosos, y se vuelven á esconder en sus sepulcros. Desaparecen todos los phantasmas. Cesa todo el horrible y tumultuoso rumor, y empieza otro nuevo y pavoroso silencio, parecido á la insensibilidad de la nada. Pero no dura mucho, porque poco despues oygo salir de lo interior de los sepulcros gritos horribles, dolientes alaridos que parecian exhalados por los muertos, á la manera de los que están en los tormentos. Aquella region se transformó en un theatro de angustias, en que solo se escuchaba el lamento y vivia el dolor. La impresion que sentí fué tan terrible, que desperté con sobresalto, y me encontré anegado en sudor.

Salto del lecho aterrado y despavorido. Todos los miembros del cuerpo me temblaban. No podia

apartar de mí aquellas imágenes terribles de que estaba llena mi imaginacion, y aunque corria de un lado á otro, me seguian á todas partes sin dejarme sosiego. Me costó mucho trabajo y mucho tiempo poder tranquilizar la inquietud de mi ánimo; fué menester que recurriese á mi Philosophía, y echase mano de todas las luces de mi razon para volver en mí, y reflexîonar que un sueño no podia ser mas que el efecto de una fantasía agitada, y el delirio de una imaginacion encendida. Me avergoncé de mi flaqueza, y de que un instante de error pudiese producirme una impresion tan profunda: así me propuse desecharlo y no decir al Padre nada, pareciéndome que esto podria darle una baja opinion de mi espíritu.

Pero aunque conseguí dar alguna calma á mis sentidos, me sentí muy cansado. Sea que la fiebre me quitase las fuerzas, ó que el insomnio y la tormenta de la noche me hubiesen abatido; apénas tuve bastante esfuerzo para volver al lecho, y no me hallé en disposicion de levantarme: de modo que quando el Padre vino á la hora ordinaria se sorprehendió de hallarme acostado todavía. Se llegó á mi cama con ademan afectuoso á preguntarme el motivo de esta novedad, y yo le dige que habia pasado mala noche. Pero él debió de advertir mucha alteracion en mi semblante; pues observé que se demudaba el suyo, y que con interes inquieto y temeroso quiso informarse de la causa de mi indisposicion.

Entónces le dige: ¡Ay, Padre! ¿qué mal me habeis hecho? Yo vivia tranquilo: nada era capaz de alterar la quietud de mi alma; y me pa-

rece que hubiera tenido bastante firmeza para soportar sin turbacion todas las desgracias de la fortuna y de la vida. Pero vos habeis venido á levantarme dudas que no tenia, á excitarme inquietudes que no me atormentaban, y vos seréis la causa de todas las amarguras que puedo tener en adelante. Vos me habeis hecho un mal oficio, y ciertamente jamas os lo podré perdonar. =

No es esta mi intencion, señor; y yo fuera muy infeliz si pudiera culparme de haber turbado un instante de vuestra vida. ¿Pero no es bueno conocer el peligro para evitarlo? ¿No es útil conocer la verdad para seguirla?

=Vé aquí las grandes palabras con que se alucina á los necios: El peligro, la verdad. Todo esto suena mucho, y no significa nada. ¿Pero quién puede estar cierto de nada? Lo que yo digo es, que todas vuestras razones pueden bastar para hacerme temer el peligro, sin que basten para hacérmelo evitar: que podrán darme una idea de lo que llamais verdad, sin que jamas puedan tener fuerza bastante para obligarme á abandonarlo todo por seguirla. Así lo que podréis conseguir es darme inquietudes y temores. Vos me turbaréis en la posesion tranquila de mis ideas. Vos tendréis la gloria de hacerme infeliz; pero jamas conseguiréis persuadirme de manera que os crea ciegamente, y que lo abandone todo con sacrificio de quanto pienso y amo para seguir vuestros systemas, que si pueden ser ciertos, tambien pueden ser falsos. En fin vos podeis causarme todos los inconvenientes sin procurarme ninguna de las ventajas, y en una palabra hacerme mu-

cho mal sin poder jamas hacerme bien. =

Pero, señor, en materias de esta importancia quando no hubiera mas que el menor grado de probabilidad, la menor vislumbre de apariencia: la inmensidad del riesgo :::

=Vosotros, las buenas gentes, los devotos, los Santos os imaginais que con una palabra todo está dicho, y que desde que habeis pronunciado que es prudente tomar el partido mas seguro, no hay mas que poner mano á la obra, y andar adelante. Vosotros no teneis pasiones, negocios ni relaciones con el mundo. Nada os embaraza; nada os ataja. En sacudiendo la capa, ya estais libres, y nada os estorba para ir donde quereis. ¿Pero podeis imaginar que todos son así? ¿Podeis figuraros que todos tienen las ideas tan dóciles, las percepciones tan cómodas, que han de percibir las cosas del mismo modo que vosotros?

Pues bien yo os repito, que desde que no podeis convencer con tanta evidencia, que obligueis un hombre á que se mude por entero; que cambie su cabeza; que se arranque el corazon; que se despoge de todas sus opiniones, sus gustos, sus amistades, en fin de todo lo que formaba la substancia de su exîstencia, vos no haceis mas que asesinarlo; porque sin hacer que consiga vuestra imaginaria felicidad, no podeis obtener mas que la triste satisfaccion de amargarle sus placeres; y si en el fondo teneis razon, solo lograréis el hacerlo mas culpado :::

Ya consideras, Theodoro, que este loco discurso no podia ser mas que efecto de la fiebre. El Pa-

dre lo escuchaba atónito, pero sin desmentir un instante su invencible paciencia. Y despues que me dejó decir estos y otros muchos dislates de la misma especie, sin alterar la dulce y apacible modestia de su voz me respondió:

=Yo sé, señor, quán dificil es, que un hombre que está fuera de las sendas de la Religion y de la virtud, vuelva á ellas. No ignoro lo que cuesta á la razon someterse á la fe, y quán duro es sacrificar todos los sentimientos del corazon á la austeridad de una ley tan pura como la Christiana. Sé que este es un esfuerzo superior al hombre, y que jamas la naturaleza ha podido conseguir este triumpho: pero lo que ella no puede por sí sola, lo puede con la gracia de Dios. Y Dios puede :::

=Yo estaba tan phrenético y deslumbrado, que sin ningun miramiento le interrumpí con violencia ::: ¡Dios! ¡y siempre Dios! Yo sé por mi desgracia que lo hay. No se me puede esconder, que pues exîsto y exîste todo lo que veo, es necesario que exîsta el que nos hizo. Pero esto mismo es lo que me aflige; porque si exîste debe desaprobar mis acciones y conducta. Algunas veces me consuelo con la esperanza de que puede ser que me engañe, y que quizá tendrán razon los que piensan, que el acaso es el autor de quanto exîste. Esta idea me halaga, porque en este caso no tengo que temer. Y sobre todo esto un Dios solo no me acobarda mucho, porque quizá no le importa lo que yo hago. Y si es bueno como lo debo creer, por lo ménos no me hará eternamente infeliz.

Pero vos no os contentais con un Dios. Vos que-

reis tambien á Jesu Christo, vos pretendeis que Jesu Christo es Dios. Ayer me probasteis que ha resucitado, y con pruebas que parecen tan claras y evidentes, que no es posible responder. Esto es lo que me turba; porque si es verdad que Jesu Christo ha resucitado, Jesu Christo es Dios; y si es Dios yo soy el mas infeliz hombre del mundo. Vé aquí lo que habeis conseguido conmigo, y lo único que jamas podréis conseguir: esto es hacerme dudar de una cosa, que me parecia evidentemente absurda é imposible: ¿pero qué lograis con esto? ¿Quál será el fruto de esta persecucion? Emponzoñar mi vida, amargar todos los instantes de mi exîstencia y nada mas; porque bien podréis hacerme vacilar, pero jamas me podréis convertir.

¡Cielo! si yo llegara á estar seguro, á no poder dudar, que Jesu Christo es Dios, ¿qué seria de mí? ¿Sabeis, Padre, que yo soy su mayor enemigo? ¿Sabeis que nunca he podido creer en él? ¿Sabeis que siempre he reputado su culto una supersticion tan grosera, como todas las que han corrido por el mundo?

Sabed pues todo esto, y sabed tambien que no solo lo he despreciado, sino que lo he aborrecido; porque me ha parecido el pretexto de que en todos tiempos se han servido los Eclesiásticos para seducir á los pobres Pueblos, para alucinarlos, establecer un imperio de dominacion sobre las conciencias, y apoderarse de todas las dignidades, riquezas y autoridades de los estados. Esta ambicion fundada sobre la credulidad de los pusilánimes, me ha excitado siempre la mas viva indignacion.

Con estos principios mi corazon ardia en un furor, que me parecia justo, contra todo lo que tenia viso de Christiano. Yo hubiera querido arrancar á Jesu Christo de sus Altares: hacer desaparecer la Iglesia de la tierra; y condenar todos sus Eclesiásticos al trabajo. Los progresos de la Religion me afligian: y la philosophía de mi corazon me hacia llorar esta desgracia de los hombres. La autoridad de los Eclesíasticos me irritaba. No podia sufrir su jurisdiccion: sus prosperidades me afligian: sus adversidades y abatimientos me alegraban: sus historias me llenaban de ira; y yo vivia continuamente encendido en cólera contra este culto.

Mi corazon lleno de una philosophía dulce, que me hacia amar los hombres y desear la felicidad de su vida, sentia con dolor estos errores, que veia por la ignorancia comun tan generalmente difundido. Yo hubiera querido ser Soberano para desengañar á mis vasallos: sabio para instruir á los hombres: poderoso para extirpar tantos abusos. Y ya que no tenia medios para empresa tan superior á mis fuerzas, á lo ménos contribuia con quanto estaba de mi parte á conseguirlo en lo que alcanzaba la esfera de mi actividad. Así he procurado desengañar á quantos he podido. Y sin cesar he iluminado con los principios de una philosophía ilustrada á mis amigos, criados y dependientes, ya instruyendo á los unos, ya burlándome de los otros, ridiculizando siempre todo lo que tenia viso de Religion.

Puedo lisongearme con la idea de que he logrado hacer algunas conquistas á la razon; y quan-

do esta era la pasion mas dominante de mi vida; quando yo la hubiera sacrificado por curar á los hombres de la supersticion, y quando mi anhelo era conducirlos á la felicidad por la luz de una philosophía racional; vos venis de repente á persuadirme: que ese Jesu Christo que aborrezco, porque me parece el pretexto de todos los males de los hombres: que ese Jesu Christo á quien hago la guerra desde que me conozco: que ese Jesu Christo que yo quisiera desterrar del mundo, es Dios y que ha de ser mi Juez: que hay otra vida, que no acaba; y que de su mano dependen mis destinos eternos.

Yo pensaba, Padre, en ilustraros á vos mismo. Yo me figuré que teniendo tantos talentos como os veo, seriais capaz de escuchar la voz de la razon. Creí que nacido y educado entre los errores de la supersticion, sin haber oido jamas otra cosa que sus máxîmas, podiais haberlas adoptado; pero que desde que rayasen á vuestra vista las luces de una philosophía ilustrada, vuestro buen sentido les daria preferencia: que yo podia hacer en vos una ilustre conquista: que me seria fácil haceros conocer la futilidad y el poco fundamento de vuestra creencia; y que si no lo podia conseguir, por lo ménos me divertiria con vuestro embarazo, y os quitaria el deseo de volverme á persuadir.

Con estas intenciones consiento en oiros, y tengo la desgracia de ver, que estais mejor instruido de lo que yo pensaba: que los fundamentos que yo creia muy ridículos son tan sólidos, que no solo me embarazan, sino que no veo como es po-

sible responderlas. Vos me habeis probado la Resurreccion de Jesu Christo, que prueba todo lo demas, de una manera tan clara y victoriosa que me habeis dejado atolondrado y confundido. Y vé aquí lo que causa mi turbacion; porque con este discurso habeis hecho necesaria toda la desgracia de mi vida; y la ulterior amargura de mis dias es ya inevitable. Escuchadme, Padre, y ved si tengo razon.

Ó teneis razon en el fondo ó no la teneis: ó Jesu Christo es Dios ó no lo es. Si no lo es; vos me habeis probado su Resurreccion con tanta fuerza; vos habeis dado tanta apariencia de verdad á lo que suponemos engaño, que vos mismo no pudiérais destruir ya la impresion que me dejan vuestras pruebas. Es necesario que á lo ménos la duda se apodere de mi corazon, y que con ella habiten en él los temores y las inquietudes, que no pueden dejar de atormentarme en todas las situaciones de mi vida. Y si es verdad, si Jesu Christo es Dios, y me ha de juzgar despues de una conducta como la mia, ¿qué puedo esperar :::

Misericordia ::: gritó el Padre levantándose y extendiendo las manos al Cielo. Yo me detuve viendo su accion y movimiento. Pero ó sea que el Padre me considerase verdaderamente phrenético, ó que me creyese enfermo, y no le pareciese oportuno aquel momento para conversacion tan animada, se volvió á sentar; y tomando otra vez el tono dulce de su voz, me dijo: Yo creo, señor, que estais con la fiebre; y me parece que ahora es tiempo de pensar solamente en vuestra salud. Para lo demas habrá tiempo; y

Dios lo dispondrá de modo que quedeis contento y sosegado. Ahora lo mas urgente es la salud. Permitidme que vaya á llamar al Enfermero, y que este vea si puede hacer disponer algo para vuestro alivio.

En efecto salió, y poco despues volvió con el Enfermero, que me encontró con calentura y me ordenó el reposo. No te contaré por menor lo que pasó en los tres dias, que me fuéron necesarios para recobrarme: las mismas atenciones de los asistentes, la misma caridad y prudencia de parte del Padre, que jamas quiso consentir que yo á pesar de mis deseos le hablase en estos asuntos, diciéndome siempre, que despues tendríamos tiempo para hablar, y que por entónces era preciso no pensar mas que en mi recobro. Yo me sugetaba por fuerza; pero entre tanto admiraba su virtud, que cada dia ganaba mas mi corazon; y repasaba en mi memoria todo lo que me habia dicho. No podia desechar de mí aquel bien ordenado esquadron de pruebas, que miéntras mas las observaba, me dejaban mas aterrado, y mis reflexîones me devoraban.

Por otra parte mi nuevo y oficioso amigo me habia hecho ver en las últimas conversaciones tanta superioridad de talentos, que me habia forzado á sentimientos de respeto y veneracion. No es posible que te pinte la luz sobrenatural y celeste, que brillaba en sus ojos, quando me referia las pruebas de la Resurreccion; ni ménos la fuerza y magestad con que respondia á todas mis obgeciones. Me parecia un gigante, que con una maza en la mano se burlaba de los insultos de un pigmeo. ¡Qué pequeño me parecia yo mismo en aquel mo-

mento á mis propios ojos! Así á los afectos de ternura y gratitud que me habia inspirado su oficiosa solicitud por mi recobro, este hombre habia añadido los de una alta estimacion por sus talentos y persona. Ya no era para mí un Eclesiástico, que yo suponia ser como creia que eran todos los de su trage; era un hombre superior, que me habia forzado á reconocer su ilustracion y venerar su virtud.

Yo estaba pues obligado á mirarlo con ojos muy diferentes que al principio. Y me sentia interiormente corrido de haberme propasado en mis últimos discursos tanto en las palabras como en el tono á desacatos, que no hubiera debido permitirme. Así quando despues de tres dias, que ya estaba restablecido, me vi á solas con él, le dige: ¿Me perdonaréis, Padre, mis imprudencias del otro dia? = ¡Ay, señor! me respondió con ojos en que brillaba una alegría divina: ¡Perdonaros! ¿y de qué? Yo no me ocupo en otra cosa, que en dar gracias á Dios, que me hace ver la inmensidad de sus misericordias. Sí, señor, no lo dudeis. Su poderosa mano está aquí, y la reverente humildad de mi fe la está viendo. Nada hace Dios, que no sea un egercicio de su bondad; y pues os ha traido aquí, tened por cierto que no ha sido en valde.

Sin duda es gran desgracia haber pasado una gran parte de la vida en la incredulidad, y no lo es ménos haber dado á la injusticia de las pasiones muchos años preciosos, que se debieran emplear todos en el estudio de la verdad, y en la práctica de la virtud. ¡Feliz, mil veces feliz, únicamente feliz el hombre, que ha sabido completar la

carrera de sus dias, y que lleva á la tumba el delicioso consuelo de no haber amado en la tierra mas que al único bien, que va á encontrar en la eternidad! ¿Qué dicha puede compararse á la de morir, sin haberse dejado devorar por el remordimiento; y entregar á su Criador una alma intacta, nunca ajada por el impuro soplo de los vicios?

Pero aunque esto es verdad, tambien es cierto, que nada es tan grande ni tan digno de la Divina misericordia como la piadosa aceptacion con que recibe el llanto y los suspiros del arrepentimiento. Su bondad nada desea tanto como recobrar un corazon, que se le perdió en los abysmos de la incredulidad. Nada le complace tanto como verle volver con la fe á reconocer su Padre y su Pastor para amarle y adorarle con el culto de la Religion, que se dignó enseñar. Nada le interesa tanto como recibir en sus brazos paternales al hijo ingrato, que desconociéndolo largo tiempo, se entregó al furor de sus pasiones, quando volviendo en sí siente su miseria, y busca arrepentido el seno de su Dios.

Porque, señor, si Dios es magnífico y grande, quando fortalece al hombre contra su flaqueza natural, si es gloria de su gracia preservarlo de la corrupcion á pesar de los peligros que lo cercan, no lo es ménos purificarlo de la infeccion que ha contraido, sacarlo de los abysmos en que ha caido, y restituirle por su misericordia los derechos de que lo habia privado su justicia. Este Dios de bondad, que tiene Ángeles para que nos preserven de la caida, tambien los tiene para que nos saquen de la tierra de Egypto, de la casa

de la esclavitud. Y parece que en cierto modo esta obra de la restauracion es mas difícil, y que muestra mas la fuerza de su poder, y la extension de su clemencia.

En efecto se observa, que el que recobra la virtud, despues que la perdió, siente mayor dulzura, que el que nunca la ha perdido; como si Dios le quisiera consolar del nuevo dolor, que le causa la memoria de sus ingratitudes; como si quisiera hacerle sentir, que el yugo que le va á imponer, es mas dulce que el que le obliga á dejar en el mundo y en sus usos tyránicos; como si quisiera encadenarlo á su servicio con lazos mas dulces, para que sean indisolubles; como si quisiera manifestar el gozo que tiene de haberlo recobrado; en fin como si tuviera rezelo de volverlo á perder, parece que se apresura á derramar sobre él á manos llenas sus riquezas, y hacerle gustar quantas dulzuras reserva en los thesoros de su piedad.

Por eso vierte en su corazon una satisfaccion inexplicable, un consuelo delicioso, un calor Divino, una dulce confianza, que ya es parte de su inefable felicidad. ¡Ay, señor! No es posible dar nombre á esta efusion de la gracia en una alma penitente; porque no hay palabras que correspondan á la excelencia de lo que es Divino: una comunicacion tan íntima de su luz soberana no se puede explicar sino con el silencio, la inmobilidad y la profunda contemplacion del corazon feliz, que la siente y se satisface.

No es la mayor injuria que se puede hacer á Jesu Christo desconocerlo, ultrajarlo y ofender-

lo. La mayor seria desconfiar de su bondad: imaginar que puede haber delitos mayores que su misericordia: creer que haya culpas, que su bondad no quiera perdonar; ó manchas, que no alcance á lavar su Divina Sangre.

Baja idea forma de Dios, y conoce mal su Religion el que llega á temer, que la enormidad ó la multitud de las culpas pueda detener un instante los impulsos de la misericordia. No es la gravedad de los pecados la que Dios considera, sino la viveza del arrepentimiento y la sinceridad de la resolucion; y desde que advierte estos dos movimientos del alma, la sangre del Cordero todo lo lava, y la bondad Divina todo lo olvida. El que era obgeto de cólera pasa á serlo de amor, y el enemigo se transforma en hijo.

¡Ay, señor! Un pecador verdaderamente convertido es un magnífico espectáculo para el Cielo. Sáulo era el mayor enemigo de Dios y de su Christo; pero apénas movido por la gracia abre los ojos y conoce su yerro, Dios se complace en llenarlo de todas sus riquezas. De vaso de ira, lo eleva á vaso de eleccion, lo transforma en Apóstol de las gentes; y el que era perseguidor de la Religion, es el instrumento que la propaga con mas fruto.

Pero degemos egemplos, que están léjos de nosotros, y que se pudieran multiplicar sin fin. ¿Quántos vemos entre nosotros mismos que habiendo bebido el tósigo de la incredulidad, y despues de haber sido largo tiempo escandalosos y profanos, son hoy Christianos sometidos? ¿Quántos hoy dan gloria á Dios y á Jesu Christo, que fuéron

muchos años sus enemigos mas encarnizados? Parece que Dios quiere sacar una nueva gloria mostrando el poder que ha tenido en doblegar los corazones mas inflexìbles y tenaces.

Nada es tan claro ni tan repetido en los Divinos Libros, como este amor, este deseo, esta tierna solicitud con que Dios anhela la conversion de los pecadores. Aborrece el pecado, porque la ingratitud y la malicia son incompatibles con su pureza y santidad, pero busca por sí mismo al pecador; y miéntras le deja la vida, que es el tiempo de la misericordia, no solo está con los brazos abiertos para perdonarlo, sino que lo excita sin cesar con movimientos interiores, para que implore su perdon. El pecado lo ha arrojado de aquel corazon; pero el Señor no se aleja. Á la puerta se queda, allí le toca con latidos secretos, con inspiraciones amorosas.

El Salvador nos ha repetido esta verdad en los discursos de su mision Divina. ¡Qué imágen la del hijo pródigo y disoluto! Agobiado con el peso de su miseria, devorado por su vergüenza y sus remordimientos, vuela á los pies de un padre, que olvida en un momento todos los horrores del mas depravado de los hijos. Sin tardar un instante cede al imperioso ascendiente de la naturaleza y de la sangre. Como si nunca le hubiera ofendido se arroja con ardor sobre esta amada y tanto tiempo perdida parte de sí mismo. Inunda con las dulces lágrimas de su alegría paternal aquellas megillas ya marchitas con los trabajos y miserias: lo estrecha con sus brazos, y lo aprieta contra su corazon. ¡Qué espectáculo tan tierno! Una alma sensible no puede resistir á situacion tan dulce. Y quan-

do el Hijo de Dios, para alentar nuestra confianza, nos pinta la misericordia Divina con colores de tanta fuerza y energía; quando emplea medios tan delicados y victoriosos, ¿cómo es posible no distinguir en ellos los sentimientos del mas tierno de los padres, y los afectos del mejor de los amigos?

El Evangelio está lleno de rasgos de igual fuerza; y Jesu Christo no se ha contentado con decirlo, sino tambien lo ha probado con su propia conducta. En el curso de su augusto y laborioso ministerio nada ha encarecido tanto como el precio y la excelencia que contrae á los ojos de Dios, el alma que dolorida de sus yerros implora su clemencia. Y si no observad sus acciones:

Miéntras rodeado de sus Discípulos discurria por las Aldeas y Lugares de la Judea y Galilea, veia y escuchaba sin emocion alguna lo que podia interesar la curiosidad de los demas. Los obgetos mas extraños, las revoluciones mas nuevas, las grandes empresas de los dueños del mundo, la magnificencia de los edificios, la antigüedad de los monumentos, todo le era indiferente. Nada lo detenia ni fijaba. Nada lo sacaba un instante del profundo y magestuoso recogimiento con que meditaba de continuo establecer el Reyno de Dios y la salvacion de las almas sobre las ruinas de los errores y de las pasiones de la tierra.

Pero quando sus ojos reposaban sobre algun obgeto, que pertenecia á este grande y magnífico designio; quando este Pastor soberano encontraba una oveja descaminada; quando su espíritu empezaba á excitar en ella las primeras turbaciones que preparaban su retorno; quando veia que iba á sa-

car un escogido del seno de la corrupcion; quando mira por egemplo á una pecadora famosa por sus escándalos, que ya aterrada de sus muchos excesos se apresura á buscarle, se arroja á sus pies, los oprime religiosamente con sus labios, los lava con sus lágrimas, y los enjuga con sus cabellos: entónces si se le vé enternecido y lleno de interes, se diria, que inflamado con el ardor de su gozo siente y nos quiere hacer sentir toda la importancia de aquel caso.

Basta observar lo que dice y hace en aquella circunstancia para percibir su satisfaccion. Parece que tiene delante de los ojos el obgeto mas grato que le pueda presentar el universo. No es mas que una pecadora, pero arrepentida; y esto ha bastado para que le ganase el corazon: reparad con qué interes y gozo la expone á la admiracion de los asistentes: observad como la postura de su humillacion, su llanto y los dignos frutos de su penitencia le parecen sublimes y gloriosos. ¡Cómo se manifiesta complacido en esta muger que está á sus pies, uno de los primeros y mas brillantes frutos de su mision Divina!

Ved esa muger, dice á los circunstantes, y con estas palabras despierta su atencion, como si quisiera dar á este acto, que pasa en la obscuridad de una casa, la publicidad que merece un grande y memorable suceso; y como si quisiera dar valor y dignidad á quantas circunstancias lo acompañan, las hace reparar todas para darnos á entender, que todo es precioso en las obras que inspira la gracia: que nada puede agradarle tanto como la conversion de un corazon: que no

olvida nada de lo que se hace por su amor; pues su tierna fidelidad nos cuenta con exâctitud hasta los mas pequeños sacrificios.

Es inposible, Theodoro, que yo te repita todo lo que el Padre me dijo en este asunto; porque despues me habló del buen Ladron: me citó lo que dice el Evangelio de la alegría que hay en el Cielo por la conversion de un pecador, mas viva todavía que la que produce la perseverancia de cien justos. En fin me dijo tantas cosas, que no era posible retenerlas todas. Por otra parte te confieso, que yo no les abria enteramente mi alma para recibir su impresion. Así era indispensable, que perdiesen conmigo una gran parte de su efecto. Mi corazon todavía mal dispuesto no se prestaba con sinceridad á sus discursos; y léjos de desear la conviccion, no las escuchaba, sino para encontrar motivos de disuadirme, y razones para rechazarlas.

Pero á pesar de toda mi repugnancia este santo y constante varon no se cansaba, y por espacio de tres dias me habló siempre de la misericordia Divina, y de la inmensa caridad de Jesu Christo para los pecadores, con tal tono de persuasion y de confianza, con afectos tan fervorosos y sensibles, que á veces me sorprehendia el corazon, y lo encontraba casi persuadido. Era en efecto un rio de elocuencia, su ayre, su gesto, la viveza de sus ojos, la rapidez y magestad de sus palabras, el tono de uncion y santidad con que revestia sus discursos: todo en fin lo que veia en él, se me figuraba mas que humano. Y como si poco á poco me introdugera sus ideas, cada

momento le daba una victoria sobre mi alma.

Habia instantes en que lograba arrebatarme de manera, que casi no respiraba solo por oirlo. Me dejaba como absorto, como enagenado, como si el espíritu de este hombre asombroso comunicase con el mio, y lo encendiese con el mismo fuego. Me parecia que sacaba su fuerza y su doctrina del seno mismo de la verdad. Se me figuraba que hablaba de Dios, como quien conocia su gloria, y habia visto ya los esplendores de su luz. Sobre todo escuchaba con interes y con gusto inexplicable lo que me decia de la dulzura y la facilidad con que Jesu Christo perdona á los arrepentidos. La viveza con que me pintaba el amor, la ternura y los sacrificios de este Divino Redentor, inflamaba mi corazon con afectos tan puros, tiernos y filiales, que casi no podia resistir á su impresion.

Pero habia otros instantes en que mi helada philosophía, mis antiguas opiniones, mis envegecidas costumbres, la imposibilidad de creer cosas tan extrañas, y sobre todo la dificultad de emprender una vida tan áspera y desabrida como la que impone el Evangelio, se volvian á apoderar de mi corazon, y ganaban el ascendiente primitivo. Entónces se enfriaba mi entusiasmo: llamaba tambien á mi socorro la memoria de nuestros Philósophos ilustres, y estas ideas bastaban á destruir todo el encanto de aquella ilusion.

En uno de estos momentos infelices le dige: Padre, ¿cómo si Jesu Christo es tan bueno ha podido dar una Ley tan severa, tan rigorosa, preceptos tan contrarios á la naturaleza, tan re-

pugnantes al corazon, tan enemigos de los sentidos, y que en fin es casi imposible practicar? El Christiano no vive mas que de sacrificios y privaciones. ¿Qué importa á Jesu Christo tanta y tan ruda penitencia? ¿Y por qué ha querido hacernos comprar la felicidad de la otra vida con las penas y miserias de esta? ¿No seria mas digno de su grandeza, siendo Dios, darnos la felicidad en todo tiempo y sin tanta costa?

Vé aquí, señor, me respondió, uno de los mayores obstáculos de la fe. No es por lo ordinario la razon la que se le resiste, es la flaqueza del corazon la que no tiene bastante valor para reformar sus costumbres. Los incrédulos se figuran que es un terrible y dificil empeño alistarse en las banderas de la Religion. La idea de vivir como Christianos les contrista, y la observancia de las Leyes religiosas se les presenta como una imágen lúgubre y austéra que los horroriza. La vida de las personas devotas les parece tan grave, tan triste y desabrida, que piensan que no hay en ella un instante de gozo ó de consuelo, y que es menester un esfuerzo incesante y laborioso para sugetarse á la severidad de los sacrificios que impone el Evangelio.

¡Pero qué error! ¡Qué engaño! ¡Y qué desgracia que esto sea tan comun! Pues es lo que mas generalmente detiene á los hombres en las sendas del vicio. Ninguno hay que sea tan injurioso á la dulzura de la fe y á la excelencia de los dones, que el egercicio de la Religion comunica al hombre justo. Y aunque pudiera deciros muchas cosas para probaros su falsedad, no os haré ahora mas que

una reflexîon, porque es mas personal á los incrédulos, y á los que se abandonan á una vida de disolucion.

Vos no me negaréis, señor, que este género de vida conduce insensiblemente á la pérdida de la salud y de las fuerzas, que se vén muchos jóvenes, que en el tiempo en que el temperamento se forma y fortifica, ya llevan en sus megillas marchitas las arrugas de la vegez, y están mas cerca del sepulcro, que los que han visto correr la mitad de un siglo; porque las pasiones que no se moderan, precipitan con celeridad en la tumba.

Pero quando la fuerza de la constitucion resista por algun tiempo á la fuerza de su impulso, es cierto que no tardará el dia en que sea menester apelar al socorro del arte. ¿Qué hacen entónces? Llamar al Médico. ¿Y qué puede hacer este? Lo ménos que hará es imponeros el mismo régimen que os impone al Evangelio, y acaso será mas severo que Jesu Christo. Es seguro que ordenará las mismas privaciones y sacrificios que ahora se hallan tan impracticables, quando la Religion los ordena. Declarará que no queda recurso ni esperanza, si el enfermo no corta al instante todas las causas que han alterado su temperamento, si no se sugeta á la mas rigurosa continencia, y á la sobriedad y parsimonia mas exâcta en el uso de todo.

Quizá exîgirá mas, y hasta el sacrificio de los pensamientos; porque podrá decir que el efecto de los remedios depende de la libertad del alma, de la tranquilidad del corazon, y que es menester sacudir de sí toda idea, deseo ó memoria de quan-

tas imágenes puedan irritar y agitar los sentidos. Así una sola indisposicion hará, que de repente el mismo que ayer nadaba en un mar de delicias, se halle hoy postrado en un lecho de dolor, y se vea víctima de sus pasiones y de sus suplicios. Súbitamente se encontrará tan crucificado al mundo, como los mas antiguos y Santos Discípulos de Jesu Christo.

¿Y por qué tanto valor y resolucion? Porque lo manda un hombre, que no tiene mas autoridad, que la que le da el miedo de la muerte: ¿y quando Dios nos habla, y que debemos temer la muerte eterna; sus remedios nos parecen insoportables, y no tenemos valor para emprenderlos? El amor de la salud nos obliga á pasar por todo; nada nos acobarda ni detiene; ¿y el deseo de una salud sin término no puede animarnos á los mas ligeros esfuerzos? ¿Quántos enfermos hay en el mundo que sin reflexîonarlo llevan ya sobre sí todo el peso de los preceptos de la fe: que sufren por fuerza las privaciones de la Ley: que ya hacen lo que parece mas difícil en el camino del Cielo; y á quienes no falta otra cosa que juntar con el sacrificio necesario el voluntario, santificar con su corazon los sufrimientos de la naturaleza, y añadir á las ventajas del recobro y de una vida tranquila todas las esperanzas y riquezas de la Religion?

El Médico, señor, no prescribe los medicamentos, sino para restablecer el cuerpo; y el Evangelio prescribe los mismos para restablecer el alma. Si aquel pretende reparar los estragos que han causado el tiempo y las pasiones, este no solo pretende repararlos, sino impedirlos, repriniendo su

violencia. Así el Evangelio no solo es la medicina de las almas, sino la perfeccion del arte, que cura y repara nuestros cuerpos, como lo es de las ciencias que ilustran nuestro espíritu, y de las virtudes que forman el buen corazon.

No hay casi enfermedad, que no tenga su raiz en alguno de los desórdenes que el Christianismo prohibe; y se pudiera demostrar con la mayor evidencia, que si todos los hombres vivieran arreglados á la Ley del Evangelio, se desterrarian de la tierra la mayor parte de los males y accidentes, que nos conducen tan presto y tan temprano á la muerte. Se demostraria: que por fin se habia encontrado la verdadera medicina: que todos viviríamos sanos y dichosos: que la muerte regularmente no seria mas, que la última madurez de una sana y amable ancianidad; y que en fin su guadaña no podria destruirnos con violencia, sino con el paso lento y progresivo de la naturaleza y del tiempo.

Preguntad, señor, á los que convertidos á Jesu Christo han pasado algunos tiempos en los egercicios de la virtud Christiana, y todos os dirán, que han encontrado el verdadero régimen que les sostiene una salud constante. Todos os asegurarán, que su regeneracion á la vida futura los ha hecho renacer tambien á la vida presente. Si se vé el egemplo de algunos, que sobreviven poco á su mudanza, es porque la demasiada intemperancia de su antigua vida habia enflaquecido las fuerzas de su temperamento, y que la muerte estaba ya anidada en medio de sus órganos apurados. Pero observad, que entre los que viven en el tumulto del mundo y en la agitacion de los placeres, no se vén tantos

ancianos ni tan robustos, como en los claustros austéros en que se hace una vida religiosa.

Es muy raro ver morir la juventud ni la robustez en esos obscuros retiros, en que tantos amantes de la cruz y de la penitencia se santifican continuamente con el silencio, el ayuno y el trabajo. La muerte allí solo se atreve á acometer aquellas cabezas venerables, en quienes el tiempo ha consumido hasta las canas, y cuya calva agobiada se arrastra con pasos muy pausados á su tumba. Los accidentes agudos y violentos son tan insólitos, como las muertes súbitas ó anticipadas. Todos van á la eternidad, pero todos se siguen unos á otros con poca diferencia en las graduaciones de su edad. El mal con que mueren de ordinario no tiene carácter distinguido, ni se le puede dar nombre. Mueren porque son hombres, y porque es preciso morir: se acaban, se extinguen, y la mayor parte exhala el último suspiro pidiendo á sus hermanos perdon de las faltas que no tienen.

No se muere así en el mundo, no mueren así los que vivian en la inquietud y desórden de las pasiones. Lo que en el retiro de una vida Christiana seria una indisposicion sin consecuencia, es para el que hace una vida tumultuosa un syntoma muy serio y peligroso. La fiebre mas ligera basta para abrasar y consumir un cuerpo en que todo fermenta. Así causa terror ver la rapidez con que la muerte arrebata su víctima. Ayer apénas estaba indispuesto, y hoy una llama devora sus entrañas. No es sangre sino fuego lo que circula por sus venas. Lo peor es que al instante la razon se

turba, el conocimiento se pierde, la imaginacion delira, y ni siquiera deja á los que lo lloran el consuelo de saber que murió sabiendo que moria.

Ved pues, señor, como la vida del Evangelio no es tan áspera como os parece. Ved, que Jesu Christo para daros la vida eterna no os obliga aun á tanto rigor, como es el que prescribe un Médico para restablecer la salud temporal. Es bien injusto quejarse de que para tanto bien se nos prohiban placeres vergonzosos y delincuentes, quando el temor de la muerte basta para hacernos abstener hasta de los inocentes y moderados. Y es menester estar ciego para no conocer que el Evangelio al mismo tiempo que es la Ley que debemos obedecer, es tambien la regla de nuestro bien y el remedio de todos nuestros males. San Pablo decia [a], que la Religion es buena para todo, porque si nos facilita la felicidad futura, tambien nos procura la presente. La lástima es que los que no conocen por experiencia la vida Evangélica, no tienen la verdad de este discurso; y que solo la sienten los que la experimentan, y no necesitan de que se les diga.

= Quando eso fuera cierto, quando fuera verdad, que las austeridades que Jesu Christo nos impone no contradicen su bondad, porque nos son útiles y sirven á refrenar nuestras pasiones; ¿cómo podréis sostener que es bueno aquel que vino á espantar al mundo con el dogma terrible de un infierno? ¡Cielo santo! ¡qué docrina tan abominable y espantosa! ¡Qué bondad la de castigar po-

a 1. *Timoth.* IV. 8.

bres criaturas, que naciéron débiles y cercadas de pasiones fuertes, con tormentos irrevocables y eternos, que nunca acaban! No solo no cabe en la bondad, pero ni en la justicia del mas rígido condenar á penas infinitas á un hombre, cuya naturaleza es flaca y deleznable, por errores de un momento, por infracciones de un instante.

¿Cómo si Jesu Christo es Dios, ha podido enseñar un dogma tan duro? ¿Cómo si es bueno, ha podido amenazar con una pena tan injusta? ¿Y cómo cabe, que aquel á quien se supone por atributo la suprema bondad pueda jactarse y repetir, que reserva y destina los mayores tormentos al infeliz, que él mismo abandona al furor de sus pasiones? Hay en esta monstruosa doctrina tanto horror, tanta iniquidad, tanta injuria á Dios y tanto motivo de despecho para los hombres, que yo no comprehendo, cómo ha sido posible inventarla ni creerla. En quanto á mí yo la miro como el systema mas odioso, mas funesto y mas contrario al reposo del alma. Si yo fuera capaz de ser Christiano, esta idea sola me haria la vida insoportable; pero á buena cuenta yo no soy tan débil: el Dios que yo puedo adorar no es un tyrano, y jamas he creido ni jamas creeré una doctrina tan ridícula, como injuriosa á la bondad Divina.=

¡Ay, señor! y cómo os engañais! Vos no quisierais creer en el infierno, y puede ser que á vuestro pesar lo creais mas de lo que quisierais. Para quitarse de la vista tan espantosa perspectiva, no basta desearlo, ni basta adoptar las costumbres y el estilo de los que apostatan de la fe. Nada manifiesta tanto que esta creencia reside en un

corazon con todos sus terrores, como el interes y el empeño con que se pretende destruirla; y yo diviso vuestra persuasion, ó á lo ménos vuestra duda, que quizá es mas turbulenta, en el mismo conato con que os esforzais á seduciros. Es claro que os inquieta, pues teneis tan vivo deseo de arrancarla de vuestro pensamiento.

Lo mismo sucede á los incrédulos mas decididos. Observadlos y veréis, que jamas pueden sacudir de sí esta antigua y general creencia. Y aun veréis, que á pesar del atrevimiento con que se explican, el fondo de su conciencia está siempre trémulo y espantado. Contadles la muerte súbita de algun incrédulo impenitente, y los veréis turbarse y ponerse pálidos. Os harán mil preguntas sobre todas las circunstancias del suceso. Se informarán de la enfermedad, de la edad y del temperamento del difunto; y todo es para tranquilizarse y ver si por alguna diferencia pueden encontrar motivo de esperar que no les sucederá lo mismo. Todo es para librarse del terror que el suceso les inspira, con la esperanza de que no serán tan repentinamente sorprehendidos; y que hallarán un instante para tomar partido mas prudente.

Así, señor, es menester distinguir bien estas disposiciones íntimas del corazon, y no llamar incredulidad lo que no es mas que deseo de ella, y un odio furioso á todo lo que refrena las pasiones. Este dogma no es terrible mas que para los incrédulos y malvados; porque no habla mas que con ellos, y la Religion solo para ellos lo reserva. En el systema práctico de la fe, ó en el egercicio continuo de las virtudes, aunque se sabe que hay in-

fierno no horroriza, porque el corazon lo olvida, para no pensar mas que en la felicidad suprema que espera por la confianza que tiene en la bondad Divina.

Así aquel que no pueda soportar esta idea, debe apresurarse á ponerse en estado de no temerla, y reunirse con aquellos para quienes en efecto no exîste. Este es el único partido prudente, porque el de pretender engañarse á sí mismo con blasphemias inutiles no basta para tranquilizarse; pues á pesar de ellas siempre queda bastante luz para conocer, que un corazon corrompido es digno de castigo, y que la Justicia Divina lo sabrá alcanzar mas allá de la tumba.

El infierno que tanto turba y consterna á los malos, no derrama la menor amargüra sobre los corazones arreglados. El buen Christiano no teme un por venir desdichado; y miéntras los incrédulos que lo niegan sufren desde ahora una parte de sus tormentos, el virtuoso goza desde ahora la tranquilidad que aquellos desean vanamente: esto es, no teme las amenazas del Evangelio; por el contrario espera una felicidad, que en ningun caso los incrédulos pueden prometerse. El cuidado de rechazar todo excesivo temor y desconfianza, y la dulce esperanza en la bondad Divina son las primeras virtudes del Christiano. Así para librarse de los terrores del infierno es menester en todos sentidos recurrir á la Religion.

Si vos pudierais abrir el seno, y penetrar los sentimientos del justo que practica sus preceptos, vierais que esos suplicios eternos que tanto consternan á los viciosos, casi nunca turban la dulce

alegria en que nada su sereno corazon. Solo se ocupa de la gloria que está preparada para los que creen y confian en Jesu Christo ; ni se acuerda de que en la otra vida hay otro estado , que el que se prepara á los hijos de Dios ; su alma está tan llena , tan embriagada con la magnificencia y riqueza de las promesas Divinas , que no le queda tiempo ni gusto para pensar en otra cosa. No puede dar entrada á ninguna idea de terror , porque está toda ocupada con la esperanza bienaventurada.

Venid , señor , y registrad todos los aposentos y los rincones de esta casa. Exâminad todos mis muchos y santos compañeros. Vedlos en el Coro, en sus sacrificios , en sus recreaciones , no veréis que ninguno se inquiete por el terror de tan espantoso pensamiento. Desde que entráron en la alianza de Jesu Christo todos viven con el amor y la confianza. Penetrad tambien esos claustros observantes , en que se guarda el Evangelio sin relajacion. Levantad el tupido velo que cubre esas inocentes y puras Esposas de Jesus , que léjos del mundo y sus delicias , que han abandonado , consagran su juventud y su inocencia al amor del Esposo , que se dignó de recibirlas en su seno. Recorred todas esas casas devotas , en que se profesa la virtud , y se repiten los egemplos. Podréis hallar en ellas almas penitentes , que lloran los errores ó los pasados extravíos de su vida ; pero no encontraréis ninguna á quien consterne de continuo la idea del infierno ; porque todas han perdido el temor servil , desde que dejáron los vicios que lo merecen. Su memoria se ha perdido tanto , que casi no se habla de él , para poder

hablar mas de la bondad de Dios y de su Gloria.

Pero corred despues todos los theatros profanos, todos esos suntuosos Palacios en que habita el lujo con el vicio, todas esas sociedades Philosóphicas en que se derraman las nuevas y atrevidas opiniones, allí es donde oiréis hablar del infierno, como en un campo se habla del enemigo; porque se le teme y puede sorprehender. Oiréis que para destruirlo se echa por tierra todo moral, toda virtud, toda Religion; pero tan inútil esfuerzo y conato tan ardiente hacen visible el poco crédito que se da á lo mismo que se procura persuadir; pues quando se está convencido de una verdad es superfluo el inculcarla tanto.

En fin los incrédulos quisieran que no hubiera infierno, y tienen razon, porque está destinado por ellos: pero ni sus deseos ni sus blasphemias pueden hacer que no sea lo que es. Hallan incompatible la infinita bondad de Dios con la idea de que castigue con penas irrevocables y eternas á hombres débiles por culpas pasageras. Sin duda que el alma se llena de horror, quando considera que un hombre será víctima de un suplicio inmortal. Esta imágen nos espanta y horroriza: nuestro corazon se estremece, y confundimos la impresion de horror, que reciben la flaqueza y sensibilidad humana con las repugnancias de la razon, pretendiendo que nuestras aversiones naturales sean la regla que deba medir los castigos de Dios.

¿Pero qué nos debe decir el buen sentido? Que si el mismo Dios nos ha dicho, que hay un infierno eterno y siempre abierto á los pies de los que mueren sin haber adorado á su Dios, ó sin haber

implorado su bondad, es necesario creerlo. Y que esta es una verdad infalible, pues aunque sea tan terrible para el que lo desprecia, Dios á vista de toda su clemencia la deja subsistir en toda su fuerza: vos vendréis entónces á alegarme razones interminables sacadas de la bondad Divina y de la miseria del hombre, de la desproporcion que aparece entre tormentos eternos y culpas transitorias; y otras mil reflexîones, que se presentan desde luego al espíritu; pero yo responderé á todo: Dios lo ha dicho.

En fin este es uno de aquellos casos de que hemos discurrido otras veces, y en que el hombre se halla entre dos verdades, que le parecen contradictorias y que no lo son; pues aunque no alcanzara los medios de conciliarlas, son verdades, y está obligado por su propia evidencia á creer una y otra. Hemos propuesto el egemplo de la libertad del hombre, que parece incompatible con la presciencia Divina; y á pesar de esta incompatibilidad, como por un lado el hombre sabe y siente que es libre, y por otro no puede dudar que Dios todo lo prevee, está obligado á creer lo uno y lo otro; y su razon le dice, que aunque él no sepa conciliar dos extremos que parecen contradecirse, es por defecto de su inteligencia; y que ciertamente se concilian, pues exîsten.

Lo mismo digo del infierno. Por un lado parece rigor condenar por una eternidad á un hombre débil; por otro no podemos dudar, que Dios no solo es justo sino infinitamente misericordioso; pero como tambien es la eterna verdad, y que no puede ni engañarse ni engañarnos, creemos en el uno,

suponiendo lo otro ; y la razon nos dice , que aunque nos parezca que esto no se concilia , es por nuestra limitacion : que el infierno exîste , pues Dios lo ha dicho : que nuestras ideas de justicia distan mucho de las de Dios : que quando sepamos los motivos de la suya , no solo hallarémos que ha sido justo el rigor con que castiga , sino que su justicia ha sido misericordiosa : que no habrá condenado que no conozca la bondad del Señor ; y que si sufre es por su propia culpa ; pues nuestra razon no puede recibir idea , que no suponga su justicia y su bondad.

Los incrédulos se cansan en repetirnos, que Dios es bueno ; pero nadie lo duda , y ninguno conoce mejor la extension de su misericordia , que los que adoran los rigores de su justicia. Pero para persuadir que no hay infierno , no basta proclamar la bondad de Dios , es menester destruir toda la doctrina de la Religion ; transtornar lo mas indesquiciable ; derribar el mas antiguo y sólido de los edificios ; y en fin probar la falsedad de un órden de cosas, que ha empezado con el mundo ; que está enlazado con la historia entera del género humano , y ha llegado hasta nuestros dias sin interrupcion. ¡Qué hombre en el mundo conseguirá empresa tan loca ! ¡Quién no vé , que si es difícil conciliar la verdad de las penas eternas con la bondad de Dios, es imposible abatir y echar por tierra todos los monumentos antiguos , que atestiguan con tanta evidencia la divinidad del Evangelio!

Vos quisierais que Dios hubiera criado al hombre necesariamente bueno , que le hubiera cerrado todos los caminos , excepto el que dirige á la felici-

dad. Pero vos quisierais lo que seria contrario al designio de su sabiduría, que quiso hacerlo libre. Y en la suposicion de darle libertad, ¿qué medida podia tomar mas eficaz, para que no abusase de ella, que amenazarlo con un infierno? Decidme: si fuera posible, que Dios en el momento en que iba á criar este abysmo espantoso hubiese suspendido la accion de aquella ogeada universal con que registra todo lo futuro, ¿podia imaginar que hubiese una criatura tan estólida que quisiera precipitarse en él? ¿Qué medio mas activo era posible inventar para que no se aventurase? No se puede llamar libre al que se obliga á marchar en una línea donde no puede dar un paso sin precipitarse. Pero quando se le deja el arbitrio de alejarse del peligro, ¿quién puede presumir que no se alege?

¿Qué hombre si está en su juicio usará de la libertad que tiene, para abandonar la barca que lo transporta, y sumergirse en el golfo que lo sepulta? Quanto ménos se debia rezelar que dejara la virtud que lo salva, para caer en tormentos de que no es posible libertarse. Dios pues no podia ponerle una barrera mas fuerte; y era como precisarlo en cierto modo á que escogiese la virtud. Solo el phrenesí y la ferocidad podian arrojarse al vicio; y estos son accidentes raros, que no se deben suponer en una naturaleza inteligente. Y si por su malicia hay muchos, que se degradan y embrutecen hasta el punto de perder toda razon; si llegan á degenerar de tal manera, que mas estúpidos que las bestias se precipitan en la muerte eterna, ¿se puede improperar á Dios no haber hecho lo que era menester para hacerlos felices?

El hombre no tiene estímulo mas fuerte ni siente una necesidad mas imperiosa, que la de amarse y de ser feliz. Este es el deseo mas íntimo, mas vivo y mas inseparable de su corazon. ¿Cómo pues se le puede proponer medio mas eficaz, para que sea dichoso, que amenazarle, para que no dege de serlo con penas tan terribles, que no se pueda exponer á ellas sin aborrecerse, sin ser el mas cruel enemigo de su vida, de su alma, y en fin sin resistir á los sentimientos mas invencibles de su propia inclinacion? Así los inexplicables horrores del infierno, por lo mismo que son tan terribles tienen en sí mismos un carácter, en que relucen la sabiduría y la bondad Divina. Dios nos hubiera amado ménos, si hubiera hecho ménos por nosotros, haciendo consistir nuestros destinos en una alternativa ménos espantosa; porque no fuera tan urgente nuestro deber de adorarlo y servirlo.

Los incrédulos dicen, que no hay proporcion entre los rigores de tormentos eternos, y los límites de la perversidad humana. Que el hombre que no puede ser infinitamente malo, no debe ser infinitamente castigado por un Dios justo, y que la pena con que se castiga la culpa debe ser limitada como su malicia. Estos raciocinios les parecen victoriosos, y los aprecian como una demostracion que no permite réplica. Pero este error nace de que no tienen una idea bastante clara de la constitucion humana, y ménos del plan y designios de la Religion.

Es cierto que el hombre no es infinito por su naturaleza y su ser, pero lo es por su voluntad y su tendencia ó propension. Todos los movimien-

tos de su alma son un esfuerzo continuo para alcanzar la totalidad y plenitud de la exîstencia y la felicidad ; y como la voluntad es el órgano y el principio de todas sus acciones, estas tienen el carácter de su orígen, y se especifican por su naturaleza. Así quando la voluntad del hombre rompe la harmonía, que la mas justa y la mas irrevocable de las leyes establece entre sus facultades y los atributos Divinos, no hace ménos que romper su íntima union con el ente infinito ; desprecia la infinita felicidad que este le ofrece, y espera hallarla en el falso halago de otra criatura ó en las tinieblas de su propia nada. Así busca el infinito fuera de la verdad. La justicia Divina quiere que lo halle, y el infinito fuera de la verdad no puede ser mas que el de tormentos y desgracias.

Por otra parte la íntima union que vino Jesu Christo á establecer entre Dios y los hombres nos ha sacado de los límites naturales de otras criaturas. Nos ha elevado á un estado superior ; y en este nuevo órden de cosas se deben pesar nuestras acciones y delitos. El fin de la Encarnacion fué asociarnos á la Divinidad. San Pedro dijo [a], que hemos recibido por Jesu Christo dones inefables y preciosos, que nos hacen participantes de la naturaleza Divina. Esto es, que en virtud de nuestra consubstancialidad con Jesu Christo que es Dios y Hombre, participamos de sus calidades. Así nuestra bondad ó nuestras virtudes, por nuestra unidad con él, adquieren en cierto modo el carácter de una perfeccion infinita, y por eso merecen una in-

[a] *II. Petr. I. 4.*

finidad de gloria. Pero que si despues de haber llegado á tanta altura nos degradamos hasta la iniquidad, adquirimos el carácter de una naturaleza infinitamente perversa, que merece ser infinitamente desdichada.

Así el hombre por el mérito de la redencion es en cierta manera infinito. Jesu Christo habiendo merecido en su favor le ha comunicado derechos infinitos á una gloria infinita. Si se aprovecha de esta gracia conservándose fiel en alianza tan sublime, la limitacion natural de su ser desaparece, y no le estorba para recibir una gloria infinita el dia de su irrevocable incorporacion en la felicidad Divina. Pero si la viola y la pierde, entónces no presenta á la vista de la soberana santidad mas que el desprecio y la profanacion de esta infinita gracia; y á degradacion tan infinita no puede corresponder otra cosa que un suplicio infinito. Sino sufriera eternamente, no fuera tan infeliz como ha sido culpado; porque su delito es igual á la grandeza que ha perdido, y esta grandeza no es otra que la misma de Dios.

Ved pues como el infierno con todos sus tormentos califica la excelencia del hombre. Y la Religion le supone mucho valor y dignidad, pues lo encuentra digno de tan terrible castigo, quando no ha querido aprovecharse de las ventajas que le ofrece. No digais pues que el Dios que castiga así al hombre no es justo ni piadoso. Decid por el contrario, que es preciso que el hombre redimido con la sangre del Redentor transtorne monstruosamente los designios del omnipotente quando malogra tan altas esperanzas; pues un Dios

tan justo y tan clemente no ha podido encontrar menor satisfaccion para reparar su desacato, que una eternidad de tormentos.

El premio y la pena son entre sí proporcionados, y corresponden al estado de elevacion y órden sobrenatural en que está constituido el hombre y sus acciones morales. Y así como la gloria del hombre justo será eterna, tambien lo ha de ser la pena del iniquo.

Tambien es evidente que el condenado por la justicia de Dios le conserva siempre el odio en que muere, y nunca jamas se arrepiente por su obstinacion: y por lo mismo que su malignidad continúa sin fin, su castigo tampoco lo tiene. Ademas que el pecado en razon de ser ofensa de un Dios de infinita Magestad, se considera revestido de cierta infinidad moral.

Vé aquí lo que nos debe decir nuestra razon, quando no pudiendo dudar de la clemencia Divina, tampoco puede dudar de la verdad de un dogma que el Evangelio acredita, y que despues de su publicacion todos los Christianos han creido. Si la razon orgullosa no lo halla conforme á sus ideas; si quiere medir la Justicia de Dios con la pequeñez de su regla; si quiere penetrar lo que no alcanza; si quiere discurrir sobre lo que no entiende; y en fin si pretende juzgar lo que solo debe adorar y obedecer, entónces el buen sentido la debe hacer callar, y decirle imperiosamente como Jesu Christo al demonio: *Escrito está.* =

= Escrito puede estar, Padre; pero todo eso es incomprehensible. = Sin duda, señor. ¿Pero quántas cosas lo son sin ser por eso ménos ciertas? = Es

verdad, pero esta es muy terrible. = La mas terrible de todas: por eso es menester hacer quanto es posible para no caer en las manos del Señor enojado. = ¡Un Dios bueno atormentar eternamente á criaturas miserables! = Como es justo se debe á sí mismo el castigar los delitos. = Pero quando están hechos; quando el conocimiento llega despues del daño ::: = Como es bueno todo lo perdona: la penitencia todo lo lava, y su sangre todo lo borra. No es precisamente el pecado el que condena, sino el defecto de arrepentimiento, y la obstinacion ó la falta de confianza en su misericordia. = ¿Quién puede mudar de repente sus hábitos, sus costumbres, sus opiniones? = Con la gracia nada es dificil. = ¿Quién sin estar acostumbrado puede soportar el rigor de la Ley Christiana? = Jesu Christo ha dicho: que su yugo es suave; porque él mismo ayuda á llevar la carga.

= Pero, Padre, para arrepentirse es necesario creer, y nadie puede creer solo porque lo desea. Esta no es obra de la voluntad, sino del entendimiento. Nadie puede persuadirse lo que quiere. La fe es un don de Dios, y no se adquiere. = Es verdad, pero se obtiene. = ¿Con qué medios? = Con la oracion, y con un exámen serio, humilde y de buena fe. = Pues, Padre, para que veais que no me niego á nada de lo que está en mi mano, estoy pronto á escucharos. Explicadme ese plan del Christianismo, que tantas veces me habeis dicho ser un conjunto de luces y de verdades, que por sí mismo manifiesta que viene de Dios.

Os he confesado con sinceridad, que las pruebas de la Resurreccion me han embarazado mucho;

y que he visto en ellas lo que no esperaba, ni me parecia posible. Si pudierais probarme con la misma claridad y fuerza los demas artículos, me embarazariais mas. Pero tengo por imposible penetrar con la misma luz obgetos obscuros por sí mismos, y hechos que han pasado en siglos tan remotos. No obstante veamos. El daño ya está hecho. Ya me habeis dicho lo bastante para despertar mis inquietudes, y turbar para siempre la antigua tranquilidad de que gozaba. Acabad de emponzoñarme: salgamos de una vez, y veamos hasta donde llega mi error ó vuestra ilusion.

No te diré, Theodoro; por qué motivo ó con qué intencion tomé este partido, y ahora mismo que lo exâmino no puedo adivinarlo, pues entónces no podia esperar fruto de esta diligencia. Es verdad que sus discursos me habian confundido, pero todavía no me sentia dispuesto á mudar de opinion, y ménos de conducta. No sé si todavía conservaba una esperanza secreta de que no podria desempeñar esta parte como la otra, y que esto me dejaria con ventaja. Quizá tambien lo hice por descansar un poco de las reflexîones urgentes con que me oprimia, ó en fin lo que es mas cierto Dios movió á mi corazon iniquo, para que por este medio acabase de entrar en él su Divina luz.

El hecho es, que al instante que el Padre vió que yo mismo lo solicitaba para que me explicase el plan y las pruebas de toda la Religion, su semblante modesto se cubrió de color, y sus ojos se encendiéron en un júbilo celestial. Observé que con un movimiento indeliberado los levantó al Cielo, y que despues volviéndose á mí con su ordi-

naria suavidad me dijo : Con mucho gusto , señor. Hay muchos en esta casa que lo pudieran hacer mejor que yo ; pero pues me lo mandais , y ahora es tarde , empezarémos mañana.

El Padre se fué. Yo quedé como puedes discurrir ; y poco despues me sentí como arrepentido de haber tomado este empeño , que me ponia en la necesidad de contrastar con el Padre ; pero nada de esto te puedo explicar , porque estoy cansado de escribir. En mi primera te diré lo que me pasó al otro dia. Á Dios , Amigo.

CARTA XI.

El Philósopho á Theodoro.

Theodoro mio : El Padre al otro dia empezó á cumplirme su palabra , vé aquí lo que me dijo:

Señor : La Religion Christiana empezó con el mundo , y la verdadera Religion no podia tener menor antigüedad. La razon basta para hacernos comprehender , que un Dios omnipotente tan justo como sabio , no puede criar nada que no sea para su gloria , y que criando al hombre la última y la mejor de sus obras , dotado de inteligencia y de un espíritu inmortal , libre y capaz de escoger entre el bien y el mal , de merecer y de desmerecer , era digno de su sabiduría y de su justicia , que le diera conocimiento de su Criador; y le hiciera saber tanto las reglas con que debe vivir , como el culto que le debe tributar. Que por consiguiente la primera obligacion del hombre era reconocerlo , adorarlo , obedecerle , y merecer por estas virtudes una felicidad , que no puede dejar de ser eterna.

Estas nociones tan simples y tan justas , que la razon nos dice , las repite tambien la Religion; pues nos enseña que al instante que Dios crió á Adam se le hizo conocer , y le impuso leyes : que Adam débil se dejó seducir y las violó ; que Dios lo castigó , privándolo del estado de inocencia en que le habia criado : dejándolo en manos de su

consejo, y condenándolo con su posteridad al trabajo, al dolor y á la muerte.

Pero que este Dios de bondad, que en medio de sus iras jamas olvida sus misericordias, desde entónces lo consoló, prometiéndole que á su tiempo le enviaria al Hijo de la muger, que seria el reparador de aquel delito. *Yo haré*, dijo en presencia de Adam al tentador disfrazado con la piel de la serpiente: *Yo haré que tú y la muger seais enemigos. El Hijo que nacerá de ella destrozará tu cabeza, y tú pondrás asechanzas á su calcañar.* Esto es [a]: Él destruirá tu imperio, abatiendo tu orgullo; y tú destruirás lo que es débil en él.

Estas fuéron las primeras palabras con que Dios anunció á los hombres un Mesías, un Enviado, un Redentor que debia reparar los daños de Adam. El Hijo de la muger no puede ser otro que Jesu Christo. La primer parte de la promesa Divina se cumplió, quando con su muerte redimió á la posteridad de Adam, que habia quedado sugeta al imperio del diablo, y la segunda, quando este con su rabiosa astucia indujo á los Judíos á la muerte de Jesu Christo.

Es verdad que entónces Dios no se dignó de revelar á Adam este consuelo con toda la claridad con que se explicáron despues los Prophetas, y con la evidencia con que los sucesos posteriores verificáron estas Prophecías en la Persona de Jesus. Pero tal es el órden sabio de la dispensacion Divina: jamas revela sus arcanos sino con oportunidad y á medida de las necesidades. Y en es-

a *Genes. III. 15.*

te Mysterio tan digno de su grandeza, y tan importante para remedio de los hombres, observó esta bien ordenada progresion de luz y de claridad.

Reflexîonemos de paso como á medida de que los tiempos se avanzaban, y que nuestras necesidades lo exîgian, fué descubriendo este secreto soberano, sacándolo de su seno Divino segun las circunstancias, en que su conocimiento podia sernos útil.

Á Adam no le dijo sino que enviaria un Redentor para que salvase su posteridad. Esto bastaba para su consuelo. Dos mil doscientos y sesenta y un años despues promete á Abraham por recompensa de su heroyca fe, que saldria de su prosapia aquel Redentor. La misma promesa y en los mismos términos repite á su hijo Isaac.

Pero á su nieto Jacob añadió muchas luces: pues quando este Patriarca en el lecho de la muerte cercado de sus doce hijos les anuncia, que formará cada uno una Tribu, y explica á cada qual sus futuros destinos; asegura á Judá, que el Redentor nacerá de la suya; y le añade [a]: que su Tribu obtendria el Imperio de Israel, y que no se le quitaria hasta que llegase este Redentor que se esperaba. Muchos años despues Moyses poco ántes de morir dijo expresamente á todas estas Tribus [b]: Dios suscitará de vuestra Nacion uno de vuestros hermanos, que será un Propheta como yo: esto es, Legislador y Gefe del Pueblo; y añadió: escuchadle.

a *Genes.* XLIX. 10. b *Deuter.* XVIII. 18. 19.

Pero hasta allí todas estas promesas no eran mas que generales; porque como he dicho, estando todavía léjos el nacimiento de este Salvador, no era todavía necesario ni útil declarar las señales caracterizadas que lo debian hacer reconocer, ni indicar el tiempo en que se le debia esperar. Dios no comunicaba sus luces para satisfacer la curiosidad de los hombres, sino para animar en ellos la fe, la confianza y los deseos que debia excitarles la esperanza de este Salvador. Por eso las proporcionaba á las circunstancias de cada siglo: y por eso quando se acercó el instante de su advenimiento las fué multiplicando hasta darlas al fin con abundancia. Los Prophetas posteriores fuéron muy numerosos, y cada qual añadia un grado mas de luz á sus predecesores.

David, que como de la Tribu de Judá y como Rey de Israel por eleccion Divina, estaba designado en la prophecía de Jacob para ser uno de sus ascendientes, derramó nuevas y grandes luces para que se le pudiera reconocer. Despues viniéron otros, y todos añadiéron señales distintas y mas características que lo debian distinguir. Unos anunciaban diversas calidades y excelencias de su persona: otros prophetizáron muchas circunstancias individuales de su vida y de su muerte; y Daniel el mas positivo de todos determinó con precision el tiempo de su advenimiento.

Pero degemos ahora este asunto de que podrémos hablar despues con mas extension. Esta breve noticia solo debe servir para observar: que desde que Dios hizo entrever á Adam la esperanza de este Reparador, que debia librar á su posteridad

del estrago de que era causa, este Reparador debia ser el primer obgeto de su amor, de sus deseos y esperanzas: que sus hijos y descendientes noticiosos de esta promesa, y tan interesados en su cumplimiento, debian ser los herederos de los mismos afectos; y que en efecto lo fuéron todos los que no se olvidáron de Dios, ni abandonáron la Religion y el culto de sus padres, tales, como Abel, Sem, Noé, Job, Melquisedech y otros muchos.

Así pues rigurosamente hablando todos estos fuéron Christianos, pues todos aguardaban este Redentor, que habia de ser el Christo ó el Ungido del Señor; todos suspiraban por este Reparador ú Mesías prometido, único y continuo obgeto de su amor, de sus deseos y esperanzas; único medio de su felicidad eterna; pues no pudiendo por sí aplacar la Justicia Divina, solo lo podian conseguir por la esperanza de este Mediador, y en vista de sus méritos futuros. Los Judíos, á quienes despues Moyses sacó de la esclavitud de Egypto, y condujo á la tierra en que debia nacer y morir este Mesías, tambien lo esperaban, lo deseaban y no se pudieron salvar sino por él.

Así toda esta Nacion no solo creia la promesa, sino que la deseaba y fundaba en el advenimiento de Christo toda la esperanza de su felicidad; y esto es tan cierto, que sus infelices descendientes, que ciegos desconociéron y crucificáron al Redentor Divino, lo esperan todavía sin mas diferencia de ellos á nosotros, sino que nosotros gozamos ya el fruto de la promesa, y aquellos no la gozan, y le esperan todavía. Pero los que lo reco-

nociéron, y los que ántes de su venida lo esperáron, fuéron Christianos en su corazon; y unos y otros han hallado en sus méritos el remedio de los males de Adam.

Degemos ahora estas reflexîones, y volvamos á la historia. Los descendientes del infeliz Adam, herederos de su flaqueza, habiéndose multiplicado mucho, se viéron obligados á dividirse y formarse en Naciones diferentes: se derramáron por la tierra, y con el transcurso de los siglos no solo perdiéron la memoria de los sucesos primitivos, no solo abandonáron la Religion de sus padres, sino que olvidando hasta la idea del verdadero Dios se diéron á la idolatría mas grosera, y se entregáron á los deseos insensatos de su corazon.

Las generaciones succesivas corrompiéron todos sus caminos, y mereciéron que se les escondiese la verdad; pues habian preferido la mentira. Pero Dios no usa siempre de su justa severidad; y consulta su misericordia. Despues de muchos siglos de excesos y de vicios purificó la tierra por un diluvio; preservó de la general inundacion una familia santa, que fué la del justo Noé; pobló con ella la tierra de habitadores nuevos; y dispuso otros medios, que pudiesen conducir otra vez á los hombres á su primera institucion, y preparó los caminos para la venida del Redentor prometido.

Estos designios eran grandes, y para egecutarlos escogió de entre las nuevas Naciones el Pueblo particular que he dicho; el Pueblo Hebreo, descendiente de Abraham; á cuya descendencia lo habia Dios prometido; y por eso desde entónces quiso llamarse Dios de Abraham, de Isaac y de Ja-

cob. Á este Pueblo constituyó depositario de sus oráculos, promesas y leyes: le encargó el honroso cuidado de conservar la Religion, y de trasladar á todas las edades verdades utiles: lo gobernó por sí mismo; pues aunque tambien gobierna el universo, en el Pueblo Hebreo egercia á descubierto el Imperio que en los otros egerce de un modo invisible. Le comunicó una parte del mysterio de sus consejos. Le hizo saber su voluntad: le dió una Ley; y le manifestó el juicio que hace de las acciones de los hombres, y los castigos ó recompensas con que los aguarda.

Lo que es mas admirable, y que yo os pido empeceis á observar es, que para que estas instrucciones y documentos no se borrasen de la memoria de los hombres, y para que al mismo tiempo sirviesen de prueba incontrastable á los Pueblos futuros, los hizo consignar en monumentos tan auténticos y durables, que la misma Nacion los ha respetado siempre, y los respeta hasta hoy como Divinos: monumentos que exîsten todavía, y á cuya fuerza y conviccion no puede resistir la buena fe.

Este Pueblo estaba entónces reducido á las doce Tribus, que habian salido de los doce hijos de Jacob; pero se habian multiplicado mucho, y vivian en Egypto sugetos á la mas miserable esclavitud. Y para conducirlos á la tierra prometida en que debia nacer el Salvador que lo repararia todo, Dios escogió uno de entre ellos llamado Moyses, á quien nombró Caudillo de todos los demas. El Señor se manifestó á este grande hombre mas que se habia hasta entónces manifestado á ninguno otro

mortal: le habla, y dice [a]: *Yo soy el que soy.* Como que Dios es el único que exîste por sí mismo: como que á su vista todo lo que exîste no es mas que sombra. El Dios Criador de todo quiso ser conocido, y que se le adorase con este nombre incomunicable y magestuoso.

Moyses fué pues el instrumento de que Dios se sirvió para comunicarse á los hombres, y hacerles saber su voluntad. Á fin de que Moyses pudiese probar su mision Divina lo revistió de fuerza y de poder, le comunicó una parte de su omnipotencia, dándole virtud para suspender ó ir contra la naturaleza siempre que fuera necesario.

Para que no se perdiera la historia de los sucesos primitivos, y que pasase con fidelidad á los siglos venideros, le mandó escribir un libro, que refiriese todo lo acaecido desde el tiempo de la creacion hasta el momento de su exîstencia; y le mandó añadir todo lo que sucederia en el intervalo de su propia mision. Moyses obedeció, y escribió estos Libros. El mismo Dios le dictó una ley para el mismo Pueblo, en que explicaba tanto lo que debian hacer para vivir entre sí con paz y justicia, como el modo y el culto con que le debian adorar.

Vos me diréis, señor, que os estoy contando una Novela ó una Fábula: que ¿cómo puedo saber historias tan antiguas y que parecen absurdas: que quién puede asegurar hechos tan lejanos y extraordinarios: que de dónde he sacado noticias tan inverosímiles? Pero yo puedo responderos, que lo he sacado todo de esos Libros que Moyses

a *Exod. III.* 14.

escribió por órden de Dios, y que fuéron dictados por Dios mismo: de esos Libros que son los mas antiguos del mundo, y los únicos que han podido enseñar al hombre su orígen, su naturaleza y sus destinos: de esos Libros escritos por Moyses, que fué Caudillo de su Pueblo, á quien hoy todavía la Nacion Judía reconoce por su Gefe y por su Legislador.

Por Moyses, que al mismo tiempo que publicó este Libro, probaba su verdad y la divinidad de su mision con milagros tan indubitables y patentes, que el Pueblo mismo que los veia no podia dudar que Dios lo autorizaba, dándole poder para egecutar prodigios tan superiores al esfuerzo humano. Por Moyses, que no podia engañarse ni engañarlos; pues quando hablaba de lo pasado, no referia sino lo que sabian casi todos, como que su obgeto no era instruir á sus contemporáneos tan instruidos como él de aquellos hechos, sino conservarlos á la posteridad, para que no se perdiese entre los Judíos la memoria, como se habia perdido en las demas Naciones; y quando hablaba de los que pasaban en la actualidad, no referia sino lo que todos estaban viendo á cada instante.

Finalmente yo lo he sacado de unos Libros, que al instante que saliéron de las manos de Moyses fuéron respetados de todo el Pueblo que los recibia, y que eran compañeros y testigos de todo lo que cuentan. Que hoy mismo son venerados y creidos por sus descendientes como oráculos y depósitos de la verdad: y que por el sagrado y religioso respeto con que estos los conservan desde entónces, han podido llegar á nues-

tras manos íntegros, intactos y puros, sin que haya sido posible alterarlos ó corromperlos.

Vé aquí, señor, grandes títulos para obtener la creencia. ¿Y qué razon podrá resistir á su fuerza, si es posible mostrar al mismo tiempo su legitimidad? Esto es lo que espero conseguir: yo os demostraré la autenticidad, la autoridad, la infalibilidad de estos Libros, y por consiguiente que es imposible dejar de creer lo que se dice en ellos. Tened paciencia y veréis como todo se va desenvolviendo poco á poco.

Que Moyses haya sido Legislador de los Hebreos es un hecho acreditado por las pruebas mas seguras, por la tradicion mas constante y mas universal, por los monumentos mas respetables, y por los testimonios ménos sospechosos. ¿Por qué, decia San Agustin, creemos con tanta seguridad, que ha habido en otros tiempos personages famosos, grandes Conquistadores, excelentes Oradores y Legisladores ilustres? ¿Con qué fundamento no dudamos del tiempo de los Autores que han escrito ciertos libros? Es porque los contemporáneos no lo han dudado, y que desde entónces la creencia se ha conservado entre los hombres. ¿Quánto mas debe no dudarse de la Legislacion de Moyses, pues no solo sus contemporáneos recibiéron los Libros de su mano, los conserváron con respeto, y los siguiéron de punto en punto, sino que los Escritores posteriores los testifican de siglo en siglo, y no hay ninguno de sus Libros en que Moyses no esté citado, como el fundador de la República Judayca, y como el primer Legislador de la Nacion?

¿Pero cómo era posible dudarlo, quando se vé

que la autoridad de Moyses, y la certidumbre de la historia que ha escrito eran todo el fundamento de las Leyes, ritos, usos, ceremonias, fiestas, sacrificios, y en general de la conducta pública y particular de los Judíos? Cerca de veinte siglos subsistió el estado político de este Pueblo, y en todo este tiempo jamas reconoció otras leyes que las de Moyses, ni tuvo otro culto que el que le prescribió de órden de Dios en el desierto.

Hoy mismo despues de otros mil y ochocientos años, sus descendientes no conocen otra doctrina que la que recibiéron sus mayores en los Libros de aquel Legislador. Que se me cite uno de quantos formáron Imperios, ó han dado leyes á las Naciones, cuyo nombre y memoria haya venido hasta nosotros por una tradicion tan clara y tan seguida, ni que se haya merecido tan inalterable veneracion.

Quando no hubiera otro fundamento para despreciar las paradojas de la incredulidad, que su imposibilidad de fijar el orígen de esta tradicion, bastaria para cerrarles la boca. Pero hasta los Escritores del Gentilismo que conociéron la Nacion Judía, la certifican, y sin hablar de muchos de sus libros que se han perdido, y que los Padres citan en sus obras, los que nos han quedado bastan para acreditarla. Joseph afirma como verdad sentada, y no teme ser desmentido, que Moyses vivia en tiempos anteriores á los tiempos, en que la fábula supone sus Dioses, sus Reyes y sus Héroes, por consiguiente muy anteriores á los siglos en que la historia habla de sus Legisladores y de sus Reyes.

=Estando aquí me pareció que yo podia olvidar muchas especies sobre todo el órden con que las referia : pedí licencia al Padre para tomar la pluma, y hacer pequeñas notas que me las recordasen. El Padre me lo permitió ; y estas notas son las que ahora me sirven para escribirte esta y las demas cartas. Pero ¡ay Theodoro! ¡quánto pierdes en mi resúmen! ¡Qué abundancia, qué estilo, qué elocucion la de este hombre sublime! Y al mismo tiempo, ¡qué uncion, qué modestia, qué fuerza! Yo apunté lo que habia dicho hasta entónces. Me puse á escucharle de nuevo, y continuó así.

=No es ménos cierto que los Libros de Moyses son los mas antiguos de quantos exîsten en el universo, y que han sido verdaderamente escritos por Moyses mismo. Estos Libros eran ya conocidos en tiempo de Antíoco Epiphanes, el mas implacable enemigo de la Ley y de la Nacion Judayca : tambien lo eran en tiempo de los primeros Ptolemeos ; pues la traduccion de los Setenta los esparció por todas partes.

Tambien lo fuéron de las diez Tribus de Israel quando fuéron ellos transportados á Asyria ; y fuéron tan conocidos como reverenciados de los Samaritanos, que los recibiéron de las diez Tribus separadas, y que los conserváron tan religiosamente como los Judíos. Todos confiesan igualmente haber recibido de Moyses estos Libros Divinos como una herencia preciosa, como un depósito sagrado.

Que se me explique cómo las diez Tribus que se separáron de las dos, y que eran tan enemigas y zelosas de ellas, pudieron continuar respetando los

mismos Libros, y viviendo bajo la misma Ley, sino porque esta Ley y estos Libros exîstian ántes de su separacion, y que eran mas antiguos que el Cisma; pues es claro que la enemistad, que el Cisma produjo entre ellas, no permitia que las unas tomasen nada de las otras despues de su separacion.

Por el contrario las unas hubieran sido testigos de la innovacion, y censores de su sacrílega osadía, si las otras se hubieran atrevido á atribuir á su Legislador alguna cosa que no fuera cierta. La uniformidad de libros y creencia entre dos Pueblos tan enemigos, y que con tan igual y rígido zelo respetaban todo lo que pertenecia á la Ley, prueba invenciblemente que aquellos libros, que son los mismos que tenemos hoy, exîstian ántes de la separacion de las Tribus en la Nacion entera.

¿Y cómo ó por qué esta Nacion adoptó y recibió en nombre de Moyses unos Libros, que no solo la obligaban á leyes y observancias extremamente difíciles y penosas, sino que la trataban con el mayor desprecio? Nadie ignora que en ellos se habla de aquel Pueblo con deshonra y ultrage, como indócil y rebelde, como ingrato y ciego, como impío é idólatra, como que no hace lo que debe sino á fuerza de castigos; y que desde que se le deja de la mano vuelve á caer en sus infamias: en fin nada se dice en ellos que no deba envilecerlo y avergonzarlo.

Y si á pesar de tantos improperios los adopta con respeto tan religioso, que no hay en el mundo egemplo igual; y si hoy todavía conserva con el mismo estos monumentos de su deshonor é ingratitudes; ¿por qué será, sino porque se vió forza-

do á recibirlos por los innumerables prodigios que de órden de Dios hizo Moyses á su vista para acreditar su mision?

Tampoco es posible negar la autenticidad de estos Libros sin negar la historia entera del Pueblo Judío y todos sus monumentos. Los escritos de los Prophetas, los Psalmos de David y los demas libros de la Nacion están fundados sobre los de Moyses como un edificio sobre sus cimientos. Todos se refieren al Pentatéuco como á un centro comun; todos son como las partes de un cuerpo indivisible que se sostienen las unas á las otras.

Las diferentes épocas de los Judíos son de la misma naturaleza que sus libros. Todas se corresponden y están unidas con lazos indisolubles. Todas presentan ó suponen una serie ordenada de hechos públicos, que á no ser verdaderos no fuera posible imaginarlos, y ménos persuadirlos á una Nacion entera: en los tiempos de los Jueces, de los Reyes, de los Pontífices, en fin desde Moyses á Jesu Christo la Ley ha sido citada, recibida, respetada y grabada en todos los corazones como el único fundamento de la Religion y de la política de aquel Pueblo.

Fuera de estos Libros habia en la Nacion otros monumentos, imposibles de alterar, y mas propios á perpetuar la memoria de los grandes sucesos. Tales eran las fiestas, las ceremonias y todo lo que servia al culto público. Esta era una historia viva que hablaba á los ojos de la Nacion. En ella leia continuamente los prodigios de su Legislador, oia la obediencia que debia á las Leyes, cuya autoridad se sostenia con prodigios tan indubitables. El Arca de

la alianza y la urna llena de maná eran un monumento auténtico é incontestable del alimento milagroso con que Dios los habia socorrido en el desierto.

La vara de Aaron conservada en el Arca hacia ver que el soberano Sacerdocio fué conferido á este Pontífice y á su posteridad. Las tablas de la Alianza demostraban el establecimiento de la Ley. La fiesta de Pasqua, que era la principal y mas augusta, recordaba la muerte de los primogénitos de Egypto, la libertad de los Israelitas, y el paso del mar rojo. La de Pentecostes conservaba la memoria de la promulgacion en el monte Sínai. Estos son hechos de que nadie duda, pues que aun los Judíos de hoy los observan.

Ahora os pregunto: ¿Es posible imaginar que en medio de una grande Nacion un impostor sin autoridad y sin milagros haya podido persuadir á sus contemporáneos, que han aprendido de sus padres sucesos, de que sus padres no oyéron nunca hablar? ¿Que recibiéron leyes desconocidas hasta entónces? ¿Que celebraban fiestas y cantaban en sus Psalmos maravillas que sus antepasados no supieron nunca?

¡Qué monstruos de opiniones, dice Bosuet, necesita adoptar el que quiere sacudir el yugo de la autoridad Divina, y no reglar su creencia y costumbres sino por su razon pervertida! Para poder dudar que el Pentatéuco es de Moyses, y si lo tenemos tan entero como salió de sus manos, es preciso empezar por negar que los Judíos hayan celebrado las fiestas, las ceremonias y los sacrificios que hoy mismo celebran, ó que nunca ha habido

Judíos; porque la exîstencia de esta Nacion no está mas probada, que la de su Legislador Moyses, y la de sus Libros, Fiestas, Templos y Altares.

Pero no nos detengamos en la legislacion de Moyses, porque no hay quien se atreva á negarla; pasemos á exâminar si estaba ó debia estar bien instruido de lo que escribia; y si ha sido fiel y verdadero en todo lo que ha escrito. No solo me será facil probaros su instruccion y su veracidad, sino tambien que fué Propheta, y que escribió inspirado por Dios.

En quanto á su instruccion es claro que no podia ignorar las tradiciones comunes y generales que ha consignado en sus Libros y que sabian todos. Estas tradiciones eran recientes y casi de su tiempo. Los primeros años coincidiéron con los últimos de Abraham; y el nacimiento de este concurrió con la muerte de Noé, que habia vivido y tratado muchos siglos con Matusalem y Lamech, ambos contemporáneos de Adam. Las largas vidas de los Patriarcas y el corto número de las generaciones acercaban mucho el orígen del mundo al tiempo de Moyses.

Pero ni siquiera era posible que las ignorase; porque entónces todos los sucesos considerables eran públicos por los monumentos que se les consagraban. Abraham, Isaac, Jacob y los demas Patriarcas habian erigido muchos para noticia de sus descendientes. Los Cánticos que se cantan en las juntas y las fiestas eran una leccion continua que no dejaba olvidar los hechos memorables de su historia. Su objeto era perpetuar la noticia y la gloria de las acciones heroycas y sublimes.

El mismo Moyses indica en sus Libros muchos de estos Cánticos ; pero se contenta con citar las primeras palabras , porque el Pueblo sabia las otras. Tambien compuso dos nuevos : En el primero describió el tránsito triumphante del mar rojo , y á los enemigos del Pueblo de Dios anegados entre sus aguas: En el segundo cantó la gloria y la magnificencia del Señor , afeando al Pueblo su ingratitud. Es pues evidente que estaba instruido de todos los hechos antiguos que refiere en el Génesis ; y como en los otros no refiere sino su propia historia , no podia ignorar los prodigios de que no solo fué testigo, sino tambien el instrumento.

En quanto á su verdad confieso que para creer los hechos que refiere es necesario tener muchas pruebas , y de tal fuerza y energía que no sea posible resistir á su evidencia , porque cuenta sucesos tan extraordinarios que parece no caben en la razon ni en la posibilidad ; y si para dar fe á una historia ordinaria puede bastar la autoridad de un Autor fidedigno , para creer la que es tan prodigiosa , sobre todo la que debe servir de basa á la Religion , no basta la de muchos.

La razon debe decir quando oye la asombrosa historia de Moyses , que no la puede creer á ménos que Dios con milagros continuos no la obligue á cautivar sus propias luces por reverencia á la verdad Divina : tiene derecho para decir , que si Moyses quiere ser creido es menester que Dios lo anuncie como su Enviado , y que autorice su mision con muchos milagros incontestablemente Divinos.

Esto es precisamente lo que ha sucedido. Enviado Moyses á Egypto para libertar al Pueblo

de Israel de aquella esclavitud, exercitó un imperio absoluto sobre la naturaleza. Predijo que la resistencia del obstinado Pharaon seria castigada, y de tal modo vencida, que este Príncipe mismo lleno de terror seria el que daria mas prisa á los hijos de Israel para que abandonasen sus estados: que en una misma noche el Ángel exterminador daria muerte á todos los primogénitos del Egypto desde el hijo del Rey hasta el del esclavo: que solo las casas de aquellos Israelitas, cuyas puertas serian marcadas con la sangre del Cordero Pasqual se salvarian de la cólera del Cielo.

El suceso llena completamente la Prophecía: todo Egypto llora sus primogénitos. Los Hebreos son los únicos que no son comprehendidos en este duelo universal: se les pide, se les ruega con porfía que reciban su libertad, y que se vayan quanto ántes para que cesen tan terribles males.

Pero el arrepentimiento sucede al terror. Pharaon persigue á los Israelitas, y estos se hallan entre la muerte que les presenta por delante un mar intransitable, ó la que les quiere dar por otra la numerosa caballería de Egypto que está ya cerca de alcanzarlos. Moyses levanta la mano, toca al mar, y este se abre de parte á parte dejando el paso libre á los hijos de Israel. Los Egypcios intrépidos se arrojan en su seno para perseguirlos; y quando ya están salvos los Israelitas á la orilla opuesta, Moyses ordena al mar, y este le obedece: se cierra y se traga á los Egypcios á quienes los innumerables milagros precedentes solo habian servido para acabarlos de endurecer.

Á los cincuenta dias de su salida de Egypto,

y salva ya la Nacion tan á costa de milagros llega al pie del monte Sínai : allí fué donde Dios por el órgano de Moyses les publica una ley con el aparato mas magestuoso : allí fué donde aquel santo Legislador dió al Pueblo las pruebas mas visibles de su comunicacion íntima con el Señor. ¡Qué maravillas no hizo á la vista de todo Israel!

Algunos atrevidos forman el sacrílego proyecto de subtraerse á su autoridad, y usurpar el soberano sacerdocio. Los autores de la rebelion eran Coré de la misma Tribu de Moyses, y Datan y Abiron Gefes de la Tribu de Ruben, hijo mayor de Jacob. El Pueblo les favorecia, y la sedicion parecia general : todo amenaza una entera subversion.

Moyses quiere atajarla, y acompañado de Aaron y otros Ancianos va á las tiendas de los sediciosos, y dice al Pueblo que se habia juntado : Alejaos de los sacrílegos : no toqueis á nada suyo para que no os alcance su castigo : presto veréis que es Dios el que os habla por mis labios, y que nada hago por mí mismo. Escuchad:

Si estos rebeldes mueren como los demas hombres, no es Dios el que me envía. Pero si por un prodigio sin egemplo la tierra se abre debajo de sus pies para tragarlos vivos y tragarse todo lo que es suyo, no dudaréis que es Dios el que castiga su rebelion y sus blasphemias. Dijo, y al instante la tierra se abre y se los traga con sus tiendas y todo lo que les pertenecia. Los infelices se sumergen en los abysmos eternos, y la multitud aterrada con los gritos y alaridos que les oye

huye presurosa para que la tierra no los trague con ellos.

Si estos hechos y otros de la misma especie son ciertos, ¿quién podrá dudar que Moyses obraba en el nombre del Señor? Y si no son ciertos, ¿cómo ha sido posible que los crean mas de seiscientas mil personas que aquellos libros citan como testigos de vista? ¿Cómo estas mismas personas, en cuya presencia se asegura que pasáron, han instituido fiestas para celebrar y perpetuar su memoria? ¿Cómo todas ellas se sugetáron á una ley dura, incómoda y severa, que no tenia otro fundamento para probarles que era de Dios mas que la certidumbre de estos hechos?

¿Cómo el Autor que los escribe se atreviera á publicarlos en tiempo en que los Hebreos que cita podian desmentirlo, y quando todo el Egypto hubiera podido reirse de su falsedad? ¿Cómo las Tribus de Leví y de Ruben consienten en su propio deshonor, sufriendo el que se atribuye á sus Gefes, y que se engañe á la posteridad, haciéndole creer tan falso delito y un castigo tan terrible como falso?

Y si no es verdad que por espacio de quarenta años el celeste Maná cubria todos los dias el campo de los Israelitas: si no es cierto que una columna de nube los cubria de dia para defenderlos de los ardores del Sol, y que la misma columna era luminosa de noche para alumbrarlos: ¿cómo se ha podido persuadir este doble prodigio á tantos millares de testigos?

Considerad, señor, que esos hechos no son rápidos, no pasan como relámpagos, no son de

aquellos que no permiten exâminarse de espacio, y que pueden alucinar á espíritus ligeros y amigos de novedad: estos han durado quarenta años continuos: eran públicos y siempre regulares: tampoco es posible sospechar ilusion ó artificio, porque son superiores al talento y al esfuerzo humano. Así es evidente, que pues Moyses los escribió eran ciertos, y que pues él mismo los predijo y egecutó era no solo Propheta, sino que obraba inspirado por Dios.

En efecto ¿qué otra luz que la divina le pudo descubrir quanto nos refiere de la creacion del Cielo y de la tierra? ¿Quién le pudo instruir de tantos y tan grandes sucesos necesariamente anteriores á los mas antiguos monumentos que podian quedar entre los hombres? ¿Qué Espíritu sino el de Dios le pudo transportar al orígen de las cosas, y asociarlo al privilegio de los espíritus celestes que asistiéron al nacimiento del universo? Por eso empieza su historia como si fuera el Espíritu Divino el que hablara, sin prefacio, sin exôrdio, sin exhortar á los hombres á que la crean, y sin dudar que seria creida. No produce mas garantes que la luz que lo ilumina, y la autoridad que se lo manda.

La historia de los siglos siguientes añade nuevos grados de certidumbre á los milagros de Moyses y á la inspiracion de sus Libros. Despues de su muerte Josué fué encargado de acabar la empresa y conducir al Pueblo. No solo le sucedió en su autoridad, sino tambien recibió el mismo poder de mandar á la naturaleza. Los Libros santos refieren los prodigios que hizo al paso del Jor-

dan , los que egecutó en Jericó , quando derribó sus murallas , y se rindió á los Israelitas , y otros muchos.

Estos prodigios estaban predichos , y se verificáron á vista de toda la Nacion , y para consagrar su memoria se erigiéron monumentos á fin de que no los dudase la posteridad , como no los dudaban los testigos. Y este mismo Josué que hizo tantos milagros , hablaba de los de Moyses como de hechos ciertos y conocidos , y respetaba la Ley que publicó como una Ley Divina.

Los Prophetas posteriores que vinieron despues de siglo en siglo , despues de haber probado su propia mision con hechos igualmente incontestables y milagrosos , tributan á Moyses los mismos respetos que Josué. Malaquías el último de todos termina sus Prophecías , su ministerio y el Cánon de las antiguas escrituras con estas palabras : »Acordaos de la Ley de Moyses mi servidor , á quien »dí mis órdenes en el Monte Horeb.

¿Quién , señor , es capaz , no digo de destruir, pero aun de desquiciar una tradicion , una serie de hechos tan seguida , tan constante y tan respetada? ¿Quién puede romper una cadena tan eslabonada de testimonios Divinos , que abraza sin interrupcion todos los tiempos ? Los monumentos sagrados que forman historia emblemática de los Judíos , están unidos , enlazados entre sí , y dependientes los unos de los otros. Los hechos mas extraordinarios que acreditaban los primeros , están corroborados por los posteriores que los miran como indubitables. Los milagros modernos eran hechos por los Prophetas que estaban persuadidos de los milagros antiguos. To-

dos estos hombres divinos tienen el mismo carácter, gozan de la misma autoridad, y merecen la misma creencia que el primer Legislador.

Así es preciso ó no creer nada ó creerlo todo. No es posible hacer distinciones ni dar preferencias. Un Propheta solo de los últimos tiempos que se reconozca verdadero, basta para autorizar á todos sus predecesores; y un solo milagro que haya hecho acredita todos los otros, porque no lo ha podido hacer sino para probarlos.

De modo que para dudar de la Divinidad de la Escritura no basta desacreditar alguno de los hechos ó atacar alguno de los milagros, sino que es menester tener razones particulares para combatir la verdad y certidumbre de todos y cada uno de ellos; pues uno solo que quede verdadero, basta para echar por tierra todos los raciocinios y argumentos. Este solo debe probar la verdad de los demas que confirma.

Ademas es menester que estas razones sean bastante poderosas para que prevalezcan sobre la autoridad de una Nacion que certifica lo que ha visto, sobre la tradicion constante de muchos siglos, y sobre los monumentos mas decisivos en punto de certidumbre moral. Si el incrédulo no se espanta con estas consecuencias; si se obstina en negar milagros tan sostenidos y enlazados con el culto religioso, con los usos civiles, con la constitucion política del Pueblo Hebreo; si no le detiene la reflexîon de que es imposible dudar de su verdad, sin dudar de la exîstencia del mismo Pueblo que los vió, los ha creido y los crée; entónces hará ver que no se puede abandonar la fe sin perder la razon.

Los innumerables Prophetas del Testamento antiguo y su exâcto cumplimiento son otra prueba no ménos decisiva de que viene de Dios; porque Dios Criador de todas las cosas es el único que puede regularlas. Todo está sometido á su poder: tanto la materia y los cuerpos, como las voluntades y las inteligencias. Él es el único que puede hacer que todo le obedezca y sirva á sus designios con una fuerza que supera todos los obstáculos. Él solo puede conocer el por venir, y él solo puede revelarlo á los que escoge para que sean sus órganos y sus Enviados y Prophetas; porque él solo conoce lo que ha resuelto de toda eternidad, y lo que debe ser egecutado en el tiempo.

En fin es el único que puede correr el velo que cubre sus impenetrables arcanos. Así quando un hombre anuncia desde léjos lo que todavía no exîste sino en Dios; y quando el suceso verifica la prediccion, es evidente que Dios le ha comunicado su secreto, y que le ha abierto el libro en que están escritos sus Divinos Decretos.

Esto es claro, señor; y yo no acabaria si quisiera referiros todas las Prophecías del Testamento antiguo, que se cumpliéron con asombrosa exâctitud. Solo os apuntaré algunas. En el Reynado de Ezequías, Senaquerib Rey de Asyria sitiaba á Jerusalem con un egército formidable. La plaza estaba reducida á los términos mas estrechos, y todos creian que presto seria presa del vencedor; pero Isaías promete con seguridad que Dios hará perecer el egército de los Asyrios [a]. Esta predic-

a *Isai.* XXXVII.

cion entónces muy inverosímil se cumple á la letra.

El Ángel del Señor en una noche quita la vida á ciento y ochenta y cinco mil hombres. Senaquerib huye casi solo sin haber sacado de su empresa mas que vergüenza y despecho, y al fin muere como Isaías lo habia predicho. Este prodigio fué tan público, que de todas partes vinieron los Judíos á dar gracias á Dios, ofreciendo sacrificios en Jerusalem, y á congratularse con el Propheta de la proteccion Divina.

El mismo Isaías predijo otra vez, y en tiempo en que no habia la menor apariencia, las desgracias que amenazaban á Jerusalem y á la Nacion entera. Predijo muchas veces y en los términos mas precisos la vuelta de la cautividad y la ruina de Babylonia. Lo que es mas, llamó por su nombre al que todavía no habia nacido, y que debia ser Conquistador de aquella Ciudad soberbia, y libertador de los Judíos.

„Yo soy, dice el Omnipotente [a] por la boca „del Propheta: Yo soy el que lo hago todo: el „que egecuto los designios que he revelado á mis „Enviados. El que digo á Jerusalem: Tú serás re„poblada: el que digo á las otras Ciudades de Ju„dea, vosotras seréis restablecidas: el que digo „á Cyro: Tú eres á quien confío mi rebaño; yo „me serviré de ti para que egecutes mi voluntad. „Esto digo al que hago Rey, y tomo por la ma„no para sugetarle las Naciones: que ponga en fu„ga los Reyes enemigos: abro las puertas de las

a *Isai.* XLIV. 24. *et* XLV. 1.

»Villas, y quito todos los obstáculos. Yo iré delan»te de ti. Humillaré los Grandes de la tierra: rom»peré las puertas de bronce y las barreras de hier»ro, para que sepas que yo soy el Señor que te »llamo desde ahora por tu nombre.

Despues añade: »Oygo la voz de los Reyes Con»federados, de Cyro Rey de los Persas, y de Darío »Rey de los Medos, y de los Pueblos que se jun»tan. Babylonia tan magnífica y soberbia será des»truida, como las Villas impías. No será habitada »otra vez, jamas será reedificada. Sus ruinas no ser»virán mas que para guarida de bestias feroces y de »serpientes. Exterminaré, dice el Señor, el nombre »y las ruinas de Babylonia. Cubriré con un pan»tano el sitio que ahora ocupa, y buscaré con »cuidado hasta sus menores vestigios para borrar»los.

Vé aquí una grande y asombrosa Prophecía revelada á Isaías largos siglos ántes del nacimiento de Cyro. Todas las circunstancias están individualizadas; el nombre de este Príncipe, su carácter, sus calidades, sus funciones: el progreso y rapidez de sus conquistas: el modo con que debia tomar á Babylonia, y hasta la proteccion que debia dar á los Judíos sus cautivos, restituyéndoles la libertad: y toda esta Prophecía tan circunstanciada, se cumplió literalmente en todos sus puntos.

Joaquin reynaba despues de tres años en Jerusalem. Nabucodonosor acababa de ser asociado por su padre al Imperio de la Caldea; y Jeremías dirigiendo la palabra al Pueblo de Judea le predice una ruina inmediata. Prophetiza que Dios ha resuelto darle un castigo visible: que él y los Pueblos

vecinos, nominadamente citados, serán sugetos al Rey de Babylonia.

„Porque no habeis oido mis palabras, dice el „Señor [a], haré venir los Pueblos del Aquilon. Los „enviaré con mi siervo Nabucodonosor contra esta „tierra, contra sus habitadores, y contra las Na„ciones que la rodean. Los haré pasar al filo de „la espada: haré que sean el terror y la fábula „de los demas del mundo; y haré de sus habitacio„nes una eterna soledad. Toda esta tierra se trans„formará en un desierto horrible; y todas estas „Naciones serán sugetas al Rey de Babylonia.

Pero no se contenta el Propheta con anunciar esta grande y general desolacion de una manera tan precisa, sino que tambien predice la vuelta de los Judíos á su Patria; y lo que es mas, el tiempo que debe durar su cautiverio [b]: „Quando el tiem„po que habreis pasado en Babylonia se acercará á „setenta años, os visitaré y cumpliré la promesa „de volveros á vuestro Pais. Pasado este término de „setenta años, entónces visitaré en mi cólera al „mismo Rey de Babylonia y á su Pueblo: y re„duciré la tierra de los Caldeos á una eterna sole„dad. He dado á Nabucodonosor mi siervo este „pais, y los que están en sus cercanías. Todas es„tas Naciones se sugetarán á él, á su hijo y á su „nieto, hasta que llegue el término de su Reyno.

Decidme, señor: ¿Si el espíritu humano por mas hábil que fuese era capaz de preveer, que el terrible y soberbio Nabucodonosor dirigiria sus armas contra Jerusalem? ¿Que el Templo seria des-

a Jerem. XXV. 9. *b Ibid. 12.*

truido: que los Vasos Sagrados serian transportados y profanados: que la Ciudad seria reducida á cenizas: que sus habitadores serian degollados, ó hechos esclavos y conducidos á Babylonia: que los Pueblos vecinos caerian igualmente en las manos del vencedor, y sobre todo que el Imperio de Babylonia y la posteridad de Nabucodonosor estaban tan cerca de su fin?

¿Quién podia preveer, y ménos asegurar futuros tan contingentes? Y observad la infinita diferencia que hay entre las tímidas congeturas de los hombres sobre los acontecimientos venideros, y la firmeza de las Prophecías; y ella manifiesta la certidumbre de la ciencia de Dios y la fuerza de su poder.

En efecto estas predicciones eran tan claras y tan circunstanciadas, que los Gentiles mismos, que no las conociéron sino despues de su cumplimiento, se quedáron asombrados; y para eludir las consecuencias, se viéron en la necesidad de decir, que se habian hecho posteriormente á los sucesos. Pero los Judíos que guardaban religiosamente los Libros que las contenian, desmintiéron aquella calumnia, y con esta contrariedad unos y otros sin quererlo ni saberlo servian á la Religion.

Los Gentiles decian: Las Prophecías son tan positivas y precisas, que si fueran anteriores debian quitar toda duda. Los Judíos decian: Isaías, Jeremías, Daniel y los demas publicáron de viva voz los oráculos, que despues recogiéron ellos mismos en los Libros, que corren en su nombre. El respeto antiguo y constante de nuestros padres hácia estos sagrados monumentos no permite la me-

nor sospecha de alteracion ó de infidelidad. Es pues indubitable que los iluminó una luz sobrenatural, y que fuéron Embajadores de Dios, para predicar estas verdades á los hombres.

Exâminemos ahora estos Libros en ellos mismos. La Doctrina contenida en el viejo Testamento manifiesta que no puede venir sino de Dios. Transportaos, señor, con la imaginacion al tiempo en que Moyses y los demas Prophetas instruian al Pueblo de Israel, y al mismo paso echad una ogeada á todos los otros Pueblos de la tierra. ¿Qué es lo que veréis en ellos comprehendiendo las Naciones mas célebres, y que mas se aventajáron en luces y conocimientos?

El culto supremo indignamente tributado á viles criaturas: el pudor prostituido hasta en los Templos: la sangre humana inundando los Altares: la razon natural degradada con opiniones tan sacrílegas como absurdas: la naturaleza y la humanidad ultrajadas con los excesos mas vergonzosos. ¿Qué era el Pueblo en materias de Religion? Ignorante, estúpido y supersticioso. ¿Qué eran los Philósophos? Igualmente ignorantes, pero mas culpados, porque eran mas orgullosos. En fin toda la tierra estaba sumergida en espesas tinieblas, y no se divisaba un rayo de luz en tan profunda obscuridad.

En medio de este diluvio general de vicios y de errores se levanta en un rincon del mundo un Pueblo grosero, que de repente manifiesta las ideas mas altas y sublimes de la Divinidad: un Pueblo, que sobre el orígen del mundo, sobre la naturaleza del hombre, su destino futuro, la virtud,

la recompensa que le está prometida, y en fin sobre la necesidad de un culto interior y espiritual sabe lo que ignora la Philosophía de los mas sabios y célebres Gentiles.

¿Dónde pues aprendiéron los Hebreos estas ocultas y elevadas verdades? ¿Quién les ha descubierto arcanos tan escondidos á los demas hombres á pesar de su utilidad y de su importancia? ¿Cómo una Nacion tan inferior á las demas en las obras, artes y ciencias pudo ser tan superior en los asuntos mas sublimes de Religion? La causa de esta ventaja es conocida. Todo lo debió á los Libros de Moyses. ¿Pero quién sacó á Moyses de la estúpida grosería, de que no pudo salir ninguno de los Legisladores profanos? ¿Quién podia ser sino Dios, que se manifestó á este grande hombre, y lo hizo depositario, órgano y Ministro de su revelacion?

En efecto, no solo es el primero que nos descubrió la naturaleza y perfeccion del Ser supremo, la excelencia del hombre, la inocencia y la gloria de su primer estado, la obediencia y gratitud que debe á su Criador, y el interes que tiene en serle fiel para ser feliz; sino tambien nos instruye, de que nuestro primer Padre abusó de estos beneficios: que fué infractor de la Ley Divina: que fué proscripto; y que en esta proscripcion quedó envuelta su posteridad heredera de su corrupcion y de sus desgracias.

Sin la luz de la revelacion jamas hubieran podido conocer los hombres, que nacen culpados: Pero ¡quánto interes tienen en conocer esta verdad! ¿Cómo sin este conocimiento, y en medio

de tantas tinieblas y pasiones hubiéramos podido discernir ni los dones de Dios que hemos perdido, ni los que nos quedan? ¿Cómo hubiéramos podido conciliar la grandeza y nobleza de nuestro corazon con las continuas ruindades y flaquezas que sentimos? ¿Cómo hubiéramos podido explicar una elevacion que aspira hasta una felicidad infinita y eterna, y una bageza que renuncia á destinos tan altos por los mas viles obgetos?

El hombre ántes de saber la revolucion de su primer estado, era para sí mismo un abysmo profundo, un enigma incomprehensible, un mysterio impenetrable. Quanto mas se aplicaba á conocerse, tanto ménos podia concebirse. Le parecia estar desterrado, y no sabia la causa; se sentia castigado, y no conocia su delito; deseaba restablecer el órden y la paz en sus sentidos, y no alcanzaba la causa, porque no podia hacerse obedecer.

Pero todo lo alcanza, todo lo entiende desde que sabe que el estado en que se halla no es aquel en que el hombre salió de las manos de Dios: y que la degradacion de su ser es la pena de su desobediencia. Ya no le espanta que se vea en la miseria un vasallo rebelde y desgraciado. Ya comprehende de dónde le viene su elevacion y su bageza. Y aunque llora sobre sus propias ruinas, y sufre sus estragos, no puede dejar de admirar los preciosos restos de su primera grandeza.

Es verdad, señor, que este es un grande y profundo mysterio, y que el modo con que Adam pudo infestar á su posteridad es un secreto que no puede penetrar nuestra inteligencia. De esto ha-

blarémos despues, y ahora no os lo propongo sino para haceros conocer, que aunque la razon humana no descubre la justicia con que sus descendientes pudieron ser culpados, ántes de poder abusar de su libertad; debe á lo ménos comprehender, que una verdad tan profunda, tan extraña, tan contraria á nuestras ideas, no ha podido salir de la imaginacion de ningun hombre. Que solo puede venir de la revelacion, y que no hubiera hallado creencia en la tierra, si no estuviera sostenida por la revelacion, que apoyada ella misma por las pruebas mas evidentes, obliga á que creamos todo lo que nos dice.

Pero para que esta verdad nos pudiese ser útil, era menester que la acompañase otra: de nada nos sirviera conocer la causa de nuestra desgracia si no conociéramos el remedio. Y esto es lo que hacen las santas Escrituras; pues como os he dicho, al mismo tiempo que nos muestran el abysmo en que arrojó á sus hijos el primer prevaricador, nos anuncian el Mediador ó Redentor que debia reparar aquel daño. Nos anuncian que Dios por una misericordia digna de su grandeza, quiere restablecernos en nuestra antigua gloria; y nos muestran de léjos al Libertador que hará cesar la maldicion pronunciada contra la raza delincuente.

Estas son las palabras que os cité al principio, y que para consolar á Adam pronunció Dios contra la serpiente, intimando al seductor su maldicion eterna. En su breve contexto se encierran grandes cosas. Predicen que de una muger bendita entre todas nacerá un hijo, que tendrá la naturaleza del primer hombre sin tener su corrup-

cion : que este hijo será el Gefe y el Padre de una nueva, santa y feliz posteridad : que nó solo será justo, inocente, y de una clase separada de los pecadores, sino el Autor de la inocencia, y el principio ó raiz de la justicia : que romperá la cabeza de la serpiente : que arruinará su imperio y destruirá su poder por medios que no podrán comprehender ni los hombes ni el mismo tentador; porque no obtendrá la victoria con lo que en él parezca fuerte, sino con lo que parezca débil: esto es con la carne, con sus ultrages, con sus dolores y muerte ; pues estos serán los instrumentos con que aplastará á la serpiente, y con que quitará toda la fuerza á su malignidad.

Y ved aquí como la Religion al tiempo que nos humilla nos consuela. Si nos hace conocer la miseria de nuestro orígen, nos descubre un remedio poderoso. Si nos aflige con la idea de nacer desagradables á los ojos de Dios, nos tranquiliza mostrándonos en los méritos de un Redentor la esperanza de la reconciliacion y el principio de la penitencia.

¡Y qué prueba mayor de la inspiracion de la Escritura y de la verdad de la Religion ! Considerad os repito, señor, si es posible que un hombre inventase una idea tan nueva y tan extraña como la del pecado original: que imaginase un Redentor, si aquel pecado no lo hubiera hecho necesario ; ¿y qué impostor se hubiera atrevido á fundar una Religion sobre una promesa tan superior á todas las ideas y á todos los esfuerzos del poder humano, si no lo asegurara la palabra de Dios?

Así es, señor. La promesa era suya; pero no debia cumplirse sino despues de muchos siglos. Era menester que el género humano conociese el exceso de sus males, la gravedad de sus daños, su corrupcion y sus tinieblas. Era menester que una dilatada experiencia le enseñase, que ni la naturaleza con sus esfuerzos, ni la Ley con sus ceremonias, ni la philosophía con su orgullo podian libertar al hombre de la esclavitud del pecado, y ponerlo en las sendas de la justicia. Era menester que una larga esperanza, y una grande paciencia le hiciesen sentir todo el precio de su libertad.

Con estos altos y elevados designios Dios ordenó todos los sucesos de la tierra desde la caida de Adam hasta la venida del Libertador. Veamos rápidamente lo que nos dice la Escritura de estas edades primitivas del mundo, y verémos como en un magnífico espectáculo la omnipotencia del Señor en el gobierno de sus criaturas; su fidelidad en la egecucion de sus promesas; y su independencia soberana en la distribucion de su justicia y de su misericordia.

Ya hemos visto que los descendientes de Adam, envilecidos y degradados por la desobediencia de su Padre, apénas pudieron multiplicarse sin aumentar sus desórdenes y vicios. Pero que en medio de esta depravacion universal, Dios se habia reservado algunos adoradores fieles. Tal fué Abel, cuyas ofrendas y sacrificios aceptaba grato el Señor, y que fué víctima de la envidia de Cain.

Dios dió despues á Adam un hijo nuevo, llamado Seth, y su descendencia heredera de su fe y

de sus virtudes formó un Pueblo particular, que mereció que la Escritura le haya dado el augusto nombre de *Hijo de Dios* : pero despues llenándose la tierra de mas delitos y de mas delincuentes, aun estos hijos de Dios se corrompiéron : se aliáron con los hijos de los hombres, esto es con las Naciones que desde el principio se habian pervertido ; y la pena de esta prevaricacion fué el olvido de Dios, de sus promesas, y el de su Mesías ó Redentor.

Este contagio iba á cundir por todo el universo. Pero Dios siempre misericordioso llama á Abraham y lo destina para padre de un Pueblo que conservase su culto y la memoria del Libertador que ha prometido. Abraham, su hijo Isaac y su nieto Jacob eran Pastores que vivian en tiendas y separados de las demas Naciones. Los tres fuéron succesivamente encargados de este depósito precioso. Sus descendientes cautivos y maltratados en Egypto no salen de aquella esclavitud sino por los grandes milagros de Moyses, y vagan quarenta años en el desierto.

Allí reciben la Ley, y con esta muchas señales, muchas figuras para perpetuar su fe y animar nuevamente sus deseos. La promesa que al principio fué general, y que se habia determinado á la Tribu de Judá, se fija en la familia de Isaí, y entre los hijos de este elige Dios á David el último de todos para que sea padre del Deseado de las Naciones. Desde aquel momento los Prophetas no parecen ocupados mas que en su nacimiento, en sus mysterios y su sacrificio, de modo que desde entónces él solo es el grande, el único obgeto de la religion Judayca. Á él únicamente se refiere to-

do el gobierno del universo, y toda la economía de la antigua alianza.

¿Quién sino Dios podia concebir designio tan magnífico? ¿Qué otra mano podia dibujar el plan de tan grande diseño? ¿Quién era capaz de unir tan estrechamente todas sus partes, de poner en ellas tanta harmonía y unidad, de hacer que entren en ella todos los sucesos, de dar á cada una de las causas que concurren el grado de influencia necesario para el logro de todas, de arreglar las leyes de la naturaleza, para que contribuyan al acierto de asociar todas las Naciones, y de separar una para darle la parte principal, y conducirla á este fin por espacio de quarenta siglos?

El Espíritu de Dios muestra á Jacob el destino futuro de sus hijos, y le revela, que el Mesías saldrá de la Tribu de Judá. Jacob hablando con este le dice [a]: »Judá, tus hermanos te alabarán: »tu mano se sentará sobre el cuello de tus enemi»gos: los hijos de tu padre se postrarán á tus pies: »el Cetro no saldrá de Judá, y habrá siempre con»ductores del Pueblo nacidos de su estirpe, hasta que »llegue el Enviado que aguardan las Naciones.

Observad que en esta Prophecía hay dos cosas igualmente ciertas. La una es que Jacob habla de aquel que habia sido prometido á Abraham, á Isaac, y á él mismo; de aquel que debia ser intérprete de las voluntades del Señor, fruto de sus promesas y causa de bendicion para todos los Pueblos; en fin del Mesías que es el único que podia ser caracterizado por aquellas señales, y en especial por

a *Genes.* XLIX. 8. 9. 10.

el incomunicable y augusto nombre de Deseado de las Naciones.

La otra es que los Judíos siempre han entendido así esta Prophecía, y así no se puede dudar que Judá fué escogido para ser el heredero de la promesa, que debia tener el primer lugar entre sus hermanos, y que su Tribu debia gobernar hasta la venida del Mesías. La historia justificó completamente la prediccion; pues despues de la bendicion de Jacob la Tribu de Judá siempre conservó estas prerogativas.

Las diez Tribus cismáticas se dispersan, se dividen, se separan y son transportadas para siempre de su Patria. La de Judá jamas se divide, en el cautiverio mismo se mantiene unida, y se conserva entera; y quando llega el momento que la providencia habia señalado para recobrar su libertad, y que los Prophetas habian anunciado, vuelve á su antigua herencia como un cuerpo formado y conducido por Zorobabel, y vuelve mas dominante, mas célebre y mas ilustre que nunca.

De ella salen los Magistrados, los Senadores, y da ella misma su nombre á toda la Nacion. Alejandro destruye la vasta Monarquía de los Persas que habian destruido el Imperio de Babylonia. Los Romanos conquistan los Reynos que se formáron con los restos de la Monarquía de los Griegos, y solo la república Judía se mantiene firme, y no titubea en medio de tan espantosas convulsiones.

Pero al fin llega su hora; y Dios que hasta entónces habia velado por su conservacion, quiere ya su exterminio. Tito se acerca á la frente de las Águilas Romanas, combate á Jerusalem y la to-

ma. Judá pierde su Templo, sus Ciudades, su libertad y hasta la posibilidad de formar ya un cuerpo visible. Queda tan dispersa, tan desmembrada como quedáron las diez Tribus; y tampoco tiene Gefes ni autoridad.

El Propheta habia predicho todas estas desgracias, y los Judíos las padecen todavía; pero tambien habia dicho que estas desgracias no acontecerian sino en los tiempos en que debia llegar el Mesías. Así es menester querer cegarse para no conocer, que pues ha ya mas de mil y setecientos años que Jerusalem fué destruida, y que la Tribu de Judá está dispersa, sin Templo, ni autoridad, ni Gefes, ha otro tanto que nos ha venido el Mesías: y comparando la historia con las Prophecías, considerando de dónde ha venido á las Naciones el conocimiento del verdadero Dios, y los demas efectos de la bendicion prometida, es tan evidente que Jesu Christo es el Mesías, como es evidente que el Mesías vino ántes de la destruccion de Jerusalem, y ántes de la dispersion de la Tribu de Judá.

La célebre Prophecía de Daniel no es ménos clara ni ménos precisa. El santo Propheta suspiraba porque llegase el término de setenta años que debia ser el del cautiverio de su Pueblo, y el recobro de su libertad. Pero Dios le revela que en otro cierto número de años dará á aquel Pueblo otra libertad incomparablemente mas preciosa.

»Yo estaba en oracion, dice Daniel, quando »el Ángel Gabriel me habló de esta manera [a]:

[a] *Dan. IX. 21.*

»El tiempo de setenta semanas es el que se ha »fijado á tu Pueblo y á tu Ciudad santa, para que »cese la prevaricacion, se acabe el pecado, se ex»píe la iniquidad, para que la eterna Justicia le »suceda, que la revelacion y la Prophecía se cum»plan, y que sea ungido el Santo de los Santos. »Sabe pues y comprehéndelo bien, que desde el »dia que se dará la órden de reedificar á Jeru»salem hasta el tiempo que parecerá el Rey, que »es Christo, pasarán siete semanas, y sesenta y »dos semanas." Todos saben que en el estilo de la Escritura las semanas no son de dias sino de años como son las de Ezequiel, y como mucho tiempo ántes las habia nombrado Moyses en el Levítico.

El Propheta continúa: »Las plazas de Jeru»salem y sus murallas serán pues fabricadas de »nuevo, y despues de las sesenta y dos semanas »el Christo será entregado á la muerte, sin que »nadie se declare por él. El Pueblo que tendrá »por Gefe al Príncipe que debe venir, destruirá »la Ciudad y el Santuario. Su fin se parecerá al »de las cosas que se sumergen, y la guerra no »se acabará sino por una entera desolacion, cuyo »tiempo está fijado. El Christo hará una firme »alianza con muchos en una semana. En medio »de esta semana hará cesar el sacrificio y la obla»cion; se verán al rededor de la Ciudad las abo»minaciones y la desolacion, y hasta la ruina to»tal que ya está resuelta se añadirá desolacion á »desolacion.

No es dable Prophecía mas clara y luminosa del Mesías. En ella está llamado por su nombre,

y distinguido con sus títulos mas augustos: él solo es el Rey y el Christo por excelencia: el Santo de los Santos, y la santidad misma: el Autor y principio de la Justicia: él solo es la verdad: el typo de todas las figuras, y el cumplimiento de quanto ha sido revelado á los Prophetas: él solo puede lavar las iniquidades que han manchado la tierra: él solo es la víctima capaz de expiar el pecado: él solo puede ser autor y Pontífice de una nueva alianza: hacer cesar los antiguos sacrificios como insuficientes y estériles: y substituirles un sacrificio único, una Hostia eterna de infinito precio.

El Propheta tambien anuncia, que este mismo Christo, que debe hacer cosas tan relevantes, será entregado á la muerte, y que el Pueblo que lo desconocerá dejará de ser su Pueblo. Así para que la Prophecía se verifique, es menester que el Mesías sea condenado por el consejo de su Nacion, y que por una ceguedad general Israel su Pueblo lo desconozca: es menester que su reyno sea sin pompa, sin la decoracion exterior que de ordinario distingue á los Reyes de la tierra.

El Propheta añade: que el Mesías viene á reconciliar con Dios á los hombres; y que estos lo condenarán á la muerte. Es pues consiguiente, que en los designios de Dios su muerte sea el medio de expiar los pecados, y de producir esta reconciliacion. ¿Cómo pues con tanta luz han podido desconocer á Jesu Christo los mismos que cumpliéron esta Prophecía, los mismos á quienes su propio delito lo hacia tan visible?

Los hechos son tan evidentes y constantes, que

llegan hasta nosotros. Y hoy subsisten los monumentos que prueban su verdad. Por exemplo Jerusalem fué ciertamente destruida por los Romanos mandados por Tito. El Templo fué arruinado hasta sus cimientos y convertido en cenizas. Estos hechos solo, estos espectáculos terribles pasados ya cerca de diez y ocho siglos, cuyas ruinas exîsten todavía, son una demostracion invencible, de que ya vino el Christo; pues la ruina del Templo y de Jerusalem debian ser en castigo de la muerte del Mesías; y que ha tanto tiempo que están uno y otro arruinados.

Ni es ménos visible que Jesu Christo condenado por el consejo de la Nacion y crucificado era el Mesías que anunciáron los Prophetas, y aquel de quien hablaba Daniel en esta Prophecía; pues es indisputable, que poco tiempo despues de su muerte el Egército Romano destruyó á Jerusalem, y quemó su Templo: y que el mismo Daniel habia prophetizado esta terrible y subsistente desolacion como justo castigo de la incredulidad de los Judíos. Vé aquí sus palabras:

Despues de la muerte del Mesías, y en castigo de tan enorme atentado, un Pueblo conducido por su Príncipe destruirá la Ciudad y el Santuario, y esta desolacion se parecerá á las cosas que se sumergen. Esta es la Prophecía; y la Historia unánime refiere: Que despues de la muerte de Jesu Christo los Romanos conducidos por Tito arruináron á Jerusalem y quemáron su Templo: que hicieron perecer por la espada ó la hambre la mayor parte de sus habitadores: que la venganza del Cielo persiguió á esta infeliz Nacion:

y que sus tristes restos fuéron transportados á los confines de la tierra.

De modo que todos los Prophetas habian predicho, y todos los Judíos habian creido, que el Mesías debia venir ántes de la ruina de Jerusalem, ántes de la destruccion del Templo, ántes que se acabaran los sacrificios y el culto público. Esto es evidente: y tambien lo es, que ha ya cerca de mil y ochocientos años que Jerusalem fué arruinada, que el Templo fué destruido, que los sacrificios cesáron, que el culto público fué interrumpido, y que la posteridad de Jacob sufre la maldicion del Cielo; pues no hay mas que abrir los ojos para ver su dispersion, sus calamidades, y la verificacion de las amenazas que se le hicieron. Todo son pues pruebas públicas, monumentos subsistentes de que Jesus era el Mesías, y de que fué desconocido y condenado por su Pueblo.

Parece que no cabe Prophecía mas clara que la de Daniel; pues todavía lo es mas la de Ageo. Despues que los Judíos volviéron de su cautiverio, se les dió libertad para reedificar el Templo, y empezáron á fundar los cimientos. Los que en su primera edad habian visto el primero, viendo lo léjos que estaba de su magnificencia, se angustian y afligen: pero el Propheta Ageo, á quien Dios revela lo que ha de suceder, publica la gloria del nuevo, prefiriéndolo sin comparacion al antiguo.

»Valor, les dice [a], valor Zorobabel, tú tam-

[a] *Agg. II. 5.*

„bien Gran Sacrificador, y todo el Pueblo, va-„lor. No temais, porque vé aquí lo que dice el „Señor Dios de los Egércitos: En breve conmo-„veré el Cielo, la tierra y el mar. Agitaré to-„das las Naciones, y el Deseado de los Pueblos „vendrá; llenaré de gloria este segundo Templo, „dice el Señor; mios son todo el oro y la pla-„ta. La gloria de este segundo Templo sobrepu-„jará la del primero, y en él daré la paz.

Es claro que para que esta Prophecía se verifique, es indispensable que se cumpliese ántes que el segundo Templo fuese quemado por los Romanos. Es claro tambien, que este Templo ya no exîste, y que muchos siglos ha que están borrados hasta sus menores vestigios. Es pues indubitable, que la Prophecía está cumplida. ¿Y cómo ha podido cumplirse? ¿cómo ha sido posible, que la gloria de este segundo Templo sobrepujase la del primero?

Nadie ignora, que este habia apurado las riquezas de David y de Salomon: que el mismo Dios habia dado el Plan; y que se egecutó con grandeza y magnificencia: y que el fuego del Cielo consumió las primeras víctimas que se ofreciéron sobre el Altar. Todo esto es mucha gloria: y si el segundo Templo no ha sido glorificado con la presencia del Mesías, ¿cómo ha podido sobrepujarla? Si la verdad en persona no vino á manifestarse en él á los hombres, y dar fin á las figuras, ¿en qué puede serle comparado?

Por otra parte ¿quién es el Deseado de las Naciones? ¿Quién sino el Mesías puede remediar sus necesidades, y satisfacer sus esperanzas? Despues de todo Ageo dice positivamente, que vendrá al

Templo que fabrica Zorobabel, y que esto es lo que le dará tanta gloria. Si la Prophecia es cierta, es indispensable que haya venido; pues el Templo ya está aniquilado. Ahora pregunto: si ha venido, ¿quién puede ser sino Jesu Christo, que estuvo en él, y despues de cuya muerte fué inmediatamente destruido?

La conversion de los Gentiles es otra prueba palpable y subsistente, tanto de la venida del Mesías, como de que Jesu Christo es el mismo Mesías. Escuchad esto, señor: Nada ha sido prophetizado tantas veces ni con tanta claridad como esta conversion futura y la vocacion de los Gentiles al conocimiento de la verdad. Toda la Escritura parece ocupada en prepararnos á este grande acontecimiento; y era sin duda uno de los mayores prodigios que podia hacer el Omnipotente; el mas capaz de manifestar su bondad, y el mas digno de su poder, haciendo ver que todos los corazones están en su mano, que los muda quando quiere, que dirige sus movimientos, y que egerce sobre ellos un imperio soberano.

Pero este prodigio estaba reservado al Mesías. El privilegio de su nacimiento, el efecto de su palabra, y el fruto de su mision, debian ser el disipar con el esplendor de su luz las tinieblas que cubrian al universo, y hacer de los Judíos y Gentiles un Pueblo y una Iglesia. Por eso el Señor dirigiéndole la palabra le dice [a]:

»Yo te he establecido para ser Mediador de »la alianza del Pueblo, y la luz de las Naciones: »para que abras los ojos de los ciegos: para que

[a] *Isai.* XLII. *et* XLIX.

„dés libertad á los que están atados con cadenas, „y que saques de prision á los que yacen en tinie„blas ::: y no me basta, que restablezcas las Tribus „de Judá, y me conduzcas los que me he reservado „en Israel. Yo te envío tambien para ser la luz de „las Naciones: pues por ti salvaré todos los Pue„blos hasta los confines de la tierra.

Es imposible explicarse mas claramente. El Mesías debe iluminar la tierra, enseñar á los Pueblos la Justicia, librarlos de las tinieblas y del cautiverio á que su seductor los habia reducido: así para saber si el Mesías ha venido ó no, no es menester otra cosa que echar los ojos sobre una gran parte de esta tierra, que ántes estaba sumergida en la idolatría mas grosera. Y pues muchas de las Naciones ántes mas entorpecidas, no adoran ya mas que al Dios verdadero, y otras de las que pasaban por las mas cultas, como los Griegos, Romanos, Egypcios y Caldeos, han abandonado sus ídolos despues de tanto tiempo, es claro que el oráculo se ha cumplido, y que la conversion de los Gentiles, que solo se prometió al Mesías, es á un mismo tiempo fruto y prueba de su venida.

Añadid á esto, que las mismas Prophecías advierten, que el Mesías no hará esta revolucion por sí mismo, á causa de que la salud de los Pueblos y la luz que ha de iluminarlos debe ser el fruto de su muerte. La innumerable y eterna posteridad que se le promete, es la recompensa de su obediencia y de su sacrificio. Él solo debe enviar sus Discípulos por toda la tierra para purificarla, para consagrarla á Dios, y escoger en ella Sacerdotes y Levitas que le ofrezcan un sacrificio nuevo, y ha-

gan conocer, que el Sacerdocio de Aaron y el antiguo ministerio quedan abolidos. Escuchad lo que añade el Señor.

„Tú llamarás Naciones que no te conocian. Los „Pueblos que no te habian visto irán á ti, porque „Dios te ha cubierto de gloria :::" Y el mismo Mesías dice: „Llegará el tiempo en que juntaré los „Pueblos de todas las lenguas [a]: vendrán y ve„rán mi gloria. Escogeré entre los hombres que se „hayan escapado de la incredulidad general, algu„nos que marcaré con una señal particular, y los „enviaré á las Naciones que están mas allá del „mar en África, en Lydia, en Italia, en Grecia, en „las Islas mas lejanas: los enviaré á los que nun„ca oyéron hablar de mí, ni han podido ver mi „gloria. Estos Enviados la harán conocer á esas „Naciones, y sacarán de en medio de ellas á los que „serán vuestros hermanos, ofreciéndose á Dios co„mo una oblacion santa; y yo haré de ellos Sa„cerdotes y Levitas.

Es claro pues por estas Prophecías, que el Mesías no debia hacer estas maravillas por sí mismo, sino por sus Enviados: y habiéndolas hecho Jesu Christo por sus Apóstoles, no se puede concebir la ceguedad de los que no quieren reconocer la conformidad de los hechos con los oráculos Divinos.

Pero aun hay mas. Porque ha cerca de mil y ochocientos años, que Dios ha dispuesto que no se egercite públicamente la Ley de Moyses, solo para hacer ver, que el Mesías que era su único objeto ya ha venido, y la ha terminado. Los Prophe-

a *Isai.* LXVI. 18.

ras tambien habian predicho, que el Mesías aboliria la Ley, y le substituiria una alianza mas perfecta, un Sacerdocio diferente, un sacrificio nuevo.

Si estas Prophecías están cumplidas, que nos diga el Judío ¿en dónde sacrifica? ¿Cómo no vé que desde que Dios arruinó la Ciudad, que era el único centro de su Religion; desde que destruyó el Templo, en que solamente queria recibir aquellos sacrificios; desde que dispersó al Pueblo depositario de aquel culto; y desde que lo desterró para siempre de aquella Region, puso obstáculos insuperables al egercicio de esta Ley?

¿Cómo no vé, que Dios léjos de aprobar ahora y proteger aquel culto, lo hace impracticable; y que el Sacerdocio de Aaron y la sangre de los animales han cedido su lugar á otro Sacerdocio mas excelente, y á otra víctima mas pura? ¿Que la Eucaristía es hoy el sacrificio único, pero universal de todas las Naciones: que los Templos que santifica se han levantado en todo el universo; y que son una prueba visible de que el nombre de Dios es ya grande y terrible en todos los confines de la tierra?

Las Prophecías que aseguraban que despues de la venida del Mesías el Templo de Jerusalem seria destruido y jamas se volveria á reedifiar, eran tan claras y estaban tan extendidas, que nadie las ignoraba. Por eso los enemigos de los Christianos, despues de la muerte de Jesus y de la destruccion del Templo intentáron muchas veces reedificarlo, persuadidos, que si lo lograban, este hecho solo demostraba, que Jesu Christo no era el Mesías. Pero ninguno lo emprendió con tanto esfuerzo ni

con intencion tan maligna como el Apóstata Juliano.

Este Emperador habia declarado una guerra abierta al Salvador; y mas astuto y encarnizado que ninguno, se imaginó que era bastante poderoso para desmentir las Prophecías, ó para hacer ver que no se podian aplicar á Jesu Christo, si lograba reedificar otra vez el Templo. Pensó que nadie se lo podia estorbar; pues dueño del Imperio no habia quien pudiese oponerse á su designio.

Con este deseo, y para multiplicar los medios, excita á los Judíos á que reedifiquen el Templo, prometiendo acudirles con todas las fuerzas y los thesoros del Imperio. Los Judíos alentados con tan alta proteccion vienen de todas partes: no excusan gastos ni preparativos; y empiezan por arrancar los cimientos antiguos para reedificarlo sobre otros nuevos. Con esto acaban de verificar el oráculo de Jesu Christo, que habia dicho, no quedaria piedra sobre piedra.

Pero Dios que se habia querido servir hasta allí de los Judíos para verificar sus Prophecías, no les permite pasar mas adelante. Apénas empiezan á poner las primeras piedras, quando la tierra indignada las arroja de su seno. Un fuego cuya actividad parecia dirigida por la Divina mano, devora los trabajadores, los instrumentos y los materiales. Su violencia es tan terrible y tan perseverante, que al fin triumpha de la obstinacion de los Judíos y del maligno empeño del Emperador. Este milagroso suceso fué tan público y notorio, que no solo lo refieren los Historiadores Christianos, sino tambien los Gentiles, y entre otros Ammiano

Marcelino. El hecho es, que hasta ahora no se ha reedificado.

El estado tambien en que hoy vemos á los Judíos despues de tantos siglos, es prueba no ménos clara de que las Prophecías se han cumplido. Y si no que se explique, ¿por qué un Pueblo tan antiguo y tan favorecido de Dios hasta obtener el nombre de hijo suyo; por qué un Pueblo unido con él por la mas estrecha alianza, y tan lleno de bienes y de gloria perdió de repente todos sus privilegios? ¿Por qué quedó exheredado, proscripto, despreciado, y lo que es mas porque todos han creido que era digno de serlo?

El Propheta Oseas, que no se contentó con predecirle sus desgracias, sino que le explicó los motivos, responde [a]: Que es por haber desconocido al Christo: por no haberse querido someter á su Rey, al verdadero David: sin embargo, añade el Propheta, ellos le buscarán un dia: adorarán las humillaciones que han despreciado: se postrarán á los pies de su Cruz, y temblarán en su presencia como en la de la Magestad de su Padre.

De modo que es imposible decidir si debe admirarnos mas la profunda sabiduría de Dios en los designios de justicia ó de misericordia que egercita á nuestra vista succesivamente con su Pueblo, ó la luz de los Prophetas que viéron ántes de los sucesos tantas circunstancias tan difíciles de preveer y tan inverosímiles.

Pero debe asombrar mas, que entre tantos medios como Dios tenia para castigar esta Nacion,

a *Ose. III. 4. 5.*

haya escogido el de dispersarla por la tierra. Esto parece contener un alto designio, y que entraba en el plan general de su providencia. Porque queriendo establecer la verdad de la Religion sobre fundamentos indestructibles y siempre subsistentes, era menester que los Judíos subsistiesen; para que su misma dispersion y ceguedad probase la certidumbre de nuestra fe. Porque si todos se hubieran convertido serian testigos sospechosos; y si Dios los hubiera exterminado á todos, no hubiera testigos.

Observad, señor: Que el Pueblo Judío era depositario de los santos Libros, que contienen las promesas del Mesías; y que por eso era menester que estuviera reunido en un cuerpo visible sin confundirse con los otros, hasta que se acabasen de escribir estos Libros; y que todos los reconociesen por Divinos; y que la venida del Redentor hubiese verificado sus promesas.

Pero desde que todo esto se cumplió, ya era conveniente que se dispersasen los Judíos por toda la tierra para llevar á todas partes estos Libros; para que en todas mostrasen el respeto y veneracion con que los miran, y para que los Gentiles recibiéndolos de manos tan poco sospechosas, hallasen en ellos las pruebas incontestables que el Mesías que les anunciaban los Christianos, era el mismo de quien habian prophetizado aquellos Libros. De esta manera el Christianismo hallaba en todas partes testigos y testigos sin tacha, presentados por sus mayores enemigos, que á su pesar comprobaban las Prophecías, y mostraban en el espectáculo de su castigo prophetizado otra nue-

va prueba de su cumplimiento. Así servian de muchos modos á la demostracion del Evangelio.

Su conservacion no era ménos necesaria á los designios de Dios, y acaso era mas propia á manifestar su poder. Porque ¿dónde están ahora tantos Pueblos, que fuéron en otros tiempos tan famosos? ¿Qué se han hecho esas vastas y opulentas Monarquías de los Asyrios, Caldeos, Persas y Medos? Dios se sirvió de ellas para la egecucion de sus designios; pero desde que estos termináron, se desapareciéron de la tierra. ¿Quién puede distinguir hoy los antiguos Romanos de los bárbaros que inundáron la Italia? ¿Los originarios Españoles de los Godos que los conquistáron? ¿Quién del oriente al poniente podria asegurar que una sola familia es *indigena* ó nativa del pais?

Así es que el tiempo se ha tragado todas las generaciones, todos los Imperios; que todo ha mudado de aspecto, todo se ha mezclado y confundido, sin que las riquezas ni el poder ni las armas hayan podido preservar á las Naciones mas poderosas; y solo el pobre y pequeño Pueblo Judío se ha preservado de una subversion tan general. Los Judíos de hoy son lo mismo que eran. Ellos conocen todavía y distinguen su ascendencia. Suben hasta Abraham y descienden sin interrupcion de los Patriarcas. Todas sus desgracias y calamidades no solo no han podido romper, pero ni siquiera han escondido esta cadena, que los une entre sí, y que los tiene siempre separados de los otros Pueblos en que viven, y que los miran con desprecio y asco.

Es imposible padecer mayores miserias, despre-

cio mas general, experimentar mas odio y vejaciones, que las que sufren de las Naciones que los sojuzgan; y á pesar de tantos obstáculos humanos subsisten todavía. Parecen pequeños arroyuelos que atraviesan el anchuroso y profundo mar de las Naciones, sin haber interrumpido su curso en tantos siglos, ni mezclado sus aguas con las del piélago, que las recibe.

¿Pero cómo un Pueblo tan corto, y que ya no consiste sino en familias particulares, ha podido conservarse intacto, sin tener ninguno de los medios que tenian, y no se han podido salvar tantas Naciones poderosas? ¿Cómo no estando él incorporado en ellas sino como un agregado miserable, que se sufre con pena, ha podido resistir á los embates que las han destruido? ¿Y cómo en fin ha salido debajo las ruinas de todas para asombrar al universo?

Es menester querer cegarse para no ver en este estado no natural de los Judíos una mano invisible y poderosa, que los muestra á la tierra en señal de su cólera; que á pesar de ella los sostiene contra el odio público sin hacerlo cesar, para que sean monumento vivo del cumplimiento de las Prophecías; y que en fin los conserva para la instruccion y el egemplo de todas las Naciones, sin que ellos se aprovechen de la proteccion de Dios y su paciencia.

Este prodigio parece mayor quando se considera que fué prophetizado. Los oráculos Sagrados han dicho muchas veces, que Israel subsistirá siempre en medio de sus castigos y miserias, hasta que Dios en el tiempo que tiene señalado su misericor-

dia los llame á la fe y á la adoracion de Jesu Christo; y esto sirve para entender la conducta de Dios, y su profunda sabiduría. Los Judíos castigados, dispersos y conservados por un milagro continuo, dan testimonio á Jesu Christo; y quando se conviertan á nuestra fe, lo darán todavía mayor. Aquel será voluntario; este es á pesar suyo.

Si no fueran mas que castigados, no probarian mas que la Justicia de Dios; si no fueran mas que conservados, solo probarian su poder. Pero estando reservados para adorar un dia á Jesu Christo, tambien prueban su misericordia. Así la reunion de estas circunstancias lo prueba todo. Su dispersion prueba, que Jesu Christo vino, y que ellos lo crucificáron. Su conversion, que aun no están abandonados, y que un dia creerán en él.

Su corazon parece ahora inflexîble; pero la misericordia Divina les ha prometido un dia de favor, y tiene reservado un término á su incredulidad, como lo habia reservado á la ingratitud de los Gentiles. Nadie puede saber el tiempo en que egecutará esta promesa que hizo á la última posteridad de Israel. Pero como esta época debe ser la de una grande renovacion en la Iglesia, ó como dice el Apóstol, de una grande resurreccion; los Christianos debemos esperar este momento con firmeza, y apresurarlo con nuestros gemidos y oraciones.

Estando aquí calló un poco el Padre, y luego me dijo: Me parece, señor, que basta por hoy. No quisiera fatigar vuestra atencion, ni abusar de vuestra paciencia. Si teneis la bondad de sufrirme, mañana continuarémos, y con esto se fué. Yo estaba tan atolondrado, tan fuera de mí, que apénas

pude con labios balbucientes darle gracias. ¡Ay, Theodoro, qué hombre! ¡Cómo en aquel momento todos los Philósophos me pareciéron pequeños; cómo sus libros me pareciéron frívolos, y sus argumentos ridículos! ¡Qué pequeño me parecí yo mismo á mis propios ojos!

¡Quánto habia que saber que yo ignoraba! Cada dia veia cosas nuevas, de que no tenia la menor idea; y con todo yo me creia muy instruido. Yo veia con desprecio todos los que llamaba phanáticos, y que tenia por débiles y por ignorantes. Te aseguro que estaba interiormente corrido; que sentia en mí una especie de indignacion contra los hombres y los libros, que me habian embarazado aprender lo que ahora escuchaba, y que me parecia mil veces mas sólido.

Pero lo dejo ahora para continuarte en mi primera lo que me dijo al otro dia. Á Dios, Theodoro.



